
RECLAMADA
POR MIS papás
BIKERS
FORBIDDEN • FANTASIES
un Navidad arriesgada, un harem inverso y gemelos ocultos
SOFIA T SUMMERS

RECLAMADA POR MIS PAPÁS BIKERS

UN NAVIDAD ARRIESGADA, UN HAREM INVERSO Y GEMELOS OCULTOS

SOFIA T SUMMERS

ÍNDICE

También de Sofia T Summers

Descripción

1. Marisa
2. Marisa
3. Roman
4. Marisa
5. Cruz
6. Roman
7. Cruz
8. Marisa
9. Marisa
10. Deacon
11. Marisa
12. Cruz
13. Marisa
14. Deacon
15. Marisa
16. Roman
17. Marisa
18. Marisa
19. Marisa
20. Roman
21. Deacon
22. Marisa
23. Roman
24. Deacon
25. Cruz
26. Cruz
27. Epílogo: Luca

Copyright © 2026 por Sofia T Summers

Todos los derechos reservados.
La siguiente historia contiene temática adulta, lenguaje explícito y situaciones de contenido sexual. Está dirigida a un público adulto.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN DE SOFIA T SUMMERS

Forbidden Reverse Harem Fantasies
Embarazada y en el Hielo | Un mensaje prohibido a mis Daddies | Los Daddys del Club de Motos | Daddys Prohibidos

Billionaire Baby Daddies
La Doble Sorpresa de Daddy | El Escándalo Navideño del Zorro Plateado | Daddy Claus | Boss Daddy | Huyendo con Daddy | Mensajes Prohibidos a Daddy

DESCRIPCIÓN

Ya huí de ellos una vez.
Ahora mis daddies moteros han vuelto para reclamar lo que es suyo.

Las navidades pasadas, me entregué a tres moteros mayores y cargados de pecado que me echaron a perder para siempre—
Roman, el despiadado presidente del club que dice que soy su mal hábito.
Deacon, el huraño ingeniero que lo arregla todo menos a mí.
Cruz, el médico y padre soltero que se llevó mi inocencia de un beso.

Una noche prohibida.
Un error pecaminoso bajo las luces de Navidad.
Y un secreto que juré llevarme a la tumba.

Un año después, una ventisca nos deja atrapados juntos de nuevo: tres hombres, un corazón tembloroso y dos pequeños recordatorios de todo lo que intenté olvidar.

La mirada de Roman baja hacia las cunas.
Deacon susurra mi nombre.

A Cruz se le quiebra la voz al hacer la pregunta que nunca quise responder.

—Dinos, Marisa... ¿de quién son los bebés que nos has estado ocultando?

1

MARISA

ATARDECER, BODA A PRINCIPIOS DE INVIERNO

El cielo se desgarra y las montañas respiran vapor.

En un momento los pinos permanecen quietos y solemnes como el coro de una capilla, y al siguiente, la primera cortina de lluvia intensa convierte el mundo en papel mojado y la nieve amenaza con caer.

La grava se pega a mis zapatos de vestir.

El pelo se me pega a las mejillas.

Las cajas de pastelería resbalan y se tambalean en mis brazos mientras subo la ladera resbaladiza hacia un conjunto de carpas blancas que luchan por no ser tragadas por la tormenta.

No dejo de decirme que esta iba a ser mi oportunidad, el trabajo que haría que el amigo de un amigo dijera: «*Se llama Marisa, es joven, es buena, hace unos cuadraditos de limón que calman el corazón de cualquiera*».

Cuanto más lo digo, más se me cierra la garganta porque nada de esto parece una oportunidad.

Estaré condenada a cocinar para otro para siempre, aunque mi jefe sea amable.

El DJ ha envuelto sus altavoces bajo una lona que cede por el peso del agua de lluvia marrón y el aguanieve fría.

La carpa de la tarta huele a bourbon y lino húmedo.

En algún lugar, una dama de honor llora en silencio, ese tipo de llanto que mantiene intacto el maquillaje.

Alguien más tiene hipo con el ritmo suave de una persona que ya va borracha antes de los votos.

Casi puedo oír cómo suspiran los delicados bordes de mis rosas de azúcar mientras se marchitan.

Trescientos pastelitos de té me miran como valientes soldaditos en la batalla equivocada.

Los cuadraditos de limón están sudando.

La panna cotta tiembla en sus tazas, a un paso de convertirse en leche.

Dejo la primera caja en el suelo, respiro hondo para ignorar el escozor en las palmas de mis manos y me digo que no voy a llorar antes de salir a buscar el siguiente lote de postres para llevarlos desde el refugio a la carpa.

—Espera. Deja que te ayude con eso.

La voz es profunda y baja, pero tiene un matiz al final que indica que ya le parezco un poco divertida.

Me giro y me encuentro con un hombre vestido de negro, con la lluvia resbalando por su cuerpo como si la tormenta hubiera aceptado detenerse el tiempo suficiente para admirarlo.

Lleva las mangas remangadas hasta los codos, con los antebrazos de un tono más oscuro por los veranos pasados bajo el sol.

Hay un tatuaje de un rosario asomando por el cuello abierto de su camisa, como algo privado que no tiene intención de explicar.

—Se te van a caer —añade, señalando con la cabeza la caja que se tambalea en mis brazos.

—No se me van a caer —insisto, aunque mi agarre flaquea y mis zapatos hacen un triste ruidito de chapoteo en el barro.

Su boca se curva como si ya hubiera escuchado antes esa clase de terquedad—. ¿Quieres apostar?

—No apuesto.

—Bien. Entonces gano yo.

Me quita la caja con una decisión silenciosa que hace imposible discutir.

Ni siquiera parece pesar en sus manos, y algo en la naturalidad de su movimiento resulta irritantemente atractivo.

—Gracias —consigo decir, aunque sigo un poco molesta.

—¿Siempre das las gracias a la gente por ganar?

Le miro parpadeando, debatida entre querer poner los ojos en blanco y retenerlo aquí solo para ver qué más dice.

Pero ya está entrando en la carpa, y mi única opción es seguirle porque la caja ha desaparecido y mis manos se sienten vacías sin ella.

Al entrar me golpean los aromas a pino, seda húmeda, whisky y cuero mojado.

Las guirnaldas de luces cuelgan pesadamente por el agua de lluvia y aun así intentan brillar, las pobres cosas tan tercas. Los barriles de whisky hacen las veces de mesas altas.

El velo de la novia está enredado en las vigas del techo como un fantasma travieso.

Un par de moteros discuten sobre si la tormenta inundará la carretera.

En algún lugar de la esquina, un hombre con canas en la barba intenta devolverle la vida a un generador agonizante.

El hombre de negro deja la caja en mi mesa plegable y echa un vistazo a las bandejas que ya están allí: minitartas de limón, biscotti de almendra y tartaletas de chocolate negro coronadas con bayas azucaradas—. ¿Has hecho todo esto tú?

—Sí —me deslizo a su lado para empezar el triaje de las rosas de azúcar que se doblan por la humedad.

—Tienen buena pinta —dice, y luego se corrige—. Tienen demasiada buena pinta para este público.

—Quizá se porten bien si están comiendo.

—Lo dudo —esboza una sombra de sonrisa ahora, como si realmente pudiera disfrutar viendo cómo se desata el caos.

Me estudia por un instante, con unos ojos grises como la tormenta y demasiado fijos, luego señala los postres con la cabeza—. Roman, pero también me llaman Saint.

—Marisa —respondo, y su nombre se asienta en el aire como el comienzo de algo que no estoy preparada para nombrar.

Roman coloca mi caja sobre la mesa y da un paso atrás, y su mirada roza la mía de una forma que se siente como un examen que aún no está puntuando.

Luego se marcha, tragado por la luz húmeda.

Estoy nerviosa, así que lo afronto de la única manera que sé y me pongo a trabajar.

Trabajo como si el cielo me hubiera desafiado a parar.

Recojo las últimas bandejas de mi coche y luego seco la humedad del fondant con el borde de una toalla de papel, intentando que parezca un gesto afectuoso.

Espolvoreo las tartaletas con un velo de azúcar glas que cae como nieve nueva sobre una ciudad que aún no ha visto el invierno.

Paso la punta de un cuchillo por el borde de una estrella de chocolate y la enderezo con la paciencia de una mujer que cree que el azúcar escucha si se le habla con amabilidad.

Giro las tazas de panna cotta para ocultar lo peor de los cercos de condensación.

«*Vamos, ragazze, mantened la forma. Tened valor*», susurro para mis adentros, porque hablo con la comida cuando tengo miedo.

En este preciso momento, una mano muy grande me tiende una toalla.

La toalla está benditamente seca, lo cual parece brujería después de los últimos diez minutos de lluvia goteando de mi pelo en lentos y traicioneros riachuelos hacia las bandejas.

He estado intentando echármelo hacia atrás sin tocar nada, fingiendo que no estoy entrando en pánico por la higiene mientras la tormenta convierte mi trenza en una esponja.

—¿Cardamomo? —Su voz es un poco más ronca pero igual de divertida.

Levanto la vista y veo a un hombre con el pelo oscuro entretejido de canas y una barba tan precisa que se siente como una declaración de intenciones.

Su rostro es más calmado que el del primer hombre, y sus ojos son de un azul más frío que la llama en la base de una mecha.

Señala la panna cotta con la barbilla—. Le has puesto una infusión.

—Así es —digo—. Ligeramente, con cáscara de naranja, lo justo para que te preguntes por qué sabe a invierno en una habitación cálida.

Su boca se curva en una señal de aprobación silenciosa—. Deacon —dice.

—Marisa —respondo, y él asiente como si hubiéramos sellado algo.

Roman aparece de nuevo y mira de uno a otro, sonriendo ligeramente—. Tenía la intención de traer esa caja ella sola bajo la tormenta. Llegó bastante lejos sin que se le cayera nada. Deberías haberlo visto.

—Yo se la habría traído —los ojos de Deacon se posan en mí—. Pero tú llegaste primero.

—Soy rápido —replica Roman, con la lentitud suficiente para hacerme dudar de si está hablando de la caja en absoluto.

—Y modesto —añade Deacon con sorna, dejando la toalla junto a mi codo.

Golpea la mesa dos veces como un hombre que ya se ha imaginado esta cocina funcionando bajo sus reglas.

Arqueo una ceja—. ¿Vosotros dos siempre narráis el trabajo de los demás?

—Solo cuando el trabajo merece la pena —dice Deacon, y la sonrisa de Roman se acentúa.

Una voz los llama desde el otro lado de la carpa —aguda, cortante, impaciente— y ambos vuelven a mirarme, compartiendo la misma sonrisa cómplice y natural antes de darse la vuelta para irse.

Los observo marcharse, con el movimiento de sus hombros cortando la luz tenue, y siento las mejillas ardiendo y el cuello incómodamente caliente.

Debería ser absurdo sentirse observada en medio de una tormenta con una boda que cojea hacia la celebración.

Sin embargo, la sensación me recorre la espalda de una forma que no me resulta desagradable.

No me miran como a una chica con el vestido mojado, sino más bien como a una receta nueva que podría cuajar si se le da tiempo, como alguien que mide la línea de mi columna y la firmeza de mis manos y el hecho de que sigo aquí, sigo trabajando y sigo intentando salvar los cuadraditos de limón.

—Esos son lo bastante bonitos como para hacer que un hombre confiese —dice alguien a mi derecha, y la amabilidad de su voz alivia el nudo entre mis omóplatos.

El tercer hombre es todo sol donde los otros eran clima.

Es cálido, con una suavidad que se percibe como ganada y no fácil.

Sus ojos son marrones y brillan en las comisuras como los de alguien que ríe a menudo.

Tiene los rizos mojados y se los echa hacia atrás con una muñeca que luce un rosario de cuentas de madera bien apretado.

Mira la bandeja de bocaditos de pacanas al bourbon que preparé a las dos de la mañana y coge uno entre el pulgar y el índice, deteniéndose a pedir permiso como un caballero escondido dentro de un canalla—. ¿Puedo? —pregunta.

—Si me dices que la base aguanta —digo, intentando no fijarme en cómo su sonrisa se repliega en sí misma cuando está complacido.

Da un bocado, asiente lentamente saboreando, luego señala la bandeja de cortezas de naranja confitadas y me guiña un ojo.

—Enséñame a hacer eso —dice, y esta vez tengo que apartar la mirada porque mis mejillas están demasiado calientes.

Desliza un termo hacia mi mano—. Café caliente. Demasiados de nosotros aquí piensan que el buen café es opcional.

—A esos son a los hombres que hay que mantener a raya —digo sin pensar, y él se ríe de una manera que incluye a los barriles de whisky en la broma.

Doy un sorbo.

Es buen café; por supuesto que lo es, lo he hecho yo, aromatizado con piel de naranja antes de que el día siquiera empezara.

Los termos están esparcidos por todo el espacio ahora, pasando de mano en mano, y sin embargo, de alguna manera este ha encontrado el camino de vuelta a mí.

—Cruz —se ofrece, tendiéndome la mano como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Su palma está caliente por el café que acaba de entregarme—. Y tú eres la mujer que está evitando que todo este lugar se desmorone antes incluso de que se corte la tarta.

Me observa como si fuera una anomalía—. Es un placer conocerte, Marisa.

—Tú no sabes mi nombre —digo, y luego me doy cuenta de que lo escribí con tinta negra en el cartel del menú, el lugar donde llamé a mis bocaditos de pacanas al bourbon *Salvación* porque dar nombre a las cosas les da alma.

—Presto atención —dice—. Es un hábito. A veces salva vidas.

Nos quedamos callados un momento, y la carpa brilla a nuestro alrededor.

Afuera, un hombre maldice a una lona como si esta pudiera oírle.

Una niña con una corona de paniculata en el pelo le pregunta a un motero si las gallinas pican.

Él responde que solo si les faltas al respeto.

La lluvia da un respiro por un segundo, de la misma forma que un hombre en confesión deja de hablar justo antes de admitir lo más importante, y en esa pausa siento que el ambiente en la sala cambia.

La música llega más lejos.

Las risas se acercan.

Un hilo tira de mí desde algún lugar que aún no quiero nombrar.

—Hora de seguir —digo y bajo la mirada mientras me ocupo con algo, con cualquier cosa para poder fingir que no siento el aire cambiando de forma alrededor de mis costillas.

Una ráfaga de viento levanta la esquina de la carpa y una hilera de velas de té se apaga y esparce humo como una advertencia.

Un motero da una palmada, dos, para llamar la atención sobre nada y sobre todo.

La novia aparece en la entrada con el dobladillo recogido en un puño y la chaqueta de su novio sobre los hombros y la boca entreabierta como si quisiera que la tormenta formara parte de su álbum de boda.

La banda arranca con una canción que suena al mismo tiempo a mañanas de domingo en un pueblo pequeño y a noches de verano en una gran ciudad.

Llega un grito de algún lugar cerca de la hoguera: algo sobre un zapato perdido y una discusión sobre quién le puso alcohol a la sidra.

Cruz suspira como un hombre que ha visto exactamente este tipo de problemas demasiadas veces y me sonríe como diciendo: «*Bienvenida al circo*».

—El deber me llama —suelta mi mano con una calidez reticente antes de dirigirse hacia el caos.

Alguien intenta entregarle un pincho de asar al pasar.

Él lo coge sin perder el paso, ya riendo.

Me quedo atrás con el café en la mano y la absurda consciencia de los tres: Roman, el de los ojos de tormenta que cargó mi caja sin preguntar; el silencioso Deacon con la mirada analítica y la toalla; y ahora Cruz con su risa cálida como el sol y su rosario de madera.

Se mueven por la carpa como si fueran dueños de cada centímetro, y por primera vez en toda la noche no estoy segura de si el calor bajo mi piel es por mi trabajo o por ellos.

Para cuando la banda empieza a tocar bajo las luces que gotean, la mesa vuelve a tener un aspecto presentable.

La panna cotta ha decidido portarse bien.

Los cuadraditos de limón siguen sudando, pero solo de una forma que hace que su azúcar brille.

Mis pétalos de rosa azucarados han resucitado con un susurro, una oración y unos cuantos giros cuidadosos de muñeca.

He remendado, secado, girado y persuadido a cada plato para que recupere una versión de sí mismo digna de una boda.

Más allá de la mesa de postres, la fiesta cobra vida a trompicones. Una hilera de moteros chocan sus copas como si fuera una armadura.

Las chicas en vestidos de dama de honor de satén se quitan los tacones y corren descalzas por la tarima, chillando cuando el agua fría les llega a los tobillos.

Un niño con una corona hecha de agujas de pino pasa corriendo, agarrando un panecillo como si fuera un tesoro.

A través del faldón abierto puedo ver el refugio más allá de las carpas, una mole de madera con un alma que parece haber sobrevivido a inviernos, hombres y plegarias.

El humo sube por una chimenea y se mezcla con la tormenta.

—Cuidado con las gallinas —dice una mujer al pasar, haciendo equilibrios con una bandeja de minisalchichas como si fuera un número de circo. Me quedo parpadeando.

—¿Con qué? —Había dado por hecho que la niña hablaba de gallinas imaginarias.

—Con las gallinas —dice con el orgullo curtido de alguien que ha negociado con ellas—. Malas como un dolor de muelas. Tienen los nombres de las ex de Saint. No muestres miedo y no corras.

Se detiene lo justo para señalar con la barbilla a los hombres que han estado rondando mi mesa como si yo valiera el esfuerzo—. Hablando de malos cuando quieren serlo... ¿Esos tres? Los dueños del refugio. Y moteros. De los que siguen haciendo kilómetros cuando hay nieve en la montaña e hielo en la barba.

Añado la nota a la lista mental en mi cabeza.

Azúcar, cardamomo, lino húmedo, hombre con ojos de trueno, hombre de barba canosa, hombre de mirada cálida y un escuadrón de gallinas agresivas con nombres de las ex de Saint.

Parece una receta que podría cambiarme.

—¿El alto con cara de tormenta y el chaleco de cuero bajo el abrigo? Roman Saint Salvatore. Se encarga de la seguridad, antes corría carreras hasta que se cansó de ser perseguido. El de la barba arreglada es Deacon. Se ocupa de la logística y de que todo el mundo cumpla las normas, por eso nadie se ha atrevido a empezar una pelea cerca de la mesa de la tarta. Y el sonriente que parece que podría convencer a las gallinas para que pongan huevos de oro es Cruz. Lleva el bar, la cocina del refugio cuando no está alquilada y la mitad de los corazones de este condado.

La mujer se inclina lo suficiente para que huela a cebolla y mostaza de su bandeja.

—No dejes que te líen para concursos de beber o carreras benéficas a menos que estés preparada para perder. Y si se ofrecen a arreglarte el coche, el tejado o tu maldita vida entera... bueno. Así es como retienen a la gente.

Se marcha antes de que pueda responder.

Sacudiendo la cabeza, reanudo el trabajo en la esquina mientras la tormenta y la canción hacen sus propios votos.

La gente se acerca a la mesa, coge una tartaleta y no me dicen nada con la boca llena.

La banda se lanza con una vieja balada con una guitarra de acero que suena como una promesa.

Una mujer con los párpados brillantes me pregunta si puede sostener mi manga pastelera porque solía hornear con su abuela los domingos, y cuando se la entrego, hace una roseta perfecta y luego se limpia una lágrima con el dorso de la muñeca.

Creo que nunca dejaré de amar mi trabajo, incluso cuando mis zapatos están arruinados y mi pelo está más mojado que el mantel.

—Marisa —mi nombre sabe diferente con esa voz, más oscuro y más dulce a la vez.

Me giro y Roman está de vuelta.

Sostiene uno de mis pétalos de rosa azucarados entre dos dedos como si fuera una reliquia.

El pétalo brilla y su mirada es indescifrable.

De cerca puedo ver los santos tatuados bajo el cuero de su piel, la forma en que la lluvia resbala por la curva de su mandíbula, la pulcritud en las comisuras de su boca que desentona con la fiereza de sus ojos.

—Quería ver si se disolvía —dice y se pone el pétalo en la lengua. El azúcar se derrite despacio. Cierra los ojos por un instante y cuando

los abre veo a un hombre que ha probado demasiadas cosas amargas y no ha olvidado ninguna de ellas—. Aguanta —dice—. Por poco. Lo cual a veces es el objetivo.

—¿Hablas así a todo el mundo —pregunto— o solo a las reposteras bajo presión?

Me mira durante un largo suspiro. La lluvia cae a sus espaldas como sogas—. Solo a las que hacen que algo se mantenga en pie en medio de una tormenta.

Un ligero escalofrío me recorre la piel. Deja el pétalo gemelo en el borde de la bandeja como una moneda en una iglesia y luego se aleja mientras un hombre grita «Saint» desde la carpa lejana.

La boda lo absorbe de nuevo.

Entonces la siento, esa atención que fingía no notar se intensifica, como si las luces de guirnalda me hubieran arrastrado a su centro.

Bajo la mirada para arreglar un lazo y vuelvo a sentir el magnetismo, así que me rindo y levanto la cabeza y allí están ellos.

Roman está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, con la lluvia engominándole el pelo hacia atrás, con un corte en el pómulo que no se ha molestado en limpiar.

Parece una catedral construida a base de músculo y reglas. A su lado está Deacon con su mirada de ingeniero, sosteniendo una caja de herramientas como un cura que lleva un libro, midiendo los puntos donde la carpa cruje.

Sus ojos son del color de un río en invierno, no son desagradables pero tampoco cálidos, son claros y cortantes. Justo enfrente de mí está Cruz.

Es evidente que él es el cálido.

El viento cambia y sopla a través de la carpa, trayendo un olor que me recuerda a los veranos que pasé en las azoteas de Brooklyn, una

mezcla de alquitrán caliente, la albahaca de un vecino y el sabor ferroso justo antes de la lluvia.

Me hace pensar en mi familia allá en la otra punta del estado y en las peleas que dejamos a medio terminar en los suelos de la cocina.

Me recuerda cómo llegué aquí, que fue con la furgoneta prestada de mi hermanastro Nico, un buen delantal y una lista de reproducción llena de canciones de Navidad, porque las bodas de diciembre tienen una forma de fingir que son festivas y sagradas a la vez.

El pensamiento hace que me duela el pecho, así que elijo el pensamiento más sencillo, que es que necesito salvar los besitos de merengue ahora, antes de que absorban el clima hasta los huesos.

—Toma —dice Cruz, apareciendo como lo hace el calor, de forma repentina y acogedora. Sostiene un plato colmado de comida en una mano y una servilleta de lino doblada en la otra.

Tiene harina en la manga.

No veo ningún horno cerca de nosotros, lo que me hace preguntarme si la harina le sigue porque quiere ser una masa mejor.

—Hagamos un trato. Un plato a cambio de diez minutos sentada.

2

MARISA

—Toma —dice Cruz, no como una exigencia, sino como una invitación distendida.

El plato que me tiende está rebosante de comida a la que no he tenido tiempo ni de echar un vistazo cuando ha salido de la cocina: cordero asado cortado en lonchas finas como el papel, verduras a la parrilla brillantes por el aceite de oliva, una maraña de ensalada de hinojo y naranja, y un trozo de focaccia de romero todavía lo bastante caliente como para que el vapor empañe el aire entre nosotros.

Ya tiene el otro plato sujeto en su propia mano, equilibrado sobre la palma como si hubiera llevado dos a propósito.

Mi primer instinto es protestar.

Tengo bandejas que gestionar, gente dando vueltas y el tiempo volviéndose en mi contra. Pero me llega el olor de la comida —sabroso, con hierbas aromáticas, intenso como solo puede serlo algo cocinado a fuego lento— y mi estómago responde antes que mi orgullo.

—¿De dónde has sacado siquiera...?

—Secreto profesional —dice Cruz, e inclina la cabeza hacia la esquina del fondo donde Roman y Deacon ya nos están haciendo señas para que vayamos.

Ocupamos la mesa más seca bajo la carpa, la más cercana a la banda, donde la iluminación es lo bastante tenue como para que la lluvia más allá de la lona parezca casi romántica.

Roman también tiene un plato, repleto de lo que parece ser jamón y alcachofas marinadas.

El de Deacon tiene sobre todo quesos y pan, dispuestos metódicamente como si estuviera realizando una cata privada.

—Come. —Cruz me pasa un tenedor.

Lo hago.

El cordero está tan tierno que se deshace con apenas tocarlo, las verduras tienen un dulzor ahumado y la ensalada es ácida y fresca gracias a los cítricos.

Cierro los ojos sin permiso. —Vale —admito—. Ha merecido la pena sentarse para esto.

Roman señala la ensalada con el tenedor. —En la cocina dicen que es una cosa siciliana. Hinojo, naranja, aceite de oliva y un poco de menta. No les digas que lo he dicho yo, pero está mejor que en las fotos de preparación.

Deacon añade: —Y la focaccia es de una abuela del pueblo. El chef ha jurado por la vida de su madre que tenía que estar en el menú.

—Oído cocina —digo, haciendo una lista mental de lo que tengo que buscar antes de que acabe la noche.

Cruz se echa hacia atrás en su silla, observándome mientras termino lo último de cordero. —Ahora puedes decirme si tus biscotti están a la altura del resto.

Acerca un plato pequeño en el que descansan dos biscotti dorados sobre una servilleta.

Parte uno por la mitad y me lo ofrece, rozando mis dedos con los suyos.

Lo primero que noto es la almendra, luego la cáscara de naranja y después el susurro de canela que añadí a las tres de la mañana.

Antes de que pueda tragar, Roman arrebata la otra mitad, y Deacon se limita a negar con la cabeza como si ya lo hubiera visto venir.

—Deja algo para los otros invitados, Navarro —grita alguien desde la cola de fumadores. Cruz levanta su biscotti en un saludo perezoso, ganándose una oleada de risas del grupo.

Cuando los platos están vacíos, regreso a mi puesto y corto cáscaras de naranja confitadas en rizos perfectos para la siguiente oleada de invitados.

Los tres se separan para atender sus funciones: Cruz a la barra, donde hay que cambiar un barril; Roman hacia una pareja de hombres en traje que tienen pinta de problemas; Deacon hacia la lluvia con el teléfono pegado a la oreja.

La tormenta sigue refunfuñando sobre nuestras cabezas, pero el ambiente se siente más estable ahora, anclado por el calor de una comida que no sabía que necesitaba.

El convite se entrega a un caos amistoso.

La novia baila en la plataforma con el velo envolviéndola como espuma de río.

Niños con calcetines de lana tiran piñas a la valla y llevan la cuenta con la clase de seriedad propia de los juegos inventados sobre la marcha.

Un grupo de moteros enciende puros bajo el voladizo, discutiendo sobre qué marca es leal y cuál es para hombres que mienten sobre

sus antepasados.

Las risas se enganchan al humo y se quedan suspendidas allí.

Retoco la nata montada que intenta encogerse. Vuelvo a poner una roseta con la manga pastelera porque se ha caído. Lanzo una mirada fugaz.

Roman está de pie cerca del poste de la carpa que tiene marcas de agua que parecen un mapa.

Sus ojos se apartan de una conversación y encuentran mi boca como un imán encuentra el norte.

No se mueve.

Aun así, se siente como una mano en la parte baja de mi espalda.

El generador tose y las luces parpadean.

Nadie entra en pánico.

Deacon ya está allí con una caja de herramientas.

Se arrodilla y abre el panel.

Se ha remangado y parece una fotografía de un manual sobre cómo los hombres solían arreglar las cosas antes de YouTube.

El hollín le mancha los antebrazos.

Lleva un lápiz detrás de la oreja.

Me mira durante medio segundo, no para observar, sino para comprobar. Sus ojos cargan con el peso de las mediciones.

Vuelve a los cables y hace algo preciso.

Las luces se estabilizan como un aliento contenido que finalmente se libera.

—Gracias —le grito, porque la gratitud es la única religión que nunca he abandonado. Levanta una mano sin mirar, un breve saludo

cortante que de alguna manera se siente como una mano contra mi nuca, provocando un poco de calor.

Un grupo de gallinas cacarea por el borde de la plataforma, furiosas, decididas y convencidas de que este evento debería haberse planeado en torno a ellas.

Una picotea una colilla de puro e intenta buscarle pelea a un hombre que podría levantar una motocicleta y no quiere pelearse con un pájaro. —Deja en paz a Cleopatra —le riñe una mujer, apareciendo de repente con una galleta para sobornar a la infractora y que se aleje.

—Hace sangre. —La gallina me mira como a una chef rival. —Encantada de conocerla, Su Majestad —digo en voz baja, porque no estoy por encima de la cortesía con criaturas que tienen cuchillos por cara.

—Conte —dice alguien, y me giro para encontrarme a la propia novia echando mano a una tartaleta de limón con una sonrisa que me gusta.

Su pintalabios es del color de las cerezas que se han dejado demasiado tiempo al sol.

El agua gotea de las puntas de su pelo.

El diamante de su dedo parece una gota de cielo.

—Nos has salvado el día —declara, y la forma en que lo dice me hace creerlo por un segundo.

—La tormenta ha salvado el día —respondo—. Ha ocultado las cosas que casi salen mal.

—Eres una poeta con delantal. —Muerde la tartaleta, gime sin disculparse y se aleja.

Cruz entra y sale de mi campo de visión como una marea cálida.

Roba otro biscotti y me ofrece uno a cambio, como si el ritual requiriera cuentas iguales.

Se inclina cerca para preguntar si la panna cotta ha cuajado o si es un santo caminando sobre las aguas.

Sisa una cáscara de naranja confitada, mastica despacio y cierra los ojos. —Eso —dice— sabe a unas vacaciones que quiero recordar.

Llama princesa a una niña pequeña y le ata el zapato con unas manos que también han remendado jirones de balas en cuero.

Se ríe con toda la cara cuando un motero con una corona de guirnaldas intenta recalentar sidra sobre la hoguera y casi se prende fuego a la barba.

Yo también me río, y no con esas risitas educadas para hombres que creen que se las merecen. Me río con el vientre, con los dientes y con los pulmones porque es divertido y porque sienta bien dejar que la alegría ocupe espacio.

El sonido hace que mi pecho se relaje, y me gana una mirada de Roman que es casi como un contacto físico.

Me pregunto, por un loco segundo, qué haría yo si él se moviera.

Me sorprendo alisando el mantel porque todavía no soy lo bastante valiente como para responder.

Una mano desliza un termo al lado de mi tabla de cortar. La mano lleva guante, lo que hace que el gesto sea más extraño y, de algún modo, más íntimo. No veo quién lo deja.

Solo oigo una voz que es humo, iglesia y gravilla.

—Llevas demasiado tiempo de pie. —Las palabras caen como monedas en un platillo de colecta.

Miro hacia arriba y no hay nadie. La tapa se desenrosca con un siseo. El vapor sale con aroma a cáscara de naranja y sonrío.

Rodeo el termo con ambas manos y bebo.

El calor baja por mi garganta y aterriza en mi estómago como una bendición.

Observo la fiesta con el termo contra el labio inferior y me pregunto cuál de ellos es el responsable.

Cruz me lo habría traído y se habría quedado a esperar para verme dar el primer sorbo.

Deacon lo habría colocado exactamente donde mi mano lo encontraría y se habría marchado porque lo importante es el gesto, no la gratitud.

Roman lo habría dejado en silencio porque su atención se siente como algo privado de lo que prefiere no ser acusado.

El misterio me calienta casi tanto como el café.

Las piñas rebotan por la valla como pequeños cometas.

La plataforma tiembla bajo un baile en línea que es más compromiso que coreografía.

La tormenta se reduce a una neblina que sube, se posa y vuelve a subir, como si la montaña diera largas bocanadas.

La cabaña se yergue con sus hombros anchos y su historia, y por un momento la amo de la manera en que se ama un edificio antiguo que ha guardado secretos y guardará los tuyos si se lo pides con amabilidad.

—Ponme a prueba —dice Cruz, deslizándose de nuevo en mi órbita con la naturalidad de alguien que entiende las mareas.

Coge dos tartaletas y ofrece una con una formalidad exagerada. Sus ojos ríen incluso antes que su boca.

Acepto porque quiero tocar sus dedos otra vez y porque la suavidad del momento equilibra la estabilidad que percibo de los otros dos.

—Sabes que estás robando —le digo.

—Estoy devolviendo —responde—. Tú me alimentas. Yo te alimento. Es el ciclo de la vida.

—Muy bíblico —digo, y sonríe con una inclinación que me indica que sabe exactamente en qué sentido van mis palabras.

La banda arranca con una canción que suena a una noche de fiesta que casi te arruina la vida en el buen sentido.

Roman cambia de postura en el borde de la carpa y el aire cambia con él.

Un claro se abre en el cielo sobre la cresta de la montaña como una bendición.

Alguien suelta un puñado de farolillos de papel al otro lado del prado.

Se elevan en una suave deriva, su luz es una columna vertebral tenue que escala la oscuridad.

Limpio chocolate de un soporte para tartas e intento no pensar en cómo se sentiría apoyarse contra un hombre como los que me rodean.

La noche avanza.

Las carpas gotean en lentas líneas plateadas y las plataformas brillan bajo los tablones resbaladizos.

La novia grita que la tarta está maldita y luego besa al novio como una mujer que disfruta de las maldiciones.

El paje se queda dormido en un montón de abrigos y queda cubierto por tres chalecos diferentes a modo de colcha.

Cleopatra la gallina organiza un golpe de Estado por un plato de ensalada de col y hay que sobornarla con una galleta que lleva el nombre de una mujer con la que Roman ya no se habla.

Alguien canta un villancico desafinando.

Todos se unen por cortesía.

Siento que los hombros se me relajan, alejándose de las orejas, y me doy cuenta de que he estado prevenida contra mis propias expectativas desde el mediodía.

Alrededor de las diez, cuando la banda recoge y los hombres empiezan a plegar las carpas con la eficiencia encorvada de quienes ya han hecho esto antes bajo la lluvia, recojo mis bandejas y dejo que la cocina del refugio me atraiga hacia su interior.

La sala está más cálida que las carpas y es ruidosa de una manera distinta.

Las ollas hablan entre sí con suaves golpecitos.

Las sartenes crean la música de la utilidad.

El hogar desprende un calor constante que se siente como una promesa guardada para más tarde.

La pizarra de la pared del fondo tiene una lista de la compra escrita por tres manos distintas y en media docena de estados de ánimo diferentes.

Hay casquillos de bala en el estante, junto a los libros de cocina.

Un rosario cuelga de un clavo.

Un paño de cocina ha sido doblado en cuatro con esa clase de precisión que denota un lenguaje de amor.

Dejo la última bandeja sobre una mesa y flexiono las manos.

El azúcar se pega a mis dedos, un polvo de victoria y terquedad.

Los aceites cítricos perfuman mis muñecas.

Me duelen los pies de esa forma limpia que me recuerda a las jornadas de servicio compartidas entre mujeres en las cocinas. Me

digo que lavaré las mangas pasteleras y me iré. Me digo que no me demoraré en una habitación que empieza a parecerse a una elección.

Me lavo las manos porque necesito algo que hacer.

El agua sale templada.

El azúcar se derrite y se escurre.

La veo irse e intento no pensar en lo fácil que es perder algo delicado cuando dejas de prestar atención.

La cocina hace lo que hacen las cocinas.

Acoge el movimiento.

Perdona la vacilación.

Apilo la última bandeja limpia.

Envuelvo dos recipientes de glaseado para más tarde y guardo un cuchillo en su sitio, detrás de los botes de harina.

La estancia respira a mi alrededor como si reconociera a una persona que también la alimentará a ella.

La puerta se abre y la fiesta irrumpe de golpe.

El último de la banda carga con un estuche que ha visto más ciudades que yo.

Un hombre con una corona de guirnaldas y un nuevo respeto por el fuego hojea una pila de platos de papel como si fuera un crupier.

Cruz entra de espaldas con una caja de vasos apoyada contra el pecho, con los ojos fijos en el pasillo como si llevara algo que una vez se rompió y que no permitirá que se rompa de nuevo.

Me ve y la mirada que me lanza es tan cálida que me planteo dejarme envolver por ella.

—Has sobrevivido —dice.

—A duras penas —respondo, y mi sonrisa me delata. Él alarga la mano hacia el recipiente que acabo de envolver y lo aparta a un lado; sus dedos rozan los míos otra vez. Nos estamos volviendo temerarios con esto.

Deacon entra detrás de él con un rollo de cuerda colgado de un hombro y hollín en la mandíbula.

Parece un hombre que se ha adentrado en una tormenta y ha vuelto con los cimientos de un mundo para que el tejado aguante.

Observa las bandejas, el recipiente y lo cerca que está Cruz de mí, y dice con esa voz suave que oculta su agudeza: —Como me estorbes en esta cocina, Navarro, te voy a tomar las medidas para tu propio cajón.

Cruz le lanza una mirada de inocencia teatral y retrocede medio paso. Ese medio paso sigue siendo lo bastante cerca como para parecer un «sí».

—Los postres han vivido —me dice Deacon, y su aprobación cae como una moneda en mi bolsillo.

Golpea la pizarra con dos nudillos limpios. —Tu lista aguantará hasta mañana.

—Mi lista siempre aguanta —digo. Él nota el orgullo y asiente.

El refugio cambia hacia el final de la noche, cobrando esa intimidad particular que traen las horas tardías.

La gente deja de actuar y empieza a existir.

Las chaquetas se quitan y se cuelgan en los respaldos de las sillas para que suelten el vapor.

Un aspirante barre la terraza con la cabeza gacha y el orgullo alto.

Alguien tararea. Alguien ronca. Alguien cuenta una historia sobre un viaje por carretera que ya no suena a problemas, porque los problemas convirtieron a quien los cuenta en un recuerdo que vale la pena conservar.

Robo otra mirada mientras limpio, porque no he aprendido la lección.

Roman está fuera con Deacon, hablando en voz baja, con la cabeza inclinada y las manos quietas a los costados.

El movimiento de su boca capta la luz y pienso en cómo sería aprenderse esa boca de memoria.

Termino la última sartén y la apilo; luego separo un hilo de azúcar de mi muñeca y lo lamo para quitarlo.

El gesto se siente como un pequeño voto solo para mí.

Cuando levanto la vista, Cruz me observa sin pasión, solo con ese afecto natural que lleva puesto como una camisa.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Ha pasado demasiado tiempo desde aquel último plato de comida. —He tomado demasiado azúcar —digo—. Me vendría bien algo que muerda.

Abre la nevera y saca un recipiente envuelto en papel parafinado. Carnitas.

Calientes incluso ahora, porque la nevera funciona en ambos sentidos en manos de un hombre que sabe cómo usarla.

Con un tenedor, deposita un trozo en mi palma.

Me lo llevo a la lengua y el calor, el humo y el cítrico florecen. Cierro los ojos y emito un sonido de satisfacción.

Él parece orgulloso de una forma tímida.

—Me gustas —dice—. Comes como come la gente honrada.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca durante una tormenta —digo, y ambos nos reímos.

Los últimos invitados se van yendo.

Las carpas se desmontan en triángulos pausados.

La terraza se vuelve a barrer, esta vez con cierta reverencia por cómo resistió bajo el peso de la alegría.

Las gallinas se posan a lo largo de la barandilla como oficiales de patrulla.

Cleopatra se acomoda con una sacudida de ofensa.

El refugio se aquieta sin quedarse en silencio.

Empieza un tipo de música diferente, el zumbido de un lugar que sabe que mañana será habitado.

Debería irme.

Me digo que cogeré mi bolso y me marcharé discretamente como una buena profesional que vino a trabajar y se irá con todos sus límites intactos.

Me digo que me he ganado el derecho de huir de cualquier habitación que me pida que ponga mi corazón sobre una mesa que no me pertenece.

Me digo que no me quedo.

Tengo práctica en ello.

No me muevo.

El fuego se asienta. El hogar brilla. La pizarra aguanta a la espera de la caligrafía de mañana.

El aire huele a cítricos, a resina de pino, a grasa de motor y a la última hora de una fiesta que no se arrepintió de sí misma.

Me seco las manos con un paño e intento imaginar quién soy si digo que sí a una pregunta que he evitado responder desde que aprendí a hacerme pequeña para encajar en las habitaciones que me daban.

El umbral vuelve a llenarse.

Lo siento más que verlo.

El vello de mis brazos se eriza como un reconocimiento. Roman está allí con el fuego tras él y la noche a su espalda.

—¿Te quedarás unos días más? —pregunta, y las palabras no vienen disfrazadas de poesía.

No son un cebo.

No son un truco para ver si la chica con harina en los dedos tropieza.

Tienen peso y un código silencioso.

No oigo una jaula en ellas.

Oigo una habitación con una puerta y una luz que él mantendrá encendida si se lo pido.

Pero mi contrato era solo para esta noche. Tengo una vida a la que debo volver... y una familia que desaprueba situaciones exactas como en la que me encuentro ahora mismo.

Abro la boca. No sale nada.

Estoy demasiado llena de noche y de lluvia y de la forma de su pregunta para hablar rápido.

También estoy llena de una felicidad temeraria que me asusta más que cualquier tormenta.

Sube como el olor del pan justo antes de terminar de cocerse.

Es dulce, denso y se complica por el saber que, una vez que lo sacas del horno, te comprometes a dejar que se enfríe y a que se lo coman, y entonces desaparece, y la única forma de volver a tenerlo es hacer más.

Quedarse se siente así.

Un ritmo que eliges repetir hasta que se convierte en tus días.

Él no me rescata de mi silencio. Se queda ahí y deja que me encuentre con mi propia respuesta.

Detrás de él, Deacon pasa por el umbral con un cable al hombro y una mirada suave, nada sorprendida, en mi dirección.

Cruz se demora en la puerta de la despensa y me dedica una mirada que dice que se alegraría, elija lo que elija.

El refugio huele a canela y a humo de leña.

Los hombres que han estado orbitando alrededor de mi día están donde un solo paso cambiará el resto de la velada.

Dejo el paño y pongo las manos sobre la encimera porque me tiemblan un poco y quiero ser honesta al respecto.

Respiro, encontrándome con los ojos de Roman y viendo cómo el trueno que hay en ellos se aplaca un ápice, como si que lo mire fuera ya una respuesta incluso antes de darla.

—Puedo quedarme un poco más, al menos —digo, y mi voz no flaquea—. Si alguien me enseña dónde vive el café.

La luz del fuego se refleja bajo su pómulo. Se relaja la mínima línea en la comisura de su boca.

Entra en la habitación, cierra la mano sobre el pétalo azucarado y lo deja en un lugar más seguro.

Sus ojos se deslizan hacia mi boca una vez, y luego regresan a mis ojos como un voto. —Puedo hacer eso —dice—. Puedo enseñarte

dónde vive cada cosa.

La tormenta se apacigua sobre el tejado como si ya hubiera oído suficiente.

Las gallinas farfullan en sueños.

El generador zumba en una nota más suave.

El refugio se acomoda sobre sus viejos cimientos y se asienta para pasar la noche.

—Gracias —digo, y la frase es sencilla y calórica. Me alimenta mientras la pronuncio, y alimenta algo en su rostro que ha estado hambriento durante mucho tiempo.

Él asiente. No es un triunfo. Es un reconocimiento.

Un hombre que sabe lo que le cuesta a una mujer que escucha su propia hambre por una vez.

Se acerca al estante y baja una taza del tamaño de un puño. Sirve de una tetera que no me había fijado que empezaba a soltar vapor.

Esta vez, el café huele a chocolate negro y a esa parte de la noche que sigue a la última canción.

Me tiende la taza y no me toca los dedos, lo cual, de alguna manera, se siente como una mayor contención que si lo hubiera hecho.

Levanto la taza y bebo un sorbo.

El calor me recorre el cuerpo.

Estoy en una cocina que no es mía y siento que se abre una puerta, una real esta vez, la que da al pasillo con habitaciones y colchas y esa clase de silencio que te oye respirar.

Mi pulso golpea contra mi garganta como alguien que llama a su propia puerta desde dentro.

Detrás de Roman, Deacon se acerca a la pizarra y añade una sola línea con caligrafía pulcra bajo la lista de mañana para aquellos que se queden a dormir.

Nuez moscada.

Cruz entra tres pasos en la habitación, aparta un rizo rebelde tras su oreja y apoya la cadera contra la encimera como alguien que se acomoda para escuchar una historia.

La noche espera cortésmente la respuesta mientras me bebo el café que sabe a una festividad que aún no sé nombrar.

La verdad es que es demasiado arriesgado para mí quedarme.

Puedo ver aquí un camino infinitamente abierto de posibilidades, pero de donde yo vengo, ninguna de ellas llevará a nada bueno.

3

ROMAN

UNAS HORAS DESPUÉS

La lluvia se posa sobre el refugio en hilos suaves; el aire en el interior es denso por el humo de leña y el tenue dulzor de todos los postres que hemos comido hoy.

Marisa está en la mesa de la cocina, con la barbilla apenas lo bastante inclinada para indicarme que está sopesando su respuesta.

Quiero insistir, pero no tanto como para que salga huyendo.

La puerta trasera se abre de golpe. —Eh... ¿jefes? —Un aspirante se queda allí plantado, chorreando, con el chaleco resbalándole por un hombro—. —Tenemos una situación.

Deacon ni siquiera levanta la vista de su café. —¿De qué tipo?

—Del tipo en el que el padrino más borracho ha decidido que los barriles de bourbon se sentían solos. Está intentando pinchar uno con un cuchillo de mantequilla.

Cruz sonríe. —Vaya, maldita sea. No podemos dejar que seduzca al whisky sin supervisión.

Miro de reojo a Marisa, esperando que sonría con sorna, que tal vez me diga que me quede y envíe a los demás para que ella pueda decirme lo que quiero oír. Sus labios no se mueven.

Salimos esperando un rescate de cinco minutos.

Se convierte en un circo.

El cuchillo de mantequilla se parte.

El tipo empieza a llorar a moco tendido por haber perdido al amor de su vida. Otro barril se suelta y rueda a medio camino del arroyo, y nos hace falta a los tres para evitar que se vaya a nadar.

Para cuando hemos vuelto a poner bajo control todo el lío, ha pasado casi una hora.

El refugio está más silencioso cuando regresamos, con las sombras acumulándose en los rincones.

Mis botas dejan rastro de lluvia hacia la cocina, y lo sé antes siquiera de abrir la puerta.

Se ha ido.

Sin bandeja. Sin migas. Ni siquiera algo que me conceda la merced de fingir que solo ha salido a tomar el aire.

La cocina guarda los fantasmas que ha dejado atrás: una manga pastelera abandonada de lado, una cuchara en el fregadero con su huella dactilar tenue en el mango, un delantal doblado con las esquinas impecables.

Ese tipo de cuidado que pones cuando te vas sin dejar nota y quieres que la habitación te perdone.

Apoyo la palma de la mano en el respaldo de la silla y escucho la lluvia. La vainilla flota en el aire, más un recuerdo que un aroma.

Debajo hay calor de los ladrillos del horno, hay humo del hogar, está mi propio cuero, mi hierro y mi terquedad, y bajo todo eso está ella,

un rastro que puedo saborear en la parte posterior de la lengua si me quedo quieto en un lugar y no parpadeo.

No esperaba que se quedara. *Quería* que lo hiciera.

No es lo mismo.

El deseo es el primer pecado y el último consuelo, solía decir mi abuela; luego me ponía un rosario en la palma de la mano y me decía que me fuera a caminar para que se me pasara.

Quiero que vuelva a entrar y me diga que he interpretado mal la situación, que se ha dejado una bandeja en el horno y necesita una excusa para regresar.

La puerta no me da nada.

La noche me da el refugio que construí para contener un mundo que no pide permiso para ser cruel.

Cruz entra con paso suave con dos platos que tintinean lo justo para resultar humanos.

Los deja cerca del fregadero y apoya la cadera en la encimera donde ella estaba de pie.

Sus rizos están mojados en las puntas y huele a jabón de cedro y a humo.

—Se ha ido —dice, sin preguntar, sin acusar, simplemente soltando la verdad sobre la mesa como un cuchillo que piensas afilar más tarde.

—Se ha ido —asiento.

Deacon entra tras él con la caja de herramientas ya cerrada.

Lleva las mangas remangadas, los antebrazos manchados, su orden restaurado a un temple que tiene sentido.

Mira la silla vacía, el delantal y luego a mí. Se le da bien leer estructuras, incluidos los hombres.

—Sin nota —dice.

—Sin nota —repito.

Cruz parece un hombre a punto de decir algo amable.

Deacon parece un hombre a punto de hablar de ingeniería.

Levanto una mano para detener a ambos.

No quiero que me consuelen y no quiero un plan.

Quiero quedarme en este silencio hasta que me diga qué hace falta para merecer el sonido de su risa.

—Id a dormir —les digo—. Salimos a las seis. Quiero que la cresta esté despejada antes de que la tormenta se convierta en hielo.

Cruz me echa una mirada, luego al delantal y de nuevo a mí. —¿Quieres que revise las cámaras del sur antes de acostarme?

—Sí. Y cierra el gallinero. Cleopatra estaba organizándose.

—Siempre lo está —concluye, con una pequeña sonrisa surcando su rostro cansado—. Tiene inclinaciones sindicalistas.

Deacon deja la caja de herramientas en un estante con esa clase de atención que te hace sentir más seguro. —Harás la ronda por las habitaciones —afirma.

—Haré la ronda por las habitaciones —repito.

Me dejan con el trabajo con el que estoy casado.

Hago las rondas de la forma en que un hombre hace su cama después de una noche que no debería haber regalado.

Golpeo la puerta trasera dos veces y siento que el cerrojo responde.

Paso por el hogar y remuevo las brasas con el atizador que perteneció a un hombre que me enseñó cómo es la paciencia en las mañanas frías.

Cojo una botella y la vuelvo a dejar.

Doblo un paño de cocina con más cuidado del que requiere un paño de cocina. Apago una luz que debería estar apagada.

Dejo una encendida en el pasillo porque a la gente de aquí le gusta despertar con un pequeño detalle amable.

En la despensa, me detengo porque la estancia me obliga a ello.

El recuerdo no es una imagen.

Es una sensación, es aceptar la verdad de que la vi aquí primero, antes de que fuera caminando fatigosamente hacia las tiendas con todos esos postres, con aspecto de cierva sorprendida por la lluvia.

Ella inclinada aquí, con la cabeza baja, el cordón de su delantal rozándole la parte baja de la espalda, la línea plateada de un cuchillo mientras se deslizaba bajo una rodaja de naranja escarchada para instarla a alinearse con sus hermanas.

Yo me había quedado en el umbral y había pensado que así es como reza una persona cuando no cree que nadie la esté escuchando, y me había dado la vuelta porque en mi pecho no había sitio para eso.

En la mesa de preparación aguarda una servilleta, doblada con unas esquinas tan exactas que se traduce en un lenguaje que entiendo.

El papel huele ligeramente a canela.

Su nombre aparece en la primera línea con el tipo de caligrafía que discute con su propia pulcritud.

Debajo, un número.

Sin mensaje, ni siquiera una mentira sobre devolver la bandeja.

Un regalo que le das a un hombre en quien no confías, lo que equivale a decir un regalo que le das a un hombre en quien quieres confiar a pesar de que sabes que no deberías.

Me siento.

La silla cruje como lo hacen todas las sillas honestas.

Sostengo la servilleta entre dos dedos y me siento estúpidamente enorme.

Pienso en los santos de mis costillas y en los demonios con los que luchan.

Pienso en el rosario tatuado en mi clavícula por todos los hombres que no regresaron para colgar allí uno de verdad.

Pienso en la forma en que no le temblaron las manos cuando el generador tosió y las luces de la carpa parpadearon.

Pienso en cómo alimentó a desconocidos y desapareció antes de que el agradecimiento pudiera alcanzarla.

Me digo que anotó el número para Cruz y me digo que anotó el número para Deacon y luego me digo la verdad: que no me importa para quién creía que lo escribía porque estoy sentado aquí con él en la palma de la mano como un pecado que volvería a cometer un día de flaqueza.

Doblo la servilleta una vez porque un hombre no debería quedarse mirando algo que no puede mejorar, y luego me la guardo en la cartera.

Cierro el cuero sobre ella y lo vuelvo a guardar todo en su sitio, lo suficientemente cerca para que duela cuando me sienta demasiado rápido.

—Saint —llama Deacon desde el pasillo—. El sur está asegurado.

—Bien —respondo—. Duerme.

Me quedo sentado con el aroma a canela y lluvia mucho tiempo antes de irme por fin a la cama.

Cuando consigo dormir, sueño con posos de café, una cáscara de naranja retorcida y la nuca de una mujer.

Al despertar, desenvuelvo el día de la forma en que un luchador se desenvuelve las manos después de un combate que no ha perdido y que no llama victoria.

La semana rueda como un neumático con un clavo clavado. Se mueve, aguanta, pierde aire por los bordes.

Recorremos las carreteras de la cresta porque la nieve se queda en las sombras allá arriba mucho después de que el valle la olvide.

Cruz divide su tiempo entre el botiquín y la cocina, porque un hombre que es tierno con las heridas también lo es con la sopa.

Deacon desafía con la mirada a un generador que roba voltios por las mañanas y lo amenaza con un tipo de fuego diferente.

Isla, la hija de Cruz, vuelve del colegio con un copo de nieve recortado que parece una estrella que ha explotado y me dice que no tengo permiso para pegarlo con cinta al armero porque su profesora dice que el arte no debe tener miedo.

Por la noche me quedo en el porche con un cigarrillo que no enciendo y una plegaria que no admito.

Saco la servilleta y la vuelvo a guardar.

Escribo su nombre en mi teléfono y dejo que las letras se queden ahí como tinta húmeda. No le doy a enviar.

Soy un hombre paciente para la mayoría de las cosas.

Para esto, finjo serlo.

Vamos al norte a por repuestos y nos tropezamos con un ayudante del sheriff que me debe un favor aunque nunca lo diga.

Vamos al sur para comprobar una tregua con hombres que nunca aprendieron a mantener la boca cerrada durante el silencio.

Me siento con los veteranos que recuerdan cuando nuestro parche pertenecía a una sección más grande y cuando corté nuestros lazos con un funeral, un incendio y la promesa de que me ganaría el respeto que perdimos caminando más erguido y mordiendo más fuerte.

Me miran como a un hijo que les trajera un abrigo en invierno y pusiera un precio elevado a las mangas.

Me llaman Saint y dejo que lo hagan.

La broma ya era vieja cuando me la pusieron. No soy un hombre santo. Soy un hombre que lleva la cuenta.

Una semana se convierte en un mes de una forma que finjo no notar.

Un martes tomo el camino largo hasta el mirador de la Ruta 28 porque la cresta conserva el frío hasta tarde y soy un hombre al que le gusta un lugar vacío para asentar sus pensamientos mientras sigue en movimiento.

El aire huele a polvo de roca y al aliento del invierno.

El valle parece lo bastante limpio como para bebérselo.

Me detengo, apago el motor y me quedo sentado mientras la moto chasquea por el calor.

Saco el teléfono sin planearlo y escribo su nombre en los contactos.

Cuando lo guardé hace todas esas semanas, puse un pequeño emoji de un terrón de azúcar porque no estoy por encima de las bromas privadas conmigo mismo.

Mi pulgar se cierne sobre el campo de mensaje.

Escribo tres palabras y las borro.

Escribo dos y las borro.

Escribo una y decido que es demasiado suave para mi boca.

Un cuervo aterriza en el quitamiedos y ladea la cabeza como un juez.

Guardo el teléfono porque hoy no se me está juzgando.

De vuelta en el refugio, los días son uniformes y afilados.

Arreglamos lo que los hombres rompen.

Alimentamos lo que el hambre deshace.

Lavo la vieja cocina de esmalte con vinagre y pienso en su mano volando sobre la masa como si hubiera conocido esta cocina más tiempo que una tarde.

Encuentro un pétalo azucarado en el cajón equivocado y lo pongo en el estante alto donde viven las reliquias extrañas.

Un perno de mi primera moto.

Una canica que Isla jura que cayó del cielo.

Una fotografía de tres hombres en un día de verano tan brillante que duele recordar lo confiados que estábamos.

Miro hacia el pétalo y considero comérmelo solo para terminar la frase.

Decido que algunas frases son mejores cuando dejas que queden suspendidas.

No soy el único en esto.

Cruz se empeña en usar su truco de las cáscaras de naranja en su café nocturno y luego deja la taza en la encimera donde yo la veré y gruñiré.

Deacon anota el libro de cocina que ella sostuvo con notas estructurales escritas tan nítidas que podrías diseñar un puente con ellas.

Rodea con un círculo una receta de biscotti y escribe *load bearing* en el margen.

Isla pregunta a dónde se fue la señora que se ríe con la barriga, y le digo que a Brooklyn, porque un niño siempre debe obtener un lugar real incluso cuando la verdad es que no lo sé y no me gusta no saberlo.

En la noche de póker en la trastienda me lo echan en cara porque a los hombres les gusta presionar el moratón.

Cruz reparte y echa un vistazo sobre sus cartas.

—¿Vas a llamar a la chica o a fundar un santuario? —pregunta.

La mesa sonríe como una banda de ladrones.

Enciendo un cigarrillo que no tengo intención de terminar y le lanzo la mirada que le lanzas a un hombre al que no vas a dar un puñetazo porque él te hace la colada.

—No soy un niño —le digo—. Yo no persigo.

Deacon levanta su cerveza y estudia la etiqueta como si fuera un mapa. —No hace falta que persigas —dice—. Lo que hace falta es que abras una puerta.

—Es lo mismo —digo.

—No si ella ya está esperando al otro lado —responde él.

Jugamos.

Pierdo una mano a propósito porque los hombres se ponen nerviosos cuando la casa gana con demasiada limpieza.

Gano una que no debería porque la mesa ha olvidado que mis muertos están tatuados en mí y que yo cuento por medio de cartas.

Me voy a la cama con la servilleta bajo la almohada como un adolescente con una revista de contrabando, y la parte de mí que sobrevivió más allá de los veinte niega con la cabeza y deja que así sea.

Hay bromas en nuestro mundo y hay reglas.

Las bromas evitan que se te cierre el pecho.

Las reglas te mantienen vivo.

Mis hombres conocen ambas.

Sin mentiras. Sin abandonos. Sin daño a mujeres ni niños.

Cuando un aspirante suelta una impertinencia delante de una mujer, lo pongo a correr seis kilómetros bajo la nieve y luego me siento con él mientras come gachas de maíz para que aprenda a cerrar la boca con dignidad.

Cuando un antiguo rival hace circular un rumor de que me he ablandado, envío a Deacon con una cesta de regalo y un mensaje que el hombre escucha hasta en los huesos.

Cuando las gallinas deciden que el porche trasero les pertenece, me hago a un lado porque hay batallas por las que vale la pena luchar y otras que dejas ganar a un pájaro.

Quiero decirme a mí mismo que el dolor remite con el trabajo.

No es así.

Se tensa hasta convertirse en una pequeña perla de cristal alojada bajo la piel.

Aprendes a dejar de tocártela a cada hora.

No olvidas que existe.

Ciertas tardes, cuando la nieve empieza de nuevo y la carretera brilla como una hoja, saboreo el cardamomo en una cuchara fantasma y pienso en una chica que manejaba el azúcar como si significara algo.

Esta noche dejo mis llaves en la mesa del pasillo y me dirijo hacia el garaje porque una correa de la segunda moto ha estado susurrando cuando debería ronronear.

La casa ha pasado a su estado de hora tardía; nada ruidoso, nada muerto, de la forma en que se ponen los lugares cuando han sido habitados tanto tiempo que saben cómo evitar que tropieces.

Paso por delante de la despensa y mi hombro se levanta solo, esa cosa animal que hace un cuerpo cuando recuerda haber estado cerca del calor.

Miro dentro porque no soy un cobarde.

El espacio está limpio.

Los estantes están alineados como soldados.

El tarro de palitos de canela se ha reducido a un puñado.

Hay una mancha en la mesa de preparación que no vi antes y me descubro limpiándola con el talón de la mano, como si cualquier rastro de ella tuviera que ser limpiado por mí y no por un trapo.

Sigo caminando.

La puerta del garaje tiene un halo de frío a su alrededor.

Pongo la mano en el pomo y siento que la habitación espera.

La lluvia repiquetea. En algún lugar, una gallina se mueve en su gallinero y se queja del estado del mundo.

Sobre el marco de la puerta cuelga una vieja medalla de San Cristóbal, abollada y obstinada.

La toco porque es una costumbre que tengo cuando nadie mira y porque mi abuela me daría un golpe con una cuchara de madera si me viera ignorar una bendición a mi alcance.

Entonces hago lo que no me he permitido hacer, porque a veces es peor moverse que quedarse quieto.

Saco mi teléfono del bolsillo sin decirle a mi mente lo que estoy haciendo.

Se despierta ante su nombre como un perro que ya conoce la correa.

Mi pulgar abre el campo de mensaje.

El teclado aguarda como un desafío que estoy cansado de ignorar.

Hay cien cosas que los hombres dicen cuando quieren fingir que no querían decir nada.

Hay tres cosas que los hombres dicen cuando lo dicen de verdad.

Escribo y, por una vez, no elimino la verdad de la frase antes de que pueda respirar.

4

MARISA

UN AÑO DESPUÉS, BROOKLYN

Brooklyn se despierta como un gato viejo, lento y un poco gruñón.

La trattoria de abajo golpea las sartenes y discute en un italiano que huele a ajo.

El radiador hace tictac. Vapor en la ventana.

Estoy descalza, con un delantal puesto y ralladura de naranja bajo las uñas, alineando cucharas de degustación junto a una rejilla de enfriamiento llena de hogazas.

Mi móvil vibra con dos llamadas perdidas de Nico y un mensaje de mi tía sobre las chicas buenas y la misa de Navidad.

Silencio el teléfono, enderezo una pila de cajas de pastelería y me digo a mí misma que el día será tranquilo.

Unos pasos suben por mis escaleras. Pesados en el borde exterior. Una pausa. Tres golpes que suenan a alquiler vencido.

Abro la puerta porque me enseñaron a ser educada.

Mi hermanastro Cristiano Nico Conte llena el marco de la puerta, con las mejillas sonrosadas por el frío y nieve atrapada en los puños de una chaqueta que se niega a abrochar.

—He traído magdalenas —dice, pasando ya por mi lado.

Deja una bolsa de la compra sobre mi encimera y se limpia las palmas en los vaqueros como si la generosidad fuera un trabajo. —Eso de jugar a ser chef debe de impedirte comer.

—Jugar —repito, mientras preparo un plato. Mi voz se mantiene serena. Apilo las magdalenas como si fueran pruebas incriminatorias —. Cocina equivocada.

Arrastra una silla y se sienta sin preguntar.

Se echa hacia atrás y ocupa un espacio que no le pertenece. —Estás perdiendo el tiempo con un delantal cuando podrías estar sentando la cabeza.

Aliso el borde de mi paño y le sostengo la mirada. —Me gusta mi delantal. Paga mi alquiler.

Manosea el envoltorio de papel, dejando caer migas al suelo. —Un buen hombre no querrá a una mujer que aparezca en el calendario de catering de todo el mundo.

—Un buen hombre deja propina y consulta su propio calendario —digo, deslizando el plato hacia él y manteniendo mi mano encima hasta que levanta la vista.

Él resopla y alarga la mano de todos modos. —Mamá lloraría si viera cómo vives.

—Mi abuela horneaba para la iglesia y le decía al cura cuándo se pasaba de la raya —digo, constante como un metrónomo—. Lloraría porque has traído magdalenas de supermercado.

Él muerde y mastica como si la magdalena lo hubiera ofendido. —Antes eras dulce.

Sonrío sin mostrar los dientes. —Sigo siendo dulce. Solo que no dejo que los hombres den bocados sin preguntar.

Sus labios se aprietan en una fina línea de desaprobación y vuelve a meter la magdalena a medio comer en la bolsa. —Es un pasatiempo, Marisa. No una vida.

Camino hacia la puerta y rodeo el pomo con los dedos. —La puerta hace muy bien su trabajo. Mira.

Se levanta tan rápido que las patas de la silla chirrían. —La familia no puede dar ni un consejo.

—Un consejo no es una orden de desahucio. No puedes imponérmelo. —Abro la puerta y él pasa por mi lado a empujones. Su chaqueta golpea el romero en el alféizar.

La maceta salta, golpea la baldosa y se agrieta de arriba abajo por un lado.

Los dos la miramos.

Él no se disculpa. —Simbólico —digo con sorna, arrodillándome para unir las piezas con dos dedos—. Llegas armando jaleo y me dejas a mí barriendo.

Él murmura algo sobre el respeto y baja las escaleras pisando fuerte.

Cierro la puerta y el pestillo encaja con un clic.

El apartamento exhala y yo, a mi vez, inhalo la familiaridad del café y la cáscara de naranja y lo que sea que quede de mi orgullo después de una mañana discutiendo con la familia.

El radiador tabletea sin convicción.

La ventana sobre el fregadero se empaña cuando respiro sobre ella, luego se aclara lo suficiente como para mostrar un trozo de cielo invernal del color del peltre.

Añado hielo al café frío porque me gusta su toque limpio, y porque un hombre muy grande y muy testarudo de las montañas lo odia, lo cual es razón suficiente para mantener el ritual.

Puedo verlo en mi mente con tanta facilidad que parece un recuerdo ocurriendo en tiempo real.

Roman se cruza de brazos, mira el vaso y dice que el espresso es el único sistema aceptable de suministro de cafeína, después procede a preparar una tacita que podría dar energía a un camión y me la entrega con una mirada que dice que hay una forma correcta de vivir.

Doy un sorbo y envío una foto del café frío a nuestro chat con un mensaje que dice: *una bebida perfectamente respetable*.

Los puntos de escritura aparecen, desaparecen, aparecen de nuevo.

La respuesta de Deacon llega primero, un simple cuadro negro que significa que se está riendo de esa manera que no perturba la superficie del agua.

Luego una foto de un tarro de cristal en un estante con una nota adhesiva que dice *totalmente no es café frío, no beber*, y una marca de tiempo de las dos de la mañana.

Puedo oír su voz sin que el teléfono me diga nada.

Lo prepara todas las noches, simplemente para ver a Roman despotricar, luego se lo bebe con una calma sacerdotal que hace que a Roman le tiemble el ojo izquierdo.

Roman finalmente responde con una calavera, luego una tacita, luego una segunda calavera. Sonrío al vaso.

Cruz envía una foto de su hija Isla con un jersey de estrellas, sosteniendo un batidor como si fuera un cetro.

Debajo escribe: *la reina decreta que ambos están permitidos si hay galletas, y el decreto tiene huellas de glaseado*.

Sonrío ante la foto de una forma que hace que se me arruguen las comisuras de los ojos, porque Isla es ese tipo de niña; todo amabilidad y sentimientos rápidos, algo notable teniendo en cuenta cuánto tiempo ha pasado desde que su madre falleció.

Ese es el tipo de año que ha sido.

No a diario, nunca constante, pero estable como la forma en que las montañas sostienen un horizonte.

Contactos que saben a azúcar y humo, mensajes largos sobre nada que dicen más de lo que admiten.

Una foto de nieve fresca sobre una viga de madera.

Una receta compartida. Una canción. Una llamada tranquila cuando estoy despierta hasta tarde preparando masa y algún otro está fuera recorriendo una carretera fronteriza bajo un clima por el que el resto del mundo ha decidido dormir.

El dolor entre nosotros se suaviza, luego se agudiza, luego decide ser paciente de nuevo.

Aprendo cómo toma cada uno el café y qué comerían de desayuno si se les dejara a su suerte.

Roman no admitirá que le gustan las tortitas, pero se las come sin rechistar si hay suficiente ralladura de limón en la masa.

A Deacon le gustan los huevos poco hechos y las tostadas quemadas porque afirma que saben a honestidad.

Cruz guarda una receta de mole tras un ladrillo falso en la despensa del refugio, como una puerta secreta en un cuento.

Jura que el día que yo lo prepare culminará en la mejor comida de su vida.

A lo largo del año también aprendo el ritmo de su mundo, no por las películas ni por las conjeturas de nadie.

Los Black Jackals no escenifican el caos.

Se rigen por reglas impresas sobre la puerta del refugio como si fueran una liturgia.

Sin mentiras. Sin abandonos. Sin dañar a mujeres o niños.

Se rigen por mañanas tempranas con las motos al ralentí en fila y tazas puestas sobre la barandilla para que el vapor se eleve contra la escarcha.

Se rigen por una lealtad que es silenciosa hasta que necesita ser ruidosa.

No son santos y no pretenden serlo, aunque uno de ellos lleve el nombre y todo el peso que conlleva.

Se encargan de cosas que no se pueden solucionar llamando a la policía, y alimentan a sus vecinos cuando se caen las líneas eléctricas.

Beben café solo como un sacramento y cuidan de las gallinas viejas como si Cleopatra y su legión fueran un gobierno aparte con poder de veto.

Limpio la encimera como alguien que restaura el orden en una línea de costa.

El romero está mustio en su arcilla agrietada.

Lo rescato con cuidado, sacudo la tierra suelta en un cuenco de mezcla y encuentro un viejo bote de esmalte al que le falta la tapa que servirá de nuevo hogar.

Sustrato fresco, una pizca de posos de café, dos dedos para apisonar las raíces, un chorrito lento de agua hasta que la superficie se vuelve oscura y brillante.

—Tú y yo estamos igual —le digo, atando un trozo de cordel alrededor del bote como si fuera una venda.

La aplicación de catering suena.

Entrega festiva, a un par de horas de la ciudad, buena paga, urgente.

Acepto porque el trabajo es mi iglesia y porque quiero el sonido de mis cuchillos más que el de las opiniones de nadie.

La recogida es limpia. El menú es mío.

El cliente es anónimo a través de la aplicación, como suele pasar cuando un organizador de eventos subcontrata un trabajo, así que cargo los contenedores térmicos, deslizo las bandejas en su lugar como niños en sus camas, coloco el stollen en una cesta forrada con un paño rojo y le digo al frío que me espere.

A media tarde, el cielo ha pasado del peltre al acero.

La nieve aún no es dramática.

Zumba en los bordes como una conversación que la ciudad ha decidido tener sin mí.

Canto para mis adentros mientras conduzco hacia el norte por carreteras que recuerdan cómo solía ser el invierno, viejos temas de Dean Martin que aprendí amasando masa en noches de insomnio.

Mis manos se mueven al volante e intento no pensar en dos manos que saben cómo arreglar un generador y otra que sabe cómo consolar a un niño que llora y una tercera que sabe cómo presionar un rosario en una palma y hacer que se sienta como penitencia y permiso al mismo tiempo.

North Hollow Road serpentea bajo los pinos.

El GPS pasa de mandón a estar en blanco allí donde los altos árboles endurecen el aire.

El refugio aparece como la primera vez, tras una línea de árboles y de repente todo a la vez, un cuerpo oscuro bajo la luz de la nieve.

Esta noche, todo el lugar está envuelto en guirnaldas y pespunteado de oro por los farolillos del porche.

Me detengo y observo cómo mi propio aliento sale de mi cara y desaparece.

Mi corazón tropieza como si hubiera olvidado pasos que aprendió y ensayó en la ciudad, donde nada de lo que deseo parece estar permitido.

Me digo que es solo una entrega. Solo comida. Solo una puerta por la que no volveré a pasar con el corazón en la mano.

Levanto el primer contenedor y su calor besa mi abrigo.

La madera del porche enfría mis plantas como la piedra.

La puerta se abre antes de que pueda llamar y Cruz está allí con Isla en brazos; ambos me sonríen como si yo hubiera inventado el azúcar.

Isla está más grande que en la última foto, con una mella en los dientes y fiera, el pelo es una maraña de rizos color café bajo un gorro de punto con un pompón en la parte superior que sugiere que una bola de nieve se ha instalado allí permanentemente.

Agarra con fuerza el cuello de Cruz y se inclina hacia mí, aunque solo me ha visto antes en videollamadas.

La calidez es bienvenida e increíblemente dulce, por no mencionar que es *fantástica* para mi alma.

—Has venido —anuncia, como si hubiera sido preestablecido por una pequeña reina.

—He traído stollen —digo solemnemente, porque conozco mi lugar.

Se inclina más. —¿Tienes del que tiene trocitos de naranja que saben a sol?

—Lo tengo. —No puedo evitar que la sonrisa se extienda por mi cara y se quede ahí.

Los ojos de Cruz hacen ese gesto suave que hacen cuando está contento con el mundo. —Hazla entrar antes de que se congele —dice—. Me refiero a ti, no al stollen, aunque los respeto a ambos.

Entro en un ambiente de calor, canela y humo de leña.

Huele a un hogar que no sabía que se me permitía desear.

Deacon está en el pasillo con una carpeta y un lápiz, leyendo las etiquetas de los contenedores como si estuviera inventariándome a mí junto con la comida.

Lleva una camisa con las mangas remangadas hasta los codos y parece exactamente un problema resolviéndose solo.

—No hacía falta que vinieras tú —dice sin saludar, luego me mira a los ojos y añade—: me alegro de que lo hayas hecho.

—Acepté el trabajo a través de la aplicación —le digo—. No sabía que era para vosotros.

—Nosotros sí —responde él, lo cual es estrictamente cierto si das un rodeo.

Cruz se ríe y el sonido llena la entrada como el calor. —Puede que alguien haya usado a terceros para ahorrarte la decisión de fingir que somos desconocidos —dice—. Considéranos tu acto festivo del destino.

Roman aparece entonces con un movimiento que puedo sentir antes de percibirlo.

Sale de la sombra hacia el umbral de la cocina, y la luz lo recibe con sospecha y luego con aprobación.

Parece el mismo y parece diferente porque ha pasado un año y yo he rellenado los huecos con mensajes y fotos y con la forma en que

un hombre puede hacerse más grande en tu mente cuando te cuidas de no decirle a nadie que vive allí.

Ve los contenedores y luego a mí, lo que se siente como ser contada y luego ser nombrada.

Él no sonríe.

Sus ojos bajan hasta mi boca, luego regresan a mis ojos como una regla que cumple incluso cuando nadie mira.

—Llegas tarde —dice. Su voz es seca. Su boca no lo traiciona.

—¿A qué? —pregunto, porque me gusta fingir que no lo entiendo. Me da un segundo para respirar.

—Para el café por el que estamos a punto de discutir —dice, y la comisura de su boca se eleva una fracción antes de corregirse.

La cocina está tal como la dejé en mi mente.

La misma vieja cocina esmaltada que echa humo por el quemador trasero pero hace el mejor pan de maíz.

La misma mesa larga marcada por cuchillos y risas.

La misma lista de la compra en la pizarra con «más beicon» subrayado dos veces.

Un termo está sobre la encimera con condensación en el costado.

Roman lo mira como un hombre que se plantea si desterrar a un pecador.

Deacon desenrosca la tapa con una calma reverente y sirve.

El olor del café frío asciende.

Roman emite un sonido entre un suspiro y una oración pidiendo paciencia.

—Haces esto para castigarme —dice.

—Lo hago porque eres predecible. —Deacon da un sorbo sin parpadear.

—Blasfemia —replica Roman.

—Es café —responde Deacon, con una voz lo bastante suave como para ser un filo—. No estamos en misa.

Cruz se apoya contra la encimera, sienta a Isla en un taburete con la promesa de que habrá galletas y abre el contenedor con un gesto teatral. —Ha traído las patatas buenas —dice—. Se puede oler el romero desde aquí.

—También tengo ternera braseada, zanahorias especiadas y una ensalada que quiere que se la tomen en serio. —Saco los recipientes —. Por favor, fingid que no veis la bandeja extra de bocaditos de pacana al bourbon.

—Nunca fingimos no ver bocaditos de pacana al bourbon —dice Cruz solemnemente.

Inclina la cabeza hacia la despensa con una naturalidad exagerada. —No hay nada detrás del tercer ladrillo a la izquierda, y si lo hubiera, sería mío, y si probara una canela que no fuera la mía, fingiría que no lo he hecho.

—No sé de qué estás hablando —digo, igualmente solemne—. Yo nunca ajustaría la receta secreta de un hombre por una cuestión moral.

Sin embargo, si alguien equilibrara la canela con un suspiro, esa persona estaría en lo cierto.

Roman nos observa y la tormenta de sus ojos se calma un grado.

Baja la vista hacia mis manos como si contara los pequeños temblores, luego aparta la mirada no porque no vea, sino porque sí lo hace.

Deacon marca los recipientes en su carpeta con un placer que no anuncia.

Cuando llega al stollen, hace una pausa.

—Esto debería estar en la portada de algo —dice.

—Debería estar en tu boca —le respondo—. Luego en la portada.

Trabajamos en un silencio compartido que guarda bromas como canicas en un bolsillo.

Yo organizo el bufé, Cruz pone los platos como un hombre que puede convertir una mesa en una bienvenida con dos gestos, Deacon ajusta los calientaplatos y finge no sonreír cuando Isla roba una zanahoria y dice que es para practicar; Roman mueve las cosas pesadas sin que se lo pidan.

Gente de las cabañas vecinas entra con las mejillas rojas por el frío y besos que aterrizan en las frentes.

Alguien enchufa una tira de luces de Navidad con forma de motos diminutas y la cocina les perdona lo cursi.

No tengo intención de quedarme.

Me digo a mí misma que me iré en cuanto las bandejas estén vacías y la última persona se lama el azúcar de un pulgar.

Me digo que volveré conduciendo a mi apartamento y dormiré con el móvil boca abajo.

Me digo que soy soberana y práctica y que no me inclinaré ante nadie que pudiera retenerme.

Entonces la nieve decide convertirse en una idea, no solo en clima.

Se espesa y empieza a caer de una forma que estrecha el mundo.

Deacon observa el porche e inclina la cabeza como hace cuando estudia la línea de un tejado.

—La carretera se helará pasadas las cinco. —Lo dice como un hecho que ya consta en los libros.

—Podemos llevarte hasta la autopista —se ofrece Cruz, con la punta de un dedo bajo la barbilla de Isla mientras le anuda la bufanda con la suave destreza de un hombre que ha hecho mil nudos pequeños.

Roman niega con la cabeza.

Él no convierte los problemas en promesas. —Si el coche patina, la autopista es un mal lugar para aprender a rezar —dice. La frase es sencilla. Es un cuidado disfrazado de reprimenda.

Soy demasiado honesta conmigo misma como para interpretar el papel en el que protesto con lógica.

Quiero quedarme.

Quiero ver caer la noche sobre los pinos y despertarme con el olor de un café que sepa a una pelea que puedo ganar.

Llevo una bolsa de viaje en el coche porque, tras la pelea con Nico, no quería dormir bajo el mismo techo que mi propia rabia.

La conveniencia de este hecho me avergüenza por exactamente un segundo, luego deja de avergonzarme por completo.

Deacon dice que hay un cuarto pequeño en la segunda planta que es fácil de calentar.

Cruz dice que traerá mantas extra que huelen a cedro y a viejos inviernos.

Isla me dice que mis trenzas deberían estar más apretadas si quiero ser rápida en una guerra de bolas de nieve.

Roman no dice nada en absoluto.

Se queda de pie con las manos en los bolsillos y puedo sentir el «sí» al que no me obligará.

Asiento, y no es un asentimiento pequeño.

Es un asentimiento que abre una puerta dentro de mi pecho y deja que el frío de allí dentro se encuentre con el calor de aquí fuera.

—Voy a por mi bolsa. —Me dirijo a la puerta antes de cambiar de opinión de alguna forma más sutil que me hiciera desear haber sido más valiente.

Fuera, el aire muerde con dientes limpios.

El terreno ya es de un blanco poco profundo.

Mi aliento se eleva y se rompe.

Abro el maletero y agarro la bolsa de viaje que eché esta mañana cuando pensé que podría necesitar distancia de mi propia cocina.

La cremallera se engancha, luego obedece.

Vuelvo a entrar a través de una cortina de nieve que hace que el porche parezca un escenario con malos efectos especiales.

Dentro del refugio reina el crepúsculo y el oro; la luz se desplaza por las paredes como si alguien le hubiera dicho que fuera amable.

Voces llegan desde la cocina, bajas y agradables.

Puedo oír a Deacon insistiendo en el número correcto de mantas para una habitación que tiene una corriente de aire que yo no notaré.

Cruz se ríe como si la corriente y las mantas y las galletas fueran todo parte del mismo plan.

Isla canta algo que rima con «galleta» y hace que Roman diga «que Dios me ayude» por lo bajo.

Llevo la bolsa por el pasillo que recuerda mis pasos.

Me digo que es solo hasta mañana.

Me digo que la frase es útil y no una mentira.

Puedo irme con la cabeza alta y el corazón intacto si uso una puerta en lugar de una ventana.

Roman aparece justo cuando doblo la esquina, entrando en el estrecho pasillo al mismo tiempo que yo.

Está tan cerca que el aire que acabo de inhalar no puede ser del todo mío.

Huele a humo y a algo más cálido, como cedro después de la lluvia. La luz hace de sus ojos una aleación que no puedo catalogar.

Observa la bolsa y la forma en que mi mano se aprieta en el asa antes de que pueda fingir.

Su voz suena baja, como si no pudiera creer que me haya decidido al respecto. —Así que, esta vez, ¿de verdad te quedas?

5

CRUZ

Capto la forma de su boca desde el otro lado del salón, la pequeña y valiente curva de sus palabras.

Sí, voy a quedarme.

Sus palabras aterrizan en mi interior como una brasa resguardada entre dos palmas. Roman no se mueve.

Él nunca revela más de lo que permite un suspiro.

Deacon mira por encima del hombro de ella hacia la ventana, donde la nieve arrecia; su mente ya está calculando cómo se asentará la noche a nuestro alrededor.

Apoyo la mano en el respaldo de una silla para evitar hacer alguna tontería, como cruzar el espacio que nos separa y levantarla en vilo.

La tormenta presiona su rostro contra el cristal.

Los pinos lucen la escarcha como si fueran coronas.

En el interior, el refugio se asienta en ese momento tierno del día en el que los platos están calientes y las risas fluyen quedas. La cena no es elegante, pero es perfecta.

Pollo asado con su jugo y romero, zanahorias estofadas con piel de naranja, patatas crujientes hechas en la sartén de hierro fundido y saladas de tal forma que la piel canta cuando los dientes la rompen.

Ella ha traído un stollen que sabe a recuerdos empapados en ron y buenas decisiones.

No dejo de buscar excusas para pasar por detrás de su silla, para dejar otro plato, para rozar el respaldo con dos dedos como si la madera pudiera decirme en qué está pensando.

Isla se ancla al lado de Marisa como si todos hubiéramos estado de acuerdo con la disposición de los asientos sin decir una sola palabra.

Mi niña habla con las manos, con un bigote de migas brillante sobre el labio superior y los ojos resplandecientes cada vez que la miro. Tiene cinco años, pero parece que lleva aquí toda la eternidad.

Le pregunta a Marisa si los ángeles hornean y, de ser así, si usan vainilla de verdad o si en el cielo tienen algo mejor.

Marisa le dice que no hay nada mejor que la vainilla de verdad, lo que le vale un asentimiento solemne.

Deacon come despacio, catalogando las especias como si fueran elementos estructurales de una catedral.

Roman se sienta donde puede ver la sala y la puerta, un hábito del que no puede desprenderse, y observa sin parpadear cada vez que Marisa se ríe.

Los hombres de la granja vecina terminan sus platos, se dan palmaditas en la espalda y se dirigen a sus cabañas con el estómago lleno y los rostros rubicundos.

Un aspirante pregunta si debe sofocar el fuego o dejar que siga ardiendo.

Le digo que deje que siga.

La vieja estufa de la cocina chasquea a medida que se enfría.

Las lámparas parpadean una vez, satisfechas de sí mismas.

Vierto agua en un vaso y lo pongo al alcance del codo de Marisa.

Ella lo coge sin mirar, lo cual significa que confía en mí, o que me muevo como si fuera un mueble más.

Espero que sea lo primero.

Después de cenar, Isla se desliza de su silla y anuncia que es hora de las cartas.

Señala la mesa junto al fuego con el mando de una reina y añade una reverencia, como si recordara que solíamos llamar al refugio «Casa de la Defensa del Cupcake» cada vez que el invierno se ponía difícil.

—Cartas junto al fuego —dice ella—, y rondas de penalización.

Su idea de la justicia incluye nubes de azúcar y vergüenza pública. Me parece perfecto.

Los chicos sacan la caja abollada.

Alguien saca whisky de miel de un armario que debería estar cerrado bajo llave pero que nunca lo está. Inclino la botella, sirvo con moderación y busco la mirada de Marisa.

—¿Juegas? —le pregunto.

—Trabajo —responde ella, mirando hacia las bandejas como si pudieran dar un golpe de Estado en su ausencia.

—El trabajo puede esperar —le digo, y luego bajo la voz—: No jugaremos por nada que no puedas permitirte perder.

Su boca se curva, primero dubitativa y luego con seguridad.

Ocupa el asiento a mi lado.

Isla se sube a la silla al otro lado de Marisa, con ese tipo de ascenso que empieza con ambos pies y un gruñido decidido.

Roman se queda en su silla cerca del hogar, sin unirse al juego, pero sin marcharse. Deacon baraja como una máquina y reparte sin florituras.

Primero blackjack, algo sencillo y limpio.

Pido carta con dieciséis, lo cual es cuestión de fe o de estupidez, y saco un cinco. Deacon se retira con una mano decente porque dice que se niega a ganar por suerte.

La mesa se queja.

Marisa estudia sus dos cartas, se coloca un mechón de pelo tras la oreja y golpea el fieltro con la punta del dedo para plantarse.

Su mano es un veinte perfecto.

Cuando la voltea, el vítor que se alza es más fuerte de lo que la victoria amerita. No se trata de las cartas.

Se trata de cómo se le ensanchan los hombros cuando armamos jaleo por ella.

Isla se aburre de las reglas de los adultos después de dos rondas.

Declara que ahora jugaremos al póker navideño, que es un invento suyo y, por lo tanto, despiadado.

Apostamos con bastones de caramelo. Si te retiras en el momento equivocado, te bebes un chocolate caliente en un vaso de chupito e intentas mantener la cara seria. Si pierdes ante un farol, aceptas un desafío.

Los desafíos están escritos en papelitos que Isla ha doblado como si fueran galletas de la fortuna.

Van desde lo inofensivo hasta lo ridículo.

Mi primera pérdida es a propósito, porque un salón necesita reírse de un hombre que sabe cantar.

El desafío me ordena ejecutar la nota alta de Mariah Carey mientras me arrodillo ante el árbol.

Hago lo que puedo, que no es mucho, y los hombres aúllan. Marisa se ríe contra su palma, con los hombros estremecidos y los ojos apretados.

Perdería veinte manos solo por volver a oír ese sonido.

La boca de Roman se suaviza, la prueba más pequeña de que está escuchando incluso cuando no está jugando.

Deacon parece no tener debilidades en las cartas y, sin embargo, se ve obligado a beberse tres vasitos de chocolate con vodka y nubes porque no se cree la cara de farol de Isla.

Ella se lo toma como algo personal.

Él intenta explicarle algo sobre los gestos delatores y las probabilidades.

Ella le dice que elija un desafío.

El desafío le obliga a llevar el delantal de gallina de ganchillo durante dos manos. Se lo pone sin protestar.

La sala decide que tiene un aspecto distinguido.

Jugamos hasta que la economía de los bastones de caramelo colapsa.

La pila frente a Marisa crece y disminuye con ritmos que arruinarían a una persona menos paciente.

No se muestra insegura, simplemente está aprendiendo cuándo arriesgarse y cuándo volver a guardarse la alegría en el pecho para más tarde.

Estudio su rostro como quien estudia un mapa.

Cada vez que su sonrisa se vuelve cálida y perdura, mis costillas se relajan.

Cada vez que se desvanece, quiero volver a ponerla donde corresponde.

La tormenta exhala un largo suspiro sobre el tejado.

La puerta del gallinero se oye golpear mientras Cleopatra la pone a prueba y decide que es digna.

Un aspirante suelta un taco en voz baja junto a la puerta trasera, mientras se quita la nieve de las botas y luego deja fuera el frío con una tos de disculpa.

El refugio respira con nosotros, grande, viejo y compasivo.

La cabeza de Isla se ladea.

Se apoya contra el brazo de Marisa y parpadea como un gato ante una ventana soleada.

La habitación se suaviza en los bordes, como sucede cuando ya es casi hora de acostar a los más pequeños.

Me pongo en pie y le tiendo las manos.

Viene a mí sin quejarse, con su jersey demasiado grande balanceándose.

Los dedos de Marisa acarician el pelo de Isla al pasar.

Es un gesto cuidadoso. Hace que sienta el corazón demasiado grande para caber bajo la camisa.

Arriba, el pasillo está cálido y en penumbra.

Las mantas huelen a cedro e invierno.

Acomodo a Isla en la cama, le pongo la llama bajo el brazo y tarareo hasta que su respiración se asienta en ese ritmo suave y constante que tanto me gusta.

La lámpara parpadea.

Una vez. Dos veces. Se mantiene encendida.

La voz de Deacon llega a través de la radio de la cómoda, tan calmada como una línea de nivel. —Acaba de salir un aviso de lluvia engelante.

—De treinta a cuarenta minutos para que se forme el hielo.

—Grady está en el carril sur con la quitanieves.

—Mae tiene el generador encendido y dos camas extra preparadas. Tú decides.

Miro a mi niña, sonrosada y somnolienta, y luego a la ventana, donde la nieve empieza a brillar como el cristal.

Por esto es por lo que planeamos las cosas cuando hace buen tiempo.

Los Jackals mantienen un protocolo infantil cada invierno.

Si llega el hielo y prevemos que habrá que hacer rondas de control por la tormenta o despejar el tejado, los niños duermen en la granja de Mae y Grady en el valle.

Tienen el generador grande, la estufa de leña que nunca se apaga y un beagle que ronca como una lancha motora.

—Recibido —digo por la radio—. Trasladémosla ahora mientras la carretera aún es segura. Dile a Grady que espere en el porche.

Roman responde desde el piso de abajo, con voz baja y segura. —Revisaremos el perímetro y el tejado después del traslado. Deja que ella se instale.

Isla me mira, con los ojos brillantes. —Aventura nocturna —susurra, ya despierta de nuevo—. Como el invierno pasado.

—Aventura de despertador —la corrijo, arrodillándome junto a la cama—. Te quedas a dormir en casa de Mae y Grady. Tortitas por la mañana. Patrulla Beagle. ¿Te apuntas, guerrera?

Se incorpora tan solemne como un contrato. —Me apunto. ¿Todavía tienen ese sirope que sabe a árboles?

—Lo tienen.

Saco la pequeña bolsa de lona de su cómoda.

Vive allí de noviembre a marzo porque a las montañas no les importan las mejores intenciones. Pijamas con estrellas.

Calcetines de lana.

Cepillo de dientes con purpurina.

La linterna diminuta que ella llama su sable.

Cierro la bolsa y la ayudo a ponerse las botas.

Da un salto sobre la alfombra y luego se queda quieta para que pueda subirle la cremallera de la chaqueta.

Gorro torcido. Mitones sujetos. Lista.

Bajamos las escaleras. Las luces vuelven a parpadear y regresan.

La puerta principal se abre al frío, al aroma a pino y al barrido naranja de la quitanieves.

Grady espera en el porche con su gorro de lana, con las cadenas ya puestas en los neumáticos y una sonrisa blanca en la oscuridad.

—El margen se está cerrando —dice—. La carretera es transitable ahora mismo. Mae tiene la estufa a tope y el generador zumbando.

—Gracias —le digo.

Soplo en la bufanda de Isla para que se caliente antes de ajustársela bajo la barbilla.

Ella se gira y abraza a Marisa con rapidez y fuerza; es una carita apretada contra un delantal que huele a azúcar.

—Mantén la casa caliente —le ordena, y luego me señala a mí—. Y a las gallinas.

—En ello estoy —digo yo.

Roman apoya una mano en el marco de la puerta y escudriña la línea de los árboles como si pudiera leer el hielo en el aire. —Dejarla y volver. Haremos las comprobaciones después.

Deacon le pone un gorro de lana sobre los rizos a Isla y le guarda su sable en el bolsillo. —Llamad cuando lleguéis. Código por parejas —dice, que es nuestra forma discreta de pedir dos detalles de fe de vida por la radio.

El ronquido del perro y la cuenta de las tortitas servirán.

Le pasamos a Isla a Grady por encima del montón de nieve.

Él le abrocha el cinturón en el asiento elevador de la camioneta grande y luego me dedica un asentimiento que ha aguantado diez inviernos.

—De vuelta con vosotros en treinta minutos —dice.

El quitanieves gira y lanza su peso contra los montones de nieve.

La hoja canta contra la costra helada.

Las luces traseras parpadean en rojo entre los árboles y luego desaparecen.

Me lanzo a preparar a las gallinas para la tormenta mientras espero, y finalmente la radio hace dos clics en mi palma y emite un crujido.

—Entregada —dice Grady—. El generador es estable. El beagle está roncando. Nos quedaremos con ella mientras dure el hielo. Contactad a las cero siete cero cero.

—Recibido —respondo—. Cero siete cero cero.

Cuando vuelvo a entrar, el refugio se siente más ligero en los bordes.

La seguridad es una temperatura.

Esta noche la hemos ajustado bien.

Roman cierra la puerta con la palma de la mano y escucha una vez más el hielo. Deacon revisa la caja de fusibles y la línea del tejado en su portapapeles.

Cuelgo la bufanda de Isla, me sacudo la nieve de los rizos y miro al otro lado de la cocina, donde Marisa está de pie con las manos apoyadas en la encimera, las mejillas calientes y la mirada suave.

El fuego brilla bajo, de un naranja intenso donde importa.

Ahora somos cuatro.

Es como estar en el centro de un mapa familiar y ver cómo se redibujan las líneas alrededor del lugar donde siempre debiste estar.

Deacon recoge los vasos y los lleva a la cocina.

Limpia cuando está pensando porque eso le permite a su mente construir cosas en silencio.

Roman permanece donde estaba, una montaña en una silla, esa clase de quietud que se aprende tras años de descubrir qué se mueve y qué no.

Me acerco a los fogones, porque el calor debe estar en las manos cuando una noche se presenta así, y pongo un cazo al fuego.

Chocolate caliente de verdad, nada de sobres baratos.

Primero la leche, despacio. Bato el cacao hasta que la superficie brilla. Añado la canela al final para que desprenda su aroma. Una onza diminuta de chocolate negro para darle profundidad.

Pienso en añadir un toque de chile en honor a ciertos secretos que viven tras ladrillos falsos, pero luego decido que esta noche debería ser suave y dulce.

Marisa me observa desde el extremo de la encimera con los dedos rodeando sus propios codos.

El jersey que lleva es de un punto tan suelto que parece que solo se mantendrá entero si alguien no le quita la vista de encima.

Sirvo una taza y se la deslizo.

Nuestras manos se rozan durante medio suspiro.

Ese contacto no es nada, un intercambio ordinario entre personas que comparten una cocina, y sin embargo es todo lo que mi cuerpo ha deseado durante un año.

—Gracias —dice ella.

—Siempre —respondo.

Se lleva la taza a la boca, soplando suavemente.

Quiero ser el vapor que se enrosca contra su labio.

Quiero ser el calor que se asienta en su pecho.

Bebe. Sus ojos se cierran por un momento y luego se abren, más dulces.

—¿Cómo está ella? —pregunta, señalando con la cabeza hacia la ventana, donde la tormenta brama fuera del refugio.

—A salvo —digo—. Y caliente. Mañana por la mañana comerá demasiadas tortitas allí.

—Lo de las tortitas suena bien —dice ella. Hay una sonrisa que no duele—. Si tu cocina confía en mí.

—Esta cocina ya te ha reservado un sitio —afirmo—. Ha estado esperando.

Mira su taza como si el remolino del chocolate pudiera decirle qué decir a continuación.

Roman cambia su peso en la silla; no es una advertencia, no es un reclamo, solo un recordatorio de que él está en la habitación.

Deacon regresa con el último paño y lo cuelga en el respaldo de una silla.

Finge revisar el pestillo de la puerta trasera, con la mirada tranquila.

Dejo mi propia taza a un lado porque mis manos no la necesitan.

La necesitan a ella.

No para tomarla, no para atraparla, solo para que se les permita descansar contra la persona a la que han echado de menos.

Me acerco.

Sin prisas. Sin presionar.

Me quedo lo bastante cerca como para sentir el calor de su piel a través de la lana. Ella no retrocede.

La valentía que hay en esa pequeña inmovilidad me entran ganas de ponerme de rodillas.

—Marisa —digo, con su nombre envuelto en todo lo que siento por ella.

Ella levanta la vista rápidamente y lo veo, ese brillo que podría convertirse en lágrimas si una palabra sale mal.

Pongo la palma abierta sobre la encimera para que vea que no intento acorralarla.

—No tienes que fingir —le digo, con la voz lo bastante baja para que solo la oigamos nosotros— que ya no eres nuestra.

Se le corta la respiración.

Su mano se afloja sobre la taza y luego vuelve a apretarla.

La deposita con mucho cuidado sobre la encimera, como si estuviera colocando algo frágil donde no pueda caerse, y se gira hacia mí con un pequeño asentimiento que se siente como una puerta que se abre.

Le toco un costado de la cintura.

El jersey es suave.

El cuerpo debajo de él está caliente, es familiar de una manera que me hace doler las costillas. Ella levanta la barbilla y veo cómo se decide.

No es una pose. Es una elección.

No hay nada en mí que quiera que esto parezca otra cosa que no sea la verdad.

Me inclino lo bastante despacio como para que me detenga.

No me detiene.

Su boca se encuentra con la mía.

La primera presión es suave.

Dejo que sea suave.

Dejo que sea cuidadosa.

La segunda encuentra profundidad.

Sus dedos se curvan en la parte delantera de mi camisa, y siento la necesidad bajo la cautela, el alivio bajo el dolor.

Le acaricio la nuca y prometo ser amable ahí para siempre.

Sabe a canela y azúcar y a esa clase de invierno que no te deja solo.

La leña chasquea. Roman se levanta.

Oigo las patas de la silla rozar contra la alfombra.

No es una amenaza.

Es el sonido de un hombre cruzando una habitación que ha esperado un año para cruzar.

Deacon apaga la lámpara junto a los fogones apretando el interruptor con el pulgar.

La cocina se desliza hacia una oscuridad más suave que brilla desde el hogar.

Rompo el beso para respirar y para mirarla, porque quiero ver qué le estoy haciendo y qué me está haciendo ella a mí.

Tiene los ojos muy abiertos. Hay un color en sus mejillas que no es por el frío. No aparta la mirada.

—Dime si debo parar —digo.

Niega con la cabeza una vez. El movimiento más sutil. La respuesta más clara que me han dado nunca.

La mano de Roman llega a su cadera, no para reclamarla, sino para anclarse.

Su calor cambia la temperatura del aire.

Deacon se coloca detrás de ella, lo bastante cerca para que pueda sentir la línea de su cuerpo sin sentirse agobiada.

No hablamos. No hace falta.

La habitación respira con nosotros.

La tormenta alza la voz sobre el tejado.

En algún lugar del gallinero, Cleopatra refunfuña como una reina satisfecha de que su reino se mantiene firme.

La beso de nuevo, más profundamente.

Ella se abre a mí con un pequeño sonido que guardaré en mi bolsillo por el resto de mi vida.

Mis dedos encuentran el dobladillo de su jersey y descansan allí, esperando el consentimiento que viene de un cambio en sus músculos y de su inclinación hacia delante.

Me da ambas cosas.

Deslizo la palma bajo el punto y siento una piel que hace que mi mente se quede en silencio.

Ella gira ligeramente, un movimiento pequeño y perfecto, y la boca de Roman encuentra el lugar donde su mandíbula se une con su garganta.

Su respiración se entrecorta.

Deacon apoya su mano en la parte posterior de su cuello, un peso suave, una promesa de mantenerse firme mientras encontramos el ritmo que nos pertenece a los cuatro y a nadie más.

Las tazas se quedan olvidadas en la encimera, el chocolate enfriándose con una película en la superficie que no agradará a nadie.

El fuego arroja calor a nuestras espaldas.

La tormenta escribe una música blanca contra las ventanas. Sus manos suben a mis hombros y se aferran a ellos.

La acerco más y el beso se alarga.

El mundo se estrecha hasta que solo existe esta habitación, esta noche, esta mujer, estos hombres que saben ser cuidadosos y estar hambrientos al mismo tiempo.

Ella sonríe contra mi boca, una curva rápida que se siente como el comienzo de una festividad que ya eres lo bastante mayor para comprender.

Le devuelvo la sonrisa y luego beso la suya hasta que se convierte en un suspiro.

No apresuramos los siguientes movimientos.

Ya habrá tiempo para lo rápido y lo salvaje.

Esta noche pertenece a esa clase de lentitud que le dice al cuerpo que es seguro desear lo que desea.

Encuentro el botón de sus vaqueros, me detengo, siento el «sí» en la forma en que sus manos se cierran, y luego vuelvo a presionar mi boca contra la suya mientras mis dedos trabajan.

Roman murmura algo que no puedo oír contra su piel.

Deacon exhala como un hombre que ha caminado un largo trecho y finalmente ha llegado a una puerta que se abre para él.

La tormenta retumba una vez, lo bastante fuerte como para sentirlo en los tablones del suelo.

La lámpara junto al hogar parpadea y se estabiliza.

Ella está temblando ahora, un temblor fino que no tiene nada que ver con el frío.

Le beso la mandíbula, la mejilla, el lugar bajo su oreja que la obliga a susurrar mi nombre.

Yo le susurro el suyo.

Hay un momento, justo aquí, donde todo se inclina.

La noche afuera es absoluta.

El refugio es el lugar más cálido que queda en la tierra.

Los cuatro estamos dentro del círculo de ese calor y hacemos con nuestros cuerpos una promesa que hemos estado haciendo por piezas durante un año.

Puedo sentir cómo se tensa la mano de Roman.

Puedo sentir el aliento de Deacon en la nuca de ella. Puedo sentir su corazón contra mi palma.

Finalmente, estamos juntos.

6

ROMAN

La boca de Cruz se aparta de ella y veo cómo el pecho se le agita más rápido, con el dobladillo de su jersey arrugado en el puño de él.

Su mirada se engancha con la mía y el calor ondea en lo más profundo de mis entrañas al ver cómo se le dilatan las pupilas; el segundo de incertidumbre queda ahogado bajo algo más ardiente.

—Desnúdate —digo, con voz ronca y tajante.

Sus dedos se enredan en el punto del jersey, subiéndolo pulgada a pulgada, mostrándome su suave vientre, las costillas, la curva de sus pechos contenidos en algodón.

El jersey cae sobre la encimera que tiene detrás. No le doy tiempo para vacilar.

—Vaqueros.

Cruz ya le ha soltado el botón y el tejido vaquero se desliza por sus caderas. La mano de Deacon está ahí, con el pulgar rozando el hueso.

Cruz se agacha, pasando los nudillos por la parte interna de su pantorrilla mientras retira la tela hacia abajo.

Ahora está ahí de pie en bragas y con ese fino sujetador, con la piel desnuda ante el aire cálido y tres pares de ojos.

Flexiono dos dedos hacia mí. —Aquí.

Ella viene.

Lo suficientemente cerca como para que pueda oler el calor en su piel, ver el latido acelerado en su garganta.

La giro con una mano en su cintura, engancho mis pulgares en el elástico de sus bragas y luego hago una pausa.

Tengo la boca cerca de su oído.

—Ponte de rodillas.

Se baja despacio, con los ojos alzados y las pestañas captando el resplandor de la chimenea.

Las tablas del suelo crujen bajo su peso.

Sus manos van a mi cinturón, con los dedos rozando el relieve de mi abdomen a través de la camisa.

Desabrocha la hebilla, desliza el cuero para liberarlo, trabaja el botón y la cremallera.

Mi polla salta pesada hacia su palma y observo cómo se le agrandan los ojos al sentirla, por el tamaño.

—Abre —le digo.

Sus labios se separan.

El primer contacto de su boca es cálido y húmedo, con su lengua deslizándose sobre el glande antes de que yo empuje más profundo.

La saliva me cubre rápidamente, captando el tenue brillo ámbar del hogar.

El sonido húmedo de su succión llena el espacio entre nosotros y mi mandíbula se tensa.

—Eso es —murmuro. Mi mano sostiene la parte posterior de su cráneo, guiándola, sin forzarla. Todavía.

Cruz está a su lado ahora, con el pulgar acariciando la comisura de su boca cada vez que ella se retira, esparciendo su saliva por sus labios.

Deacon se acerca por su otro lado, con los dedos en su pelo, su boca rozando su oreja con palabras que no puedo oír pero ante las que veo que ella reacciona: su respiración se acelera, su garganta trabaja con más fuerza a mi alrededor.

Tiene una arcada cuando empujo más al fondo, y la vibración me recorre por completo.

La dejo retroceder lo justo para que tome aire, con los labios brillantes, un hilo reluciente conectando su boca conmigo antes de que se lo trague.

—Mírame —le ordeno.

Sus ojos se alzan, vidriosos por el calor, con las pestañas húmedas.

Me toma de nuevo, más despacio esta vez, con la lengua presionando contra la parte inferior mientras sus labios se sellan con fuerza.

Cada movimiento de su boca es deliberado; el chasquido húmedo cada vez que se retira hace que mi pulso retumbe.

Dejo que me trabaje hasta que mi autocontrol se deshilacha, entonces la agarro del pelo y la aparto con un jadeo húmedo.

Se gira sin necesidad de que se lo digan, tomando a Cruz con la mano y luego con la boca, hundiendo las mejillas.

Él gime, echando la cabeza hacia atrás.

—Bien —digo, el elogio va dirigido a ambos.

La cremallera de Deacon ya está bajada.

Ella se desplaza de nuevo, con la mano en él y la boca todavía en Cruz.

Los sonidos son obscenos: sorbos húmedos, el gruñido bajo de hombres siendo complacidos por una mujer que sabe que tiene el control al entregarlo.

Su saliva brilla sobre todos nosotros ahora, cubriendo mi polla, manchando su barbilla.

Cuando atraigo su rostro de nuevo hacia mí, ella viene voluntariamente, con los labios entreabiertos y la lengua lista.

Me deslizo en el calor de su boca, observo cómo se flexiona su garganta mientras me traga.

Sus manos no dejan de moverse —una acariciando a Cruz, la otra envuelta alrededor de Deacon— hasta que se atraganta suavemente conmigo y tengo que retirarme para que pueda respirar.

La forma en que me mira entonces, con la boca hinchada, la barbilla húmeda, los ojos muy abiertos y pidiendo sin decir una palabra, es suficiente para que quiera tomarla allí mismo en el suelo.

La pongo en pie, con mis dedos enganchándose en la cinturilla de sus bragas y rasgándolas hacia abajo por sus muslos.

Ella jadea, mitad por la brusquedad, mitad por el ardor en mis ojos, y yo las aparto de un empujón con mi bota.

Vuelvo a poner mis manos sobre ella, una agarrando su cadera, la otra izándola mientras me giro y la presiono contra la pared.

El golpe de su espalda contra la madera hace que Cruz contenga el aliento.

—Desvísteme —gruño.

No lo duda.

Sus manos encuentran mi camisa, abriendo los botones de un tirón en ráfagas rápidas y torpes.

Sus nudillos rozan mi pecho mientras aparta la tela de mis hombros.

Jadea, con los ojos pasando de mi boca a mi cuerpo como si no pudiera decidir qué desea más.

Sus dedos bajan más mis calzoncillos y pantalones; la parte trasera de la ropa roza mi polla mientras me libera por completo.

La agarro de la mandíbula, inclinando su cabeza para que tenga que mirarme. —Ahora.

Su sujetador cae al suelo; los tirantes se deslizan por sus brazos.

Sus pechos desnudos se elevan con cada respiración entrecortada.

La inmovilizo allí con mis caderas, mi polla deslizándose contra el calor húmedo entre sus muslos.

Ella gime y el dulce sonido empieza bajo y se rompe más agudo cuando empujo dentro de ella, lo suficientemente despacio para que sienta cómo cada pulgada la ensancha.

Su boca se abre en esa perfecta e indefensa O, con la cabeza echada hacia atrás contra la pared.

Le rodeo la garganta con la mano, sin apretar, solo sujetando, sintiendo el rápido aleteo de su pulso bajo mi palma.

—Mírame a los ojos —ordeno.

Ella vuelve a bajar la mirada, con los párpados pesados y los labios húmedos.

Esta vez la embisto con más fuerza, con mis caderas golpeando, y el sonido de piel contra piel resuena en el silencio.

Suelta un pequeño grito entrecortado, con las uñas clavándose en mis hombros.

—Joder, qué bien se siente —le digo, con voz áspera—. Tan estrecha, tan húmeda... has nacido para esta polla.

Cada embestida le arranca un pequeño gemido; el ritmo es constante y castigador.

El bofetón húmedo de nuestros cuerpos, el suave crujido de la pared, el obsceno chapoteo cuando me retiro... todo se enrosca con más fuerza en mis entrañas.

Cruz está cerca ahora, con la boca en su pecho, succionando con la fuerza suficiente para hacerla jadear.

La mano de Deacon está entre nosotros, con su pulgar rodeando su clítoris con movimientos rápidos y despiadados.

Ella está temblando, agitando las caderas para encontrarse con las mías, sus gemidos brotan crudos y desesperados.

Le aprieto la garganta lo justo para que se le corte la respiración y luego la suelto. —Buena chica. Cógela. Toda. La. Puta. Polla.

Sus uñas arañan mi espalda cuando me hundo en ella; su grito se rompe en un sollozo ahogado de placer.

La mantengo inmovilizada, sigo embistiendo profundo hasta que tiembla tanto que sé que está a punto de desmoronarse.

Todo su cuerpo se estremece bajo mi agarre, con las uñas mordiendo mis hombros y la respiración escapando en jadeos desiguales.

La separo de la pared, con mi polla todavía enterrada profundamente en su interior, y ella echa la cabeza hacia atrás con un grito mientras el movimiento me arrastra por cada punto sensible dentro de ella.

—Agárrate —le digo.

Sus piernas se cierran con más fuerza alrededor de mi cintura.

La llevo a través de la habitación; el balanceo de cada paso hace que gima contra mi cuello, con un calor entrecortado.

Su lubricación baja por mi miembro, cubriéndome, y puedo sentirla donde mi mano agarra su culo para mantenerla estable.

El sofá aguarda junto al fuego.

Me dejo caer en él con ella a horcajadas sobre mí, sin romper el contacto.

El sonido cuando vuelve a hundirse sobre mí es húmedo, obsceno, y noto cómo se contrae a mi alrededor como si intentara mantenerme dentro para siempre.

—Inclínate hacia delante —ordeno.

Sus manos se apoyan en mi pecho, con su pelo cayendo para enmarcar su rostro.

Inclino sus caderas y empiezo a embestirla de nuevo, con más fuerza ahora; el sofá cruje bajo nosotros.

Jadea, con la boca abierta, cada embestida le arranca otro gemido sin aliento.

—Deacon —digo sin dejar de mirarla a ella.

Él se acerca, con su polla ya dura y pesada en su mano. Le cojo la barbilla y giro su cara hacia él. —Ábrete para él.

Lo hace, rodeando el glande de su polla con los labios mientras yo sigo follándomela.

El gemido amortiguado que emite envía un pulso de calor directo a mi columna.

Su boca lo trabaja despacio al principio, con la lengua girando, luego más rápido mientras él le entrelaza los dedos en el pelo y la guía.

Cruz está recostado en un sillón frente a nosotros, con los ojos clavados en la forma en que ella sube y baja sobre Deacon mientras me monta.

Su puño se mueve rítmicamente sobre su polla; las venas de su antebrazo resaltan.

Observa cada vez que ella traga, cada rebote de sus tetas cuando la estrello contra mí.

Le agarro las caderas, controlando su ritmo, haciendo que se trague cada pulgada.

El azote húmedo de nuestros cuerpos llena la habitación, subrayado por los sonidos lascivos de succión de su boca en Deacon.

La saliva brilla en su barbilla, formando hilos desde sus labios hasta él cuando se retira para tomar aire.

—Buena chica —le digo, con voz baja y ronca—. Tomándonos a los dos así. Te gusta, ¿verdad?

Gime con Deacon dentro; la vibración le recorre a él, a juzgar por su maldición.

La embisto hacia arriba, con más fuerza, y ella aprieta los ojos mientras lo traga más al fondo.

Cruz gime desde el otro lado de la habitación, su ritmo sobre sí mismo es más rápido ahora. —Joder, miradla...

Sus uñas se clavan en mi pecho cuando le agarro el culo y empujo, el ángulo hace que jadee alrededor de la polla de Deacon.

Siento que sus paredes dan ese apretón revelador que indica que está cerca, y mantengo el ritmo, viéndola intentar respirar y succionar y tomarme a la vez.

Su cuerpo se está contrayendo a mi alrededor ahora, agarrándome como si intentara arrastrarme más adentro.

Puedo sentir cada aleteo de sus músculos, cada tirón lubricado.

La polla de Deacon sigue deslizándose entre sus labios; sus gemidos vibran por su miembro.

La respiración de Cruz es agitada al otro lado de la sala, con su mano bombeándose con fuerza.

Le sujeto las caderas hacia abajo, froto hacia arriba contra ella y me suelto.

El calor brota de mí en pulsos fuertes, enterrado profundamente en su interior, y el sonido que emito es bajo, roto y gutural.

Da un gemido alrededor de la polla de Deacon mientras me corro; su cuerpo se estremece en mis manos.

Cuando puedo respirar de nuevo, la inclino suavemente hacia delante, saliendo despacio, con mi polla húmeda por su flujo y mi descarga.

La empujo con suavidad para que se tumbe boca arriba en el sofá y Deacon la sigue, sin soltarle nunca el pelo.

Arrodillado entre sus muslos, presiono mi boca contra su coño.

Ella jadea, con la cabeza echada hacia atrás; el sabor de ambos es denso en mi lengua.

La lamo hasta que tiembla, con sus manos enredadas en mi pelo, luego me retiro dejándola aún húmeda y abierta para el siguiente hombre.

Ella se encuentra con la mirada de Cruz, con sus ojos oscuros, y le hace una seña con un dedo.

El sillón chirría al desplazarse; él tiene la polla enrojecida y lista en el puño.

Entra en el espacio que yo he dejado, y la forma en que ella separa las piernas para él es invitación suficiente.

Me recuesto, respirando con dificultad, observando cómo se posiciona, sabiendo que el próximo sonido que salga de su boca será suyo para tomarlo.

7

CRUZ

Dobla un dedo y todo en mí responde.

Roman se retira despacio con una última caricia de sus nudillos bajo su barbilla, aún desprendiendo calor, y yo entro en el espacio que deja como si hubiera estado caminando hacia él durante un año.

Su respiración es rápida y superficial, la boca abierta en ese tipo de sonidos pequeños y hambrientos que hacen que un hombre olvide el largo invierno a su espalda, y cuando le digo que mantenga los ojos en mí me los da sin dudar, abiertos y brillantes.

—Buena chica —le digo lo bastante cerca de su boca como para que mi voz viva en ella un segundo—. Has esperado. Sigue mirándome.

Sus rodillas se abren y yo me acomodo en el sofá, las manos firmes en sus caderas, guiándola hacia abajo hasta que nuestros cuerpos encajan con un sonido húmedo y asombrado que nos roba el aliento a los dos.

El movimiento hace que suelte la polla de Deacon con un húmedo *pop* que me pone aún más duro.

El fuego lanza ámbar sobre la línea de su garganta.

El sofá se queja.

La nieve acalla las ventanas como una nota sostenida.

Intenta exhalar y la respiración se le quiebra en un gemido que yo siento en los huesos.

Deacon se mantiene firme en la cabecera del sofá, una mano apoyada en la parte posterior de su cabeza, la otra a su lado, como si tuviera miedo de tocarla por si al hacerlo rompía lo que está pasando, y yo le alzo la barbilla con dos dedos para que pueda verme mientras le digo: —Ábrete para él —y luego, más suave—: No apartes la mirada.

Ella gira lo justo para que él pueda llevársela otra vez a los labios.

La primera succión húmeda es vacilante y sorprendida, la segunda más profunda, la tercera encuentra un ritmo resbaladizo que llena el aire cálido entre los tres con una música obscena y preciosa.

Roman se arrodilla junto al reposabrazos, su palma traza un camino lento y cálido a lo largo de sus costillas, diciéndole que respire, y cada vez que recuerda cómo hacerlo, el pequeño estremecimiento de aire se derrama por mis manos, que la sostienen.

Marco un ritmo que ella puede cabalgar y lo encuentra enseguida, las caderas titubeando y luego alisándose en un vaivén voraz que hace que la voz se le eleve cada vez que la hundo hasta la base de mí.

Cada vez que toco fondo deja escapar un sonido ahogado que vibra a través de Deacon y le tensa la mandíbula, y él suelta un juramento entre dientes, como un hombre que lleva demasiado tiempo conteniéndose.

Un brillante hilo queda colgando durante un latido cuando se alza para tomar aire, luego vuelve a bajar, adueñándose del ruido, dejando que se vuelva sucio, dejando que la habitación escuche todo lo que quiere.

—Buena chica —la elogio, mis pulgares cabalgando la parte alta de sus caderas, la voz volviéndose más áspera—. Tómalo. Tómale. No apartes la mirada de mí.

Su mirada se mantiene anclada a la mía, pupilas dilatadas, pestañas húmedas.

La boca de Roman encuentra su hombro y el pequeño sollozo que se le escapa es mitad risa, mitad rendición.

Y cuando cambio el ángulo apenas el ancho de una mano, todo se vuelca.

Se le tensan las piernas, sus dedos se clavan en mis hombros, el sonido de su garganta sube y se afina, y el sofá golpea bajo nosotros mientras se descompone a trompicones.

—Eso es —le digo, constante como un metrónomo—. Dámelo. Buena chica. Tómalo. Respira.

Se rompe con la boca aún llena y el ruido es sucio y perfecto, y Deacon tiene que cerrar los ojos ante ello, porque el control es algo con aristas y ella está limando cada una de ellas con la forma en que se mueve.

Mantengo el ritmo exacto y la acompaño a través de las sacudidas, sólo aflojando una fracción para que cada temblor tenga espacio para terminar, y cuando se desploma, reacciona, con las mejillas ardiendo, los ojos brillantes y húmedos, y vuelve directamente a trabajar sobre Deacon, ahora más segura, con sonidos más fuertes, más húmedos, una succión mojada que me eriza el vello de los antebrazos.

—Codiciosa —le digo, saboreando la palabra sobre su piel—. Me encantas así, codiciosa. Di gracias.

Se aparta de él lo que dura un latido, los labios brillantes, la respiración entrecortada.— Gracias.

Luego vuelve a tomárselo y la vibración de su gemido me sube por la columna y me vuelve la visión caliente en los bordes.

La compostura de Deacon se deshilacha poco a poco.

Se le aprietan los dedos en su pelo e intenta decir algo y no le sale, e intenta otra vez.

Es sólo que ella lo mire hacia arriba mientras trabaja, con los ojos ardientes, segura, sin vergüenza, lo que lo desarma.

Saco mi polla y cambiamos de sitio. Deacon se entierra en su dulce coño, suspirando de alivio mientras empieza a marcar un ritmo desesperado.

Le levanto la barbilla hacia mí con dos dedos.— Mi turno —le digo, y el sonido que hace es agudo y dulce a la vez—. Abre. Ojos en mí.

Obedece, y yo le doy lo que quiero, despacio al principio, luego más hondo, manteniendo mis caderas constantes para que pueda tomarme con la boca mientras la mantengo moviéndose sobre mí, y la habitación se reduce a nada más que sonidos húmedos, maldiciones bajas y el calor de su aliento sobre mi piel.

Cada succción resbaladiza, cada pequeño *pop* suave cuando la aparto para que tome aire, cada trago y cada quejido van acumulando en mí una presión que emborrona los bordes de la habitación, y le acaricio la mandíbula con el pulgar.— Respira, dulzura.

Deacon se queda callado y quieto de esa forma en que lo hacen los hombres cuando el mundo se estrecha hasta un solo punto de calor, la respiración hecha jirones, el control perdido, y ella gime alrededor de mi polla cuando él embiste por última vez y se derrama dentro de ella.

Sus labios se curvan en una sonrisa victoriosa alrededor de mi polla y me mira hacia arriba buscando aprobación.

—Perfecta —dice Roman en su sien, su boca como un sello sobre una promesa.

Deacon la toca con cuidado, como si fuera peligroso hacer más, y le da las gracias como un hombre que sabe lo que le han dado.

La atraigo hacia mí para un beso y saboreo en su lengua todo lo que somos, y ella se derrite contra mí con un sonido indefenso que podría arruinarme si me dejo.

—Ponte en pie —le digo, y ella se vuelve blanda y obediente.

Se incorpora con la ayuda de Deacon y gira para encararme.

Sus ojos centellean al ver mi polla, brillante de lo que ha salido de su último orgasmo.

Se acomoda a horcajadas sobre mis muslos con una certeza hambrienta que se siente como casa.

Yo estoy sentado, los pies firmes en el suelo, las manos en su cintura, y cuando se hunde hacia abajo el sonido húmedo es ahora más alto.

La boca se le abre en una O perfecta que no es una palabra pero yo la tomo como si lo fuera, y la mantengo ahí una respiración para que se sienta llena, luego marco el vaivén.

—Manos en mi pecho —le digo—. Úsame. Toma lo que quieras.

Lo hace. Las uñas rozan, luego se clavan.

Me cabalga en círculos lentos y avariciosos que se vuelven más estrechos y rápidos a medida que sube el calor, y cada vez que le inclino las caderas en el ángulo justo se le quiebra la voz de una forma que me hace encajar la mandíbula y deshilacha mi control.

Roman le ancla la nuca con una palma firme, susurrando elogios en la base del cráneo que ella bebe como agua.

Deacon, ya blando y agradecido, se arrodilla junto al sofá para besar la curva de su clavícula y el lugar donde le late el pulso, su boca cuidadosa, su aliento una bendición.

Los sonidos se acumulan y se pliegan unos sobre otros.

Deslizamiento húmedo. Golpe sordo.

Su respiración se convierte en gritos de boca abierta que suben, se quiebran, caen y vuelven a subir, una música en la que podría vivir.

Cuando su ritmo pierde forma, le sujeto las caderas y lo reajusto, luego la dejo retomar el mando para que la siguiente cresta le pertenezca a ella y a nadie más.

—Mírame —le digo—. Di por favor.

—Por favor —jadea, ya nada tímida, pupilas dilatadas, el pelo pegado a las mejillas—. Por favor, no pares.

—No voy a parar —prometo, y la llevo a través de ello, un vaivén profundo y deliberado que le arranca de pecho un sonido largo y tembloroso, y se me deshace contra la boca mientras la beso durante todo, tropezando y luego fluyendo y luego temblando otra vez, y yo no lo apresuro porque la urgencia es fácil y lo que quiero darle es a fondo.

Se desploma, y luego la siguiente ola la encuentra como una marea, más pequeña pero perversa, un pequeño y jadeante —*Sí sí sí*— que suena a campanas en una tormenta.

La sostengo mientras la atraviesa, mis labios en la comisura de su boca, mi aliento en su oído.— Lo estás haciendo tan bien, tan dulce, tan sucia en el mejor sentido.

Estoy tan orgulloso de la forma en que tomas y pides más en la misma respiración.

Roman añade órdenes suaves que impiden que su cuerpo huya de sí mismo.— Abre la garganta. Respira. Eso es. Bien. Quédate con él.

Deacon se inclina y le dice algo indecente y amable que le tiñe de color las mejillas y hace que se meza con más fuerza hacia abajo como si quisiera lucirse para él, y el sofá vuelve a quejarse y el fuego lanza otra oleada de calor sobre su pecho.

Yo estoy lo bastante cerca como para sentir rojo en los bordes, un nervio vivo cantando a través de mí, y me niego a caer. Encajo la mandíbula y respiro como un hombre que sabe el valor de la paciencia, y la elogio como si la propia gratitud pudiera domar el hambre.

—Todavía no —le digo contra la boca abierta, mi mano cálida en la base de su cráneo—. ¿Me oyes? Todavía no.

—Sí —susurra, temblando, la voz rota y brillante—. Todavía no.

—Buena chica —le digo por centésima vez, y aún me sabe a nuevo —. Sigue tomándome. Despacio. Así, eso es.

Lo reduzco a un vaivén que es sólo presión y calor, y ella se estremece y me regala una risa rota que se convierte en un jadeo.

Roman le besa la sien como un sello sobre una promesa, y el pulgar de Deacon dibuja círculos perezosos en la hendidura de su garganta para anclarla.

Sus dedos arañan y se aflojan, la mandíbula se le descuelga, la voz se le eleva un instante y se disuelve, las caderas le pierden el ritmo durante dos embestidas y luego lo encuentran de nuevo, y cuando pasa se aferra, respirando en pequeños espasmos que se alargan bajo la mano constante de Roman.

La mantengo ahí, a horcajadas sobre mí, los dos resbaladizos de calor, mi respiración entrecortada, mi control intacto por un hilo.

La beso despacio y sucio y agradecido y le digo:— Lo has hecho tan bien por nosotros.

La mantengo abierta y adorada, la habitación un zumbido bajo de respiraciones, alabanzas y sonidos húmedos y satisfechos, la

tormenta pegando la cara al cristal, el fuego suspirando, su aliento cálido contra mi boca, mis manos pesadas en sus caderas, la noche abierta de par en par, esperando.

8

MARISA

La cocina nos envuelve como una mano cálida.

La encimera está fría bajo mis palmas.

El fuego respira desde el salón, naranja y constante.

La tormenta silencia las ventanas, un ruido blanco que hace que cada respiración suene más fuerte.

Estoy inmersa en el calor y el olor a cítricos y el sabor a chocolate que aún se aferra a mi lengua.

Me sostienen por la cintura, el hombro, la mandíbula.

Me besan hasta que mis rodillas olvidan su función y luego me recuerdan cómo mantenerme en pie gracias a unas manos que saben cuándo sostenerme y cuándo dejarme balancear.

Cruz está frente a mí.

Roman está a mi lado.

Deacon es un muro silencioso a mi espalda.

Son diferentes tipos de gravedad y, de alguna manera, todos me atraen hacia el mismo centro.

Ahora soy abierta y desvergonzada con ellos.

Ya me he entregado.

Ya me he servido.

Todavía tiemblo tras la última ola lenta que me atravesó y me dejó resplandeciente.

Puedo sentir mis latidos allí donde nuestros cuerpos se encuentran.

Nada en mí está frío.

—Mírame —dice Roman; su voz es una orden cálida. Me levanta la barbilla con dos dedos—. Respira.

Lo hago, porque él me lo pide.

La mano de Deacon se posa en la base de mi nuca, no con pesadez, sino con seguridad.

Cruz me sonríe como el amanecer, y luego me besa como si quisiera recoger cada pequeño sonido que me he esforzado tanto en no emitir.

—Dime qué quieres —dice él, con la boca pegada a la mía. Su aliento huele a canela y calor.

—A ti. —La palabra es pequeña y segura.

Él se ríe entre dientes, con un sonido dulce y un poco roto—. Me tendrás.

Se echa hacia atrás lo justo para verme la cara.

Sus manos se deslizan hasta mis caderas y me sujetan.

Se mueve con la paciencia de un hombre que podría darse prisa, pero que prefiere obligar al tiempo a someterse.

Anclo mis manos en sus hombros y dejo que mi cuerpo le diga lo cerca que estoy del límite y lo lista que estoy para que me empujen al otro lado de nuevo.

—Buena chica —dice Roman suavemente; el elogio aterriza como calor en la base de mi garganta.

—Perfecta —añade Deacon, y la palabra suena medida, como si la hubiera comprobado dos veces.

Vuelvo a subir, no como en un esprint, sino más bien como una marea.

Cruz marca el ritmo, constante, profundo, sacándome de la rigidez que muestro ante el mundo y llevándome a la soltura relajada que reservo solo para esta cocina y estas manos.

Me besa durante los momentos en que se me quiebra la respiración.

Dice mi nombre como una promesa, y luego otra vez como una oración. Cuando me olvido de pedir más, Roman me lo recuerda.

—Usa tu voz —dice él, al oído. Lo hago. Pido. Eso lo hace todo más sencillo.

Caigo con los ojos abiertos.

Caigo mientras beso a Cruz.

Caigo mientras la palma de Roman me sujeta la garganta.

Caigo mientras la frente de Deacon descansa por un breve segundo entre mis omóplatos, como un hombre que ha vuelto a casa tras un largo camino.

No es algo ruidoso.

Es interior, profundo e inundante, el tipo de sensación que te roba el lenguaje y luego te lo devuelve en forma de risa.

Tiemblo. Respiro. Confío.

Ellos sostienen.

Cruz está cerca. Lo noto en la forma en que cambia su respiración.

Intenta esperar.

Aprieta la mandíbula como un caballero que finge que la paciencia lo salvará. No lo hará, y no hace falta que lo haga.

—Ven conmigo —susurro, tomando su rostro entre mis manos—. Quiero que lo hagas.

Él se sobresalta, como si las palabras le hubieran atravesado el pecho—. Sí, mi cielo. —Su voz se vuelve ronca y agradecida.

Vacila, y luego vuelve a moverse con una determinación que hace que me aferre a él con más fuerza.

Mantiene sus ojos fijos en los míos, como si necesitara pruebas de que lo digo en serio.

Se las doy. Inclino mis caderas en respuesta.

Le doy órdenes con mi cuerpo de la manera más honesta que conozco.

Se quiebra de la forma que he aprendido que es solo suya.

No con un grito. Sino con un desmoronamiento silencioso.

Un «gracias» jadeado en español contra mi boca.

Un temblor que recorre sus brazos.

Un torrente que lo vacía y llena la habitación al mismo tiempo.

Esconde la cara en el hueco de mi cuello y suelta una carcajada, suave y sorprendida, como si siempre le asombrara lo bien que puede llegar a sentirse.

La mano de Roman se desliza hacia la parte posterior de mi cabeza —. Lo has hecho bien —me dice, con un orgullo cálido y evidente.

Deacon exhala una plegaria que no pertenece a ninguna iglesia en la que yo haya estado.

Sus labios rozan la coronilla de mi cabeza, con cuidado, como un hombre que deja en el suelo una herramienta a la que respeta.

El silencio posterior es generoso.

No nos separamos de golpe. No nos disculpamos por nada.

Respiramos como personas que han aprovechado bien la noche mientras la tormenta borra el resto del mundo.

Cruz me besa la mandíbula, la mejilla, la comisura de la boca, y luego apoya su frente contra la mía. Sonríe como un hombre que planea recordar esto para siempre—. Hola —susurra.

—Hola —respondo yo, aturdida y muy viva.

Roman se aparta primero porque él es quien sabe cuándo mover la siguiente pieza en el tablero.

Coge un paño de cocina limpio, me lo entrega con la misma seriedad con la que entregaría un arma a cualquiera, y abre el grifo del agua caliente.

Deacon me tiende agua en un vaso que ha secado como si fuera importante.

Cruz saca mi jersey de donde espera junto a las tazas, lo sacude con una ternura que me hace doler la garganta y me ayuda a ponérmelo sin que el momento pierda su intimidad.

—Siéntate —dice Roman, dando palmaditas en la encimera como un médico que sabe ser amable.

Me subo de un salto.

Él se agacha para colocarme un calcetín que ha perdido la batalla con mi tobillo.

Lo alisa sobre el hueso con una concentración que resultaría cómica si no hiciera que me escocieran los ojos.

Deacon se apoya en los fogones y observa mi rostro como un monitor, midiendo el color, la respiración y la forma en que muevo las manos ahora que no me sujeto a nada—. ¿Te sientes mareada, cielo? —pregunta.

—Solo de la forma buena —digo, y bebo el agua porque sé que no me lo pedirá dos veces.

Cruz sonríe al oír eso y me besa la rodilla a través del punto—. Podemos arreglar el otro tipo de mareo con sopa.

—Eso lo dice el médico —responde Roman, poniéndose en pie de nuevo y rotando los hombros como si el aire regresara a su cuerpo por etapas.

—He dicho sopa —repite Cruz, que ya está en la despensa—. No ortopedia.

El ramen de madrugada ocurre de la misma forma en que ocurre todo con ellos.

Rápido, con competencia y con más cuidado del que ninguno de ellos admitirá jamás.

Roman pone una olla en los fogones y la llena como si estuviera repostando un motor.

Deacon encuentra los fideos buenos y comprueba la fecha en el envase aunque se la sepa de memoria.

Cruz saca cebolletas y una vieja cabeza de bok choy del cajón de la verdura y besa las hojas como si pudiera hacer que revivieran con amor.

—Vuestra despensa tiene un ladrillo falso —digo, todavía un poco aturdida, balanceando las piernas.

—Tu memoria tiene una puntería increíble —dice Cruz sin volverse—. Sin preguntas, señorita Susurro de Canela.

—¿Acabas de llamarme «señorita Susurro de Canela»? —pregunto.

—Lo he hecho —responde—. Y mantengo lo dicho.

Deacon resopla suavemente y luego me tiende una tabla de cortar y un cuchillo, por el mango, como un caballero que presta un bolígrafo.

—¿Puedes cortar las cebolletas en diagonal? —pregunta—. Finas. Queremos que se ricen cuando toquen el fuego.

—Por favor, respeta mis habilidades —digo, bajando de la encimera. Mis rodillas están un poco temblorosas, así que la mano de Roman aparece en mi cintura sin darle importancia. Me estabilizo bajo su palma y me pongo a trabajar.

Roman calienta aceite en el fondo de la olla hasta que brilla.

Añade ajo, luego jengibre, y el aroma infunde felicidad en el aire.

Deacon rompe huevos en un cuenco pequeño y pone un temporizador con la precisión de un hombre desactivando una bomba.

Cruz tararea una vieja canción de amor entre dientes y mide la soja con un ojo que nunca falla.

El caldo se espesa.

El vapor me besa la cara.

Pruebo con una cuchara y ajusto la sal con un toque mínimo porque puedo.

—Aceite de chile —sugiere Deacon, sosteniendo un tarro.

—Siempre —respondo—. Lo justo para dar calor, no tanto como para que Roman se ponga a dar sermones.

Roman finge no haber oído eso.

Está ante la cafetera, con los ojos entrecerrados como un hombre enfrentándose a un rival.

Prepara dos cafés cortos rápidos, pone uno frente a mí y desliza el otro hacia Deacon, cuyo café frío de alma negra reposa sobre la encimera como un desafío.

—Para equilibrar —dice Roman con ironía.

—Por la blasfemia —responde Deacon y se bebe ambos. Eso hace que a Roman se le mueva la comisura de los labios, lo cual es la versión de los Jackals de una carcajada.

Cruz prueba el caldo y cierra los ojos—. Esta es la poción que necesitábamos —dice.

—«Poción» implica brujas —digo—. Está claro que somos santos.

—Está claro que no somos ninguna de las dos cosas —dice Roman, echando los fideos al agua hirviendo.

Los huevos entran y salen a los seis minutos y medio.

Deacon los enfría en agua con hielos que ha contado uno a uno.

Cruz coloca los cuencos y pone los palillos cruzados sobre ellos con el tipo de esmero que se dedica a los sacramentos.

Esparzo las cebolletas que se rizan justo a tiempo. Roman sirve el caldo con un cucharón como un hombre que reparte misericordia.

Parte los huevos con el dorso de una cuchara y revela una yema que brilla como un pequeño sol.

Comemos de pie alrededor de la isla, sorbiendo de forma respetable, felices con esa calma que solo ocurre cuando tu cuerpo ha sido tenido en cuenta por completo y luego alimentado.

Mi primer bocado está caliente, salado y sabe intensamente a jengibre.

Hago un ruido que podría avergonzar a una persona criada en una cocina diferente.

—No te disculpes —dice Deacon, muy serio—. A esta habitación le gustan las opiniones sinceras.

Cruz golpea sus palillos contra el cuenco y empuja el aceite de chile hacia mí—. Un poco más —dice—. Te gusta el peligro.

—Me gusta el sabor —respondo.

Roman me ve comer con una expresión que sería severa si las comisuras de sus ojos no se suavizaran—. Pan —dice de repente.

—Pan —repito yo, confundida.

—Para mañana —dice él—. Pan para hombres que van a mover madera por la mañana.

—Entendido —digo automáticamente, y luego me río—. Tú no eres mi capitán.

Me lanza una mirada que dice que soy algo suyo, lo cual es injusto para mi corazón y muy efectivo.

Deacon me limpia el aceite de chile del labio inferior con el pulgar, y luego parece levemente complacido cuando le sujeto la muñeca y lamo el rastro de su piel—. Mala influencia —le dice a nadie en concreto.

—Influencia honesta. —Doy otro bocado.

Hablamos de cosas pequeñas, que no son pequeñas.

De qué pasta de dientes está prohibida actualmente porque Isla dice que sabe a tristeza. De qué gallina está intentando mandar sobre Cleopatra y está perdiendo.

De qué aspirante ha batido hoy un récord de cuántas veces puede una persona meter nieve en la cocina sin darse cuenta.

La tormenta se reorganiza fuera de las ventanas como una bailarina cambiando de vestuario.

La cabaña cruje y suspira.

Mi cuerpo se relaja.

Mi mente deja de clasificarse en lo aceptable y lo que no.

Cruz cuenta una historia sobre el plan de negocios inventado por Isla para una empresa de galletas que también fabricará lanzallamas, porque el equilibrio es importante.

Deacon finge no sonreír mientras pregunta si ha solicitado algún permiso.

Roman dice que considerará invertir si ella demuestra que hay una necesidad en el mercado.

Fregaré los cuencos después sin que me lo pidan, porque el amor es tanto una pila de platos limpios como cualquier otra cosa.

Roman los seca.

Lo hace mal a propósito hasta que le pongo una cara que indica que su numerito es tierno pero no bienvenido.

Mejora.

Deacon mete las sobras en recipientes con etiquetas que tienen sentido para él y para nadie más.

Cruz apaga los fogones y me pone el dorso de la mano en la frente como un enfermero, aunque estoy bien y él sabe que estoy bien.

—Es tarde —dice con voz más suave ahora—. Ven, mi cielo. Te llevaremos a la cama.

La habitación de arriba es pequeña y acogedora y huele a cedro, tal como prometieron.

Las sábanas están impecables, como las de un hotel, pero la colcha que las cubre está hecha a mano, es pesada y parece recordar veranos pasados.

Hay un vaso de agua en la mesita de noche y un cargador de teléfono esperando.

No recuerdo haber mencionado que olvidé el mío.

—Servicio de habitaciones —dice Deacon, dejando dos ibuprofenos junto al agua como si no fuera el hombre que acaba de ayudarme a olvidar qué hora es.

—Tu trato con el paciente es preocupantemente bueno —le digo, deslizándome bajo la colcha—. ¿Qué cobras?

—No está claro —dice él, y remete el borde cerca de mi hombro como si estuviera construyendo una frontera exacta.

Cruz me alisa el pelo en la sien y luego besa ese punto exacto—. Duerme —dice—. Si la tormenta corta la luz, nos encargaremos nosotros. No te despertarás con frío.

Roman se queda al pie de la cama con las manos en los bolsillos, decidiendo cómo decir algo sin que resulte pesado.

Mira hacia la ventana y la nieve, luego hacia mí—. Estás a salvo aquí —dice finalmente.

Las palabras calan. No como una red. Sino como un suelo firme.

—Gracias. —Mi voz no es firme. Me da igual.

Apagan la luz como hombres que saben que ahora la habitación me pertenece.

Oigo cómo sus pasos se alejan por el pasillo, luego vuelven hacia la cocina y se instalan en algún lugar cerca del fuego. Puedo

imaginarlos sin abrir los ojos.

Deacon comprobando el pestillo dos veces.

Cruz reajustando un tronco húmedo.

Roman ocupando la silla que da a la puerta y a la ventana, escuchando la tormenta, vigilando sin tener que decir por quién.

Duermo como una persona que ha sido vista, alimentada y arropada por gente que tiene la intención de seguir haciéndolo.

Mi cuerpo vibra suavemente.

Mi mente se repliega sobre sí misma y se calla.

El teléfono me despierta antes que la luz.

Vibra sobre la mesita de noche con la insistencia de un mosquito al que no puedes espantar.

Por un segundo pienso que es la alarma que puse la semana pasada y olvidé borrar.

Luego veo los números.

Veintiséis mensajes de texto.

Cuatro llamadas perdidas.

Un mensaje de voz nuevo.

Son poco más de las cinco.

La habitación aún está azul por el inicio del invierno.

La casa duerme como un animal grande que ha decidido que le gustamos.

No quiero mirar.

Lo hago. Deslizo el dedo.

El primero es de Nico y parece haber sido escrito con los pulgares y los dientes.

No puedes seguir viviendo así. Avergüenzas a la familia. Ven a casa por Navidad y deja de jugar a las pastelerías.

El segundo es de mi madrastra, lo que significa que será más frío y directo.

Tu prima se ha prometido. Tenemos que hablar de tu futuro. Me llegan rumores. Me preocupo. Rezo por ti. ¿Vas a misa? El tercero es de Nico otra vez. *Ningún hombre te querrá si sigues comportándote así. Ya no eres una niña. Deja de zorrear por ahí.*

Se me revuelve el estómago, no porque nada de esto sea nuevo, sino porque me he despertado en una habitación que olía a cedro y seguridad y ahora sostengo un aparato que cree conocer mi vida mejor que yo.

Sigo bajando y el fondo se repite.

Asiéntate. Pórtate bien. Vuelve. Arrepiéntete.

La palabra «temeraria» aparece dos veces, lo que me hace reír con un sonido mudo que no es una risa.

Miro hacia la puerta.

La casa está en silencio.

Mi corazón golpea mis costillas como si quisiera huir y no supiera hacia dónde ir.

Pienso en la pelea que tendría que tener en el desayuno si me quedo.

Pienso en lo cuidadosa que tendría que ser con la forma en que digo que sí a las cosas que me parecen correctas. Pienso en la tormenta y en la carretera y en cómo la vergüenza busca transporte cuando la familia le ofrece un asiento.

Si sigo haciendo esto, nunca dejarán de recriminármelo.

La frase aparece en mi cabeza como si la hubiera escrito en el vapor de un espejo.

No estoy preparada para ser valiente de la forma en que exige el quedarse.

Quizás nunca lo esté.

No con un teléfono lleno de voces que saben cómo meterse en el desván de mi cráneo y reorganizar los muebles.

Me pongo en pie. Mis pies encuentran el suelo frío y la necesidad de huir supera a la necesidad de ser racional.

Me visto en silencio, primero el jersey, luego los vaqueros, los calcetines al tacto.

Libero el cargador sin que la lámpara haga clic. Vuelvo a doblar la colcha en su sitio como si nunca hubiera estado aquí.

Cojo el bolso que dejé abandonado junto a la puerta anoche y su peso hace que se me cierre la garganta.

Me detengo en el pasillo y escucho con atención.

La silueta de un hombre durmiendo en una silla se dibuja contra el azul crepuscular del salón.

Roman.

Tiene la cabeza echada hacia atrás, la boca en una línea tensa, la mano en el estómago como si se hubiera quedado dormido intentando no hacerlo.

Las botas de Deacon están colocadas pulcramente una al lado de la otra en el hogar.

La chaqueta de Cruz cuelga del respaldo de una silla.

La casa huele al final de una fiesta y al comienzo de algo que no me permito nombrar.

Podría dejar una nota. No lo hago.

Soy lo bastante cobarde para imaginar el mensaje en su lugar.

Gracias. Lo siento. No sois vosotros.

Es la parte de mí que nunca aprendió a tener permiso.

Bajo las escaleras con suavidad y lentitud.

La puerta principal suspira como si esperara esto y estuviera decepcionada de mí.

La tormenta se ha agotado en un brillo que parece inocente y que hará volcar un coche sin pensárselo dos veces.

Tengo cuidado al caminar, cuidado en los escalones, cuidado al girar la llave porque me gustaría fingir que soy cuidadosa con todo.

El motor tose y luego emite un zumbido constante.

Debería dejar que se caliente, pero no lo hago.

Salgo, los neumáticos patinan una vez, dos veces, y luego agarran.

La carretera serpentea.

La cabaña desaparece tras los árboles como ocurrió la primera vez, solo que ahora mi pecho duele de una forma que entonces no sentí.

Me digo a mí misma que estoy haciendo lo correcto.

Me digo a mí misma que esto es misericordia.

Me digo a mí misma que lo que tuve anoche es una historia que puedes visitar pero no conservar.

El teléfono vibra de nuevo. No miro.

El amanecer asoma el hombro por encima de la cresta.

Conduzco hacia él como una persona que tiene algún lugar a donde ir y nada que decir cuando llegue.

9

MARISA

UN AÑO Y UN MES DESPUÉS

El día comienza con una detonación.

No son fuegos artificiales, ni alegría, solo la espectacular física de un pañal perdiendo una negociación.

Gabe arruga la cara, Luca capta el ambiente y ambos se lanzan a un dúo.

El apartamento está lo bastante frío como para que mi aliento pinte la ventana.

El radiador se queja como un gato.

Le doy una patada a la pared en el punto exacto que me enseñó Lidia; la tubería resuena como si fuera a intentarlo, pero luego finge morir de nuevo para darle dramatismo.

—Caballeros —digo, dulce como la miel, con una mano en cada cuna —. Os quiero. Pero esto no me gusta nada.

Gabe sube el volumen hasta parecer una sirena.

Luca hace una pausa trágica, se queda mirando el techo y añade unas armonías que harían llorar a un coro.

Cojo a Gabe primero, porque parece muy digno con su contribución, y lo llevo al sofá que tiene una hendidura permanente con la forma de mi cuerpo.

Hay un biberón con tres sorbos en la mesa de centro, una taza de café solo a medio terminar y ya fría al lado, y un montón de facturas sin pagar que están haciendo una audición para servir de posavasos.

Mi camiseta luce un museo de salpicaduras de leche de fórmula.

En el suelo hay una bolsa de panadería con seis barras de stollen de naranja y almendra que horneé pasada la medianoche, a una sola mano, con Gabe bajo el brazo y Luca envuelto en mi regazo como un pastel que me negaba a quemar.

Desvisto a Gabe con la velocidad de una mujer que ha aprendido que los retrasos conducen al desastre.

Las toallitas están frías.

Él presenta una queja formal.

—Lo sé —le digo, besándole la barriga húmeda, con las rodillas apoyadas contra la mesa de centro—. Inventaré un dispensador de toallitas calientes que sea asequible y nos haré ricos.

Para cuando tiene el pañal limpio y un pijama nuevo con motitos de motos en los pies, Luca ha decidido que el mundo se acaba.

Les doy la vuelta como si fueran tortitas.

A Gabe lo acomodo con una toalla enrollada y un chupete que finge odiar para luego adorarlo.

Cojo a Luca, tiene las mejillas rojas, los ojos furiosos y el pelo tieso como hierba asustada.

—Eres muy dramático —le digo. Él tiene hipo como un metrónomo. Eso lo has heredado de tu madre.

Se calla cuando tarareo.

No canto bien, pero canto a menudo.

Cosas viejas de Dean Martin, las nanas sicilianas que la Nonna solía susurrar cuando subía la masa.

A veces una melodía de la que no sé el nombre, algo que suena a guitarra y a manos en una cocina que no es esta.

Cuando eran más pequeños, el sonido los calmaba a ambos a la vez, un truco de magia al que me aferré en las horas azul claro cuando la ciudad levantaba los hombros y yo pensaba en las montañas.

Ha pasado un año desde que huí al amanecer.

Un año desde que salí a hurtadillas de aquella habitación que olía a cedro y de los hombres que hicieron que mi cuerpo pareciera una catedral y mi vida pareciera posible, y me dije a mí misma que era una fantasía.

Me he dicho muchas cosas.

Que fue solo una noche.

Que una mujer como yo no está hecha para ser querida en los márgenes y en el centro a la vez.

Que hombres como ellos tienen mundos enteros que proteger y no tienen por qué cuidar del mío.

Me dije que los estaba protegiendo de un lío que podría no ser suyo.

Si lo digo rápido, suena noble.

Si voy despacio, suena a miedo.

El radiador se apiada y tose un hilo de calor.

Se lo agradezco en voz alta, porque premio el buen comportamiento.

Abajo, en la trattoria, repiquetean las sartenes.

Lidia, mi jefa y tía de facto, canta con la radio de la mañana con una voz que podría regañar a un santo.

Es una viuda que dirige su cocina como una iglesia: la salsa a fuego lento, la misericordia en bucle.

Me paga en efectivo cuando puede, en baguettes del día anterior y sobras de ternera cuando no puede, y siempre con consejos que no he pedido.

Cuando me mudé por primera vez, me dio un cuchillo y dijo: *—Si puedes picar una cebolla sin llorar, puedes quedarte—.* Lloré; me mantuvo de todos modos.

Hay una foto de su difunto marido, Sandro, con un gorro de papel pegada a la nevera; sale sonriendo como si hubiera inventado los gnocchi.

Las fotos de mis niños viven junto a él, sujetas con un imán con forma de tomate.

Lidia le dice a cualquiera que quiera escucharla que los bebés son «nuestro mejor plato del menú».

Mi teléfono vibra con un recordatorio de una subvención que abrí a las cuatro de la mañana y cerré cuando uno de los bebés se sobresaltó y el otro respondió.

Tendré que terminar de rellenarla en otro momento.

Me encargo de otro pañal a toda prisa, pongo a ambos niños junto a mi rodilla y me arriesgo a echar otro vistazo a mi stollen.

Los panes son hermosos de una manera que hace que me escuezan los ojos.

La costra de azúcar cruje bajo mi dedo.

El agua de azahar susurra.

La fruta empapada en ron brilla como pequeñas joyas.

La Nonna me pellizcaría la mejilla y diría que por fin he aprendido la diferencia entre ser generosa y codiciosa con las pasas.

—No os ofendáis —le digo al stollen—. Os venderé por amor y para pagar el alquiler.

Luca estornuda ante el olor a nuez moscada, algo que hace desde su segunda semana.

Gabe eructa con orgullo y duerme como un general tras la batalla.

Deslizo colchas sobre ambos, un patchwork que cosí con delantales viejos cuando estaba demasiado embarazada para dormir y demasiado ansiosa para hacer otra cosa que no fueran costuras rectas.

Un año es mucho tiempo para guardar un secreto y poco tiempo para convertirse en madre.

No se lo dije a los hombres.

No llamé cuando vi el signo más, no envié mensajes cuando la doctora dijo que había dos latidos, no envié una foto de la ecografía que me hizo sentarme en un bordillo y llorar porque dos judías brillantes parecían el comienzo de un nuevo país.

Seguí diciéndome que se lo diría cuando fuera más valiente.

La valentía siempre posponía la cita.

El teléfono vibra de nuevo.

Lidia escribe mensajes como quien lanza una pelota de tenis contra una pared.

¿Estás viva? El horno está hecho un burro. Además, el vendedor para Ravenwell ha cancelado. He dado tu nombre. Responde al

teléfono cuando llamen o subiré y aporrearé mi propia puerta con una escoba.

Parpadeo.

El Festival de Comida Navideña de Ravenwell es el evento de montaña del invierno, donde chefs de élite intercambian historias con mujeres que llevan haciendo palomitas con caramelo desde la época de Reagan.

La competición de repostería sale en los periódicos pequeños y, a veces, en los grandes si la historia del ganador es conmovedora.

He soñado con ello como los niños del coro sueñan con el solo.

Mi teléfono suena. —Diga, soy Marisa.

Una mujer enérgica se presenta. —Se nos ha caído alguien a última hora. ¿Puede traer seis stollen para el mediodía para el jurado?

Me quedo mirando la bolsa como si ella hubiera escuchado el futuro antes que yo. —Ya están horneados —digo—. Todavía están lo suficientemente calientes como para oler como la cocina de mi Nonna.

—Tráigalos —dice ella—. Plaza de Ravenwell. Busque la carpa blanca. La incluiremos al final.

Cuelgo y miro a mis hijos.

Gabe ronca como una pequeña caldera. Luca frunce el ceño al techo como si decidiera si confiar en la luz del día. El helio me llena el pecho, y luego el pavor.

—Excursión —susurro, manteniendo la voz alegre para que el piso no note mis nervios—. Seréis unos angelitos perfectos. Os sobornaré con canciones y besos. Vamos a enseñar a las montañas que sabemos lo que nos hacemos con el azúcar.

Me muevo como una mujer que trabaja, porque el trabajo es mi iglesia y mi mapa.

Biberones al calienta-biberones.

Bolsa de pañales con la precisión de un médico de combate: ropa de repuesto, pañales extra, gasas que huelen a hogar, toallitas, el chupete que Gabe insulta cuando intenta ser valiente, el chupete que Luca adora como un romance a regañadientes.

Leche de fórmula. Cartera. Un bizcocho de manzana y jengibre por si acaso, porque siempre estoy horneando para quitarme el estrés y siempre tengo algo por ahí.

El rosario de la Nonna en el bolsillo lateral porque pesa menos que la culpa y más que la suerte. Y los stollen.

Le escribo a Lidia: *Gracias. Te traeré una cinta de premio o un escándalo.*

Ella responde con cuatro emoticonos de huevos y un corazón con forma de tomate.

Luego: *El Subie tiene gasolina. No dejes que Marco lo coja. Cree que la quinta marcha es un mito.*

Lidia mantiene el viejo Subaru en la «órbita familiar» del edificio, como ella lo llama.

Cuando el mío se averió el mes pasado, me dio sus llaves y un expreso y dijo: *Las mujeres que trabajan necesitan ruedas.*

En las escaleras me encuentro con ella; lleva el delantal manchado de harina y el pelo recogido en un pañuelo de color yema de huevo.

Escanea las sillas del coche, mi cara, la bolsa, y asiente como un general bendiciendo una misión.

—Lo tienes —dice—. No discutas con la carretera. No discutas con los jueces. Sonríe como si fueras a perdonarlos más tarde. Si consigues una cinta, tráela. Si no, trae cotilleos.

La abrazo rápido y le prometo ambas cosas.

Me coloca un fajo de nudos de ajo envueltos en papel de aluminio bajo el brazo. —Por si los ángeles tienen hambre.

Toca la nariz de Luca hasta que él parpadea mirándola como si fuera ella quien colgara la luna. A mí, más bajito: —Conduce con cuidado, bella. Llama cuando llegues.

El Subaru espera junto a la acera como un perro fiel y cansado.

Lo quiero con el tipo de afecto que una persona le tiene a la cosa que arrastra su vida cuesta arriba.

Ajusto las sillas del coche con una concentración que impresionaría a un instructor de paracaidismo.

Gabe refunfuña, luego ve su juguete de tortuga y perdona al universo.

Luca estudia mi cara y decide no llorar durante los próximos cinco minutos. Lo consideramos una victoria.

Compruebo el tiempo. Nieve ligera. Nada serio.

El GPS dice dos horas.

Beso a ambos bebés, presiono mi boca contra sus frentes cálidas y suaves hasta que mi corazón se estabiliza, y susurro una oración aprendida de joven y nunca olvidada.

Empezamos a ir hacia el norte.

Brooklyn se va diluyendo en un río gris y viejos almacenes, y luego en el espinazo de una autopista.

Canto mal y los niños dormitan.

Cerca de Yonkers pienso que todavía podría dar media vuelta.

A mitad de camino por los Palisades, el cielo se abre en un azul pálido e invernal y los árboles se yerguen rectos, y siento un dolor detrás de las costillas que no es tristeza ni alegría, solo el

conocimiento de que hay lugares donde he sido amada y de los que me he ido.

Intento no pensar en el refugio.

Fracaso.

El recuerdo se mueve como una mano en mi hombro.

Roman diciéndome que respire.

Deacon enumerando comodidades como un hombre que cuenta vigas.

Cruz sonriendo como un verano que planea ser amable.

Aprieto el volante hasta que se me quedan blancos los nudillos.

—Cumplirás —me digo mientras la ciudad queda atrás y las montañas se adelantan—. Sonreirás. Te irás. No mirarás atrás.

Los niños se quejan en turnos educados.

Paramos en una gasolinera que vende secretos y café.

El baño es un pequeño horror y lo amo por tener una puerta que se cierra y agua que sale caliente.

Cambio a ambos bebés con eficiencia militar y una banda sonora de sílabas sin sentido.

Les doy de comer en el asiento delantero mientras una pareja de ancianos discute sobre la sal gema junto al congelador de hielo.

Decido que hoy no voy a explicarle mi vida a un extraño.

Una vez que cruzamos hacia la elevación azul de las colinas, el gris se vuelve blanco.

El pronóstico decía nieve ligera.

El pronóstico es un mentiroso con un buen corte de pelo.

Los copos empiezan gordos y perezosos, luego se afilan y se ponen serios.

La carretera se estrecha.

Los árboles se inclinan hacia nosotros.

El GPS opina, luego pierde el rumbo.

Los niños notan que se me tensan los hombros.

Canto cada canción que conozco que no tenga una estrofa sobre malas decisiones.

Gabe suelta una risita con un estribillo que le gusta.

Luca frunce el ceño a la nieve como si pudiera razonar con ella.

El Subaru asciende.

Las líneas discontinuas desaparecen bajo el manto blanco.

La pendiente levanta la barbilla.

Toco el freno y el pedal responde con un gruñido.

—No falta mucho —les digo al coche, a los niños y al universo—. No estamos lejos.

La cobertura del móvil desaparece sin decir adiós.

El GPS se queda mirando como si lo hubiera traicionado.

Las montañas se encogen de hombros.

La Nonna decía que estas colinas son más viejas que nuestro orgullo; no se doblegan ante nadie que olvide la humildad.

Freno.

Considero dar media vuelta.

Considero la bolsa en el asiento, seis panes que huelen a Navidad y a oportunidades.

Considero a dos niños pequeños que merecen ver a su madre intentarlo cuando nadie mira.

La nieve se espesa hasta que el aire parece lana.

Los limpiaparabrisas cantan su ópera trágica.

Dejo que los neumáticos encuentren los surcos dejados por ruedas más valientes y sigo su rastro carretera arriba.

—Casi —digo, porque a veces decirlo lo hace verdad—. Ya casi estamos.

No estamos en casi ninguna parte.

Estamos en una habitación blanca donde los árboles son fantasmas y la carretera es un recuerdo.

Aparece una curva sin avisar.

La pendiente hace una pregunta.

Los neumáticos besan algo resbaladizo y deciden bailar.

El coche da un bandazo a la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda otra vez.

Se me cae el alma a los pies.

Giro el volante hacia el patinazo como una mujer que tomó una lección de invierno a los diecinueve y una vez condujo una furgoneta de reparto por una apuesta.

El Subaru colea.

El morro besa un montón de nieve.

Nos quedamos suspendidos un instante entre el impulso y el reposo, y luego se cala.

El silencio cae de golpe, rápido y absoluto. El único sonido es el aliento que no estoy tomando.

Entonces ambos bebés lloran, porque están vivos y porque su madre soltó un ruido que no pretendía hacer.

Apoyo la cabeza en el volante durante un latido y dejo que mi miedo dé una vuelta alrededor del coche y se marche.

Me incorporo.

Giro la llave.

El motor tose y falla.

Lo intento de nuevo. Nada.

El mundo se reduce a dos bebés y la nieve golpeando el parabrisas.

—Aquí no hay nadie —digo, no por asustarme, sino por nombrar la realidad. Ni faros. Ni casas. Ni cobertura. Solo blanco.

Estiro el brazo hacia atrás y encuentro el pie de Luca donde se ha soltado de su manta de una patada.

Lo arropo.

Se calma poco a poco porque su hermano está llorando más fuerte y alguien tiene que tomar notas.

Encuentro el chupete de Gabe y lo coloco con la delicadeza de un artificiero.

Lo coge, lo escupe, gime, y luego llega a un compromiso y succiona como si su vida dependiera de ello.

—Vale —digo, con el aliento empañando el cristal, con la mente despejándose—. Hacemos eso de no entrar en pánico.

La calefacción está muerta, lo que significa que el calor que tenemos se está escapando en paquetes ordenados.

Saco las colchas de la bolsa y las pongo sobre las sillas del coche hasta que ambos niños están envueltos como pequeños pasteles de lujo.

Me bajo el gorro, me pongo los guantes y hago cálculos que odio.

Caminar con los dos en este lío es peligroso.

Dejarlos mientras exploro cinco metros es peor.

El refugio está en algún lugar de estas colinas, pero mi última dirección conocida era hacia el pueblo.

Apoyo la frente en el volante.

El coche huele a naranja, azúcar y champú para bebés.

Se escapa una lágrima, caliente, que luego se enfría en mi mejilla.

Me la seco.

Soy una mujer que condujo hacia los dientes del invierno por pan y esperanza.

No tengo tiempo para ser trágica.

El viento golpea el coche y lo balancea sobre los amortiguadores, no muy fuerte, lo justo para recordarme que a la montaña no le importa mi horario. La nieve cubre el espejo retrovisor lateral.

El mundo exterior está en blanco.

—Respira —me digo, y lo hago. Luego hablo con mis hijos como si estuviéramos compinchados en el mismo plan. Nueva idea, mis pequeños profiteroles. Esperamos. Cantamos. Somos exactamente tan valientes como necesitamos ser, ni un gramo más.

Canto. Ellos se quejan. El coche se queda quieto.

El blanco presiona más cerca, silencioso e implacable.

Miro el camino que ya no es un camino y pienso en una cocina que olía a cedro y jengibre y en un hombre que me dijo que respirara como si se hubiera ganado el derecho a pedirlo.

Me aprieto los nudillos contra la boca y me río antes de que el llanto pueda salir, y dentro de la risa hay una pequeña y aguda oración.

Por favor. Que alguien nos encuentre.

El viento responde con un empujón cuidadoso.

La nieve sube y baja.

Sin luces. Sin motores. Sin barras de señal despertando para salvarnos.

Solo el blanco, y el ruido valiente y suave de mis hijos recordándome que no estoy sola.

10

DEACON

La carretera desde Ravenwell es una línea de contabilidad que equilibro con el pulgar sobre el volante.

La tormenta no deja de cambiar los números y yo sigo corrigiéndolos.

Bajamos al amanecer a por lo que un refugio necesita cuando el invierno enseña los dientes: aditivo para el diésel, dos cajas de sal de roca para los escalones del sur, una junta de repuesto para la caldera que sisea cuando baja la temperatura, un rollo de cinta térmica para la tubería del porche, cadenas nuevas para el camión quitanieves y un sobre para saldar una cuenta con el granjero que nos suministra huevos cuando las gallinas se ponen temperamentales.

Por eso estoy fuera con este tiempo.

No porque me guste el drama.

Sino porque tanto las matemáticas como el invierno recompensan la disciplina.

Hox va de copiloto, con los ojos fijos en el salpicadero como si fuera una escritura sagrada.

Wren está atrás, con una mano sobre las cajas; así es como un buen hombre aprende a servir de lastre.

Los limpiaparabrisas arrastran una cortina blanca de un lado a otro, de un lado a otro, como si estuvieran contando rosarios y perdiendo la cuenta.

La calefacción se esfuerza al máximo y, aun así, el frío se asienta en la cabina como alguien a quien no hemos invitado.

—Velocidad —pido.

—Veintiocho —responde Hox, y no parpadea.

—Control de carga —digo.

Wren palmea la pila que hay detrás de mí. —Sal con doble amarre. Aditivo asegurado. Junta de la caldera encajada y contada. Cadenas colgadas, no arrastrando.

La ruta del sur estaba abierta cuando salimos.

Ravenwell ya se estaba preparando, con las guirnaldas de luces escarchadas y los vendedores sujetando lonas contra un pronóstico que usaba palabras amables y quería decir algo grosero.

Pagué la cuenta en la ferretería, cogí la junta y la cinta térmica de manos de un hombre que parecía haber dormido bajo el banco de trabajo, y le dije a Gina en la cooperativa que volvería en dos días a por los catálogos de semillas, porque la esperanza es un hábito.

Al salir, me detuve junto a la carpa blanca de la plaza y observé a los voluntarios envolver las mesas en plástico.

Una pancarta del festival navideño ondeaba como si quisiera confesar algo.

Cogí el carril sur para volver a casa porque sabía que la cresta se cubriría de hielo al anochecer.

—Ojos a la izquierda —digo.

El viento se aparta el tiempo justo para mostrar una geometría oscura donde el arcén se inclina hacia un ventisquero.

No es un tocón. No es una roca. Es un coche, medio tragado.

Regla número uno en estas colinas: no pasas de largo ante un vehículo varado con un tiempo así.

Regla número dos: no dejes que el sentimiento dirija. Deja que lo haga el procedimiento, porque el procedimiento lleva a la gente a casa.

—Hox —digo—. Llama a Roman por radio. Llamada corta. Vamos a hacer una parada, milla veintidós sur, probable exposición en un vehículo. Wren, puertas traseras, dos mantas de lana, kit médico listo.

Salgo de la cabina y caigo en una nieve que me llega a las rodillas.

El viento es una mano contra mi pecho.

El coche está con el morro pegado al ventisquero, las ventanillas cubiertas de una película blanca.

Limpio un círculo en el cristal del conductor con el guante y miro hacia dentro.

Su rostro se forma a partir de la escarcha como si lo hubiera soñado allí.

—Marisa —digo antes de poder contenerme, y el nombre empaña el cristal y vuelve a mí.

Pálida.

Labios ribeteados de azul.

Un abrigo que no es lo bastante bueno para esto, subido hasta la garganta.

Dos bultos pequeños contra su cuerpo.

Ella levanta la mirada hacia la mía.

Veo reconocimiento.

Veo alivio.

Veo algo parecido a una disculpa y no tengo tiempo para eso.

La puerta. Se atasca, luego cede.

El frío entra como un ladrón y pone sus dedos sobre su carga. Ella intenta hablar—. Deacon. —El sonido es débil. Suficiente.

—Hablaremos luego —digo—. Ahora nos movemos.

Primero el bebé del lado derecho.

Está caliente donde debe estarlo, demasiado silencioso donde yo quiero ruido.

Pulso rápido, respiración superficial, ese aleteo de pajarito que dice que el frío lo ha intentado pero aún no ha hincado los dientes.

Lo saco con la manta, lo meto bajo mi abrigo, me giro y Wren está allí con una segunda manta de lana como un mago orgulloso de su truco.

—Al camión —digo—. Asiento trasero. Calefacción al máximo. Frota su espalda, tararea lo que sea que tararee un idiota, haz que no deje de hacer ruido.

Wren asiente, acuna el bulto y se va.

Llego al segundo bebé y lo levanto hacia mí.

Este protesta como un pequeño rey agraviado, y ese sonido es lo mejor que he oído en todo el día.

Va directo bajo mi abrigo, las mejillas contra mi camisa, mi calor contra su cabeza, y Hox está allí con la otra manta, ya tarareando fuera de tono.

—Al camión —digo—. Las mismas órdenes. Pies, espalda, canta hasta que se queje de tu gusto musical.

Los bebés desaparecen en la cabina y entonces la levanto a ella.

Pesa menos de lo que me gustaría. No dejo que camine.

No dejo que el tiempo le vea la cara.

Brazos bajo las rodillas y la espalda, la manta sobre sus hombros, y la cargo como si mis brazos hubieran sido construidos para esta tarea.

Tres pasos largos se convierten en siete.

El calor del camión me muerde la nariz.

La subimos, la acomodamos entre ellos y le pongo una botella tapada en las manos.

—Sorbos pequeños —le digo—. Por etapas. Respira.

Sus ojos intentan cerrarse.

Los mantiene abiertos porque estoy mirando.

Mira a izquierda y derecha, encuentra los dos pequeños bultos envueltos y quejándose, y sus hombros se sacuden una vez.

—¿Están bien? —susurra.

—Lo estarán —digo. Eso es una promesa, no una esperanza, y conozco el precio de hacerla.

Vuelvo al coche.

El interior es el mapa de una vida.

Bolsa de pañales, latas de leche de fórmula, biberones, lo que parece ser un pequeño esterilizador de biberones, colchas cosidas de telas viejas que tienen ese tipo de olor que las cocinas recuerdan.

Una bolsa de papel con nudos de ajo, todavía calientes.

Un pastel.

Una bolsa de lona forrada con una toalla roja y el peso de seis hogazas que huelen a naranja y ron y a la paciencia de la abuela de alguien.

—Pan —digo, ya que resulta que me he quedado sin ninguna otra palabra, y Hox aparece como invocado por un sacramento.

Levantamos la bolsa de lona como si fuera un niño dormido y la llevamos al camión.

Wren coge la bolsa de pañales y vamos a por todo lo demás por turnos.

Cierro el coche, apago las luces de emergencia, me guardo la llave porque las máquinas merecen un cierre al igual que las personas.

De vuelta en la cabina, el aire es dorado por el calor y los ruidos de los bebés.

Wren frota círculos en una columna vertebral diminuta y tararea una melodía sin sentido hasta que la respiración se estabiliza.

Hox le habla en voz baja al otro, como un hombre explicando un chiste que sabe que tendrá éxito.

Marisa está sentada, apoyada bajo una manta con las manos en las axilas y los dientes no del todo quietos.

Me mira como mira la gente a un fuego que no está segura de poder tocar sin quemarse.

Algo en mí es blando y algo es de hierro, y ambos están de acuerdo en qué hacer.

—¿Algún dolor? —pregunto—. Dolor de cabeza, opresión en el pecho, náuseas.

—Mis manos —dice—. Las siento como si fueran de cristal.

—Buena señal. La sangre está volviendo a la fiesta. Respira con ello. —Pongo la mano plana sobre el volante y doy a mi voz la temperatura de una habitación tranquila—. Vas a decirme qué hacías en esta carretera. No porque quiera pelear. Sino porque necesito datos.

Ella traga saliva—. Ravenwell —dice—. El festival navideño. El concurso de repostería. Horneé para el jurado seis stollen, la receta de mi nonna. Me invitaron tarde. Pensé que llegaría.

Miro la bolsa de lona y no comento lo obvio.

Habría llegado si la montaña no nos hubiera recordado quién es el rey.

—¿Por qué seguir conduciendo con este tiempo? —pregunto.

Sus ojos brillan un instante pero no deja que las lágrimas caigan.

—Casi me doy la vuelta en las Palisades —dice—, y luego en la gasolinera, y otra vez cuando desaparecieron las líneas. No dejaba de pensar en dos cosas. En que necesitaba que saliera bien una sola cosa buena. Y en que, si llegaba a Ravenwell, significaría que no soñé aquella noche.

Ahí está: la parte que no debía tocar todavía. No la toco. Pongo la palma de la mano en el volante y cambio de carril en el tema de conversación.

—Sobre tu festival —le digo—, ha habido cortes de luz en la plaza, según la información que tengo. Se ha cancelado por hoy. Se reprogramará.

Parpadea rápidamente—. Pensé que quizá aceptarían el pan y pondrían mi nombre en una lista para que no desapareciera. —Su

risa es una única cosa rota—. Conduje de todos modos. No fue sensato. Lo sé.

Hox conecta la radio. —Saint, la tenemos. Deacon, Wren y Hox regresando de la salida a Ravenwell con la carga intacta. Anexo: exposición no crítica, dos bebés entrando en calor. A ocho minutos si la cresta se porta bien.

La voz de Roman llega clara y nivelada. —Recibido. El hogar está caliente. Cruz tiene agua puesta. La verja está abierta.

—Dile que saque el arcón de cedro —digo—. Dile que calentamos primero los pies y las pantorrillas y que llevo pan y actitud.

Marisa hace una mueca y yo casi sonrío, pero me mantengo en mi papel.

Hox lo repite palabra por palabra.

Pongo el camión en marcha corta y siento que los neumáticos muerden la pendiente.

La nieve golpea el parabrisas en cortinas.

El mundo es blanco y el margen de error es cero, y me gusta que sea así porque aquí no hay nada más que lo que importa.

Una mujer que se fue y llegó de todos modos.

Dos vidas pequeñas protestando contra un frío que no las alcanzó. Seis hogazas que huelen a promesa.

Cruzamos la verja con la pala del quitanieves como escolta y el refugio aparece de entre lo blanco como un barco.

La puerta grande está abierta.

El hogar proyecta un color naranja sobre los tablones del suelo.

Cruz nos recibe con un cuenco de agua humeante y dos toallas escurridas.

Roman se queda dos pasos por detrás del fuego, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en el umbral.

Nos movemos.

Los bebés a la mesa de la cocina; Cruz ya murmura tonterías que lo significan todo mientras calienta pies y muñecas diminutas por etapas.

—De vuelta a donde perteneces —le dice a uno, y el bebé considera respirar, luego elige hacerlo.

El ruido que sale de ese pequeño cuerpo es hermoso.

Marisa a la manta de lana, con otra sobre los hombros—. Sorbos pequeños —le recuerdo—. Despacio. Querrás tragar como una heroína. No lo hagas.

Los aspirantes traen la bolsa de lona y la de pañales como si se acercaran a un altar.

Levanto la toalla y la corteza superior de los panes se ha asentado con un crujido que defendería ante cualquiera.

La habitación se llena de cáscara de naranja y ron y esa limpia almendra que indica que alguien tostó, no quemó.

—Despensa fría —le digo a Wren—. Estante superior. Cubre con la toalla. Comprueba el azúcar. Refrescaremos el glaseado en dos días si el horario se mantiene. El stollen mejora con el reposo, fue creado para sobrevivir a esto.

Él sonríe porque este es el tipo de sermón que suelo dar. —Sí, señor.

Hox deja la bolsa de pañales y luego merodea un segundo más de lo necesario junto a los stollen. Le lanzo una mirada. Se pone rojo como un horno culpable y retrocede.

Me giro, observo la habitación como observo una obra en construcción.

Fuego constante, tiro hacia la derecha. Líneas eléctricas zumbando, no quejándose.

Las botas de los aspirantes se han quedado en el cuarto de entrada, gracias a Dios. Cruz con el torso desnudo bajo una camisa de franela abierta, obrando un milagro con un cuenco y un latido.

Roman, un punto fijo con el calor escondido bajo el acero.

Marisa sobre la manta de lana con las manos abiertas sobre las rodillas como si se preparara para un veredicto en un idioma que comprende.

—Festival —dice Roman sin mirarme.

—Cancelado hoy —respondo—. Se reprogramará cuando la tormenta amaine. Mantendremos los panes bien hasta entonces. Estarán mejores por el reposo. Los entregaremos cuando los quitanieves digan que podemos y la plaza vuelva a encenderse.

El pan que ha horneado necesitaba madurar de todos modos, así que cuanto más tiempo le dé, mejores serán sus posibilidades en el concurso.

Marisa vuelve la cabeza hacia mí, pequeña, agradecida y sorprendida. —¿Me ayudarás a entregarlos? —dice, como si no terminara de creer que hablamos el mismo idioma.

—No dejamos que una tormenta se coma un futuro —digo—. Tú horneaste. Yo moveré las cosas. En unos días pondremos tu pan sobre la mesa en Ravenwell y dejaremos que escriban tu nombre con tinta.

Su boca tiembla un grado y ella lo oculta. Respeto eso. El orgullo es una estructura que vale la pena preservar.

Cruz envuelve una pantorrilla diminuta con una toalla caliente y el bebé suspira como un hombre que ha decidido vivir. —Bien —dice Cruz, sonriendo—. Eso es. Cuéntame todas tus quejas, pequeño. Las archivaré por triplicado.

Wren vuelve de la despensa y se golpea el termómetro en la muñeca como un presumido. —La despensa se mantiene a diecisiete grados. Cubierto con la toalla. Azúcar seco. Entreabrí la puerta una vez para que no sudara.

—Hazlo otra vez en una hora —digo—. Te estás ganando el sustento.

Escribo una línea en la pizarra junto a la cocina: Ravenwell: stollen delivery for competition, storm delay, y le dibujo un círculo para que nadie pueda fingir que no lo vio.

Hox traga saliva y mira el círculo con orgullo, como si lo hubiera dibujado él.

Debería ser amable.

No estoy hecho para ser el primero en amabilidad.

Lo hago de todos modos cuando puedo.

Vuelvo a poner la botella de agua en las manos de Marisa y le ajusto la manta sobre los hombros para que el aire caliente del hogar la envuelva por la espalda.

—Quédate —le digo, porque me gustan las palabras prácticas—. Tenemos calor. Tenemos agua. Tenemos paciencia.

Ella asiente una vez.

Sus ojos se dirigen a Roman.

Luego vuelve a mirar a los bebés, el vapor que sube del cuenco de Cruz, la toalla roja sobre el pan en el mostrador.

—Isla —susurra, en un espasmo de miedo por la pequeña vida que corre por aquí como una chispa.

—Con su abuela por las fiestas —dice Cruz, suavizando la voz sin suavizar la postura—. Llamó por vídeo antes de que las carreteras se

pusieran mal. Está presumiendo de estar en un sitio más cálido que nosotros.

La habitación exhala. El viento lanza aguanieve contra la ventana. El refugio responde con madera vieja y fuego.

Roman espera hasta que el calor devuelve el color a su rostro.

Espera hasta que los bebés suenan como trabajo, no como emergencia.

Entonces da un paso adelante, no lo suficiente como para agobiar, lo suficiente como para que el aire diga la verdad.

Apoya las manos en la mesa, con las palmas planas, y la mira como un hombre que puede vivir dentro de una pregunta difícil hasta que esta cede.

—Marisa —dice, y su nombre suena como una campana antes de una ceremonia.

Su voz es baja y firme, no es un grito, nunca un grito, solo acero bajo terciopelo.

—Te has presentado con dos bebés que no sabíamos que existían. Casi te congelas en una carretera por la que te dijimos hace un año que no circularas sola. Estás aquí ahora. Así que te lo preguntaré claramente: ¿de quién son los bebés que nos estás ocultando?

11

MARISA

La pregunta de Roman queda suspendida en el aire como una campana que se niega a dejar de repicar.

—¿De quién son los bebés que nos ocultas?

La chimenea chisporrotea, cuidadosa y constante.

La nieve golpea las ventanas como si fuesen uñas.

La cabaña está demasiado caldeada para mi abrigo, demasiado silenciosa para la tormenta del exterior, y mi corazón olvida cómo latir con orden.

Cruz tiene a uno de los bebés acurrucado contra su pecho desnudo, piel con piel, con una manta doblada como una pequeña nube alrededor de sus diminutos hombros.

El otro yace sobre una toalla caliente con la mano grande de Deacon rodeando su caja torácica, contando las respiraciones con la paciencia de un ingeniero y la reverencia de un feligrés.

No le respondo a Roman de inmediato.

Me quito los guantes húmedos dedo por dedo, despacio para no soltar la botella de agua que Deacon me ha puesto en las manos.

Tengo los nudillos doloridos y rosados.

Mis manos todavía tiemblan con estallidos cortos y absurdos, de esos que hacen que las tapas se rebelen y los botones parezcan mentiras.

—Sorbitos pequeños —dice Deacon en voz baja.

Tiene voz de plano técnico incluso cuando intenta ser amable. Desliza otra manta sobre mis hombros con la eficiencia de alguien que ha envuelto tanto a supervivientes de tormentas como motores.

La nota de la pizarra afloja algo en mi pecho.

Cruz me mira a los ojos por encima de la cabecita velluda del bebé. —Eh —dice suavemente, como si me saludara a mí y no al pánico—. Tú respira. Ellos respiran. Nos turnamos.

Bebo un sorbo. El agua fría sabe a algo que no sabía que echaba de menos. Mi garganta se mueve. La habitación espera.

Roman se queda donde está, con el hogar pintando una de sus mejillas en ámbar y dejando la otra en sombras.

No se acerca.

No aparta la mirada.

Su boca es una línea que resultaría cruel si no supiera cómo aquieta habitaciones enteras con su silencio.

Las reglas del club están talladas sobre la puerta.

Nada de mentiras. Nada de abandonos. Nada de violencia hacia mujeres o niños.

Mi mirada se desvía hacia allí y vuelve a él. Soy una infractora sentada bajo las escrituras, pero todavía no voy a pedir perdón.

Gabe —el gemelo más ruidoso, un artista nato— suelta una queja chillona.

Cruz cambia de posición, murmura tonterías con una voz cálida como la canela, y el chillido se convierte en un suspiro.

Luca se niega a ser menos y se mete el puño en la boca como un hombre con un plan.

Cuando lo saca, le queda un hilo de baba cruzando la barbilla. No puedo mirar eso y sentir lástima de mí misma.

—Ven aquí —digo, levantándome antes de decidir no hacerlo, mientras la manta se me resbala de un hombro.

Alargo los brazos para coger a Luca y Deacon me lo entrega con un cuidado que me da las gracias sin decirlas.

Su piel está caliente por el aire de la calefacción, tiene las cejas fruncidas como si estuviera pensando en tipos de interés hipotecario.

Lo acomodo en el hueco de mi codo, siento el peso posarse en un lugar bajo mis costillas que creía que estaba agrietado, y le limpio ese hilo de la barbilla con la esquina de la manta.

—Aquí estás —le digo, porque los bebés merecen saber cuándo han llegado—. No les pongas esa cara a los hombres. Es desarmante.

Un pequeño sonido que es casi una risa recorre la sala. No viene de Roman.

Viene de Cruz, porque encuentra alegría incluso cuando está enfadado con el mundo en mi nombre, y de Deacon, cuya boca se suaviza un grado cuando algo está bien construido.

Los ojos de Roman hacen eso de volverse más oscuros y más suaves al mismo tiempo, lo que hace que se me corte la respiración, lo que hace que me enfade conmigo misma, lo que hace que quiera ser ingeniosa.

—No los oculté —digo, a la habitación, a él, a las palabras talladas sobre la puerta.

Mi voz sale firme porque, si hay un talento que poseo además del azúcar, es hacer triaje con una sonrisa. —Los mantuve a salvo mientras descubría cómo ser valiente.

Roman no asiente.

Deja que la frase permanezca como una silla que ha sido apartada de la mesa y espera.

—Empieza por lo que sabes —dice—. Luego dinos lo que piensas. Deja lo que temes para el final.

Deacon enarca las cejas: aprobación por una estructura con un orden de carga sólido.

Cruz inclina la cabeza como si estuviera bendiciendo la mesa.

Respiro una, dos, tres veces, y dejo que la verdad se alinee.

—Lo que sé —comienzo, acunando a Luca sin pretenderlo, marcando con el movimiento un ritmo que mi voz pueda mantener—. Me fui la mañana después de aquella noche porque estaba aterrorizada. No de vosotros. No de la forma en que me tocasteis. De desear, de una manera que hacía que mis huesos se sintieran como papel mojado. —Trago saliva.

La mandíbula de Roman se tensa.

Continúo: —Si me hubiera quedado, habría tenido que admitir que lo que pasó no fue un error ni un accidente ni un truco de la tormenta. Habría tenido que deciros, y decirme a mí misma, que lo quería todo. A todos vosotros. No por una noche. Por más tiempo del que nadie en mi familia ha perdonado jamás.

No miro las reglas talladas.

No miro la boca de Roman.

Miro a Cruz, porque él me mira como un hombre que ha visto cosas peores volverse mejores.

Él le tararea a Gabe y asiente para que siga adelante.

—Descubrí que estaba embarazada semanas después —digo—. Vomité en el metro y le eché la culpa a un sándwich de huevo en mal estado hasta que no pude fingir ser tan ingenua. Compré una prueba en una farmacia donde las luces son demasiado brillantes. Vi aparecer un signo más como una orquesta. Me senté en el bordillo de afuera con el humo del cigarrillo de un extraño en el pelo y lloré porque me sentía tan estúpidamente, estúpidamente feliz y tan estúpidamente, estúpidamente asustada.

Luca arruga la cara y luego se relaja cuando le paso un dedo por la ceja.

Tiene un remolino pequeño e inútil en el pelo.

Lo quiero tanto que tengo que reír o me abriré mi propio pecho y les entregaré mi corazón como si fuera un pastel.

—No dejaba de repetirme que llamaría —digo—. Que cada día que esperaba lo hacía más difícil, lo que significaba que debía dejar de esperar, lo que de alguna manera lo hacía aún más difícil. Me decía cosas para que el dolor fuera tolerable. Que teníais mejores cosas que hacer que aprender a sostener un biberón a las cuatro de la mañana. Que no tenía derecho a querer que lo intentarais. Que querer eso para mí era egoísta, infantil y vergonzoso.

La boca de Cruz se suaviza adoptando una forma que hace que me arda la garganta.

Deacon mira a los bebés y no a mí, que es su manera de no darme privacidad sino de prestármela.

—Los bebés son vuestros —digo, y como a la verdad le gusta la precisión, añado—: No de uno de vosotros. De todos vosotros. No sé de quién es la sangre de quién. —Llevo la barbilla hacia arriba

porque me niego a convertir esto en una confesión de la manera en que me enseñó mi madre—. Pensé en hacer una prueba de paternidad. Tuve un kit en la mano y lo odié por la forma en que intentaba convertir el amor en números. Lo devolví al estante. Lo único que he hecho correctamente este año es mantenerlos a salvo, vivos y tan amados que se quedan dormidos en medio de su propia alegría.

El silencio se despliega sobre la sala, cálido como la manta sobre mis hombros, pesado como una confesión.

El fuego suelta un chasquido que suena como una tos educada.

En algún lugar más profundo de la cabaña, una tubería suena al despertarse, decidiendo ser generosa.

Cruz suelta una risita en el pelo de Gabe y el bebé responde con un chillido, un sonido como un corcho saliendo de una botella de algo festivo. Me tranquiliza más de lo que podría hacerlo cualquier agua.

La voz de Roman suena baja y pausada. —Habríamos querido saberlo.

No es una acusación. Es una simple línea trazada en el suelo, blanca como la tiza, imposible de ignorar.

Lo miro. El gris de sus ojos es hierro bajo una tormenta.

Mantiene las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, como si prometiera no moverse hasta que yo termine.

Es injustamente guapo, incluso cuando está furioso. Especialmente cuando está furioso. Se me escapa una risa, pequeña y desquiciada.

—No dejaba de escribir la primera frase —digo—. «Hola. Soy Marisa. Estoy embarazada. Creo que deberías sentarte». Le daba a enviar en mi cabeza todos los días. Lo borraba con el pulgar todas las noches. Me decía que no os importaría, luego me decía que sí, y de alguna manera ambas cosas me hacían llorar.

Deacon sale de la habitación y luego regresa, dejando una taza en la mesa cerca de mi codo. El vapor sube en cintas. Cacao y canela.

—Para la madre —dice—. Porque ha sido muy valiente.

—Gracias —digo, y mi voz se comporta con educación. Soplo en la superficie, tomo un sorbo con cuidado.

Sabe a infancia si a la infancia se le hubiera permitido la amabilidad.

Deacon asiente y luego mira a los demás. —Ravenwell se pospone —dice, como si retomara una conversación que no terminamos—. Unos días al menos, hasta que las líneas eléctricas se disculpen. Tus hogazas están reposando de maravilla.

Echa un vistazo hacia la despensa como un hombre orgulloso de un paciente. —Haremos la entrega cuando la montaña decida portarse bien. Un pan así mejora con el tiempo. Fue hecho para la espera.

—Yo también —digo, y luego me arrepiento porque la habitación oye más de lo que pretendía.

Acurruco más a Luca y beso la comisura de su boca ridícula. Huele a harina caliente y a desafío.

Los ojos de Roman no se han apartado de mi rostro. Escucha como un hombre que se mantiene muy quieto en una habitación llena de cristal.

—¿Cómo se llaman? —pregunta, no porque lo necesite saber, sino porque las personas que tienen intención de quedarse empiezan por los nombres.

—Gabe —digo, señalando con la barbilla al que está en brazos de Cruz, ocupado en componer una protesta por nada—. Y Luca. —La mirada de Roman se desplaza hacia cada uno de ellos a medida que sus nombres aterrizan, y algo en él se relaja un grado que no sabía que podía moverse.

—Luca eructa con suficiente fuerza como para hacer temblar las ventanas —ofrezco, porque no quiero que todo esto sea dolor—. Gabe frunce el ceño como si estuviera leyendo los planos de una decepción.

Deacon resopla, casi una risa. —Genético —dice, y luego me mira como si no hubiera querido decirlo en voz alta y la verdad le hubiera sorprendido.

Bebo de nuevo. Dejo la taza. Mis manos están más firmes.

Luca resopla hasta quedarse medio dormido, con la boca suavizándose hasta parecer un pétalo.

Me escuecen los ojos y no dejo que caiga ni una lágrima. He llorado en demasiadas habitaciones.

—No os pido que me perdonéis —digo, con voz baja pero no débil—. No os pido que los criéis por mí ni que paguéis los pañales ni que me digáis que hice lo correcto. Os estoy diciendo la verdad porque debería haberlo hecho, y porque la montaña hizo que decíroslo ahora fuera más fácil que el miedo que construí. Os lo digo porque cada mañana que me despertaba y no lo hacía, me gustaba menos a mí misma, y es algo malo cuando una madre empieza a detestar a la mujer que les entrega a sus hijos.

Los ojos de Cruz brillan de la forma en que lo hacen los ojos de los hombres cuando fingen que es el humo.

Se balancea un poco, besa el pelo de Gabe, finge que necesitaba hacer ambas cosas por razones ajenas a mi frase.

La mano de Deacon se mueve de la mesa al respaldo de la silla, un cambio silencioso que dice que todavía está conmigo. La boca de Roman tiene la misma forma y, de alguna manera, tampoco.

Habla al fin. Seco. Controlado. Injustamente calmado. —¿Tienes planeado volver a huir?

Sabía que llegaría.

Aun así, cae como si el suelo cediera bajo una alfombra.

No añade nada más.

Ni un «si lo vas a hacer, no te perseguiré».

Ni un «si lo haces, te daré caza».

Solo una línea y una mirada.

Él pone a prueba las estructuras apoyándose lo justo para ver si aguantan.

Puedo sentirlo apoyándose contra cualquier resto de entereza que me quede.

Mi primer instinto es la honestidad.

El segundo es la armadura que llevo puesta desde que tuve edad para que me dijeran que bajara el tono de mi risa.

Equilibro ambos y me instalo en el lugar donde se planta una mujer cuando ama y teme en igual medida.

—No vine aquí —digo, y sale con una pequeña risa que no puedo evitar—. Vuestra montaña me tragó y me escupió en vuestra entrada. No os envié un mensaje dramático para luego derrumbarme en vuestro porche. No planeé nada de esto. —Levanto la barbilla, no desafiante, simplemente firme—. Estoy aquí porque no podía llegar a ningún otro sitio.

Roman me observa como un hombre que lee un documento que debe firmar y dentro del cual debe vivir.

Sus ojos dicen cosas que su boca no puede, todavía no.

Dolor. Furia. Alivio. Larga paciencia.

Le sostengo la mirada y me niego a ser la primera en apartarla.

—En cuanto a huir —continúo, y juraría que la cabaña se inclina para escucharme—, no voy a hacer planes más allá de esta noche. Mis

hijos necesitan calor y una habitación que no se mueva y otros dos pares de manos en las que yo confíe. Dormiré. Los alimentaré. Pondré una alarma para las tres de la mañana que ninguno de los dos respetará. Me despertaré de mal humor y dulce al mismo tiempo. De alguna manera, recuperaré mi coche. Cuando las líneas eléctricas se disculpen, iré a Ravenwell con mi pan. Si queréis estar a mi lado cuando el juez corte la primera rebanada, bien. Si queréis quedaros aquí y mirar con mala cara el esquema de una tubería, también bien.

La boca de Cruz se curva.

Deacon finge estar ofendido por seguir la broma y fracasa.

Roman no sonríe.

Su mirada se desplaza hacia Luca, hacia Gabe, de vuelta hacia mí. Esperando la parte que no dije.

—Y lo que os debo —añado, porque este es el lugar donde debo mantener mi propia posición—, es lo que os he dado. La verdad. Los nombres de los bebés. El plan para el pan y el sueño. Se os debe eso porque preguntasteis con ardor y firmeza, y porque estoy cansada de escribir la primera frase de un mensaje y borrarla con el pulgar. No se os debe el lío de mi familia esta noche. No se os debe un discurso sobre qué clase de mujer me entrenaron para ser y en cuál me convertí cuando tuve hambre. No se os debe mi vergüenza. —Señalo con la cabeza hacia las reglas talladas sobre la puerta—. No estoy mintiendo. No estoy abandonando. Estoy respondiendo exactamente a lo que habéis preguntado.

Cruz exhala suavemente, un sonido que contiene elogio.

Los ojos de Deacon se entornan, no por sospecha sino por reflexión, como un hombre que observa un puente asentarse correctamente.

Roman se queda quieto de una manera diferente, esa clase de inmovilidad en la que los lobos cambian de opinión sobre si correr o esperar.

Ese lado de su boca que nunca ha conocido la piedad la considera.

Luca tiene hipo y se despierta sobresaltado.

Suelta una protesta de una sola sílaba que suena como un «eh».

No puedo evitarlo. Me río. La risa más tenue.

La habitación cambia de forma un grado.

—No vine aquí intencionadamente —repito, más suave, porque esta es la parte de la frase que protege el resto de mí—. Y no os debo más de lo que he dicho. —No levanto más la barbilla, no me cruzo de brazos, no hago ninguna de las cosas que mi hermanastro me enseñó que hacen que los hombres se enfaden cuando las mujeres las hacen.

Simplemente me quedo.

Con mi bebé en brazos y calor en mis mejillas y el azúcar durmiendo en una despensa porque alguien a quien herí decidió mantenerlo a salvo para mí.

Roman me mira como un hombre que reconoce una partida a largo plazo cuando se planta frente a él fingiendo ser una corta.

Sus ojos dicen que ve el brillo y la armadura, a la chica y a la madre, el vuelo y el aterrizaje.

12

CRUZ

La cabaña despierta como lo hace el buen pan: lenta y cálida desde el centro.

Me levanto antes de que la luz se atreva a asomar, porque los bebés no saben leer relojes y mi cuerpo aún recuerda el ritmo de un llanto suave en la oscuridad.

Lo primero es lo primero. Desbloqueo el móvil y llamo por videollamada a Isla.

Me responde desde la cocina de la Abuela en el pueblo, con el pelo como una suave tormenta alrededor de la cara y las mejillas rosadas por el calor y esa clase de suficiencia que solo una niña de cinco años puede lucir.

—Papá, estoy bebiendo chocolate y la Abuela le ha puesto canela por encima —anuncia, sosteniendo la taza tan cerca que la cámara se empaña. Detrás de ella, la Abuela agita una cuchara como si fuera un cetro. En algún lugar fuera de plano, el Abuelo refunfuña sobre las quitanieves como si fueran viejas rivales. El beagle ronca bajo la mesa.

—Qué envidia —le digo a mi niña, sonriendo tanto que siento la cara nueva—. Dale un beso a la Abuela de mi parte. Quédate un minuto más, mi vida. Estoy haciendo mi ronda.

Apoyo el móvil contra el azucarero para que Isla pueda ver cómo despierta la cocina.

La escarcha recubre las ventanas, un fino encaje que se riza en las esquinas. Pongo una olla en el fuego del fondo, la lleno de agua y observo cómo la escarcha retrocede a medida que sube el vapor.

La cocina chasquea, tose una vez y luego se asienta en una respiración constante.

Coloco la leche de fórmula sobre la encimera, caliento agua en un cazo pequeño y remuevo la cuchara sin pensar, trazando los mismos círculos que solía dibujar en el aire sobre la cuna de Isla cuando no podía dormir si el mundo no se movía.

—¿Está Marisa ahí? —pregunta Isla en un susurro que no llega a serlo—. ¿Sigue estando guapa como ayer?

—Duerme —le digo, bajando la voz como si la propia cabaña fuera a oírme y a tener compasión—. Sigue guapa. Más guapa todavía, creo, porque está cansada y es valiente.

Sonríe como si entendiera lo que es estar cansada y ser valiente. —Dile que he dicho que las gallinas la echan de menos. Cleopatra me ha picado la bota a propósito.

—Le daré el mensaje. —Le lanzo un beso. Ella me devuelve tres y aterrizan por toda la cocina, lo cual parece lo correcto.

Los gemelos están en un cuarto frente a la habitación de Marisa, con la puerta entreabierta y las viejas bisagras envueltas en tela para que no se quejen.

Construí esas cunas hace años, una para Isla, otra para el niño que no llegó a nacer, y anoche aceité la madera mientras la tormenta pegaba la cara al cristal.

Ahora, dos cuerpos pequeños y nuevos respiran bajo colchas que la Abuela cosió a partir de delantales viejos y retales de manteles de boda.

Uno de los niños duerme despatarrado como una estrella de mar, con los dedos abiertos al mundo. El otro duerme hecho una coma apretada, un pensador incluso en sueños.

—Buenos días, caballeros —murmuro, apoyando la mano en el marco de la puerta para recordarme que debo guardar silencio.

Compruebo el calor con la palma de la mano.

Cálido. Seguro.

Coloco bien una esquina suelta de la colcha bajo una barbilla que algún día discutirá conmigo y perderá.

Vuelvo al pasillo y llamo a Cara. Responde al segundo tono, con la voz aún pastosa por el sueño y una risa ya formándose.

—Siempre llamas al amanecer cuando es algo importante —dice—. ¿A quién has rescatado esta vez, Santiago?

—La montaña me ha traído a una madre con dos bebés y seis hogazas que huelen a gloria —digo, manteniendo la voz baja—. Hemos tenido una noche movidita. Ella está durmiendo ahora. Te necesito cuando las carreteras se disculpen. No de inmediato. Cuando sea seguro.

—Me lo imaginaba por el viento de anoche —dice ella, ya en movimiento. Puedo oír el traqueteo de su tetera, el arrastrar de las zapatillas—. Estaré allí en cuanto la cosa se calme. Llevaré un fular portabebés nuevo para compensar el que te negaste a devolverme en el 2020.

—Yo devolví ese fular —miento, lo que la hace soltar una carcajada.

—No lo hiciste —dice—. Está en tu armario con las corbatas de seda. Te conozco, cariño. ¿Cómo están los bebés?

—Hambrientos por turnos. Ya están calientes. Ruidosos de esa manera que hace que un hombre crea que el mundo todavía lo quiere ocupado. —Llevo el móvil a la ventana.

El cielo es de color peltre.

La cresta de la montaña luce un chal blanco. —Y Cara. Son... nuestros. Quizá. Probablemente. Las cuentas aún no están hechas. Puede que no se hagan nunca. No me importa.

—Nunca pensé que te importara —dice ella. Hay orgullo en su voz, de ese que me hace sentir calor en el pecho—. Siempre fuiste de los que saben que el amor es un verbo. Iré cuando el hielo deje de ser tan dramático.

—Gracias —digo—. Y Cara. Gracias por todas las veces que me salvaste de hervir un biberón.

—Nunca herviste un biberón. Ponías temporizadores y te quedabas mirando el agua —dice, y luego se suaviza—. Dales un beso de mi parte. A la madre, dale dos.

—Lo haré —prometo.

Cuelgo y coloco el portabiberones en la encimera como si fuera un altar.

El agua se ha calentado.

Echo un poco en un cazo pequeño, pruebo la temperatura en mi muñeca y la memoria muscular de la paternidad temprana regresa como una canción favorita.

La casa está en silencio, a excepción de la cocina y el viento.

Roman no ha pronunciado una frase completa desde anoche y no se la pido; hablar no es lo mismo que cuidar.

Deacon está despierto en algún sitio, de la forma en que lo están los hombres como él: contando fallos y baterías y fantasmas en el cableado.

Marisa duerme.

Me parece algo sagrado.

Juro por Dios que esta casa se derrumbará antes de que permita que nadie llame a su puerta antes de que esté lista.

Uno de los gemelos se remueve.

Lo noto en la columna vertebral antes de que mis oídos lo capten.

Una suave ruptura en el silencio, no un llanto, sino un estiramiento previo al llanto que dice que el hambre le ha dado un toque en el hombro.

Me coloco un fular cruzado sobre el pecho, entro en la habitación y levanto al primer niño con las dos manos como si hiciera una ofrenda.

Parpadea, frunce el ceño y sopesa si estamos en guerra.

No lo estamos.

Se lo digo.

—Hola, pequeño —susurro—. Estás a salvo y yo soy grande. Superaremos esto juntos.

Lo acomodo en el fular para que su oído descanse sobre mi corazón.

El otro, ofendido por haber quedado fuera de cualquier plan, empieza a prepararse para llorar.

A él también lo cojo, y por un minuto me siento cálido, lleno de propósito y completamente ridículo. La mayoría de mis mejores momentos son así.

En la cocina, coloco a uno de los niños en el hueco de mi codo y le acerco el biberón a la boca.

Se engancha con una seriedad que me hace reír por lo bajo.

El otro se queja porque él también existe. Me balanceo sin pensar. La cocina chasquea.

La ventana se empaña con nuestro aliento. Isla canta a través del móvil sobre la encimera, inventándose una canción sobre muñecos de nieve con botas de motorista.

—Tú, mi caballito —le digo al que tiene hambre—, serás el ruidoso. Dirigirás la casa con tus opiniones. Serás perdonado porque tienes una boca preciosa.

Da una patadita como si estuviera de acuerdo.

—Y tú, Señor Reflexivo —le digo al que está metido en el fular—, serás el arquitecto. Desmontarás cada armario de esta cocina para cuando tengas dos años. Deacon llorará un martes y dirá que es sudor.

Hablando del rey de Roma, Deacon entra como un fantasma, con las botas en silencio sobre la madera y el pelo húmedo de esa clase de ducha que se dan los hombres cuando hay trabajo por delante.

Mira el biberón, luego el fular, después a mí, y asiente como si yo hubiera hecho algo correctamente en un plano muy grande.

—¿Cómo está el mundo? —le pregunto.

—La electricidad aguanta —dice—. Las cámaras del norte y el oeste están escarchadas, las arreglaré cuando el viento dé un respiro. El generador está cebado. Las líneas zumban. No me gusta el zumbido del alero sur. Roman está en el tejado.

—Cómo no. —Inclino el biberón para que la leche de fórmula no ahogue una garganta ansiosa—. No dejes que se quede ahí arriba cavilando. Empezará una guerra con las nubes.

—Está cavilando exactamente lo que el tiempo permite —dice Deacon, pero su boca se suaviza en las comisuras al observar cómo trabaja la mandíbula del bebé—. ¿Quieres que me lleve a uno?

—Quiero que bebas café y finjas que odias amar esto —le digo.

Resopla, va hacia la cafetera y comete un sacrilegio al preparar un frasco de cold brew para más tarde.

Decido ignorarlo hasta que Roman esté en la habitación para soltar su sermón.

La vida consiste en las pequeñas alegrías.

Llevo a ambos niños al gran ventanal.

Observamos cómo se derrite la escarcha en líneas que parecen escritura.

La cresta de la montaña exhala niebla.

Un cuervo se posa en la valla, con la cabeza ladeada, y decide que no vale la pena hablarnos.

Me trago una risa para que el biberón se mantenga firme.

Más tarde, cuando el niño del fular se ha quedado dormido y el otro ha comido hasta entrar en un estado filosófico, los vuelvo a meter a ambos en sus cunas, beso cada frente suave y me quedo un minuto observándolos.

Se me encoge el pecho.

Siempre es así.

El amor no es ordenado.

No es sutil.

No es ingenioso.

Es una mano que se cierra suavemente alrededor de toda tu vida y aprieta hasta que recuerdas que la excelencia no importa si nadie está caliente.

De camino al pasillo, me detengo ante la puerta de Marisa.

Está de lado, con un brazo por encima de la cabeza, la boca relajada y la respiración pausada.

No entro, solo me apoyo en el marco y observo el subir y bajar de su pecho.

Su pelo es una mancha oscura sobre mi vieja funda de almohada.

Parece joven así, y más mayor, ambas cosas a la vez, que es lo que le ocurre a una mujer que ha cargado con demasiado y no ha soltado nada.

—Duerme —le digo en voz baja—. Nosotros mantendremos el tipo.

La puerta trasera se atasca un poco cuando la abro.

El viento tiene un sabor a cristal tallado.

Salgo a por leña, porque el hogar devora más de lo que pensamos cuando una casa está llena de nervios.

La pila está cubierta por la nieve, una colina ordenada que hice ayer y que ahora parece vestida para ir a misa.

Retiro la capa superior con el antebrazo, recojo dos trozos, luego otros dos, porque cualquier excusa para quedarme fuera y pensar como una criatura de la nieve es una excusa que aprovecho.

Al volver, algo extraño me llama la atención.

No gran cosa.

Un rastro junto al cobertizo, donde la nieve forma remolinos y se apoya el viejo arcón de herramientas.

Hay huellas curvas allí, ligeras y deliberadas.

No son nuestras.

No son de ciervo, ni de zorro.

Una bota. Una grande.

La pisada es superficial, luego profunda, luego desaparece, como si alguien hubiera recorrido nuestro perímetro y luego se hubiera marchado.

Mi sonrisa se borra. Dejo la leña sin hacer ruido y me acerco al borde de la huella.

No la piso.

Pongo mi propio pie al lado y mido.

Grande, pero no descomunal.

Humana.

Las marcas de neumáticos rayan la carretera de la cresta: nuestra quitanieves y el viejo Ford de Grady.

Nada más.

Quienquiera que fuera, vino a través de los árboles.

Estuvieron lo bastante cerca del cobertizo como para tocarlo.

Vigilaron la ventana y no les gustó lo que vieron.

—Deacon —llamo, no muy alto, solo lo justo para que se oiga. Aparece como si hubiera atravesado la pared.

—Huellas —digo, señalando—. No son nuestras.

Mira durante tres segundos y ya está haciendo listas intelectuales. —Vi un parpadeo en la cámara oeste anoche, luego la nieve tapó la lente. Podrían ser críos —sugiere, pero la expresión de su cara dice que no cree que sean críos cuando la nieve es así de traicionera.

—Podría ser cualquiera que nos prefiera preocupados —digo. Los Fire Vultures tienen mucha memoria y muy poca educación.

Los Iron Blessings fingen ir a misa y llevan cuchillos en los himnarios.

Y los peores son los que llevaron nuestro parche una vez, comieron en nuestra mesa y luego decidieron que la casa de Roman era demasiado limpia para su gusto.

Esos hombres no olvidan qué puerta patearon ni qué hombre les dijo que no.

—Recorreremos el perímetro después del café —dice Deacon, lo que en su idioma significa ahora mismo. Comprueba el pestillo del cobertizo, prueba la bisagra, estudia la línea de árboles donde las huellas terminan sin haber empezado—. Avísale a Roman.

—Lo haré. —Cierro la puerta trasera con un suave clic y paso la mano por la vieja madera, como hace un hombre cuando le recuerda a algo que sea fuerte.

De vuelta dentro, la cocina canta suavemente. El cazo está en remojo.

La cocina huele a canela y cedro, y también se percibe la nota sagrada de naranja y ron que se escapa de la despensa cerrada.

Las hogazas de la competición descansan en el estante superior, protegidas tal como ordenó Deacon, y no tocaré ni una sola miga de ellas.

Sin embargo, sigo siendo un hombre, y una casa llena de preocupaciones necesita desayunar.

Sobre la mesa está el bizcocho de manzana y jengibre que Marisa trajo junto con el stollen, destinado al equipo, no a los jueces.

Anoche lo dejó en la encimera entre escalofríos y disculpas.

Lo cubrí con una campana de cristal y le prometí que estaría aquí por la mañana.

Aquí está, lo que significa que soy un hombre de palabra al menos una vez antes de las nueve de la mañana.

Pongo el bizcocho en la tabla de cortar y cojo el cuchillo que Isla llama Excalibur, porque si vas a cortar el desayuno, debes hacerlo con ceremonia.

Pienso en hacer una foto y enviarla al grupo de chat con un mensaje que diga que estoy haciendo un control de calidad y que no me repliquen, y luego decido que la broma será más deliciosa después de haber alimentado a todo el mundo.

Hundo el cuchillo. La corteza cede con un suave suspiro y la miga tiene aspecto de buen humor. Levanto la primera porción y me detengo.

Hay un pliegue en el centro que no es bizcocho, ni fruta, ni nada que deba estar ahí.

Algo metido donde no debería haber nada.

Al principio pienso que estoy viendo un trozo de papel vegetal del molde, de ese que a veces pierde una esquina cuando tú eres delicado y el mundo no.

Entonces veo tinta.

El borde está doblado.

El papel es viejo de una forma que el papel de hornear nunca lo es.

Dejo el cuchillo y deslizo el pulgar bajo una esquina, con cuidado de no manchar la miga con las manos.

La nota es fina y rígida, como si hubiera salido de un libro que ha estado en un cajón durante una década.

—Deacon —llamo de nuevo, sabiendo de antemano que no debería tocarla, pero ya es demasiado tarde.

Él aparece, me mira a la cara, luego al bizcocho, y pone la expresión que usa cuando una viga no está donde la dejó.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Un mensaje —digo, y abro el doblez.

Cuatro palabras, con tinta oscura y deliberada.

Una letra que no reconozco pero que odio de inmediato.

No puedes proteger lo que no reclamas.

13

MARISA

Me despierto con el sonido de una casa que cumple sus promesas.

El calor se desplaza por las rejillas de ventilación.

La vieja madera se estira como un gato y vuelve a asentarse. En algún lugar del pasillo, una tetera comienza una queja pausada que acabará convirtiéndose en canción.

Estoy caliente bajo un edredón que huele a cedro y con una de las camisas de algodón de Cruz.

Durante tres segundos no sé dónde estoy.

Entonces, el ritmo de dos pequeñas respiraciones se entrelaza con mi consciencia y mi cuerpo recuerda cómo ser madre antes de que el resto de mí abra los ojos.

Hay un mensaje preocupado de Lidia, más de unas cuantas llamadas perdidas de Nico y un mensaje particularmente desagradable sobre los niños que hace que cierre los puños.

Me cuesta unas cuantas respiraciones estabilizarme, pero luego recuerdo que estoy en un lugar seguro, aunque me haya costado muchísimo darme cuenta.

Los gemelos dormitan en la habitación de al lado, al otro lado del pasillo.

La puerta está entreabierta y una franja de pálida luz invernal se extiende sobre los tablones del suelo.

Después de enviar un mensaje rápido a Lidia disculpándome por no haber avisado antes y por lo del Subaru, y prometiéndole que estoy a salvo, salgo de la cama y me pongo unos calcetines de lana, me pongo la franela de Cruz sobre la camiseta de tirantes y me recojo el pelo con el tenedor que he encontrado en la mesita de noche. Debería parecer ridículo. Me hace sentir como si llevara una armadura.

Me muevo en silencio, de la forma en que aprendes a moverte cuando el sueño es un animal precioso al que no quieres asustar.

Luca se ha adueñado de la vieja cuna de Deacon, la de los barrotes lisos que Cruz lijó anoche hasta que la madera brilló como el pan justo antes del glaseado.

Gabe está en la cuna de Isla, encantado con su historia, boca arriba, con las manos abiertas como un príncipe dueño del sol.

Toco cada frente suave con dos dedos.

Ambos niños están calientes.

Ambos huelen a leche de fórmula y a algodón limpio.

Me duelen las costillas de lo bien que se ven en esta habitación y de lo mal que me he sentido yo durante meses.

La cocina del refugio me llama como la primera vez que entré en ella, cuando la tormenta nos dejó a todos húmedos, hermosos y extraños.

La pizarra todavía tiene la nota de Ravenwell, y alguien ha añadido líneas adicionales debajo.

Deacon, probablemente.

Sus subrayados siempre parecen capaces de sostener un tejado.

Me ajusto más la camisa de franela y empiezo la mañana de la única manera que sé.

Preparo la polenta porque la polenta, bien hecha, enseña paciencia y perdón al mismo tiempo.

Harina de maíz molida a la piedra en una olla.

Agua, una pizca de sal, romero deshojado con la uña del pulgar, un diente de ajo machacado hasta que recuerda ser amable.

Los primeros minutos requieren atención para que no se le ocurra formar grumos. Después de eso, se convierte en una meditación.

Remover, raspar, remover otra vez. La cuchara de madera encuentra su propio camino.

Lo siguiente es el café.

La cafetera espera en la encimera como un perro que se sabe todos los trucos.

Considero el tarro de cold brew y lo dejo donde está, porque Roman lo odia por principio, y porque Deacon disfrutará del espectáculo más tarde.

Vierto agua a través de granos que huelen a Nueva York en diciembre y me sirvo una taza pequeña del de verdad, ya que espero ser juzgada por un hombre con ojos de tormenta y una lista de reglas talladas en madera.

El primer sorbo es una pequeña misericordia. Lo mantengo en la boca y dejo caer los hombros.

La sidra de manzana va a una olla con una naranja tachonada de clavos, canela en rama, dos clavos de olor y anís estrellado para darle dramatismo.

El calor libera el perfume y toda la cocina empieza a oler a azúcar, a leña y a mercado navideño.

Mantengo el fuego bajo para que nunca se evapore lo que hace que valga la pena beberla.

Doy forma a los biscotti mientras la polenta se vuelve dorada y espesa. Almendras tostadas anoche en el horno antiguo.

Semillas de anís trituradas con la base de la mano. Huevos batidos con azúcar hasta que la mezcla se aclara, como lo hace el ánimo cuando alguien que te quiere entra en la habitación.

La masa está pegajosa y perfecta. Formo dos troncos y les doy palmaditas para que obedezcan.

Podría llorar por el alivio de una receta que se porta bien.

La casa está más silenciosa de lo que tantos corazones deberían permitir.

Lo agradezco, pero no me fío.

Tarareo para hacerla mía, una vieja melodía de Dean Martin que me mantuvo cuerda en cocinas donde los chefs lanzaban sartenes y gritaban por la sal como si fuera algo personal.

La polenta se espesa hasta alcanzar la resistencia exacta que mi nonna me enseñó a sentir con la cuchara, así que la termino con mantequilla, un puñado de parmesano y una cucharada secreta de mascarpone, porque la vida ya es bastante dura de por sí.

Mis manos buscan lugares familiares sin que yo se lo pida.

Detrás de los botes de harina, mi viejo cuchillo de cocina me espera, envuelto en un paño de cocina que doblé el año pasado.

Lo desenvuelvo y toco el lomo con el pulgar. Se asienta en mi palma como una pregunta que ya conoce la respuesta.

Lo dejo y le digo que sea útil. Me hace caso.

Reviso la despensa en busca de azúcar y encuentro la lista de la compra del año pasado todavía encajada bajo el imán con forma de gallo.

Mi letra, borrosa pero legible.

Naranjas, nata, levadura, paciencia.

Sigo la palabra paciencia con la punta del dedo y me doy cuenta de que la escribí dos veces; luego me río porque no soy sutil cuando necesito recordarme que debo ser decente.

Una taza de café está de lado en el escurridor, con el borde inclinado de una forma que nadie la dejaría.

No es mía.

No es una que reconozca.

Hay una tenue media luna de barro cerca de la puerta trasera, no es una huella completa, nada obvio, solo la sugerencia de alguien que olvidó limpiarse las botas.

El vello de mi nuca se eriza durante un instante.

Miro el pestillo de la puerta.

Me devuelve la mirada como si hubiera cumplido su función.

Decido ser racional.

Decido ser una persona que sirve polenta en platos y no una persona que se inventa fantasmas.

Roman pasa por allí.

No se detiene.

Observa la habitación de la forma en que lo hace un hombre que podría arreglar cualquier cosa que se rompa y que también sabe que no puede arreglar lo que sangra bajo sus costillas.

Asiente una vez.

Sus ojos están cansados, duros y muy oscuros.

Coge una taza pequeña de espresso como si la máquina se lo hubiera preparado por respeto y se lo bebe de un solo trago limpio.

Mira el tarro de cold brew como si hubiera ofendido personalmente a alguien a quien amaba y lo deja vivir, lo cual casi tiene gracia.

No dice nada.

Su mano se apoya en el respaldo de una de las sillas de la cocina y permanece allí un momento más de lo necesario.

Luego se dirige hacia el cuarto de las botas como una pregunta que camina sobre dos piernas.

Cruz está arriba.

Puedo oír una voz baja y una risa que sale de un teléfono en altavoz, y pertenece a una mujer que ya ha hecho esto antes.

—Cara —dijo él.

Una amiga que sabe de bebés y que quiso a Isla cuando Isla era pequeña y Cruz intentaba hacerlo todo bien con dicción y un babero.

Sonrío.

No puedo evitarlo.

Incluso cuando los hombres son herméticos con sus secretos, cumplen sus promesas en lo que importa.

Deacon no ha entrado del establo, lo que significa que está en el tejado o gateando por los aleros fingiendo reparar lo que decidió que podría fallar en una tormenta.

Si voy a buscarlo, me dirá que todo está bien.

Dirá que simplemente está desviando el agua en una mejor dirección.

Tendrá un destornillador detrás de la oreja y nieve en la barba, y sus ojos se desviarán por encima de mi hombro hacia la línea de visión de la puerta de la despensa, y eso no me gustará.

Sirvo la polenta en platos, una fuente grande para la mesa, un cuenco pequeño para que yo la pruebe.

La rocío con aceite de oliva a la pimienta y pongo beicon crujiente en una bandeja porque no estoy aquí para ver a nadie fingir que no tiene ganas de grasa y sal cuando tiene miedo.

Me sirvo un vaso pequeño de sidra y dejo que el vapor me bese la cara.

Corto los troncos de biscotti y los coloco de lado para el segundo horneado.

El cuchillo se desliza con limpieza.

La miga de almendra sonríe.

No soy supersticiosa, pero acepto lo que puedo conseguir.

Se oyen pasos por el pasillo.

Cruz aparece primero, con su camisa suave y su sonrisa cálida y ese tipo de cara que hace que una persona le entregue un bebé sin leer el historial.

Apoya una mano en el marco de la puerta como si le dijera a la madera que siga esforzándose y luego cruza la cocina para besarme la mejilla.

Es un beso breve, nada complicado.

Me escuecen los ojos de todos modos.

—Buenos días, chef —dice—. Huele a persona que conoce la diferencia entre el consuelo y una disculpa.

—Cocino para no subirme por las paredes —digo, con las comisuras de los labios intentando decidir si quieren ser valientes o mezquinas —. Tú pareces alguien que ha dormido tres horas y podría enfrentarse a Dios con una espátula.

Se ríe entre dientes, coge una cuchara, prueba la polenta y cierra los ojos un segundo para saborear el placer. —Brava —dice—. Cara te manda recuerdos. Vendrá cuando las carreteras dejen de estar dramáticas. Me ha dicho que te diga que duermas la siesta cuando los bebés duerman la siesta. Luego ha dicho que no me harías caso y que me dijera que te lo dijera otra vez, y aunque este consejo es el mayor cliché del mundo, si no tienes mucho trabajo, aprovecha.

—Tiene razón, de todas formas —digo—. Se me da fatal rendirme.

Él levanta una ceja, todavía sonriendo. —Podemos darte clases.

Roman regresa mientras Cruz está llenando las tazas con sidra.

Tiene un rastro de nieve en el pelo, lo cual es ilegal e injusto y hace que se me caliente el estómago por razones que prefiero guardarme para mí.

Echa un vistazo a la polenta como si estuviera comprobando un indicador y asiente.

Deacon le sigue, sacudiendo unos guantes que han sufrido noblemente.

Sus ojos buscan los míos, luego se desvían hacia la puerta de atrás por una fracción de segundo.

Ahí está otra vez.

Ese «algo» que no están diciendo.

—Comed —digo, e intento que suene normal—. Antes de que se ponga como el cemento y tengáis que fingir que estáis agradecidos.

Deacon obedece con una rapidez sospechosa.

Deja un plato y la forma en que se sienta me hace pensar que ha estado hablando demasiado tiempo sobre algo importante y ha decidido que la comida le impedirá decir más.

Roman come de pie, tenedor en mano, con la atención oscilando entre la ventana, el fuego y yo. Lo ve todo. No está diciendo nada.

Cruz cuenta una historia sobre Isla intentando convencer al beagle de Mae para que se ponga una bufanda. Nos reímos en los momentos adecuados.

Masticamos.

Los aromas de los biscotti se intensifican a nuestra espalda. Casi parece que todo está bien.

Excepto que no lo está.

La habitación tiene una línea de falla que nadie menciona.

Nadie me mira directamente a los ojos más de un instante.

Cruz elogia la polenta en exceso, como un hombre que quiere llevar otro tema distinto en la boca.

Deacon bebe su sidra como si fuera vino y dice que está excelente con la determinación de un hombre que está poniendo señales para más tarde.

El silencio de Roman habla tres idiomas a la vez y ninguno de ellos puede traducir lo que va mal en una frase que yo pueda desmenuzar con un cuchillo.

—¿Qué me he perdido? —pregunto finalmente, porque fingir que soy tonta no es mi fuerte—. ¿Se ha enfadado el tejado con vosotros? ¿El generador ha dicho algo descortés? ¿Se han sindicado las gallinas? Noto que ha habido una reunión a la que no he asistido.

Cruz abre la boca y la cierra.

Hace ademán de cogerme la mano, pero luego deja que caiga de nuevo sobre la mesa y la ocupa alisando una servilleta en su lugar.

Deacon se aclara la garganta y dice algo sobre una cámara que se ha congelado, algo tan insignificante que su voz lo transforma en un altar.

Roman me mira directamente, solo un segundo, y luego mira detrás de mí, hacia la despensa, lo cual es una respuesta peor que cualquier cosa que pudiera haber expresado con palabras.

—Vale —digo.

Se me aprieta la garganta. Lo trago con sidra que de repente sabe como si la hubieran servido hace dos días.

Apilo platos que no necesito apilar.

Enjuago una taza que no está sucia.

Le sonrío a Cruz como si no estuviera intentando sacarle información de su cara amable.

Me aprieta el hombro de una manera que dice que siente los secretos que él no eligió.

Deacon se levanta demasiado rápido y dice que debería revisar la línea del alero sur, una frase que utiliza cuando sale de la habitación para que nadie tenga que verle pensar.

Roman coge su taza y su silencio y deja ambos en el fregadero.

No soy una mujer que disfrute al ser excluida.

Tampoco soy una mujer a la que haya que decirle las cosas dos veces cuando alguien intenta no alarmar a una madre que ha pasado unos meses malos.

Vuelvo a meter los biscotti para el segundo horneado. Bajo el fuego de la olla de la polenta para que siga estando apetecible.

Cojo mi taza y camino hacia la despensa a por azúcar, porque tanto el afecto como la adrenalina requieren galletas más tarde.

La despensa está fresca y huele a piedra fría y a aceite de limón.

El stollen duerme en el estante superior bajo un paño rojo puesto a modo de tienda, digno incluso en reposo.

Intento no mirarlo directamente porque no estoy preparada para la esperanza, todavía no, aunque las letras de molde de Deacon en la pizarra hicieran que algo que había estado apretado en mi pecho se sentara y bebiera agua.

Las ramas de canela están en un tarro de cristal con tapa azul.

Lo bajo.

Pesa más de lo que debería.

Al principio pienso que alguien ha repuesto de más, lo cual sería un detalle porque Cruz e Isla son un peligro con la canela.

Giro la tapa.

Se atasca. Cede.

El aroma sale disparado, cálido y salvaje. Un papel fino asoma entre las ramas.

El papel no pinta nada aquí.

Dejo el tarro en el estante y saco el papel con dos dedos, con cuidado de no esparcir canela por el suelo.

Está bien doblado.

Alguien se ha tomado su tiempo.

El aire se vuelve ralo en mis oídos.

Oigo el tictac de la cocina.

Cruz se ríe suavemente de algo arriba, a través del hueco de la escalera abierto.

La nieve golpea la ventana.

Mi mano está firme. Mi estómago no.

Lo desdoblo. La tinta muerde la página con una caligrafía que no conozco.

Cuatro palabras.

Ni artísticas. Ni valientes. Ni complicadas.

Deberías haberte quedado fuera.

El aliento se me escapa como si alguien hubiera abierto una puerta.

La despensa se inclina y vuelve a enderezarse. Me quedo allí con el azúcar a mi espalda y la especia en la mano, y esa vieja parte de mí que aprendió a sonreír cuando la gente dice cosas crueles casi sonríe por hábito. No dejo que lo haga.

Vuelvo a doblar el papel y mantengo los ojos abiertos porque no permito que la habitación cambie de forma mientras yo esté en ella.

Miro hacia arriba por instinto, a través de la puerta de la despensa, a través de la cocina, hacia la puerta trasera que creía que había cumplido su función, y por primera vez desde que me he despertado entiendo lo que sus rostros habían estado ocultando.

14

DEACON

Cruz me informa de forma directa y calmada, como un médico que entrega a un paciente que ya ha estabilizado.

Un pergamino doblado que salió de la tarta esta mañana. Otro mensaje más tarde en la despensa, metido entre ramas de canela, esta vez entregado por Marisa.

Dos lugares distintos. La misma podredumbre.

No hablo. Hablar dispersa la concentración.

Deslizo la primera nota en una bolsa de pruebas con autocierre de la sede y saco todo el aire hasta que el plástico se pega como una segunda piel.

Rotulador Sharpie negro en la parte superior: *TARTA COCINA—AM*. Etiqueto la de la canela como *DESPENSA—MAÑANA TARDE* y guardo ambas en el maletín rígido que tenemos con el botiquín de primeros auxilios.

Mi cerebro da vueltas en un bucle cerrado como un perro pastor tras una valla endeble; mis manos evitan que muerda la puerta.

—Los pestillos de las puertas estaban echados —dice Cruz, con la vista fija en mí, con una voz tranquila para los presentes pero nada tranquila para mí—. No hay marcas en la escarcha del alféizar. Nada obvio.

—Que no haya nada obvio sigue siendo algo. —No levanto la voz. Con hombres como nosotros, el dial del volumen se mantiene bajo o acabas rompiendo algo que no tenías intención de romper.

La despensa es mi primera parada.

Estudio la habitación de la misma forma que se inspecciona una estructura: esquinas, juntas, por dónde se cuela la luz.

No hay marcas de palanca en el marco de la puerta.

Los tornillos de las bisagras siguen hundidos, la pintura intacta.

Paso una linterna por la jamba, veo polvo donde debe haber polvo; ni un roce, ni una huella.

El suelo muestra el desorden propio de una casa viva: restos de harina, cristales de azúcar como salitre en madera vieja.

Me arrodillo y reviso el hueco bajo el estante inferior. Arañas, migas, un Cheerio perdido de hace un año y... ahí está: un destello plateado con forma de media luna que no tiene sentido ni parece de ningún utensilio de cocina.

Lo saco con el plano de mi cuchillo.

Un botón.

No es de plástico. Es de alpaca, con un reborde y una anilla oculta. Un patrón grabado en forma de sol, como si el medallón de un santo barato hubiera intentado ser elegante y hubiera fracasado de una manera muy concreta.

Ya he visto antes esta marca.

No es común.

Una serie que circuló por nuestra zona durante dos temporadas, cuando cierto sastre le hizo un favor a cierta banda.

Prohibimos esos adornos en nuestros chalecos cuando rompimos con la sección y eliminamos cualquier cosa que oliera a aquel pasado.

Le doy vueltas en la palma de la mano.

Mi parte instintiva de husky quiere correr: seguir rastros, tirar de un trineo, aullar a la linde del bosque.

Someto ese impulso bajo la orden del pastor. Bolsa. Etiqueta. *SUELO DESPENSA—BOTÓN.* Sigo moviéndome.

Primero, la bisagra de la puerta trasera.

Chirría las mañanas de frío; ese es un pequeño indicio que los oídos equivocados podrían convertir en un mapa.

Saco los pasadores, los limpio, les pongo grafito, los vuelvo a instalar.

La puerta oscila y suspira como una garganta que ha cambiado de opinión.

Bien.

El estante con el que Marisa se golpeó la cadera cuando fue a por azúcar: el segundo soporte se había soltado del yeso.

Dos tacos.

Reparado.

No se tambalea cuando apoyo mi peso en él.

El azulejo suelto detrás de la cocina:

Lo levanto, limpio el hueco, lo vuelvo a colocar con cemento cola de la caja de herramientas de la despensa, aprieto hasta que el exceso sale como si fuera glaseado.

Le pondré masilla cuando la casa esté en silencio. Reparar cosas es como rezar cuando no tienes tiempo para arrodillarte.

Los gemelos se quejan con un volumen que puedo respetar.

Me lavo las manos y entro en su habitación.

Luca intenta tragarse el puño y fracasa con entusiasmo. Gabe me mira como si llegara tarde a mi propia inspección.

—Las tardes son difíciles —les digo, cogiendo a Gabe primero porque sus cejas gritan más fuerte.

Cuento las respiraciones contra mi pecho.

Quince en diez segundos.

Multiplico por seis.

Noventa. Bien.

Se calma como si reconociera el cálculo.

Luca me agarra la barba y se aferra como un hombre haciendo rápel. —No puedes tirar del ancla, colega —le informo, y recibo una sonrisa sin dientes por mi esfuerzo.

Marisa aparece en el umbral con esa camisa de franela grande, como si la hubiera robado a propósito, con la mirada suave y cautelosa a la vez.

Hace amago de coger a Luca, duda. Se lo tiendo. Sus manos están firmes ahora.

Esa firmeza importa más que cualquier cámara.

—Has arreglado la puerta —dice. No es una pregunta.

—He arreglado las cosas que intentaban fingir que no estaban rotas —respondo.

—Añade mi cerebro a tu lista —dice ella, intentando sonar ligera pero quedándose en algo precavido.

—Ya está en ella —le digo, totalmente serio. Consigo arrancarle el fantasma de una sonrisa real.

La dejo con los niños un minuto y regreso al pasillo donde está nuestra pantalla de seguridad, en un armario empotrado tras unos libros de cocina.

Pongo las grabaciones.

Jardín norte: silencio nival, las ramas de pino cargan la nieve como ancianos que cargan abrigos.

Cresta oeste: lente empañada, opaca; necesita un guante, un soplido y una toallita antivaho.

Porche sur: despejado, el código de tiempo avanza como debe, excepto por la parte mala.

Retrocedo hasta anoche.

El contador de tiempo salta tres minutos hacia adelante.

Sin interferencias. Sin distorsión de imagen. Un salto.

Como si alguien hubiera introducido un vacío donde debería haber una cara.

Llamo por hábito, no por pánico. —Cruz.

Aparece con un paño de cocina colgado como una estola de sacerdote. Roman viene detrás, con tazas en las manos que parecen demasiado pequeñas para nuestros problemas.

—Salto en la grabación —digo, señalando—. Porche sur. Un intervalo de tres minutos, limpio.

A Roman se le tensa la mandíbula. —¿Alguien más aparte de nosotros tiene un repetidor que pueda falsear nuestro reloj?

—Si hubieran tocado nuestra fuente horaria, veríamos oscilar otros relojes —digo—. Esto es local. Alguien ha sabido burlar el punto ciego, no el sistema central.

Cruz se pasa una mano por la nuca y hace un escaneo rápido de la habitación real, de la misma forma que un médico comprueba si el paciente respira incluso después de ver que el pecho sube. —Recorreremos el perímetro otra vez al anochecer. Iré con Hox. Wren puede colgar luces por la valla sur.

—Las luces harán que se sientan observados —digo.

—Bien —dice Roman. Él tampoco levanta la voz.

Podría quedarme pegado a las pantallas y dejar que mi cabeza invente, pero es demasiado fácil volverse una mala compañía con un monitor por amante.

Cierro el panel, vuelvo a deslizar la estantería y me reúno con los vivos, que son pegajosos y ruidosos y exactamente lo que estamos defendiendo.

Preparamos la cena como un pequeño ejército que conoce el valor de la grasa y el calor. Marisa dirige sin anunciarlo.

La polenta recibe la segunda vida que solo la paciencia de ayer puede dar.

Cruz dora salchichas en una sartén de hierro fundido que recuerda veranos mejores.

Roman corta verduras amargas con un desprecio por los tallos que he aprendido a admirar.

Yo escalfo huevos como un hombre que odia las claras líquidas y se niega a servirlas.

Los gemelos recorren la cocina pasando de unos brazos a otros y en portabebés.

Remuevo mientras muevo una rodilla para convencer a Luca de que el universo le quiere.

Gabe observa el juego de sombras del techo y frunce el ceño como si planeara presentar una queja a la gerencia.

—La luz sobre el fregadero parpadea otra vez —dice Marisa, mirando hacia arriba como si la casa se estuviera portando mal a propósito.

—Estaba esperando a que lo pidieras —digo, ya frente al armario.

Corto la corriente en el interruptor que añadí el año pasado, saco el embellecedor, ajusto una conexión más limpia en un capuchón para cables que alguien con menos opiniones que yo usó en 1998, y vuelvo a encajarlo todo.

Interruptor encendido. Luz fija.

Ella exhala, se inclina hacia el cuadrado de luz constante como un gato.

—Gracias —dice.

Me encojo de hombros como si no fuera nada y voy a buscar mi trapo.

No digo: *De nada por marcar un límite contra la oscuridad que no hemos invitado*.

Comemos en la mesa larga.

La conversación intenta ser normal pero se agota pronto.

La voz de Marisa tiene un tono valiente que flaquea en los bordes.

Observa nuestros rostros como si leyera un pronóstico en la veta de la madera.

Roman está callado y vigilante, una tormenta forjada en un hombre.

Cruz sirve segundos platos con la reverencia de quien sabe cómo funciona el hambre en más de un sentido.

Mantengo mis ojos en los niños y mis oídos en la habitación.

Cada tintineo, cada risa que no llega a completarse, cada suspiro que se cree oculto: datos. Los clasifico sin decir una palabra.

Gabe frunce el ceño por un hipo.

Le limpio la baba de la barbilla con un pulgar e intenta comérselo. —Abre —le instruyo, y lo hace, y lo superamos como personas que nunca han leído un libro sobre paternidad pero que podrían construir un puente desde cero.

Marisa me pilla contando respiraciones otra vez y no me lo dice.

Corta un huevo pasado por agua por la mitad y lo desliza en mi plato sin preguntar.

Lo acepto sin dar las gracias en voz alta porque el «gracias» me temblaría si lo soltara.

Hacemos esta extraña y silenciosa danza en torno a la pertenencia, la penitencia y la polenta.

La casa escucha, vieja como el hierro y el doble de terca.

Cuando los platos son fantasmas, la sartén está en remojo y los gemelos han entrado en su hora crítica en la que ambos lo quieren todo a la vez, aprovecho mi oportunidad.

—Me voy al cuarto de atrás —anuncio a nadie en particular.

Roman levanta la barbilla un poco.

Cruz está junto al fregadero con un plato en una mano y un bebé en la otra, tarareando.

Marisa tiene a Luca acurrucado contra su hombro, dándole palmaditas rítmicas en la espalda que siguen una cadencia peligrosamente parecida a un latido que reconozco.

Me voy antes de decidir quedarme y aprender algo que no pueda borrar.

El trastero está más frío y huele a aceite, cedro y al regusto metálico de los secretos.

Quito el panel falso detrás del arcón del equipo —el que construimos durante la guerra interna cuando aprendimos la dura lección sobre la redundancia— y enciendo el portátil desechable.

Recibe energía del repetidor privado que conecté en el hueco de las viguetas y no de nada que un vecino pudiera rastrear sin quemarse la lengua.

Primer punto: logística.

Una entrega de suministros desde Albany aparecía marcada como retrasada por el clima al mediodía.

La desvío al punto de espera de Deer Run para que no se quede junto a dos cajas de munición variada y un gato hidráulico en el trastero de algún chaval donde el primo equivocado podría sentir curiosidad.

Envío un aviso a la ruta sur.

Nuestro mensajero no ha dado señales.

Lo marco como *DESAPARECIDO—CLIMA* con un sello de tiempo lo bastante generoso para respetar su orgullo y lo bastante corto para respetar las millas.

Luego, el botón.

Saco la bolsa, hago dos fotos a la luz de una lámpara de flexo en la que confío para que no mienta, giro la imagen hasta que el grabado capta la sombra.

Entro en un foro que juramos dejar de usar el día que quemamos nuestro antiguo parche, y que luego solo mantuvimos para

momentos como este, cuando los viejos fuegos sueltan chispas nuevas.

Mi nombre de usuario aún funciona.

A mi estómago no le gusta eso.

Etiqueto el archivo con una frase que solo la gente equivocada leerá hasta el final.

¿QUIÉN HA PERDIDO ESTE OJO DE SANTO CERCA DE UNA ALACENA?

Añado una segunda línea: *BUSCO A UN FANTASMA QUE NOS DEBE SILENCIO.*

Es un cebo y un saludo a la vez.

No se escriben nombres completos donde los hombres han sangrado.

Escribes una forma y esperas a ver quién cree que encaja.

Me quedo sentado con el zumbido del repetidor en los huesos y el susurro del viento bajo la puerta como un perro respirando en el umbral.

En la cocina, tenue: la risa de Marisa, inestable, valiente.

La respuesta baja de Cruz.

La más breve de Roman.

Los gemelos ofreciendo su propio comentario como un coro griego con bigotes de leche.

La noche se va cerrando.

El portátil proyecta un débil rectángulo de luz en la pared.

Mi mente de husky da vueltas; mi mente de pastor se sienta.

Esperamos.

Nueve minutos.

Catorce.

Veintiuno.

La foto del botón recibe tres visualizaciones de usuarios que no reconozco y una de un nombre que no pertenece a ningún hombre que haya llevado nuestros colores.

Ping.

La respuesta es corta, de esa manera en que una amenaza es corta cuando sabe que leerás el resto entre líneas: *VUESTRO OJO DE SANTO PERTENECE A UN HOMBRE QUE YA NO USA SU NOMBRE. SOLÍA BEBER EN VUESTRA MESA. TOMÓ PRESTADA UNA IGLESIA Y UNA CHAQUETA. ESTÁ RECORRIENDO VUESTRAS COLINAS.*

15

MARISA

El frío me roza el tobillo como un dedo cuidadoso y el sueño se rompe.

La habitación está en penumbra, iluminada por las brasas que susurran en la chimenea y el ojo rojo de la vieja estufa al otro lado del pasillo.

Mi chal se ha deslizado hasta el suelo.

La colcha huele a cedro, a jabón y a la colada de Cruz.

Por un segundo no sé por qué me late tan rápido el corazón.

Entonces el silencio se asienta. Es ese tipo de silencio pesado que ocurre cuando una casa decide escuchar.

Me incorporo y el suelo me muerde los pies.

La ventana muestra blanco y un borrón de árbol.

No hay ráfagas de tormenta, solo el suave siseo del invierno.

La quietud no es que esté mal, es que es demasiado absoluta.

Me echo el chal sobre los hombros y salgo al pasillo.

Frente a mí, la puerta del cuarto de los niños descansa con su nueva placa de acero y su bisagra silenciosa.

Deacon la ha arreglado esta tarde mientras fingía discutir con una baldosa floja.

Tiene su encanto conocer a un hombre que cree en bisagras que no mienten. Toco el picaporte, respiro una vez y abro con cuidado.

Ambos niños duermen como los santos de los cuadros.

Luca boca arriba, con la boca abierta y un puño cerrado como si estuviera presidiendo una audiencia.

Gabe acurrucado de lado, con la rodilla encogida y el ceño fruncido como si el techo hubiera intentado contarle una historia y se hubiera equivocado en los detalles.

Las colchas abrigan sus barriguitas; la mano de la Abuela está en cada puntada.

Dos respiraciones suaves y roncas se mueven en contrapunto.

Un tercer cuerpo yace en un jergón al lado de las cunas.

Cruz, de costado, con un antebrazo estirado hacia la cuna más cercana como un hombre que se hubiera quedado dormido mientras intentaba alcanzar algo.

Hay un biberón enjuagado y colocado sobre una toalla al alcance de su mano.

Le tiembla la comisura de los labios cuando le coloco la manta sobre el hombro.

No se despierta.

Los gemelos suspiran en medio del sueño infantil que estén teniendo, y juro que algo en mi pecho se relaja un poco.

Podría quedarme a verlos respirar.

Podría, pero el silencio no me deja.

Un escalofrío me recorre la nuca y no desaparece.

El suelo cruje en el pasillo, el sonido familiar de la madera con algo sutilmente extraño debajo, como un violín que necesita un cuarto de vuelta.

Vuelvo al pasillo y me quedo helada.

Una sombra pasa por delante del cristal esmerilado de la puerta trasera.

Es más un destello que una forma. Ni grande. Ni alargada.

Lo bastante real como para que mi piel lo sepa antes de que mi mente pueda procesarlo.

Contengo el aliento sin decidirlo.

Entonces se oye un chasquido abajo.

No es fuerte.

El sonido del cristal frío eligiendo una nueva grieta.

Un segundo sonido que no es del clima se oye debajo de ese.

Un raspado suave.

Juro que siento que la casa contiene el aliento.

Mis manos se mueven antes que mis pensamientos.

El cajón del pasillo está bajo la mesita donde guardan las linternas, las pilas de repuesto y una de las pistolas de reserva de Roman, porque las reglas funcionan mejor cuando tienen dientes.

Abro el cajón. Ya está abierto.

Vacío.

El hueco donde vive la linterna es una silueta limpia.

La ranura forrada de fieltro para la pistola parece una boca que ha decidido no hablar.

Por un instante, el pánico sube como el agua.

Cierro el cajón para contenerlo y dejo escapar un suspiro seco entre los dientes. Roman está aquí.

Deacon está aquí.

Cruz está en el cuarto de los niños con los dos pequeños y una mano que se despierta al menor crujido extraño.

Eso es la lógica.

La lógica es útil cuando el miedo intenta ponerse dramático.

Pongo una mano en la barandilla y bajo descalza.

Las escaleras se quejan un poco bajo mi peso.

El aire se vuelve más frío con cada paso.

El olor cambia de jabón y leche templada a cenizas y pino húmedo, y ese aroma metálico que adquieren las puertas cuando han estado pensando en extraños.

Me tiemblan las piernas.

Sigo adelante porque prefiero estar asustada en la cocina que asustada en el pasillo.

Giro la esquina con la boca abierta para llamar, pero luego me lo trago porque algo en mi interior quiere oír antes de hablar.

Entro en la cocina y choco directamente contra un pecho que no es una pared.

No es un fantasma. No es un extraño. Es Roman.

Colisiono con todo ese calor y músculo y el olor a cuero y humo, y él me atrapa como si ya estuviera allí, con los brazos apretados y

rápidos alrededor de mis hombros y mi espalda.

No es delicado.

No es cuidadoso.

Es un alivio que cae sobre mí como una red.

—Respira —me dice al oído, contra mi pelo. Su voz es baja y ronca por la falta de uso—. Inspira. Expira.

—He oído... —empiezo, y luego me detengo porque las palabras salen a trompicones—. La puerta trasera. Una sombra. El cajón.

—Lo sé —dice él. No me suelta—. He cogido la linterna. He cogido la pistola. Lo he dejado abierto porque no quería hacer ruido. Estabas dormida. Lo necesitabas.

—Lo has visto —susurro.

—He visto suficiente —responde, y sus brazos se aprietan de una forma que hace que mi corazón lata a su ritmo—. Quédate conmigo.

Está caliente bajo mis dedos. Su camisa está húmeda del exterior.

Puedo sentir el contorno de la pistola en su espalda cuando deslizo mi mano accidentalmente hacia abajo, y algo dentro de mi miedo se endereza.

Más allá de su hombro, las brasas parpadean en rojo.

El cristal de la ventana está velado por el vaho.

La puerta trasera está cerrada y con el pestillo echado.

La tenue media luna de barro que he visto antes se ha convertido en un rastro fino.

—Los niños —digo, hundiendo la cara en su pecho, haciendo ya el amago de apartarme—. Cruz está con ellos. Quiero verlos. Tengo que verlos.

—Cruz está con ellos —repite él con firmeza—. Deacon está fuera. Wren y Hox están en el límite sur. Yo he recorrido el oeste dos veces. Lo único que va a pasar por esa puerta es la corriente de aire.

—Aun así, tengo que verlos —insisto, porque no hay argumento que calme mi inquietud.

Él afloja el agarre, pero no mucho. Me mira a la boca, luego a los ojos, después al pasillo. —Ve —me dice—. Yo voy tras de ti.

Lo hace. Se mueve como una sombra que ha decidido que se ha cansado de ser una metáfora.

Pasamos junto a la mesa larga.

Hay una taza con un cerco de leche reseca en el borde.

El paño de cocina de Cruz cuelga como una bandera de rendición en el respaldo de una silla.

Alguien con manos meticulosas ha apilado las cucharas por tamaño.

La casa parece lo bastante normal como para que uno se sienta tonto.

Sigo teniendo los pies fríos.

Subo las escaleras en silencio y él respira detrás de mí, calmado y presente.

En el cuarto de los niños, nada ha cambiado excepto mi pulso.

Luca hace un ruidito con los labios.

Gabe emite una queja suave y se sumerge de nuevo en el sueño.

Cruz yace donde lo he dejado.

Entro y pongo la palma de la mano sobre cada barriguita y siento el subir y bajar. Cuento cuatro.

Vuelvo a contar cuatro.

Los números me tranquilizan.

Miro a Roman.

Su expresión se suaviza sin perder su dureza.

Asiente una vez.

Volvemos al pasillo.

Intento hablar.

A mi boca le cuesta elegir entre los hechos y el miedo.

Él parece dispuesto a quedarse allí y dejarme decidir, todo el tiempo que quiera, pero se oye un sonido nuevo abajo.

El horno chasquea mientras el metal se contrae al enfriarse.

Una ráfaga de viento levanta los aleros y los vuelve a posar.

Regresa el silencio, y bajo él, algo que parece un aliento contenido.

Nos detenemos al principio de la escalera.

Me vuelvo hacia él.

Por un momento, mi voz suena como si perteneciera a una versión más joven de mí misma y lo odio.

Aclaro la voz.

—No encontraba la pistola —digo, un poco cortante ahora que no estoy susurrando—. Deberías habérmelo dicho. No puedes dejar el cajón abierto. Cualquiera podría pensar que se nos ha olvidado cómo ser precavidos. ¿Y si hubiera ido a buscar luz y me hubiera encontrado el vacío? ¿Y si la hubiera necesitado?

—Te lo estoy diciendo ahora —responde él, y su boca se contrae en el amago de una sonrisa torva que no tiene nada de humor—. Y no la habrías necesitado. No estando yo despierto.

—No eres el único que está despierto aquí —le digo—. No soy una figurita de porcelana. No voy a dejar que me envuelvas en mantas y me pongas en una estantería porque sea conveniente para tus pulsaciones.

—Bien —dice, y la palabra suena con intensidad—. Entonces escucha. Te quedas conmigo esta noche. No acepto discusiones.

Parpadeo sorprendida. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa exactamente lo que parece —dice él, con voz tan baja que la barandilla parece inclinarse para escuchar—. No dormirás sola. No recorrerás el pasillo tú sola preguntándote si la casa escucha. No te inventarás el peor de los escenarios en la oscuridad. Te quedarás donde estén mis manos, donde yo pueda llegar antes a la puerta, donde pueda hacer que no vuelvas a despertarte así.

—Tú no tienes derecho a decirme dónde dormir —le suelto, incluso cuando mi cuerpo le responde como si tuviera mejores instintos que mi lengua—. Debería estar con los niños si ocurre algo. Debería estar allí mismo.

—Estabas allí —dice él—. Y yo estaba a diez metros de la puerta trasera y tardé cinco segundos en llegar hasta ti. Deacon está bajo el alero con la nariz fría y de mal humor. Cruz está en el suelo del cuarto con un bate que fingirá que es para espantar pelusas. Los niños están cubiertos. Te quiero a ti conmigo.

—Quiero —repito, porque la palabra recorre mis nervios como metal fundido.

—Sí. —Me mira a la boca como si estuviera hambriento—. Quédate conmigo, duerme y déjame hacer mi trabajo. Si no te gusta, mañana puedes hacer una lista y la leeré mientras me tomo tu café frío y me quejo.

La imagen casi me hace reír. Mantengo la barbilla alta por orgullo. —¿Se supone que debo hacerte caso porque uses la metáfora del café?

—Se supone que debes hacerme caso porque te lo estoy pidiendo —dice él, y por una vez no es una orden tajante, no es la voz del presidente del club.

Es un hombre que sabe cómo sostener un muro con una mano y ofrecer la otra.

La casa emite un pequeño quejido.

Suelto un suspiro y miro hacia el cuarto de los niños una vez más.

Cruz ronca muy suavemente y luego se calla. Ambos bebés suspiran al unísono como un coro de dos.

—Está bien —digo—. Por esta noche. Pero si me despierto y veo que te ha reemplazado un lobo con chaqueta de cuero, me voy a enfadar mucho.

—Morderé yo al lobo primero. —La comisura de su boca se mueve.

Me guía hasta mi habitación con una mano en la parte baja de la espalda.

Comprueba el cierre de la ventana, enciende la lámpara dejando un tenue haz de luz, vuelve a poner la linterna en la cómoda donde pueda cogerla sin pensar y mete la pistola bajo el colchón, en su lado.

Luego me quita el chal de los hombros y lo coloca sobre la silla como si cuidara las telas igual que cuida de los incendios y de los hombres.

—Roman —digo, porque el silencio se ha convertido en una burbuja donde las palabras quieren cambiar de forma—. No me hables como si fuera un problema que resolver.

—Entonces deja que te hable como si fueras una necesidad. —Se acerca, tanto que me flaquean las rodillas, tanto que el olor a humo y pino y algo más oscuro llena el aire entre nosotros—. Estás en mi

casa. Estás bajo mi techo. Estás en cada pensamiento que intento acallar. Quédate conmigo, con nosotros.

Abro la boca para discutir y lo que sale es una frase distinta. —Haces que sea difícil huir.

—Mejor. —Su mano sube para sujetarme la mandíbula con delicadeza, con el pulgar recorriéndome la mejilla—. Nada de discusiones.

Apoyo la barbilla en su palma porque mi cuerpo es traicionero y honesto.

Me besa despacio al principio, luego más profundamente, un calor que se desliza bajo mis nervios y los calma.

Mis dedos buscan su camisa y se cierran con fuerza.

Él gime contra mi boca, bajo y peligroso, y el sonido me recorre como un trueno volviendo a casa.

Mis rodillas chocan contra la cama.

Dice mi nombre de una forma que arruina lo poco que me quedaba de terquedad.

Yo le respondo con el suyo como si estuviera saboreando sal.

Sus manos me agarran la cintura y me atraen hacia él.

Es cuidadoso allí donde cualquier hombre podría ser descuidado.

Es rudo allí donde quiero que olvide los modales.

Roman me tumba en el colchón y se queda sobre mí un instante, como si tuviera que memorizar la imagen para esa parte de él que guarda listas.

Le busco, incapaz de estar lejos ni un segundo más.

Se tumba conmigo y el mundo se reduce al calor y al roce de la tela y a la forma en que se le quiebra la voz con una risa cuando le tiro

del cinturón.

Volvemos a discutir por pura diversión.

Dura tres frases.

Él gana porque yo le dejo y porque hay mejores formas de usar la boca.

La colcha se arruga y su palma se posa pesada en mi muslo. Mi respiración cambia de ritmo.

Él dice, muy suave y muy seguro: —Te tengo. —Y luego lo demuestra.

16

ROMAN

No le arranco la blusa.

Quiero oír cómo cede cada botón, como si estuviera poniendo a prueba cuánta paciencia le queda.

Para cuando he abierto la tela y veo sus tetas desbordando contra el encaje, se retuerce bajo mí, mordiéndose el labio tan fuerte que puedo saborear el cobre cuando la vuelvo a besar.

—Ya estás temblando —gruño contra su garganta, arrastrando los dientes por la línea de esta, chupando una marca en la hendidura suave sobre la clavícula.

Mi mano baja por su estómago, sobre el tirón del músculo, los dedos deslizándose bajo la cintura de la falda.

Jadea cuando presiono contra su calor a través del encaje húmedo.

—Roman… —Es una súplica rota, y hace que mi polla lata tan fuerte que duele.

Me río bajo, encajando las caderas para que note cómo me estiro contra la tela vaquera—. Estás empapada, ángel. ¿Me quieres dentro

de ti ya tanto? ¿O prefieres que siga provocándote hasta que llores por ello?

Se revuelve, sus uñas clavándose en mis brazos—. Cabrón.

—Di «por favor» —raspo, deslizando los dedos por su raja hasta que el encaje casi se vuelve transparente de lo mojado que está. Ella alza las caderas, persiguiéndome, pero yo me aparto, arrancándole un gemido—. Dilo.

Los ojos le centellean, pero la boca la traiciona—. Por favor.

Es entonces cuando le subo la falda de un tirón y echo a un lado el encaje.

Le hundo dos dedos en el calor resbaladizo, despacio pero profundo, curvándolos hasta que arquea la espalda.

Gime alto, echando la cabeza hacia atrás, y yo la veo deshacerse, mi nombre derramándose de sus labios como rezo y blasfemia al mismo tiempo.

Muevo los dedos más rápido, frotando con la palma su clítoris.

Los muslos le tiemblan alrededor de mi mano, el aliento le sale en sollozos desgarrados, hasta que araña mi cinturón como si fuera a morirse si no me libera.

—Qué cosa más codiciosa —gruño, besándola con tanta fuerza que jadea en mi boca cuando por fin la dejo abrirme la bragueta.

Mi polla salta libre, pesada y dolorida, y sus ojos se clavan en ella como si fuera lo único que queda en el mundo.

Se desliza por mi cuerpo hacia abajo, lenta, deliberada, los labios rozándome el estómago, su aliento caliente en la base.

Entrelazo la mano en su pelo cuando se acomoda entre mis muslos, alzando la mirada a través de las pestañas, la boca abriéndose sobre el grueso glande.

Y entonces me toma en la boca.

Sus labios se cierran a mi alrededor y casi me corro con la primera lamida de su lengua.

Caliente, húmeda, terciopelo blando, dibujando círculos lentos bajo el capullo antes de hundirse más, su garganta atrapando cuando la empujo más allá de la arcada.

El sonido me incendia por dentro.

—Joder, Marisa… —rechino, los nudillos blanqueando en su pelo mientras la guío de nuevo hacia abajo. Gime a mi alrededor, la vibración ondulando por mi rabo, su saliva cayendo caliente por toda mi longitud, empapando mis huevos.

Se aparta con un jadeo, hilos de saliva brillando entre sus labios y mi polla.

Tiene la boca hecha polvo y reluciente, los ojos húmedos y perversos—. ¿Te gusta verme atragantarme con ella? —jadea, acariciándome una vez con el puño antes de lamerme la punta.

—Hostia, sí —gruño, las caderas dándome un tirón hacia delante sin control—. Mírate. Babeando en mi polla como si fuera lo único que vas a suplicar en tu vida.

Se ríe sin aliento, luego abre la boca de par en par y vuelve a tragársela.

La garganta le trabaja a toda pastilla, atragantándose, pero no se detiene: sube y baja más deprisa, desordenada y ruidosa, la saliva burbujeando mientras me envuelve la base con el puño y me sorbe más hondo.

La habitación se llena del sonido: húmedo, sucio, obsceno, cada embestida subrayada por sus gemidos ahogados.

Los muslos se me tensan, todo el cuerpo me tiembla mientras la miro tragarme, los labios estirados al máximo, el pelo enredado en

mi puño—. Eso es, ángel —raspo, la voz hecha pedazos—. Trágala. Trágalo todo.

Hunde las mejillas, chupando con más fuerza, y mi polla da un sacudón violento, amenazando con correrse.

La aparto a rastras con un gemido, la baba chorreándole por la barbilla.

Me mira desde abajo, sonrojada, sin aliento, la boca roja e hinchada.

Estoy jadeando, la polla húmeda y palpitante, tan al límite que apenas puedo pensar.

La alzo de los brazos, la tumbo en el colchón y me arrastro sobre ella, mi polla caliente y resbalando contra la cara interna de su muslo.

—Basta de juegos —gruño, alineándome contra su coño empapado —. Ahora voy a follarte.

La aprieto contra el colchón, la cabeza de mi polla deslizándose por su raja, embadurnándome de su humedad.

Su cuerpo se sacude con cada pasada, un pequeño sollozo se le atasca en la garganta cuando todavía no la penetro.

Sonrío contra su oreja, mordiéndola lo justo para arrancarle un chillido.

—¿Lo notas? —raspo, frotando su clítoris con el glande grueso hasta que jadea, las caderas alzándose sin control—. Eso es yo conteniéndome. Soy yo dejándote que te mueras de ganas.

Sus uñas me arañan los hombros—. Para ya de provocarme. Solo…

La embisto con la fuerza suficiente para cortarle las palabras con un grito.

Su calor me envuelve, apretado y resbaladizo, y gimo contra su cuello, todo el cuerpo estremeciéndose por cómo se cierra a mi

alrededor.

Al principio la follo despacio, saliendo casi del todo, hundiéndome otra vez hasta que está jadeando bajo mí, mordiéndose el labio hasta hacerse daño.

—Roman… —gime, la cabeza dando golpes contra la almohada.

—Dilo otra vez —gruño, golpeando con las caderas con más fuerza —. Di mi nombre como si de verdad lo sintieras.

Su grito se rompe contra mi pecho—. ¡Roman!

El sonido me rompe algo por dentro.

La machaco hondo, la cama chocando contra la pared, el edredón enmarañado bajo nosotros.

Cada embestida hace que las tetas le salten, y le bajo el sujetador para poder verlas moverse, hinchadas y perfectas.

Le atrapo un pezón con la boca, chupando con fuerza hasta que grita, las manos aferradas a mi pelo.

Su coño se contrae con más fuerza con cada tirón de mi boca, con cada embestida afilada.

Gimo alrededor de su pezón, mordiéndolo antes de volver a chupar, saboreando su piel como si me estuviera muriendo de hambre.

Se retuerce, alzando las caderas para encontrarme, la voz rompiéndose en pequeños sollozos agudos de placer.

—Te encanta que te use así —bufo, cambiando a su otro pecho, mordiéndolo lo justo para dejar marca antes de calmarla con la lengua.

—Sí… dios, sí —jadea, la voz hecha jirones, los muslos temblando alrededor de mis caderas.

Me echo hacia atrás, subiéndole las piernas más alto, doblándole las rodillas contra el pecho para poder follarla más hondo.

El nuevo ángulo la hace gritar, sus uñas abriéndome líneas sangrientas en los brazos mientras la taladro, implacable.

Cada embestida le llega al fondo, dura, hasta que sus gritos rebotan en el techo.

—Mírate —gruño, el sudor deslizándose por mi espalda, los músculos en tensión—. Tan jodidamente mojada, tomándome como si hubieras nacido para esto.

Tiene la cara destrozada de placer, la boca abierta, jadeando, suplicando sin palabras.

La beso con fiereza, tragándome sus gritos mientras la follo más rápido, mi polla sacudiéndose dentro de ella con cada apretón de su coño.

Salgo de golpe, dejándola sin aire, y me dejo caer de espaldas—. Encima —ordeno, la voz áspera—. Ahora.

Se me monta encima rápido, la falda subida, el pelo desbocado enmarcándole la cara enrojecida.

Me agarra, me coloca a la entrada y se deja caer con un sollozo ahogado, sus paredes apretando tan fuerte que casi me corro ahí mismo.

—Joder… —rujo, las manos cerrándose con fuerza en sus caderas mientras me toma hasta el fondo.

Empieza moviéndose despacio, rodando las caderas en un vaivén constante, su clítoris rozando mi hueso púbico.

Sus tetas se balancean sobre mí y yo las atrapo las dos, apretando fuerte, pellizcándole los pezones hasta que chilla.

Las amasijo como si fueran mías, tirando, retorciendo, mi polla palpita en lo más hondo de ella mientras su coño aletea alrededor.

Sus movimientos se vuelven salvajes, frenéticos.

Bota sobre mí, sus muslos chocando contra los míos, los sonidos húmedos llenando la habitación.

El sudor le perlaba las sienes, los pechos rebotando en mis manos, la voz afilada mientras gime mi nombre una y otra vez.

Me incorporo, rodeándole la espalda con un brazo, la otra mano deslizándosele por la garganta.

Jadea, los ojos abriéndose de par en par cuando mis dedos se curvan ligeros, apretando lo justo para cortarle un poco el aire.

—¿Quieres que pare? —raspo, deslizando el pulgar sobre el pulso desbocado.

Sus caderas se mueven con más fuerza, las uñas clavándose en mis hombros—. Ni se te ocurra.

Eso es todo lo que necesito.

Aprieto más, no cruel, pero firme, controlándole la respiración mientras se contonea sobre mi polla.

Se le nublan los ojos de lujuria, la boca se le abre en un gemido desesperado.

Le retuerzo un pezón con la mano libre y solloza, su coño estrechándose a mi alrededor como un torno.

—Buena chica —gruño, golpeando mis caderas hacia arriba para encontrar su rebote—. Móntame de verdad. Enséñame cuánto necesitas que te follen.

Ahora se retuerce sin control, todo su cuerpo temblando, la piel resbaladiza de sudor.

Mi polla la atraviesa con cada subida y bajada, sus tetas rebotando en mis manos, su garganta tensándose bajo mi palma.

El sonido de su coño tomándome es alto y mojado, obsceno, llenando la habitación junto con sus gemidos.

—Roman, no puedo… —solloza, la cabeza cayéndole hacia atrás mientras se frota con más fuerza, desesperada, frenética.

—Sí que puedes —gruño, embistiéndola desde abajo, apretándole el cuello con más fuerza, adueñándome de cada sonido, de cada espasmo—. Vas a tragarte cada centímetro, cada embestida, hasta que yo decida que ya has tenido bastante.

Todo su cuerpo se estremece, su coño apretándome como fuego.

Tiembla, se contorsiona, la voz rompiéndose en un grito mientras bota más rápido, perdida, las tetas enrojecidas e hinchadas entre mis manos.

La estrangulo solo un poco más, mi polla golpeando tan hondo dentro de ella que se le ponen los ojos en blanco, y gime, largo y gutural, como si me estuviera entregando lo último que le queda.

Yo estoy justo ahí con ella, follándola con un ritmo constante y brutal, viéndola perderse encima de mi polla, y sé que si la suelto me correré dentro.

Pero no lo hago. Me contengo.

17

MARISA

La mano de Roman todavía aprieta mi garganta, mi espalda está arqueada y mi cuerpo es un desastre tembloroso mientras él me embiste con fuerza.

Cada estocada me deja en carne viva por dentro; el estiramiento es brutal y el bofetón húmedo de nuestros cuerpos resuena en la pequeña habitación.

Tengo la voz rota, aguda, ronca de necesidad, pero no puedo dejar de pronunciar su nombre.

—Roman... Roman... joder...

—Dilo más fuerte —gruñe él, con los ojos fijos en mí y el pecho agitado. Su polla late gruesa y furiosa dentro de mí, hinchándose contra mis paredes estremecidas—. Grítalo.

Y lo hago.

El sonido se desgarra de mi garganta mientras él me embiste con más fuerza, más rápido, hasta que pierdo el sentido, hasta que la cama vibra bajo nosotros y la vista se me nubla.

Mi coño se aprieta con fuerza, ordeñándolo, y su rugido es el único aviso antes de que llegue al clímax.

Sus caderas se elevan en una estocada brutal y se mantienen ahí, con su polla dando sacudidas en lo más profundo.

El primer chorro de calor me hace sollozar, el segundo hace que le muerda el hombro y el tercero... Dios, el tercero parece interminable, caliente y espeso, inundándome hasta que juraría que puedo sentir cómo se acumula en mi interior.

Él gime contra mi cuello, temblando por la fuerza de la descarga, con la voz grave y ronca.

—Te lo llevas todo, ángel. Hasta la última gota. Eres mía.

Me desplomo contra su pecho, lacia, jadeando, con el sudor empapando su camisa allí donde escondo la cara.

Su polla sigue dura dentro de mí, todavía dando pequeñas sacudidas, y suelto un quejido cuando él mueve las caderas, restregándome contra ella como para asegurarse de que no se escape ni una gota.

Estoy mareada, borracha de él, todavía recuperando el aliento cuando un sonido corta el aire, agudo y burlón.

Un silbido.

Levanto la cabeza de golpe, con los ojos como platos, y allí está él.

Deacon.

Apoyado en el marco de la puerta como si fuera el dueño del lugar, con los brazos cruzados y esa sonrisa perversa tallada en la cara.

Sus ojos nos recorren, fijándose en la polla de Roman todavía enterrada en mi interior, en el sudor, los moratones, el desorden de mi pelo, y se pasa la lengua por los dientes como si tuviera hambre.

—Vaya espectáculo —dice con voz perezosa, ladeando la cabeza—. Pero me pregunto cuánto tiempo vas a tenerla así, Roman. A mí me parece que todavía podría aguantar más.

Roman gruñe en el fondo de su garganta, pero yo le interrumpo primero, todavía jadeando, con voz temblorosa y cortante. —¿Por qué sigues ahí parado?

La sonrisa de Deacon se ensombrece y sus botas resuenan contra el suelo mientras entra y cierra la puerta de una patada tras de sí.

La polla de Roman palpita dentro de mí, aún tiesa, aún gruesa, a medida que Deacon acorta la distancia.

Me agarra de la barbilla, obligándome a mirarlo mientras Roman todavía me mantiene inmovilizada, todavía enterrado en mi coño.

—Ella misma lo ha dicho —murmura Deacon, con el aliento caliente contra mis labios—. ¿Quieres que deje de estar parado? Entonces la follaré de pie.

Ni siquiera tengo tiempo de responder antes de que sus manos se posen sobre mí, empujándome hacia delante contra el pecho de Roman. Roman suelta un juramento, todavía duro en mi interior, y sus caderas se mueven por instinto mientras yo me desplazo.

Entonces los dedos de Deacon están en mi culo, abriéndome, extendiendo un lubricante frío entre mis nalgas.

Todo mi cuerpo da un respingo. —Espera... Deac...

Él suelta una risita, baja y peligrosa. —Ya estás llena, Marisa, pero vas a aprender lo que se siente al ser abierta en condiciones.

Roman gruñe, con la voz ronca de lujuria, no de advertencia. —Hazlo.

La primera presión del dedo de Deacon en mi culo me hace gemir, y un suave suspiro se me escapa cuando añade otro y luego lo saca por completo.

Entonces el contacto de su polla contra mi ano me hace gritar contra el cuello de Roman, mientras mis uñas se clavan en sus hombros.

Roman me sujeta con más fuerza, y su mano se desliza de nuevo hacia mi nuca, inmovilizándome, obligándome a recibirlo.

—Shh, ángel —gruñe él, con su polla frotando profundamente mi vagina mientras Deacon empuja mi culo desde atrás—. Respira para nosotros. Acéptalo.

El estiramiento es feroz, brutal, y sollozo, con la lengua fuera mientras mi cuerpo tiembla entre ellos.

Deacon sigue presionando hasta que el grueso glande entra, y suelto un alarido, con la saliva escapándose de mis labios.

—Dios, qué estrecha está —suelta Deacon entre dientes, empujando más fondo, pulgada a pulgada—. ¿Sientes esto, Roman? Me está asfixiando aquí atrás.

—Joder, sí —gime Roman, embistiendo hacia arriba en mi coño, encontrándose con el empuje de Deacon—. Está hecha para esto. Para nosotros.

Vuelvo a gritar, con el cuerpo temblando y la mente en blanco por la sensación mientras ambos me llenan: Roman grueso en mi coño, Deacon ensanchando mi culo.

La presión es insoportable, perfecta, sucia; siento el vientre pesado con sus pollas frotándose entre sí en mi interior.

Deacon embiste hasta el fondo la última pulgada, con sus caderas pegadas a mi culo. Sollozo, con la saliva goteando por mi barbilla.

—Mírala —gruñe Deacon, follando con fuerza, su polla golpeando mi ano mientras Roman golpea mi vagina—. Está babeando. Te encanta esto, ¿verdad, Marisa? Ser rellenada como un puto juguete sucio.

Gimo, impotente, atragantándome con mi propio aliento, con el cuerpo convulsionando mientras ambos hombres me embisten.

La mano de Roman aprieta mi garganta con más fuerza, mientras su otra mano me estruja las tetas, retorciéndome los pezones hasta que grito.

—Buena chica —gruñe Roman, embistiendo con más fuerza; su polla golpea mis paredes mientras la de Deacon me ensancha más de lo que creía posible—. Recíbenos. Tómanos a los dos. Eres nuestra.

Y lo hago: acepto cada estocada brutal, cada palabra sucia, cada reclamo, con el cuerpo dolorido y tembloroso, con la voz quebrándose en gritos sin sentido mientras me usan juntos, golpeándome contra el colchón, abriéndome hasta que mi mente desaparece y lo único que queda es calor, saliva y el coro de sus gemidos.

La polla de Roman golpea mi coño desde abajo, gruesa y profunda, dejándome en carne viva.

Deacon golpea mi culo desde atrás con estocadas brutales; cada una me empuja más contra Roman hasta que juraría que me estoy partiendo en dos.

Sus ritmos se entrelazan y colisionan, caóticos e implacables, y cada vez que llegan al fondo a la vez grito, con la visión volviéndose blanca.

El bofetón húmedo de las pelotas de Roman, el golpe pesado de las caderas de Deacon, el sonido obsceno de mi cuerpo siendo utilizado... todo se mezcla en un coro sucio que llena la habitación.

Tengo la garganta irritada de tanto gritar, la saliva me gotea por la barbilla y mancha el pecho de Roman, donde mi lengua cuelga inútil.

—Mírala —gruñe Deacon detrás de mí, con voz densa y ronca. Su mano golpea mi culo con un azote agudo que me hace apretarme alrededor de ambos—. No está en este mundo. Está babeando, con el coño agarrándote y el culo ordeñándome. Te encanta, ¿verdad, Marisa?

Intento responder, juro que lo intento, pero lo único que sale es un sollozo estrangulado mientras mi cuerpo se estremece y mi coño convulsiona alrededor de la polla de Roman.

Roman gruñe, apretando más el agarre en mi garganta, reduciendo mi respiración a un leve jadeo. —Le encanta —gruñe él en respuesta, follándome más fuerte, más rápido; la cama choca contra la pared con cada embestida brutal.

—Este cuerpecito fue hecho para que nosotros lo arruináramos. Dilo, ángel. Di que te encanta que te abran así.

Tengo la voz destrozada, rota, pero las palabras salen raspando de mi garganta. —Sí... joder... sí... me encanta... no puedo... oh, Dios...

Roman embiste hacia arriba, Deacon hacia abajo, y vuelvo a gritar, arqueando la espalda mientras todo mi cuerpo convulsiona.

Mi coño chorrea alrededor de la polla de Roman, empapándonos a ambos, y él gime, abriéndose paso como un hombre poseído.

—Buena chica —susurra de forma ronca contra mi oído, frotando profundamente, con el pecho empapado de sudor—. Ponlo todo perdido sobre mí. Muéstrale lo dulce que aprietas cuando te corres.

Deacon gruñe por lo bajo, agarrándome las caderas con tanta fuerza que me dejará moratones. —Dios, está apretando tanto que apenas puedo moverme. —Embiste con más fuerza, castigándome, golpeando mi culo hasta que mi grito se quiebra, agudo y cortante —. Te abriré más. Te follaré hasta que olvides tu propio nombre.

Roman suelta una risa oscura contra mi boca, con su polla traqueteando dentro de mí con una fuerza que magulla. —¿Olvidar su nombre? Lo único que recordará serán los nuestros.

Me estoy asfixiando con ellos, con todo.

Mis tetas rebotan en las manos de Roman, y sus pulgares me pellizcan los pezones hasta que me retuerzo, sollozando.

Mi coño lo estruja como un puño, mi culo tiene espasmos alrededor de Deacon, y ambos gimen con voces guturales y hambrientas.

El espejo frente al tocador me devuelve mi imagen: el pelo pegado a la cara, los ojos vidriosos, la lengua fuera, la saliva cayendo, las tetas hinchadas y marcadas por la boca de Roman.

Parezco arruinada, usada, abierta de par en par como un juguete.

La visión me hace estremecer y gemir, y mis paredes vuelven a contraerse alrededor de la polla de Roman.

Deacon se da cuenta.

Me da un tirón del pelo hacia atrás, obligándome a levantar la cabeza hacia el espejo.

—Mírate —gruñe, con su polla golpeando más fuerte, magullando las profundidades de mi culo—. Mira qué putita más sucia eres. Dos pollas abriéndote y todavía estás suplicando más.

Tengo la voz hecha jirones, pero logro articular un ronco: —Más... por favor... no paréis...

El rugido de Roman llena mi oído mientras embiste con más fuerza, con el sudor cayendo de su frente sobre mi cara.

Su pecho aplasta el mío, su mano aprieta mi garganta mientras sus caderas golpean hacia arriba dentro de mí, implacables. —Eso es, ángel. Suplica. Muéstranos para qué has nacido.

Estoy sollozando ahora, temblando, con todo el cuerpo encendido como fuego.

Mi coño convulsiona alrededor de la polla de Roman, latiendo, ordeñando, y otro orgasmo me desgarra con tanta fuerza que grito, con el cuerpo sacudiéndose sin control entre ellos.

Roman gruñe, embistiendo hacia arriba en mi vagina espasmódica, con su polla dando sacudidas en mi interior.

Deacon aprieta los dientes, golpeando con más fuerza; la base de su polla choca ruidosamente contra mi culo.

—Joder... me está succionando —gime Roman, con la voz quebrada —. Me va a dejar seco.

—Entonces dáselo todo —gruñe Deacon en respuesta, arremetiendo profundamente, con sus pelotas golpeándome—. Llénala. Que gotee con lo nuestro.

Suelto un alarido, con el cuerpo convulsionando, con el coño y el culo apretándolos a ambos tan fuerte que resulta casi insoportable.

Roman ruge, con sus caderas elevándose en un ritmo brutal, y entonces rompe.

Su polla da fuertes sacudidas dentro de mí, derramando semen caliente en lo más profundo de mi coño.

Chorros espesos me inundan; cada uno hace que mi gemido sea más fuerte, con el vientre hinchándose por el calor.

Él gruñe contra mi cuello, manteniéndome inmovilizada contra él, restregándose para empujar cada gota hacia adentro.

La sensación me hace perder el sentido otra vez, con mi coño convulsionando salvajemente, succionándolo más profundamente, ordeñando su polla mientras más hilos calientes inundan mi matriz.

Deacon embiste con más fuerza, gimiendo fuerte, con estocadas espasmódicas. —Joder... joder... me está apretando... no puedo...

Su polla da sacudidas, late, y entonces lo siento: chorros calientes y pesados derramándose en mi culo, llenándome hasta que boqueo, con la lengua fuera y la saliva goteando por mi barbilla.

Ambos sueltan gemidos profundos y guturales mientras siguen golpeando durante su descarga, con su semen bombeando dentro de mí, llenándome, ensanchándome con calor.

La semilla de Roman desborda mi coño, goteando sobre sus pelotas, mientras que la de Deacon inunda mi culo; el doble peso presiona caliente en mi interior hasta que me siento hinchada, rellena, increíblemente llena.

Me desplomo contra el pecho de Roman, temblando, estremeciéndome, con su polla todavía dando sacudidas dentro de mi coño mientras Deacon se restriega profundamente en mi culo, negándose a retirarse hasta que se haya vaciado.

Siento el vientre pesado, estirado, como si su semen se hubiera apoderado de cada parte de mí.

Roman gime bajo, con los labios contra mi oído y la voz áspera. —Eres nuestra. Marcada por dentro y por fuera. Nadie más te llenará jamás así.

Deacon suelta una risita oscura, todavía restregando su polla en mi culo, con el semen escapándose alrededor de la unión. —No es que pudiera aguantar a nadie más. Mírala. Absolutamente destrozada. Mía y tuya.

No puedo responder.

Solo puedo gemir, con los ojos en blanco, la saliva mojando mis labios y el cuerpo temblando mientras su semilla se desborda y gotea caliente por mis muslos.

Cuando finalmente salen de mí, suelto un quejido, débil y en carne viva. El calor se escapa de mí en senderos espesos, empapando las sábanas, goteando por mis muslos.

Siento el cuerpo abierto, usado de formas que no creía posibles.

Debería sentirme arruinada, pero en su lugar solo hay esta extraña calma: mis músculos están pesados, mi corazón se ralentiza y mi mente flota en la quietud tras la tormenta.

Roman es el primero en recogerme, tumbándome con delicadeza como si pudiera romperme, dándome besos en el nacimiento del

pelo humedecido, en la sien, en la comisura de la boca.

Tiene la voz ronca de tanto gemir mi nombre, pero ahora suena más suave de lo que jamás la he oído.

—Buena chica —susurra, acariciándome la mejilla con el pulgar—. Portándote tan bien para nosotros.

Deacon me limpia con un paño, con un cuidado sorprendente; sus dedos callosos no se entretienen, solo se muestran firmes.

Murmura algo sobre no dejar que me duerma hecha un desastre, pero sus ojos lo delatan.

Hay cariño allí, incluso cuando su boca mantiene esa sonrisa torcida.

La cama se mueve mientras se suben a cada lado de mí; sus cuerpos grandes me flanquean, irradiando calor.

Roman me rodea la cintura con un brazo, pegándome a él, y sus labios buscan la curva de mi hombro.

Deacon se tumba al otro lado, con la mano acariciando ociosamente mi muslo en arcos perezosos.

Suspiro, hundiéndome entre ellos, protegida por el peso de sus cuerpos que me presiona por todos lados.

Huelen a sudor y cuero, a humo y sal, pero bajo todo eso hay algo que me tranquiliza, una sensación de que por esta noche, nada podría tocarme.

Los labios de Roman vuelven a presionarse contra mi pelo.

Deacon se inclina y me besa en la mandíbula.

Ni siquiera tengo fuerzas para burlarme de ellos por ponerse tiernos.

Mis ojos se cierran, con las réplicas del placer recorriendo aún mi cuerpo de forma tenue.

—Duerme —murmura Roman contra mi oído, con una voz como grava suavizada con miel.

Y lo hago. Me quedo dormida rápidamente, saciada, con cada nervio vibrando pero finalmente tranquilo, acunada entre sus cuerpos como si tuvieran la intención de mantenerme a salvo incluso de mis propios sueños.

Momentos después, el sonido de unos quejidos me despierta.

Roman y Deacon están profundamente dormidos, roncando suavemente.

Me bajo de la cama, cojo mi chal y salgo de la habitación con pasos suaves, dirigiéndome al cuarto de los niños.

La silla de Cruz está pegada a la cuna; él tiene los codos en las rodillas y sostiene en sus grandes manos los biberones que debió de calentar hace un momento.

Levanta la cabeza cuando entro, con los ojos cansados pero todavía brillantes, y su boca se curva en esa sonrisa ladeada suya.

—Me has pillado —murmura, con voz baja para no asustar a los bebés—. Iba a darles de comer. Imaginé que necesitarías descansar después de...

Se queda callado, con la sonrisa acentuándose y la mirada desviándose con una risa silenciosa que hace que me suban los colores.

Niego con la cabeza y cruzo la habitación hacia él. —Deja eso. No necesitan biberones esta noche. Yo me encargo.

Él duda, pero luego deja los biberones sobre el tocador.

Me inclino sobre la cuna, cojo a los dos bebés —suaves, calientes, retorciéndose contra mí— y me acomodo en la mecedora.

El chal se me resbala y Cruz se adelanta de inmediato, colocándomelo de nuevo sobre los hombros sin decir palabra.

Su mano se demora un instante, firme y segura, antes de retirarse para sentarse frente a mí.

Los gemelos se acurrucan contra mí y sus bocas encuentran lo que buscan; el tirón es agudo y luego reconfortante cuando se enganchan.

Mi respiración se suaviza, mi cuerpo se relaja y el dolor que clamaba por paz en mi interior se calma un poco.

Cruz se inclina hacia atrás, observando, con los ojos más dulces de lo que jamás los he visto.

—Te ves... bien así —dice en voz baja—. Como si hubieras nacido para esto. Para ellos.

Acaricio un puñito, con la garganta apretada. —No sé si he nacido para nada. Pero están aquí. Son míos. Eso es suficiente.

Asiente despacio, sin dejar de mirarnos a mí y a los bebés. —Más que suficiente.

No lo dudes.

Has pasado por el fuego, Marisa.

Aun así, aquí estás, firme como una roca, sosteniendo todo esto en tus brazos.

Las palabras me calan y me sorprendo susurrando antes de pensar: —¿Crees que tengo alguna oportunidad, Cruz? ¿De verdad? ¿Con... con todo esto?

Se queda en silencio un largo momento, estudiándome.

Luego se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. —Creo que ya te has creado tu oportunidad. Decidiste quedarte. Decidiste luchar. Eres tú la que decide en qué se convierte esto, no los fantasmas de fuera de nuestros muros.

Los bebés maman con constancia, con sus pequeñas respiraciones calientes contra mi piel.

Encuentro la mirada de Cruz y, por una vez, no siento la necesidad de discutir, ni de correr, ni de protegerme.

Sus palabras se quedan en mi interior como un ancla, dándome estabilidad.

—Haces que parezca sencillo —murmuro.

Su sonrisa se suaviza, volviéndose casi triste. —Lo es. Eso no significa que vaya a ser fácil. Pero ¿sencillo? Sí. Tu lugar está aquí.

Miro hacia las caritas apretadas contra mí y luego vuelvo a mirarlo a él.

Por primera vez en mucho tiempo, me permito creerle.

18

MARISA

Los gemelos finalmente se rinden al sueño y sus boquitas se relajan contra mi piel antes de que los vuelva a meter en su cuna.

Su respiración se acompasa, suave como plumas, y sus diminutos puños se cierran como si todavía se estuvieran aferrando a mí.

Extiendo la manta sobre ellos, alisándola con delicadeza, y me quedo un momento solo observándolos.

La puerta hace un clic suave detrás de mí y miro atrás para ver a Roman llenando el umbral.

No habla, solo inclina la cabeza, con los ojos agudos en la penumbra.

—Me encargo yo del turno de noche —murmura—. Llévate a Cruz y ve a descansar.

No es una oferta; es Roman siendo Roman, con esa forma de ser suya, firme e inamovible.

El corazón se me hincha y me duele al mismo tiempo.

Asiento, demasiado cansada para discutir, y paso por su lado hacia el pasillo.

Me aprieta el hombro una vez al pasar, con firmeza, como una promesa.

Cruz está esperando.

Está apoyado contra la pared con los brazos cruzados, envuelto en esa quietud serena suya.

Se pone a caminar a mi lado, sin palabras, solo presencia, hasta que llegamos a la cocina.

La luz es tenue, la vieja bombilla del techo proyecta un círculo dorado y cálido sobre las encimeras.

Cruz se mueve con seguridad y soltura, sacando tazas de un armario, un tarro de cacao del estante y una pequeña lata de canela que ni siquiera sabía que estaba allí.

Lo observo trabajar, viendo cómo se flexionan los músculos de sus antebrazos mientras remueve; el vapor se eleva en espirales y el aroma es intenso y reconfortante.

Deja una taza frente a mí con una media sonrisa. —No pensé que te importara una sorpresa.

El primer sorbo me recorre entera: chocolate caliente con un toque de especias, el dulzor suave, la canela calentándome la lengua.

Me escuecen los ojos, las lágrimas brotan sin previo aviso.

—Cruz —susurro—. Esto es...

—Sencillo —termina él. Su sonrisa se suaviza, acentuando las líneas alrededor de su boca—. Pero a veces lo sencillo es lo que nos salva.

No sé qué me pasa, pero me acerco a él, pegándome mucho; su calor se filtra a través del fino algodón de mi camiseta.

Me rodea con sus brazos de inmediato, una mano en la base de la espalda y la otra sosteniendo mi nuca como si hubiera estado esperando este momento.

Su boca busca la mía, sin prisas, sin exigencias, sino de forma lenta y paciente, un beso que sabe a hogar y a hambre a la vez.

Mis labios se entreabren para él, mi lengua se desliza contra la suya, y el rugido bajo en su pecho me envía un estremecimiento directo al alma.

Las tazas tintinean débilmente cuando las aparta a un lado, y luego me levanta, sentándome en la encimera.

Mis muslos se separan para él con facilidad, sus caderas encajan entre ellos, su erección dura e insistente contra mi centro.

—Dime que quieres esto —murmura contra mis labios, con el aliento caliente y su mano deslizándose bajo mi camiseta, con los dedos rozándome las costillas.

—Lo quiero —susurro, aferrándome a sus hombros—. Te quiero a ti.

Suelta un gruñido, su boca encuentra mi cuello, succionando suavemente antes de pasar los dientes por donde late el pulso.

Echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos mientras su lengua consuela la marca, sus manos bajando más para apretar mis caderas.

La ventana sobre el fregadero nos refleja tenuemente: mi pelo revuelto, mis ojos vidriosos, su cuerpo ancho apretado contra el mío, irradiando calor.

Nos observo allí, hipnotizada, mientras él se frota contra mí, lento y deliberado, con su pene rozando mi hendidura a través de la fina barrera de la tela.

—Mira —susurra, con los labios rozándome la oreja—. Mira cómo te abres para mí.

Lo hago. Lo veo: el rubor de mi piel, la forma en que mis caderas se mueven desamparadas contra las suyas, buscando la fricción.

Mi aliento empaña el cristal, mis manos se aferran a sus brazos mientras sus dedos tiran de la cinturilla de mi pantalón, bajándomelo despacio, desnudándome ante él pulgada a pulgada.

Me gira con delicadeza, presionando mi frente contra la encimera; la superficie fría me da un respingo contra el pecho.

Mi trasero empuja hacia atrás por instinto, buscándolo, y él suelta un gruñido bajo mientras sus manos me separan.

—Eres perfecta —raspea, con el pulgar deslizándose por mi humedad, rodeando mi clítoris hasta que suelto un grito—. Ya estás tan mojada para mí.

La cabeza de su miembro empuja en mi entrada, caliente y pesada, y gimo, apoyando las palmas en la encimera.

—Por favor, Cruz —suplico con la voz quebrada—. Te necesito.

Empuja hacia dentro despacio, centímetro a centímetro, estirándome hasta que doy un jadeo.

Sus manos agarran mis caderas con firmeza, estabilizándome mientras me llena, grueso y profundo.

Suelto un sollozo ante la plenitud, mis paredes se contraen a su alrededor y su gruñido rasga el aire de la cocina.

—Dios, Marisa —sisea, con el pecho apretado contra mi espalda—. Pareces el cielo. Tan estrecha. Tan dispuesta.

Se queda quieto un momento, dejando que me adapte, y luego empieza a moverse.

Embestidas lentas y constantes que me hacen gemir, mi trasero empujando contra él, el borde de la encimera clavándose en mis caderas.

La ventana nos capta de nuevo, mi rostro relajado por el placer, mi boca abierta en un grito silencioso, Cruz detrás de mí, con la expresión tallada en sombras y calor.

Su mano se desliza por mi espalda, enredándose en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás lo justo para susurrarme al oído.

—Me acoges tan bien —murmura—. Cada centímetro. Deja que te lo dé todo.

Grito cuando sus embestidas se vuelven más profundas, el ritmo constante, cada una frotándome contra la encimera hasta que mi clítoris chispea con cada roce.

El reflejo se empaña con mi aliento en el cristal, nuestra imagen fantasmal y cruda, y no puedo apartar la mirada.

Su otra mano se cuela por debajo, con los dedos rodeando mi clítoris, estimulándome al unísono con el deslizamiento lento e implacable de su miembro.

Mi cuerpo se sacude, mi voz se quiebra, mi orgasmo se va gestando agudo y rápido.

—Cruz... por favor... estoy...

—Córrete para mí —gruñe, acelerando el ritmo, con su aliento caliente contra mi cuello—. Muéstrame cuánto necesitas esto.

El clímax me atraviesa, violento y dulce, y mi grito resuena en la cocina.

Mi cuerpo se estremece, mi sexo se aprieta con fuerza a su alrededor, ordeñándolo.

Él gruñe, embistiendo a través de las contracciones, manteniéndome firme mientras convulsiono contra él.

Cruz permanece enterrado profundamente, moviéndose lento, su miembro grueso dentro de mí, su respiración aún agitada contra mi nuca.

Mis piernas están débiles, mis palmas planas sobre la encimera, pero él no se sale.

Su mano se desliza desde mi cadera hasta mi vientre, extendiéndose sobre mí, posesiva y protectora a la vez.

Luego se retira suavemente, liberándose con un gemido que hace que mis entrañas se contraigan ante el repentino vacío.

Hago un sonido —necesitado, roto—, pero antes de que pueda quejarme, me susurra al oído.

—Aún no he terminado contigo. Quiero probar algo.

Apenas logro articular palabra, sin aliento. —¿El qué...?—

Me levanta, girándome para que mi trasero se deslice sobre la encimera fría.

Mis piernas cuelgan del borde y mis manos se aferran a sus hombros.

Las tazas tintinean cuando las aparta con el codo, el olor a canela y cacao vuelve a elevarse, denso y dulce en el aire caldeado.

Ahora estoy sentada en la encimera, pero él no se sube sobre mí.

En su lugar, Cruz se agacha entre mis muslos, levantándolos, doblándome casi por la mitad.

El nuevo ángulo me deja abierta de par en par, con las rodillas cerca del pecho y el sexo brillante y goteando para él bajo la luz.

Se me corta la respiración. —Cruz...

Suelta un gruñido bajo en la garganta, el sonido vibra contra mi piel mientras se alinea de nuevo. —Así puedo ver cada pedazo de ti. Puedo verme hundirme en lo que es mío.

Y lo hace.

Embiste hacia arriba, grueso y pesado, empujando dentro de mí en un ángulo que hace que mi cabeza choque contra el armario.

El estiramiento es brutal y perfecto, mi cuerpo lo atrapa con avidez mientras mi grito rebota en las paredes de la cocina.

—Dios —jadeo, encogiendo los dedos de los pies mientras llega hasta el fondo; el nuevo ángulo lo lleva más profundo que antes, presionando un lugar que hace que estallen estrellas en mi visión—. Cruz...

Sus manos están apoyadas detrás de mis rodillas, manteniéndome abierta de par en par, su mirada fija en el lugar donde estamos unidos. —Joder, mira eso —raspea, con las caderas moviéndose lentas, profundas, deliberadas—. Mira cómo me recibes. Como si estuvieras suplicando que te llene.

La posición me deja indefensa, inmovilizada, incapaz de moverme.

Todo lo que puedo hacer es arquearme contra el armario mientras él me embiste con fuerza, cada golpe agudo, frotando, estirándome hasta dejarme en carne viva.

Mis pechos botan con cada sacudida, y su mirada sube hacia ellos, hambrienta.

—Tócate —ordena, con voz baja pero áspera.

Mi mano tiembla mientras se desliza entre nosotros, mis dedos encontrando mi clítoris.

El estímulo extra hace que mi espalda se arquee con fuerza, mi sexo aleteando a su alrededor.

Él gruñe ante el apretón, su ritmo se acelera, su miembro entrando y saliendo con sonidos húmedos y sucios que llenan la cocina.

La ventana sobre el fregadero lo devuelve reflejado.

Estoy despatarrada sobre la encimera, con las piernas dobladas en alto, Cruz agachado y empujando hacia arriba en mí, con sus anchos

hombros en tensión y su rostro concentrado ferozmente.

La vista me hace gemir más fuerte, mi coño contrayéndose, mi mano trabajando en mi clítoris cada vez más rápido.

Él se da cuenta.

Siempre se da cuenta.

—Sí, así es, Marisa —gruñe, con la voz rota—. Juega contigo misma mientras te destrozo. Quiero que te corras encima de mí otra vez antes de que te llene.

Solo sus palabras casi me acaban de rematar.

Mis caderas se agitan, frotándose contra sus embestidas, mis uñas se clavan en mi muslo mientras me froto con más fuerza.

Estoy balbuceando ahora, súplicas rotas y maldiciones que escapan con cada aliento entrecortado.

Cruz se inclina hacia delante de repente, doblándome más, su pecho presionando contra mis piernas mientras me mantiene aún más abierta.

La nueva profundidad es devastadora.

Su miembro me golpea implacablemente, dando en ese punto una y otra vez hasta que grito, mi cuerpo entero sacudiéndose con cada embestida brutal.

—Dios, eres perfecta —gruñe, con el sudor goteando de su frente sobre mi piel—. Tan estrecha, tan mojada, apretándome como si no quisieras que me fuera nunca.

—No quiero —sollozo, con las uñas arañando mi vientre, mi clítoris latiendo bajo mi toque frenético—. No pares... no pares...

No se detiene.

Arremete más profundo, más rápido, sus gruñidos haciendo eco con mis gemidos.

La presión se vuelve aguda e insoportable, y entonces estalla a través de mí.

El orgasmo me desgarra, mi cuerpo convulsiona y mi grito rasga el aire.

Mi coño mana a su alrededor, empapándole el miembro, y él gruñe, con las embestidas ahora desacompasadas, desesperadas. —Joder... Marisa...

Puedo sentirlo en la forma en que su cuerpo se tensa, en cómo su miembro late dentro de mí.

Me embiste una última vez, enterrándose hasta el fondo, y entonces se derrama.

Borbotones calientes y densos me inundan, profundos y pesados, llenándome hasta que jadeo, mi sexo todavía palpitando a su alrededor.

Él gruñe contra mi hombro, apretando bien a fondo para asegurarse de que nada se escape, su semilla derramándose una y otra vez hasta que juraría que puedo sentirla acumulándose dentro de mí.

El reflejo en la ventana me muestra deshecha, bañada en sudor y sonrojada, su cuerpo inclinado sobre el mío mientras se vacía en mi interior, reclamándome.

La imagen hace que mi estómago se revuelva con algo más que deseo, algo que se siente como pertenencia.

Cruz finalmente se desploma hacia delante, todavía enterrado en mi interior, con la respiración agitada contra mi cuello.

Sus labios rozan mi sien mientras me susurra dulzuras, ayudándome a bajar del éxtasis.

Me baja de la encimera cuando mis piernas no me sostienen, con sus brazos firmes y seguros como si no pesara nada.

Mi cuerpo todavía tiembla, su semen caliente en mi interior, pero no deja que me tambalee.

Me lleva en brazos por el pasillo silencioso, pasando por el zumbido de la casa que se asienta, hasta el dormitorio donde las sábanas están revueltas de antes.

Me tumba con cuidado, arropándome bajo el edredón, con sus manos grandes alisándolo sobre mí como si fuera algo frágil.

Se inclina, me besa el nacimiento del pelo una vez, una caricia tan suave que me duele el pecho, y luego se tumba a mi lado.

Su brazo cae pesado sobre mi cintura, su respiración se acompasa y, por primera vez en mucho tiempo, el sueño me arrastra sin oponer resistencia.

~

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando la puerta se abre de nuevo.

Un golpe bajo, luego el crujido de las bisagras.

La ancha silueta de Roman ocupa el umbral, con un brazo sujetando el bulto contra su pecho.

—Los gemelos —murmura, con la voz ronca de llevar horas despierto.

Parpadeo, la niebla del sueño desaparece, y me incorporo; el edredón resbala hasta mi regazo.

Cruz se mueve pero no se levanta.

Roman se acerca y deposita a los bebés en mis brazos.

Su calor me invade al instante, sus boquitas buscan el pecho, sus puños se agitan.

Los atraigo hacia mí, guiando a cada uno para que se agarre, sus ruidos de hambre son suaves pero insistentes.

Mi cuerpo responde sin vacilar, la leche sube y el alivio me hace soltar un suspiro profundo.

Roman no se aleja.

Se queda al borde de la cama, observando, con una expresión ilegible en la penumbra.

Todavía lleva la pistola en la cadera, su camiseta está húmeda por el frío del turno de guardia, pero sus ojos están más suaves que nunca.

—No había manera de que se calmaran —masculla, casi a modo de disculpa.

—Ya están bien —le respondo en un susurro, balanceándome ligeramente mientras su succión se vuelve rítmica.

Cruz se inclina, rozándome la rodilla bajo el edredón, una reafirmación silenciosa de que no estoy sola en esto.

Miro a los bebés, sus pestañas revolotean, sus mejillas están redondas y sonrosadas, sus diminutas manos descansan sobre mí.

Me duele el pecho, pero no de dolor, sino por esa sensación extraña y frágil de plenitud.

Cuando terminan, les saco los gases uno por uno contra mi hombro; sus pequeños hipos me hacen reír entre dientes, algo para lo que no sabía que tuviera fuerzas esta noche.

El sonido me sorprende a mí misma.

Entonces me doy cuenta de que no me siento agotada.

No como antes.

No como cada día de este último año, cuando el cansancio era una segunda piel.

Por una vez, incluso con sus cuerpecitos aferrados a mí, incluso con el peso de todo lo que nos rodea, me siento más ligera.

Beso la coronilla de cada cabecita, inhalando su aroma. —Menos cansada de lo que he estado en mucho tiempo —murmuro, medio para mí misma.

Pillo a Roman sonriendo antes de que se apresure a sustituir el gesto por un ligero asentimiento.

Está cerca, me digo.

Es casi todo lo que siempre he deseado.

19

MARISA

La cabaña despierta bajo la pálida luz del sol invernal, esa que se cuela entre los pinos y deposita un calor suave sobre las ventanas bordeadas de escarcha.

Debería resultar pacífico.

Pero se siente como una habitación que lleva mucho tiempo conteniendo el aliento. Me despierto sola.

Las mantas están enredadas con recuerdos y con la marca del hombro de Roman, donde estuvo tumbado antes de irse a hacer lo que sea que los hombres como él hacen con la mañana y la preocupación.

Desde el cuarto de los niños oigo a Cruz susurrando una nana que perteneció a su madre, luego a su hija, y ahora a mis hijos.

Las vocales flotan dulces y tristes en el aire. En la cocina se escucha el sonido constante de Deacon preparando café del mismo modo que un cirujano se lava las manos: metódico y sin florituras.

Ni rastro de Roman, lo que significa que o está fuera o está en todas partes.

Salgo de la cama, me pongo unos leggings, calcetines gordos y un jersey lo bastante grande como para considerarse una declaración de intenciones.

El cuarto de los niños se queda en silencio cuando entro.

Dos caritas me miran con ocho mil sentimientos y ni una sola palabra.

Luca sonríe sin previo aviso, con las mejillas tan redondas como un adorno de Navidad.

Gabe estudia mi boca y luego intenta copiar la forma.

Les doy besos a cada uno hasta que se quejan con pequeños ruiditos de protesta. Cambio un pañal que tiene sus propias opiniones.

Gabe orina hacia arriba, sobre el pañal limpio, y me mira parpadeando como si las leyes de la física fueran un ataque personal.

Suelto una carcajada.

Siento como si se abriera una ventana.

Abajo, la cocina ya está en plena ebullición.

Hay pan de maíz en una sartén de hierro fundido, con los bordes despegándose y la parte superior agrietada.

Una olla de alubias hierve a fuego lento con un codillo de jamón y suficiente laurel para que la habitación huela como si alguien hubiera tenido la intención de cuidarte.

En el fuego, un salteado de patatas, cebollas y pimientos dulces chisporrotea alegremente con la mantequilla.

Hay una jarra de mantequilla de arce que atrapa la luz como si fuera oro. Y café.

Siempre café.

La cafetera sisea.

Las tacitas están alineadas como soldados que Roman no admitiría que ama.

Un frasco de cristal reposa en la esquina del fondo, helado e inocente. Deacon pasa un nudillo por la condensación y no parece sentirse culpable en absoluto.

—Buenos días —dice, entregándome una taza que podría alimentar a todo un ejército.

—Buenos días —respondo—. Parece que has dormido sentado y con una llave inglesa en la mano.

—Así ha sido —dice, sin pizca de vergüenza—. Ha estallado un transformador cerca del centro comunitario de Ravenwell. Las quitanieves han tenido que centrarse en la carretera del hospital. Los jueces se han quedado atrapados en un motel junto a la autopista con una dieta de máquina expendedora y una máquina de hielo muy ruidosa. El comité del festival ha pospuesto la competición una semana para que los proveedores puedan sacar los repartos del valle y el recinto pueda servir hoy como refugio de calefacción. Logística, no malicia.

—Una semana —repito, dejando que el calor de la taza caliente mis dedos—. Es tiempo casi suficiente para mejorar el glaseado de azúcar. —Finjo que la primera sensación que me invade es la molestia. No lo es. Es alivio, que se parece exactamente a la esperanza cuando se cambia de ropa.

Cruz aparece con Gabe en el fular portabebés, con los calcetines de rayas asomando y el pelo revuelto en suaves rizos. —Ha eructado como un campeón —anuncia—. Luca está trabajando en sus memorias.

—Un hombre de letras —digo. Luca se apoya en mi hombro e inmediatamente me babea la espalda del jersey—. No importa, un hombre de babas. Prestigioso.

En ese momento, Roman entra desde el vestíbulo.

La nieve le salpica el pelo.

Su mandíbula es una línea rígida y sus ojos tienen un gris más oscuro que las cucharillas de café.

Deja un guante sobre el radiador y este empieza a soltar vapor.

Nuestras miradas se encuentran durante un latido que dura dos, tres... lo suficiente para dejar marca.

Él es el primero en apartar la vista.

No es una victoria que disfrute.

Comemos como un grupo que sabe cómo mantenerse unido y fuerte incluso cuando sus sentimientos están revueltos.

Pan de maíz abierto y untado con mantequilla de arce, tan suave que suspira.

Salteado coronado con huevos escalfados hasta que la clara cuaja y la yema corre como una disculpa sincera.

Alubias servidas en cuencos y terminadas con un chorrito de buen aceite de oliva.

Cruz le quita el arce a besos a los dedos de los pies de Gabe porque el calcetín no ha tenido ninguna oportunidad.

Deacon sirve un vasito de café frío como si estuviera haciendo un truco de magia y da un sorbo lento mientras Roman finge un misterioso interés por el parte meteorológico.

Le doy a Roman un expreso sin preguntar, porque a veces la paz está en una taza.

—¿Estás bien? —pregunta él, con voz comedida.

—Estoy en pie —digo—. Gracias por lo de perro guardián.

Él asiente, una sola vez.

Sus manos descansan quietas sobre sus rodillas.

Esas manos solían buscarme sin importar quién estuviera mirando.

Doy un mordisco al pan de maíz, que tiene sabor a canción, para evitar decir algo que no podemos permitirnos.

Una hora más tarde, la puerta principal se abre de golpe e Isla llega como un cometa.

Tiene las mejillas rosadas por el frío y la alegría.

La nieve gotea de su chaqueta y dibuja pequeños mapas en el suelo.

Me ve y no hay pausa, ni cálculo, ni duda. Se lanza a mis brazos, casi haciéndome caer hacia atrás contra la despensa.

—Has vuelto —dice contra mi cuello, con las palabras amortiguadas, como si solo hubiera bajado a por harina a la entrada en lugar de haber pasado un año de pesadillas—. Sabía que lo harías. Se lo dije a papá. Se lo dije a Cleopatra. Hicimos una apuesta.

—¿Qué apostó Cleopatra? —la abrazo con fuerza. La alegría florece en mis costillas y se niega a ser discreta.

—Una pluma —dice con suma importancia—. Y dos semillas. Ya ha pagado. No le digas que te lo he contado o me picará los cordones de los zapatos.

Le beso el pelo, inhalando aroma a cacao, nieve y champú. Me escuecen los ojos. —Nuestro secreto —susurro.

El resto del día intenta ser normal.

Encaja, luego se desbarata, luego encaja de nuevo.

Los hombres se turnan con los gemelos como un grupo bien ensayado.

Deacon jura que no canta, pero luego entona tonterías en voz baja que calman sus miradas.

Cruz carga con los dos niños de una forma que hace que el resto de nosotros nos estiremos un poco más sin admitirlo.

Roman sustituye una sección del revestimiento exterior con una precisión que parece ira y que bien podría ser cariño con otro disfraz.

En la cocina, Isla y yo horneamos pan de jengibre.

Ella insiste en que los trozos de bastón de caramelo deben ir en la masa para que esté crujiente.

Yo digo que probaremos dos tandas, por la ciencia.

Aplasta los bastones con lo que solo puede describirse como fervor mientras lleva puesto el delantal de gallina hecho de ganchillo.

El delantal me cacarea con juicio.

Le mancho la nariz con harina.

Ella me la mancha a mí y chilla como si hubiera empezado una guerra.

Los hombres fingen no mirar con rostros dulcificados.

Los pillo de todos modos.

Extendemos la masa y cortamos formas.

Estrellas, árboles, una motocicleta que se parece más a un erizo pero que es amada con fervor por sus intenciones.

Trazo líneas pulcras con la manga pastelera como si el glaseado fuera estructural, porque Deacon me ha contagiado.

Isla añade minúsculas perlas plateadas con una concentración que resolvería el hambre en el mundo.

Probamos una antes de que se enfríe lo suficiente porque la contención está sobrevalorada. Está buena, muy buena.

Ella baila un bailecito que incluye codos y un giro. No lloro.

Finjo que el horno me ha hecho llorar los ojos.

Bajo el dulzor sigue habiendo amargura, pero no fingimos que no la saboreamos.

Roman mantiene las distancias.

Cuando habla, es cortante, eficiente, necesario.

Se sienta con las manos quietas donde antes buscaban.

Me mira a la boca, aparta la vista, mira por la ventana como si los árboles fueran a explicar cosas que los hombres no saben decir.

No le persigo.

Pongo otra bandeja a enfriar y le pido a Cruz que me pase el azúcar.

Deacon está en el fregadero arreglando el rociador con ese pequeño pliegue entre las cejas que significa que ya ha solucionado algo que nosotros aún no hemos descubierto.

Al final de la tarde, la luz se vuelve azul y luego gris.

Comemos cuencos de estofado con albóndigas de masa, sencillos y calientes.

Los gemelos están tumbados sobre una colcha y practican darse la vuelta.

Luca consigue un triunfante cuarto de vuelta y parece sentirse personalmente ofendido por la gravedad.

Gabe me agarra el dedo con ambas manos como si pudiera salir flotando.

No lo haré.

No por ahora.

Las galletas llenan las rejillas como si fueran tropas.

Isla hace carteles que dicen *FUERTE DE GALLETAS* y los pega a la encimera con cinta adhesiva decorativa que huele a fresas.

Limpiamos sobre la marcha.

Nunca se mantiene limpio mucho tiempo, que es el objetivo de una buena cocina.

Llevo uno de los delantales de la cabaña, verde oliva con un gran bolsillo delantero que guarda un chupete de repuesto, una tarjeta de receta doblada y una cuchara de madera que se cree una varita mágica.

La noche llega pronto en estas colinas.

Los gemelos se frotan los ojos.

Sus bocas se abren en llantos a cámara lenta.

Cruz los coge a ambos y empieza el circuito para ir a dormir.

Baño, aceite, canción, balanceo suave, el paciente juego de palmada y pausa.

Deacon sube las escaleras como un fantasma con un calienta biberones y el paso ligero de un hombre que ha aprendido a moverse sin despertar a toda la casa.

Roman pone otro tronco al fuego y observa cómo saltan las chispas, con expresión indescifrable.

Isla le lee a Cleopatra un libro sobre motores y luego le dice a la gallina que está pronunciando mal carburador.

Cleopatra no está de acuerdo y pica una bota.

Enjuago cuencos.

Apilo rejillas de enfriamiento.

La habitación respira hondo y despacio.

Los niños ya duermen.

Los hombres se retiran a sus tareas elegidas.

Me desato el delantal, luego vuelvo a atármelo porque el bolsillo todavía guarda mis cosas, y finalmente decido vaciarlo porque mi cabeza está haciendo listas solo por seguridad.

Hay un papel doblado en el bolsillo que no recuerdo haber puesto ahí.

Es pequeño y pulcro, y huele vagamente a humo de leña y a algo amargo que no es café.

Se me encoge el estómago de forma muy silenciosa.

Es el tipo de vuelco que da tu cuerpo cuando reconoce un precipicio por puro recuerdo.

Lo desdoblo.

Las palabras son pocas y nada ingeniosas, que es como sabes que están hechas para herir en lugar de para impresionar.

Nunca pertenecerás a este lugar.

Cierro los ojos.

Los bordes del papel tiemblan contra mis dedos.

La habitación no cambia de forma, pero algo dentro de mi pecho sí lo hace.

Este no es un mensaje para una extraña.

Es una advertencia de alguien que una vez estuvo donde yo ahora duermo, una persona que sabe exactamente qué bolsillo usa una mujer cuando está ocupada y se siente amada y no se guarda las espaldas.

20

ROMAN

La cabaña solía dormir cuando yo se lo ordenaba.

Esta noche vibra como un cable en tensión.

El fuego ha quedado reducido a unos rescoldos rojos de trazo dentado, esa clase de resplandor que hace que las sombras parezcan antiguos santos con los rostros borrados.

Mi café se enfrió hace una hora, intacto, una moneda oscura en una taza desconchada.

Sentado a la larga mesa, observo la estancia que ha mantenido a hombres con vida y los ha vuelto honestos, y parece un lugar que aguarda una verdad que no quiere escuchar.

Ella está arriba, probablemente acurrucada bajo un edredón que aún huele a mi camisa.

Cada fibra de mi ser quiere seguirla, recorrer con la boca el lugar donde se arquea su garganta mientras duerme y sustituir la palabra «miedo» por la palabra «mía».

Lo que me mantiene en la silla es el recuerdo de una puerta cerrándose en la hora pálida, de una chica con el vestido manchado

de harina alejándose porque el deseo la asustaba más que el invierno.

La nota está doblada junto a mi mano.

Sin florituras.

Sin amenazas de consecuencias, solo esa frase que no parpadea.

Nunca pertenecerás aquí.

Quienquiera que la pusiera en el bolsillo de su delantal se encontraba donde nuestra mujer guarda las cosas cuando tiene las manos ocupadas.

Esa es la parte que me reconcome.

La oigo antes de verla.

Pasos suaves y descalzos sobre la alfombra del pasillo.

Se detiene en el umbral y la habitación contiene el aliento.

Está envuelta en un viejo cárdigan que pudo haber sido mío en su día, con las mangas cubriéndole las manos y el pelo recogido con un tenedor que reconozco del cajón de la cocina.

Parece una plegaria hecha por alguien que nunca aprendió las palabras, es decir, está perfecta y yo ya estoy perdido.

No nos saludamos. Dejamos que el silencio nos devuelva nuestros rostros reflejados en él.

—La has leído —dice al fin, con una voz lo bastante firme como para hacerme sentir orgulloso.

—La he leído. —Doy un golpecito al papel doblado con un dedo—. ¿Cómo has recibido esto?

—En el bolsillo del delantal de los pollos —dice con un gesto irónico —. El bolsillo donde no dejaba de meter el chupete. Alguien sabía

que lo tocaría cien veces y que aun así no encontraría lo que importaba hasta que dejara de moverme.

—Buena caligrafía —comento—. Malas intenciones.

—No se equivoca conmigo. —Hace una mueca de disgusto consigo misma—. O no se equivoca sobre lo que he sido hasta ahora.

Hay una parte de mí que quiere estallar de rabia. No la alimento. Mantengo la voz baja y las palabras precisas. ¿Tienes intención de huir otra vez, Marisa? ¿Has vuelto con nosotros para quedarte, o has vuelto bajo este techo porque el mal tiempo te ha obligado?

Ella medita la pregunta mientras se acerca al otro lado de la mesa y apoya las palmas de las manos sobre la madera.

La luz arranca destellos dorados en sus iris y los convierte en algo que no debería mirar demasiado tiempo si pretendo mantener la compostura.

—No lo sé —dice, y su honestidad cae como el tajo de una hoja afilada—. Quiero decir que sí. Quiero decir que soy valiente, que elijo esto y que ahí se acaba la frase. Toda mi vida ha consistido en irme antes de que alguien pudiera decirme que lo hiciera. Se me da bien hacer las maletas a oscuras. Se me da bien decidir que duele menos si soy yo quien lo elige.

—Te marchaste la mañana siguiente —digo, y no lo planteo como una pregunta.

—Así fue —responde ella, más queda—. Me aterrorizaba desear más de lo que me correspondía. Me criaron pensando que el amor es una habitación que consigues si te portas bien. No sabía cómo vivir en una casa donde la gente te hace un hueco incluso cuando cometes errores.

—Te criaron para que te hicieras pequeña —le digo—. Pero no eres pequeña.

Ella asiente una vez.

La manga del cárdigan se le sube y veo el tatuaje del batidor de varillas en su antebrazo, una línea negra tan fina como un secreto.

Sus dedos juguetean con el puño de la manga y luego se quedan quietos.

Aprieto la mandíbula y luego la relajo.

—Nosotros habríamos querido todo lo que viniera contigo.

—Ahora lo sé —dice ella—. Pero saberlo tarde no es lo mismo que haberlo sabido a tiempo.

Dejamos que el fuego hable durante unos instantes. La nota reposa entre nosotros como una muestra de mala educación.

—Dime lo de la competición en voz alta —le pido, porque uno puede ahogarse en un solo tema si se lo permiten—. ¿Qué tienes planeado?

Comienza a esbozar una sonrisa.

Me mira como si le hubiera tendido una toalla en medio de una tormenta.

—Debería volver a hacer los panes. La tormenta los ha sacudido. Han viajado con bebés, mantas y mi dignidad. El glaseado está bien, pero la miga podría ser... más ella misma. Debían entregarse ayer. Los jueces los probarán la semana que viene. Puedo hacer una hornada nueva, darle dos días, pincelarla con ron y agua de azahar y fingir que es tiempo suficiente para que ocurra la magia.

—No —sentencio con esa voz que la gente acata a la primera y a la última—. No toques esos panes.

Ella arquea las cejas—. ¿Por qué?

—Porque el *stollen* es un instrumento de tiempo —explico—. No es un caballo de exhibición. Lo mejor de él es la maduración y la paciencia. Lo pincelas con mantequilla, lo espolvoreas como una pequeña tormenta de nieve y luego lo dejas donde el aire esté

fresco para que aprenda la canción que debe cantar. Una semana en un pan maduro es un regalo. Una semana en un pan nuevo es una solución de compromiso. Y tú no vas a servir una solución de compromiso con tu nombre en ella.

Sus hombros se relajan. Veo el alivio en sus huesos y finjo que no me doy cuenta—. Lo sé —dice ella—. Solo necesitaba oír que alguien me lo dijera.

—Me estás oyendo a mí —respondo—. Deacon los puso en la sala fría, no en la cámara, sino en la despensa de piedra con la toma del manantial. Entre ocho y diez grados. La mantequilla terminará su trabajo. La miga se asentará con la naranja confitada como un buen matrimonio. La costra de azúcar se endurecerá. El corte será limpio y los jueces preguntarán si dejaste que la masa «madurara». Dirás que sí y observarás cómo fingen que sabían que debían preguntarlo.

Ella sonríe. Me desarma, como siempre—. Hablas como si hubieras vivido en una panadería.

—Viví en una casa que respetaba los rituales —le digo—. El pan es uno de ellos. El café es otro.

—El café macerado en frío es el tercero —dice ella, solo para ver cómo me tiembla el párpado izquierdo por el tic.

—Largo de aquí —digo sin acritud—. O quédate y aprende algo.

Rodea la mesa y se sienta frente a mí; sus rodillas chocan con el banco.

Se queda callada.

El ambiente vuelve a ser el mismo que al principio. Si sigo dando rodeos al asunto, seré un cobarde.

—No puedo retenerte —digo—. Si quieres huir, no te detendremos. La puerta estará abierta. Mi corazón no. Esto solo funciona si lo eliges con los dos pies bien plantados, no con una mano en el pomo.

Se estremece como si las palabras fueran cuchillos y yo quisiera recogerlos del aire.

Sigo adelante porque ablandarse en el momento equivocado rompe más de lo que remedia.

—Si te vas, a los niños no les faltará de nada —digo, y mi voz se vuelve más profunda, dejando paso a esa parte de mí que lleva un parche y voto en el club—. No cargarás con esto sola. Nosotros proveeremos. Leche, pañales, visitas al médico, un fondo en un banco que puedes odiar pero seguir usando. Nos aseguraremos de que tu trabajo se mantenga, de que tu techo resista, de que tu coche funcione. No nos debes una cama para ganarte nada de eso. No nos debes tu boca ni tu tiempo. Solo nos debes el espacio para estar en sus vidas, para sostenerlos a las dos de la mañana cuando decidan que la luna es un insulto, para enseñarles cómo arreglar una bisagra, tensar un sedal y recorrer un camino que no esté en el mapa de nadie. Les debes la oportunidad de conocer a sus padres, independientemente de cómo haya decidido organizarse la sangre en sus cuerpos.

Se le humedecen los ojos.

Exhala como quien suelta un fardo pesado.

—No te lo estoy ofreciendo —digo—. Te estoy exponiendo un hecho.

—No quiero huir —dice ella, y hay una chispa en su voz que suena a esa versión suya que se ríe con ganas—. Quiero ser valiente. Quiero no tener que mirar cada puerta y decidir si es más fácil ser quien la abre.

—Entonces quédate —digo, simple y llano.

Me mira a los labios y luego a las manos. Sus dedos parecen amagar con levantarse, pero vuelven a caer—. ¿Y si todavía no puedo? ¿Y si aún necesito decidirlo sin público delante?

—Entonces decídelo —respondo—. Estaré donde debo estar cuando hayas terminado.

Nos quedamos en esa paz obstinada.

El fuego chisporrotea.

En algún lugar sobre nosotros, un tablón del suelo responde al frío con un leve crujido. La casa asienta sus viejos huesos.

Se aclara la garganta. Hay algo más. Las notas. Esa sensación. La sombra que viste en la ventana. No quiero ser el motivo de que nadie salga herido, ni siquiera un poco. Estoy cansada de ser el combustible.

—No eres combustible. Eres una persona. Los hombres que quieren convertir a las personas en acelerantes encontrarán otro fuego con el que jugar.

Asiente como si quisiera creerme y estuviera practicando.

Juguetea de nuevo con el puño de la manga.

Abre la boca para hablar.

Se oye un leve arrastrar de pies en el pasillo.

Deacon aparece con el móvil en la palma de la mano, con una expresión ilegible en sus ojos que sugiere que está asimilando demasiadas cosas a la vez.

—Cara está aquí —anuncia—. Los caminos se han despejado lo suficiente para que llegara hasta aquí la última milla. Está en la puerta y pide paso.

La Cara de Cruz.

Firme como una roca, con olor a jabón de almendras y aceite de rosas, y esa clase de sonrisa que hace que los bebés con cólicos se rindan y se duerman.

La ayuda encarnada.

Una mujer capaz de entrar en una habitación y hacer que funcione sin mover un solo mueble.

Mi silla no hace ruido al levantarme.

Quiero decirle a Marisa que no se mueva de su asiento.

Quiero decirle que yo me encargaré, pero no le digo nada mientras me encamino al vestíbulo.

El pestillo se levanta.

El frío se cuela, y luego entra Cara, envuelta en un abrigo acolchado, con las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—Hola —dice, mirando por encima de mi hombro hacia la cocina, como si las casas se reconocieran entre sí por el olor—. ¿Están despiertos los niños?

—Duermen —respondo—. Pasa de todos modos.

Cruza el umbral y se quita los guantes, deja un bolso a sus pies y me sonríe de una forma que indica que esta noche no va a tolerar mis malos humos.

Entonces ve a Marisa y su sonrisa se ensancha.

—Tú debes de ser la panadera —dice—. Bien. Necesitaremos galletas si voy a hacer mi mejor trabajo.

Marisa se pone en pie.

Parece pequeña por un instante, y al siguiente ya no lo es en absoluto. Se acerca a Cara y se encuentran en mitad de la estancia como dos mujeres que hubieran estado esperando ponerse las manos sobre los hombros sin saberlo.

Cara le toca la cara como haría una madre para comprobar si tiene fiebre y luego asiente, satisfecha.

—Parece que hubieras dormido tres horas en todo el último mes —dice Cara—. Arreglaremos eso primero.

Se dirigen hacia el pasillo para buscar biberones, mantas o cualquier otra cosa que las mujeres saquen de la nada cuando una casa lo requiere.

Observo a Marisa marcharse con Cara; el cárdigan se le resbala de un hombro mientras su mano ya busca el bolso para ayudar a llevarlo.

Las palabras que he pronunciado hace cinco minutos permanecen sobre la mesa como soldados que no reconozco.

No quise decir lo que pareció. No quise decir que la puerta estuviera abierta como despedida.

Quise decir que la puerta está abierta para que vuelvas cuando puedas respirar.

Necesito que se quede.

No lo he dicho en voz alta porque los hombres como yo no suplican.

De todos modos, el corazón me duele como si fuera una confesión.

Deacon cierra la puerta para protegernos del frío.

El pestillo hace clic como un metrónomo encontrando un ritmo con el que podamos vivir.

La nota reposa junto a mi taza vacía.

Me la meto en el bolsillo porque se acabó el dejarla sobre las mesas donde pueda enseñarme a dudar.

Miro hacia el pasillo por donde ha desaparecido con Cara y hago lo único que puedo hacer esta noche que quizá me mantenga honesto mañana.

Decido luchar por lo que quiero.

21

DEACON

Cara aparece y toda la cabaña exhala.

Esa es la primera verdad que puedo decir sobre el día.

La segunda es que dirige una cocina como el foso de una orquesta y una guardería como un centro de control de misiones.

Para cuando sale el sol, ya ha alimentado y cambiado a los gemelos, que parpadean hacia el techo como dos bombillas satisfechas.

Tiene a Cruz riéndose con su café, a Roman fingiendo que no es un blando, a Isla gritando de alegría porque su compinche favorita ha vuelto, y a Marisa un poco más erguida, con los hombros relajados y la mirada tranquila.

La felicidad doméstica no significa silencio.

Significa ruido con ritmo.

La tetera sisea, las tablas del suelo responden con un leve crujido que nunca significa problemas, el viejo termostato hace clic dos veces antes de que los radiadores recuerden su propósito.

En medio de todo esto, sostengo un biberón a unos estrictos cuarenta y cinco grados porque así lo dice Cara, y Gabe bebe como si estuviera cerrando un trato.

Luca se muerde el puño, luego mis nudillos, y después una esquina del pañuelo de Cara cuando ella no mira.

Soy ingeniero de caminos, lo que significa que respeto las líneas de carga.

Esta mañana respeto la forma en que un bebé de cuatro meses puede acaparar la atención de un hombre adulto como si fuera un elemento estructural.

—Papá Deacon —dice Isla con solemnidad (porque a todos nos llama papás), dándome golpecitos en el antebrazo como si fuera un micrófono—, permiso para añadir nubes de azúcar a las alubias del desayuno.

—Denegado —le digo, y ella jadea, escandalizada—. El azúcar es un trabajador de segundo turno. Las alubias son del primero. Las nubes pueden fichar más tarde.

Cara suelta un bufido. —Obstruccionismo con tortitas —dice, y le pasa a Isla un batidor—. Bate hasta que las burbujas parezcan ojos felices.

Marisa se apoya en la encimera, con las mangas subidas y el pelo recogido y sujeto con un tenedor que parece haber quemado puentes en una vida anterior.

Le sonríe al bebé al que estoy sacando los gases, luego a Isla, después al bol de la masa, y capto algo en su rostro que parece alivio calzando botas prestadas.

Roman también se da cuenta y aparta la mirada, que es la forma que tiene nuestro presidente de admitir que prefiere custodiar un cuerpo antes que un sentimiento.

Yo apilo platos.

Roman prepara expresos.

Cruz besa la cabecita de los dos pequeños como un hombre que entiende de sacramentos.

Deslizo un vaso pequeño de café frío del fondo de la nevera y doy un sorbo lento y culpable.

A Roman le da un tic en el ojo izquierdo.

Cara me pilla y sonríe como un gato que ha encontrado la nata.

—¡A desayunar! —anuncia, y la casa responde.

Comemos tortitas con los bordes crujientes por la mantequilla, alubias con una hoja de laurel que hizo algo sagrado mientras estábamos de espaldas, tiras de beicon que chasquean y luego se deshacen, rodajas de naranja que saben a luz de sol incluso en diciembre.

Marisa vierte sirope de arce caliente sobre las tortitas de Isla dibujando la forma de una moto.

Parece un erizo con gafas de protección.

Isla declara que es perfecto.

Luca sonríe alrededor de una cuchara sin comida. Gabe le frunce el ceño a la gravedad.

Me bebo mi café frío para fastidiar a Roman, y luego acepto el expreso que me desliza porque no soy un monstruo.

—Plan —dice Cara, limpiando un babero con eficacia—. Yo me encargo del turno de mañana con los niños y de una siesta; vosotros haced vuestro trabajo y vuestras preocupaciones. Después de comer rotamos. Esta noche dormiremos como personas serias.

—Dios te bendiga —dice Marisa, y lo dice en serio.

Hay una regla en mi cabeza que dice: cuando una casa se siente en paz demasiado pronto, ponte las botas.

Beso las coronillas de esos dos pequeños cráneos, robo un borde de tortita y voy a buscar mi chaqueta.

El cielo tiene ese color acero de antes del amanecer, las nubes están más bajas de lo que deberían y el aliento cuelga en el aire como un diagrama.

Los primeros pájaros se agitan en los pinos, curiosos e imperturbables. Salgo, me ajusto los guantes y empiezo el perímetro.

Recorro la misma línea cada vez, no porque sea un esclavo del hábito, sino porque el hábito hace que sea fácil ver qué ha cambiado.

Valla, puerta, línea este a través de los abedules donde el suelo se levanta en invierno, paso por las viejas piedras de los cimientos de la destilería, cruzo el patio hacia los cobertizos, rodeo el establo, subo al huerto y vuelvo por el manantial.

Un ocho dibujado por un hombre al que no le gustan las sorpresas.

La nieve recibió una ligera capa durante la noche, no suficiente para ocultar huellas, pero sí para perfilarlas.

Las primeras treinta yardas son nuestras.

Pisadas pesadas donde Roman hizo la última ronda, la huella más pequeña de talón y punta que pertenece a las botas de Marisa cuando salió fuera a tomar el aire.

Las huellas de perro son de Cleopatra, que se cree una gallina y sigue a Isla a cualquier parte, con la dignidad como algo opcional.

Luego hay algo nuevo.

No son huellas de botas al principio, solo marcas donde el peso intentó ser ligero.

Me agacho y toco el borde de una huella con un dedo enguantado.

Los hombres que crecieron sobre hormigón arrastran los pies.

Los hombres que crecieron sobre barro apoyan la parte exterior del talón.

Esto no es ninguna de las dos cosas.

Este es un hombre que ha caminado en silencio sobre la nieve durante suficientes inviernos como para saber cómo convertirlo en una mentira.

Se me tensa la mandíbula.

Primero el establo.

El pestillo parece manipulado, no roto.

Empujo para entrar, dejo que mis ojos se acostumbren, huelo a heno y aceite y al frío cortante del hierro esperando calor.

La pared de las herramientas sigue siendo una pared de herramientas, lo cual es un pequeño alivio.

El armario cerrado donde guardo las cosas que cortan o disparan está intacto.

El suelo me dice que alguien estuvo junto al pesebre del fondo el tiempo suficiente para dejar que se derritiera la nieve, y luego levantó una caja del estante.

Conozco la forma porque yo la empaqué.

Llaves de vaso pequeñas, métricas y estándar, encajadas como dientes.

Ha desaparecido.

Los hombres roban efectivo cuando tienen hambre; roban herramientas cuando piensan volver.

Siguiente, el cobertizo.

Cruz apila la leña apretada, con la corteza hacia dentro, los extremos alineados, una cara nítida que un albañil admiraría.

Hoy hay una inclinación en el lado oeste, tres troncos desplazados media pulgada, como un hombro con el que alguien chocó y al que no pidió perdón.

Paso una mano por la pila y noto una línea de hilo detrás de la tercera fila que no estaba ayer.

Alguien midió el interior de nuestro cobertizo con la mirada y decidió qué podía desmontar.

Me guardo la idea en el bolsillo junto con la forma de las llaves de vaso que faltan.

El huerto está en una zona baja donde a la niebla le gusta quedarse.

Los árboles guardan sus propios secretos, ramas negras dibujadas contra un campo gris.

Voy despacio.

El suelo aquí esconde su historia hasta que estás pisando el verbo.

A mitad de la primera fila lo veo: no una huella, sino una ausencia.

Nieve aplastada y luego polvo fresco lanzado por encima por una mano que necesitaba el gesto para sentirse invisible.

Los hombres se olvidan del viento.

El viento te delata.

El polvo está mal asentado, tiene un brillo diferente, los bordes demasiado nítidos.

Me salgo del camino y lo aparto.

El guante es de cuero negro, pesado, con las costuras un poco chamuscadas donde el hilo toca las articulaciones.

El hilo es un indicio.

Solíamos usar un filamento encerado, grueso y de la vieja escuela, difícil de romper y más difícil de conseguir.

Hace siete años, tras la fractura que dividió este club en dos, retiramos ese patrón de costura como quien retira una bandera.

Representaba una versión de nosotros que ya no vestimos.

Cojo el guante con dos dedos y exhala agua.

El interior huele a humo viejo y a jabón barato.

Podría haber sido encontrado.

Podría haber sido plantado.

Podrían ser ambas cosas, que es como a un enemigo astuto le gusta jugar.

Le doy la vuelta.

El puño está cosido a mano por un lado donde se rasgó y alguien lo amó lo suficiente como para remendarlo.

Hay una pequeña muesca cerca del dedo índice donde probablemente un hombre se enganchó con una valla de alambre.

Queda una minúscula rebaba de hilo rojo en la costura donde una vez hubo un parche. Fue cortado limpiamente, no arrancado.

Lo embolso.

Las bolsas de pruebas no son románticas, pero me gustan las cosas que mantienen la fe.

Hago una foto con el móvil para el archivo, y otra para el mensaje

que enviaré más tarde si tengo que hacer una pregunta que nadie quiere responder.

El viento levanta la niebla y luego la vuelve a posar como una manta.

De camino de vuelta reviso la cámara de la línea sur que reparé después del salto de tres minutos.

No hay hielo fresco en la lente.

La tapa de la batería está cerrada.

La luz de transmisión parpadea con el ritmo correcto.

Coloco una campanilla de latón en la rama baja del tercer pino, ese con el que un hombre rozaría si intentara pasar sin agacharse en el punto adecuado.

Suena una vez, suave como una moneda en un tarro. Sonrío sin humor.

Las trampas no necesitan ser peligrosas para ser útiles.

A veces solo necesitan decirte que una mentira pasó por allí.

Dentro, la cabaña huele a avena y canela y al tipo de jabón que la gente compra cuando tiene la intención de tratarse mejor.

Sacudo mis botas, me quito los guantes, cuelgo mi chaqueta en la percha que reforcé después de que un aspirante casi derribara la pared con una parka mojada.

Cara tararea en la cocina.

La voz de Roman es una línea baja en la habitación de al lado, firme y paciente.

Es el tono que usa con los bebés y con los hombres que se avergüenzan de estar llorando.

Oigo un suave balbuceo y luego una risa.

Luca otra vez, el extrovertido.

Gabe refunfuña y luego se calma.

Marisa se ríe como no la he oído reír en un año y algo dentro de mis costillas libera una presión de la que no había tomado nota debidamente hasta ahora.

Cruzo el umbral y capto la escena como si alguien llevara horas pintándola.

Cruz está en el suelo con ambos niños sobre una manta, con el pelo alborotado y un sonajero de madera en una mano como si fuera la batuta de un director de orquesta.

Cara está ante los fogones con un fular vacío atado al hombro, lista para el momento en que cualquiera de los gemelos decida que la vertical es la única posición moral.

Isla está junto a la mesa construyendo una torre con tazas medidoras y patatas pequeñas.

Levanta la vista cuando me ve, me saluda con una patata, y la torre sobrevive porque los dioses de la cocina están de buen humor.

Marisa está en el fregadero, con las mangas remangadas y los labios entreabiertos en una sonrisa que parece involuntaria.

Roman se apoya en el umbral entre ellos y el pasillo como un hombre que no quiere dejar algo bueno desatendido.

—Informe —dice, con voz ecuánime, aunque su mirada no lo es.

—Faltan dos cosas —digo—. Una caja de llaves de vaso pequeñas del estante del establo, arriba a la izquierda. Una pila en el cobertizo movida por una mano deliberada. El huerto tenía una sorpresa. La he embolsado.

Marisa se queda quieta, y la mirada de Cruz se afila sin perder su calidez.

Cara baja el fuego al mínimo.

La mano de Isla se queda suspendida sobre una patata que estaba a punto de añadir a su torre.

—¿Qué sorpresa? —dice Roman.

Le doy la bolsa.

El guante se queda ahí, mojado y paciente. Él no lo coge de inmediato.

Me mira a la cara para ver qué es lo que no estoy diciendo.

Dejo que lo lea.

Coge la bolsa y le da vueltas en la palma de la mano.

—La costura —dice en voz baja.

—Costura de hace siete años —respondo—. Ni Vultures. Ni Blessings. Uno de los nuestros, o alguien que llevaba el uniforme.

Cruz se levanta despacio, dejando a los gemelos con una manta doblada que huele a sueño.

Coge el guante y comprueba el puño donde sube la costura a mano.

Niega con la cabeza una vez. —Esto es personal. No es un trofeo.

Marisa se seca las manos y se queda junto al fregadero como si supiera que es mejor no aglomerarse alrededor de la mesa. —¿Eso significa que habrá menos problemas? —pregunta.

—Significa que son mapas más viejos —le digo—. Yo sé quién los dibujó.

Roman levanta la vista.

Hay acero en ella, sí, pero también esa parte de él que oculta, a la que no le gusta que esto esté sucediendo delante de una mujer que sostiene un paño de cocina.

—No nos están acechando extraños —dice.

—No —respondo—. Nos está cazando alguien que llamaba hogar a este lugar.

La torre de Isla se inclina y luego se endereza con una pequeña heroicidad de las patatas.

Ella mira de uno a otro, ve demasiado, y toma una decisión que avergonzaría a algunos adultos.

—Yo haré la comida —anuncia, y Cara le besa la cabeza y dice que el mundo está en buenas manos.

Hago las cosas pequeñas porque las cosas pequeñas evitan que las grandes te muerdan.

Arreglo el pomo suelto del cajón que está al lado de los fogones porque la mano de Marisa va allí cuando está pensando.

Vuelvo a colgar la campana del porche un eslabón más arriba.

Pongo tres tornillos en el tercer escalón donde la huella se queja, no porque el sonido sea fuerte, sino porque un sonido diferente me dirá si un extraño lo pisa cuando anochezca.

Borro y vuelvo a dibujar una línea en el mapa de pizarra donde el sendero sur se encuentra con el viejo camino forestal, porque quienquiera que pasara anoche conoce las líneas, y quiero que las nuestras sean más certeras que las suyas.

Comemos como personas que tienen la intención de continuar.

Avena horneada con azúcar moreno y manzanas, una fuente de huevos que salen hinchados y orgullosos, sobras de alubias crujientes en grasa de beicon, un bol de peras troceadas espolvoreadas con canela que hace que Isla suspire como una poeta.

Los gemelos se quedan dormidos en medio de una discusión sobre a quién pertenece cada puño.

Cara se toma una siesta de veinte minutos y lo consigue. Marisa mantiene su sonrisa firme por la fuerza y odio que tenga que hacerlo.

Salgo una vez más, rápido, solo para mirar el lugar donde estaba el guante.

La niebla se ha levantado y el sol es una moneda mate detrás de un cielo de papel.

Los pájaros cantan más fuerte.

No soy supersticioso, pero escucho a los animales cuyas vidas dependen de tener menos opiniones que las nuestras.

Suenan a normalidad.

Ese es el sonido más peligroso de todos.

Dentro, me aclaro las botas, las cuelgo con cuidado y entro en la cocina con la bolsa en la mano.

El guante suda una última gota de deshielo que recorre el plástico como una lágrima.

Lo dejo sobre la mesa alargada; el círculo húmedo marca la madera.

Voy a la puerta, echo la llave, luego la cadena, y después el segundo cerrojo que instalamos tras la guerra en miniatura hace siete inviernos.

Los clics metálicos tienen el tono adecuado. Algunos hombres encuentran música en los motores. Yo la encuentro aquí.

Roman entra desde el pasillo. Mira la bolsa y luego a mí.

No necesitamos ceremonias.

—Es de uno de los nuestros —digo—. O solía serlo.

22

MARISA

Unos días después, el día del Concurso de Repostería de Ravenwell

Día del concurso.

Las palabras resuenan en mi cabeza mientras me recojo el pelo y me pongo el delantal que he llevado como una armadura.

Mi stollen espera en su caja, pincelado y envuelto, con la costra de azúcar firme como una promesa.

Cara ya tiene a los gemelos bien abrigados, los biberones alineados en la nevera y la reserva de leche de fórmula en su sitio.

Los hombres se mueven por la cabaña como si se prepararan para la guerra, pero en mi pecho la sensación es como la de una mañana de Navidad, con los nervios impregnados de canela.

Nico llama antes de que pueda atarme las botas.

La pantalla se ilumina con su nombre y una foto de hace dos Navidades en la que sonríe como un hombre que se presenta a una audición para el papel de buena persona.

Respondo de todos modos porque una parte de mí aún piensa que, si camino hacia el fuego con un vaso de agua, puedo cambiar el final.

—Buenos días —digo, equilibrando el teléfono en mi hombro mientras me subo la cremallera del abrigo.

—Me he enterado —dice él. Su voz ya suena tensa, como si hubiera empezado esta llamada a mitad de una discusión—. Ravenwell. Cámaras. Un concurso en lugar de una vida respetable. Y me he enterado de lo de tu «acuerdo».

—Mi acuerdo —repito, porque a veces hay que dejar que una persona exponga su propia tesis.

—Andar de picos pardos con tres hombres —dice él—. ¿Tienes idea de cómo suena eso? La gente habla. Nuestra familia tiene un nombre en esta ciudad. Te criaron mejor que esto.

—Me criaron para trabajar —le respondo—. Me criaron para poner la mesa y luego alimentar a todo el que se sentara a ella. No me criaron para ser educada con alguien que intenta volcar la mesa.

—Ahórrate la poesía —espeta—. ¿Crees que alguien te tomará en serio cuando sepan qué clase de circo tienes montado? Tienes bebés con un signo de interrogación por padre. Nos estás avergonzando. Deberías volver a casa, sentar la cabeza, casarte con un hombre decente y dejar de buscar atención.

Cierro los ojos y cuento hasta tres, porque no quiero decir algo que me cueste más caro después. —Buscar atención sería afeitarme la cabeza en una transmisión en directo. Estoy haciendo pan. Estoy alimentando a gente. Estoy en la plaza del pueblo con una receta de siglos de antigüedad y un paño de cocina limpio.

—Siempre te crees muy lista —dice él—. Te olvidas de quién te metió en la escuela de hostelería. Quién te ayudó con las solicitudes. Quién te dijo a qué becas optar.

—También me dijiste que la ambición resultaba fea en las mujeres. Dijiste que necesitaba a un hombre que me hiciera sentar la cabeza. Considérame asentada. Considérame alimentada. Considérame alguien que no te responde cuando usas la palabra «picos pardos».

—Escucha —dice él, y su voz baja a ese tono pausado y cuidadoso que usa cuando está a punto de mentir con la cara muy seria—. Hay gente en Ravenwell que no quiere problemas. Los conozco. Ellos me conocen a mí. Tú no perteneces a ese mundo. Vas a salir herida. Vas a hacer el ridículo y nos vas a avergonzar.

—Nico —digo, y mi voz suena suave y feroz a la vez—, tú no eres «nosotros». Y tú no eres nadie para decirme a dónde pertenezco.

El silencio en la línea es corto y cortante. Luego dice: «Siempre fuiste una desagradecida», y cuelga.

Dejo el teléfono boca abajo.

Cara me mira desde el umbral de la puerta; los gemelos ya están envueltos como dos rollitos muy ufanos.

Ella levanta una ceja. Yo sacudo la cabeza como alguien que se sacude la lluvia.

—Muy bien —dice ella, con la presteza de un redoble de tambor—. Vamos a ganar un festival.

El trayecto hacia Ravenwell es una postal de invierno, con mantos de nieve reluciente envolviendo la carretera sinuosa.

Los hombres van delante y detrás; las motos avanzan firmes, con sus chaquetas oscuras destacando contra la mañana blanca por la nieve.

Roman me mira por el espejo retrovisor y siento lo mismo de siempre cuando su mirada aterriza y se queda fija.

Puedo respirar.

Deacon asiente levemente con la cabeza como un hombre que ha comprobado cada perno del camino.

Cruz conduce con los hombros relajados, como si pudiera convencer al tiempo de que se porte bien.

Mae lleva a Cara y a los gemelos en el segundo coche, y por el movimiento en el retrovisor noto que Luca está dando patadas como en una coreografía. Gabe prefiere fruncir el ceño al frío.

Ambos llevan unos gorros de punto ridículos con orejas porque soy madre y, por lo tanto, se me permite usar lo adorable como arma.

La plaza del pueblo ya rebosa vida.

Ramas de abeto cuelgan de los escaparates.

Guirnaldas de luces se enroscan de farola en farola.

La banda municipal ensaya en el quiosco de música con una melodía que no se decide entre Joy to the World o el tema de una serie de detectives.

El aire huele a canela, manzanas calientes y humo de leña.

Los vendedores pregonan los nombres de dulces y sopas.

Los niños corren con cucuruchos de papel llenos de frutos secos garrapiñados.

Las carpas del concurso se alinean en los escalones del juzgado: toldos blancos con mesas debajo y cables eléctricos serpenteando como enredaderas educadas.

Encuentro mi cartel y parpadeo.

Mi nombre está escrito con una errata de una letra y mi número de puesto no coincide con el de mi correo electrónico.

Por un segundo el pulso se me acelera, pero entonces llega una voluntaria, nerviosa y disculpándose.

—Error administrativo —dice, poniendo una cara como si hubiera pisado algo pequeño y molesto—. La hoja de cálculo se colgó dos veces anoche e imprimió una versión antigua. Panaderos, por favor, quédense en los números que figuran en las carpas.

Mi número no es el que me asignaron, pero la carpa es buena.

No es un túnel de viento.

Y hay un enchufe que parece saber cómo ser fiable.

Asiento y desempaqueto.

El stollen descansa en su caja como una abuela que echa un último vistazo a la familia antes de entrar en la iglesia.

Desenvuelvo una pieza, la pincelo con un suspiro de mantequilla y la espolvoreo ligeramente para que el azúcar capte la luz.

Para el desafío en directo, lo mantengo sencillo.

Los jueces lo anunciaron ayer: un pequeño horneado en el lugar para demostrar habilidades más allá de la maduración y la paciencia.

Diez raciones. Cuarenta y cinco minutos. Cualquier estilo. Saco la harina, los huevos, el azúcar, la mantequilla, la ralladura de naranja y el cardamomo.

Elijo madeleines porque son rápidas y honestas. Una buena magdalena es un latido con corteza.

También es una forma discreta de unir lo nuevo con lo viejo.

El primer contratiempo llega en forma de una responsable del festival con una carpeta y el ceño preocupado. —Nos falta su certificado de sanidad actualizado —dice—. No puedo dejar que pase a la fase de evaluación sin eso.

—Lo presenté hace una semana —le digo. Mi voz se mantiene calmada porque gritarle a una carpeta nunca ha solucionado un problema—. Fue aceptado.

Ella toca la pantalla y me muestra una X roja.

En la esquina de la pantalla hay una nota que dice: ARCHIVO CORRUPTO.

Un error administrativo de nuevo, o algo menos inocente.

Antes de que pueda tragarme mi molestia, Deacon se materializa como un fantasma alto con una impresora.

Saca una carpeta de su bandolera y desliza el papel sobre la mesa.

Tiene el correo electrónico de aceptación impreso y el certificado grapado detrás. Sonríe sin mostrar los dientes.

—Quédese con los originales —le dice a la responsable—. Nos gusta archivar por triplicado.

Ella parpadea, aliviada. —Yo también lo prefiero —confiesa, y sella mi cartel con una marca verde.

El segundo contratiempo es más teatral. Una encargada de las reglas pasa por allí y dice: «Los productos horneados previamente deben prepararse en el lugar», con el tono de una persona que ha descubierto el poder tarde y lo lleva como un sombrero que le queda dos tallas grandes.

—El stollen se madura —respondo—. Las reglas permiten participaciones maduradas con pruebas de los pasos de producción. Tengo los registros y los recibos de los ingredientes.

Roman interviene entonces, sin resultar intimidante, solo presente. —Página siete —dice con esa voz suave que hace que la gente se comporte—. Párrafo tres. Subsección B. «Los panes tradicionales de festividades que requieran maduración pueden prepararse fuera del recinto. Los participantes deben aportar pruebas de la fecha y el método».

La encargada se pone roja, pasa las páginas y encuentra la frase exacta. —Es correcto —dice rápidamente, y luego huye hacia un

puesto de palomitas dulces como si el caramelo pudiera absolver su vergüenza.

Respiro hondo.

Cruz me tiende una botella de agua con una pegatina que dice «bébeme» como si fuera un reto. —¿Cómo está tu corazón? —pregunta, en voz baja y muy cerca.

—Es un maleducado —digo—. Sigue intentando escaparse de mi pecho para ir a coquetear con los jueces.

—Dile que se quede donde lo quieren —dice él, dándome un golpecito en el esternón con un nudillo—. Y dile también que pruebe la masa primero.

Me río y bato con la varilla.

La masa se va formando con una sedosidad que promete una buena subida. La mantequilla burbujea en el cazo.

Pincelo los moldes estriados y vierto la masa con cuidado. Isla aparece con una bolsita de azúcar recién molida que ha conseguido a cambio de dos vales dibujados a mano de «una historia de gallinas gratis». Toca la bolsa como una maga en plena revelación.

—Un seguro —dice—. En caso de que el azúcar glas de aquí sepa a tristeza.

—Eres mi agente del caos favorita —le digo.

El tercer contratiempo es práctico y huele a decepción.

Mi enchufe se apaga a mitad del horneado con un pequeño chasquido.

Las madeleines se quedan pálidas y atónitas en su bandeja.

Miro el cable, la caja y la parte trasera del horno.

El pánico me araña el interior de la garganta, pero entonces Deacon se arrodilla junto al poste y restablece el diferencial como si hubiera estado esperando a que fallara solo para poder salvar el día.

Vuelve la corriente.

Las madeleines terminan de subir y se agrietan por arriba como benditas conchitas.

Alguien intenta empujar mi mesa con las prisas de una sesión de fotos y un saco de harina se inclina de forma ominosa.

Roman pone una mano en la esquina y la harina decide portarse bien.

Un vendedor deja caer una bandeja cerca de mi pie y finge no darse cuenta.

Cruz baja un hombro con la suave autoridad de un hombre que puede arrancarte los dientes y seguir pidiéndote perdón amablemente.

El vendedor encuentra algo muy interesante en el otro extremo de la plaza.

Los gemelos llegan cerca del final, acomodados en su cochecito como dos nubes de golosina.

Cara los aparca en una esquina de la carpa donde la brisa es suave y la luz hace que sus mejillas parezcan comestibles.

Luca hipa de nuevo.

Gabe le frunce el ceño a una ristra de luces, luego cede y coquetea con una abuela que pasa por allí.

Isla ata un lazo al cochecito que hace juego con el que llevo en el pelo.

Somos ridículos y me encanta.

Comienza la evaluación.

El juez principal tiene la misma mueca escéptica de hace una semana.

Ya está escribiendo cosas en su cabeza, probablemente palabras como «rústico» y «ferviente» que las revistas usan cuando no quieren admitir que les gusta una mujer que no se disculpa por existir.

Mantengo las manos quietas a los costados.

Prueban primero las madeleines porque lo caliente debe ir primero.

La cucharada de glaseado cae mientras la concha aún está caliente.

El cardamomo realza la naranja.

El ron suaviza el azúcar.

El juez mastica.

Su expresión hace algo humano.

Da otro bocado, luego otro, como si hubiera olvidado cómo ser comedido.

Luego, el stollen.

Corto con el cuchillo bueno y le entrego un plato con un trozo del tamaño de la fe.

El polvo de azúcar se queda pegado en mi manga.

El aroma sube como un recuerdo.

El juez duda, mira la miga y luego le da un mordisco.

El silencio se expande.

La plaza contiene el aliento del mismo modo que lo hace una persona cuando piensa en Navidades que pretendió olvidar.

Él cierra los ojos.

Cuando los abre, ya no hay escepticismo.

Asiente una vez.

Los otros jueces lo siguen, y luego uno pide ver mi registro.

Le enseño las fechas, las notas de temperatura, el calendario de pincelado.

Ella sonríe como una mujer que reconoce a otra mujer.

—Su abuela estaría orgullosa —me dice, y mis ojos se llenan de lágrimas de repente.

La cinta llega a mi mano.

Azul.

Profunda como el anochecer.

El sonido que surge es una ovación, una risa y un alivio. Alguien me entrega un micrófono.

Los reporteros se agolpan. —Señorita Conte, ¿qué nombre le pondría al sabor de la victoria? —pregunta uno, inclinándose con rostro esperanzado.

—Hogar —digo sin dudar—. Sabe a hogar.

Los flashes de las cámaras saltan.

La gente aplaude.

Los gemelos parpadean y luego sueltan una risita como si hubieran planeado todo el asunto.

Cara limpia un poco de glaseado de la barbilla de Gabe que ha aparecido por arte de magia.

Isla sostiene la cinta conmigo como si fuera co-ganadora.

Los hombres se quedan lo bastante atrás para que yo sea el centro y lo bastante cerca para que pueda sentirlos a mis espaldas.

La boca de Roman se suaviza y un músculo salta en su mejilla como si algo se hubiera liberado por fin.

Debería estar flotando.

Lo estoy, un poco.

Pero los bordes del día siguen intentando rizarse.

El cartel con la errata.

El certificado «corrupto».

El enchufe.

Un hombre con una chaqueta demasiado elegante ha pasado dos veces y ni siquiera ha mirado la comida.

Me ha mirado a mí.

Ha sonreído como un hombre que cree que ha construido la carretera por la que caminas y que puede cavar un agujero en ella cuando quiera.

Recogemos con lentitud.

Compartimos trozos con dos trabajadores municipales que han estado rellenando cubos de sal toda la mañana.

Le damos a la banda una bandeja de madeleines y escuchamos a su violinista coquetear con O Holy Night.

Mi delantal está cubierto de azúcar y un poco de gloria. Mis manos huelen a piel de naranja y ron.

En el borde de la plaza, diviso una sombra que se detiene donde las luces no llegan del todo.

No es nada y lo es todo.

Él ya se está dando la vuelta para cuando enfoco la vista. Siento gusto a metal y me lo trago.

De camino al aparcamiento, Roman me toca la muñeca. Es algo breve y cuidadoso y aun así logra darme estabilidad como un clavo en una viga. —Tú has hecho eso —dice.

—Nosotros lo hemos hecho —respondo.

Se convierte en una promesa al salir de mi boca.

Estoy cansada de huir.

Me quedaré. Hornearé. Alimentaré.

Encontraré a quienquiera que siga desenroscando las bombillas de mi casa y le daré una lección sobre las velas.

Conducimos de vuelta bajo un cielo que tiene el color del acero frío y de los nuevos comienzos.

La cinta viaja en mi bolsillo como una moneda caliente.

Los bebés duermen.

Isla le canta a la linterna como si esta pudiera apreciar las armonías.

Cara le envía un mensaje de texto a un aspirante para que ponga la tetera al fuego.

Las motos rugen limpiamente.

Las luces de la cabaña aparecen entre los árboles como un mapa en el que puedes confiar.

No he dejado de tener miedo.

Pero he terminado de dejar que el miedo elija mi ruta.

El sabor de la victoria es el hogar.

Es algo que se te queda grabado.

Te mantiene caliente cuando un hombre con una buena chaqueta y malas intenciones cree que puede hacerte sentir pequeña.

No puede. Ya no.

De vuelta en la cabaña, mientras sostengo la cinta sobre la mesa de la cocina, el teléfono de Roman vibra.

Él baja la mirada y su rostro se cierra como un libro.

Camina hacia la habitación trasera sin decir palabra.

Me sacudo el azúcar de la manga y me digo que no lo siga.

23

ROMAN

La cabaña está en silencio.

Cara acuesta a los gemelos.

La risa de Isla flota un instante y luego se desvanece.

Deacon comprueba la puerta sur dos veces.

Cruz apila leña extra junto al hogar, con las manos lentas y los pensamientos veloces.

Marisa se queda en la cocina mucho rato, con el lazo en el bolsillo y azúcar en la manga.

La miro una vez y luego bajo las escaleras.

El sótano huele a hormigón frío y pino viejo.

Una bombilla, un escritorio, tres monitores.

Me siento y mantengo el rostro tranquilo.

Mis manos están firmes.

Por dentro, todo se reduce a un punto.

Algo ha ido mal durante semanas.

No solo las notas y las huellas.

Dinero moviéndose de forma extraña.

Entregas desviadas.

Un empujoncito que nunca parece un empujón hasta que alineas los ángulos.

Empiezo con lo que Deacon me envió una hora después de que regresáramos.

Una carpeta llamada *WINTER*.

Dentro hay capturas de pantalla, registros y dos clips cortos de un foro de mensajería que solíamos vigilar durante la guerra de secciones.

Los sacó de un tablón de la dark web que debería estar muerto. Pero nunca lo está.

El clip uno es de un hilo titulado «Diversión en Ravenwell».

Un usuario llamado Kingsley publica un «guiño y un consejo» sobre una competidora de repostería.

El lenguaje es viscoso y cuidadoso.

Veinte pavos por golpear «accidentalmente» un saco de harina.

Cincuenta por cambiar un cuchillo de pelar por una espátula infantil.

Cien por fundir una regleta de enchufes durante cinco minutos.

Sin nombres, solo «la chica con el pan de naranja». Las marcas de tiempo coinciden con los contratiempos en su puesto.

El clip dos es una solicitud de recompensa del mismo usuario dos días antes.

Cincuenta pavos por una foto de «la madre panadera», rostro despejado, sin niños, enviada a una dirección oculta.

El rastro de las respuestas es corto.

Termina con una foto borrosa publicada e inmediatamente borrada.

Deacon consiguió la versión de la caché de todos modos.

Dejo de lado los clips y abro la segunda carpeta, la que tiene la etiqueta *PAGOS.*

Deacon ha echado mano de un amigo que monta pasarelas de pago para aplicaciones de comida.

Legal, limpio y lo bastante privado para que los favores cuenten más que los formularios.

La exportación muestra dos entradas para el mismo ID de trabajo del mes pasado.

Una es de ella, configurada para depositarse en su pequeña cuenta bancaria de Brooklyn.

La otra es un duplicado creado dos horas después, con el mismo nombre y el mismo número de identificación fiscal, pero una dirección de cobro diferente y una sociedad limitada instrumental vinculada.

La instrumental está ordenada, inactiva el año pasado, activa ahora.

Saco las declaraciones registradas.

El administrador que figura es C. Conte.

Un buzón de correos se repite en tres presentaciones y en una multa de aparcamiento de agosto.

Paso a la siguiente serie. Una plataforma de catering envió un correo electrónico de «verificación de pago» que parece legítimo hasta que lees las cabeceras.

La dirección de respuesta se encamina a un servicio de correo gratuito.

La dirección del pie de página está a una manzana de una oficina real.

Deacon ha cotejado la IP con una lista de filtraciones de la primavera pasada y apunta a un barrio en Bensonhurst que ya conozco.

Nico tiene un amigo allí.

Juega a ser buen ciudadano los domingos.

Bebe donde los hombres que venden tarjetas SIM prepago no dan recibo.

Identidad, dinero, ruido.

El triángulo empieza a cobrar nitidez.

Abro el portal del Departamento de Salud.

Las quejas anónimas son públicas, aunque con censuras.

Hay tres sobre ella en los últimos cuatro meses.

Todas presentadas a la 1:13 de la mañana.

Todas con el mismo lenguaje de copiar y pegar sobre «almacenamiento insalubre», «refrigeración compartida» e «infantes presentes durante la preparación de alimentos».

El número de contacto es un bloque de VOIP.

Deacon ya ha investigado al operador.

El mismo VOIP emitió un número que envió un mensaje de texto a un repartidor la semana pasada, diciéndole que dejara una caja de la panadería en un portal «para ser recogida».

El repartidor lo ignoró y marcó el pedido como entregado.

El número de VOIP pagó un recargo por demora.

La tarjeta registrada termina en los mismos cuatro dígitos que el método de pago de la sociedad instrumental.

Saco otro archivo, el que no quería abrir a menos que fuera necesario.

Informes de crédito.

Deacon ha marcado tres a su nombre de empresas con las que ella nunca ha tenido contacto.

Una es una tarjeta de grandes almacenes.

Una es una línea de crédito personal.

Una es una tarjeta de gasolina.

El correo electrónico en dos de ellas utiliza su inicial y su apellido con un número que solo usaba en el instituto.

Lo sé porque una vez me dijo su primera dirección de correo por accidente mientras se reía de sí misma.

El número de teléfono de recuperación termina en 17.

Los dos últimos dígitos de Nico.

Le gustaban los números personalizados.

También le gustaba el control.

Lo alineo todo.

Las publicaciones en el tablón ofreciendo sabotajes mezquinos.

La duplicación de los pagos desviando pequeños depósitos a su bolsillo.

Las quejas anónimas para arrojar una sombra sobre su nombre.

El robo de identidad sutil moviéndose por el sistema como un cableado defectuoso.

La presión no es ruidosa.

Es constante.

Es del tipo que convence a una mujer de que no tiene suerte cuando en realidad está siendo cazada.

En el segundo monitor mantengo las cámaras externas en bucle.

La señal del porche sur se salta tres minutos durante el viento de anoche.

La marca de tiempo tartamudea.

Cuando vuelve, una silueta atraviesa el borde del huerto, no lo bastante cerca para herir, lo bastante cerca para prometer que lo hará.

Marco el fotograma y lo guardo.

En el tercer monitor saco la foto que Deacon ha rescatado de un archivo antiguo.

Una celebración en la cabaña, hace dos años.

Hombres a la mesa, risas congeladas en pleno movimiento, una amalgama de rostros.

Un poco apartado está sentado Nico, con el brazo apoyado en una silla que no ha pagado, sonriendo como un hombre que nunca rompe un espejo.

Él no es un Jackal.

Nunca lo fue.

Él es peor.

Él es su familia.

No desvío la mirada.

Dejo que la realidad se asiente hasta que deje de estremecerse.

Utiliza el nombre de ella para abrir puertas.

Desvía el dinero de ella a su instrumental.

Presenta quejas, ofrece recompensas y observa cómo ella pierde horas demostrando que todo está en regla.

La llama por la mañana y la avergüenza por trabajar mientras él le sisa el sueldo por la noche.

No me sorprende.

Ni siquiera estoy enfadado de esa forma que incita a los hombres a romper sillas.

Estoy enfadado de la forma en que se construyen los casos judiciales.

Se me tensa la mandíbula. Mis manos permanecen quietas sobre el escritorio.

Encima de mí, las tablas del suelo crujen.

Unos pasos se detienen.

Ella no baja.

Bien.

Debería dormir esta noche.

Debería despertarse con el café y el sonido de sus hijos. No debería bajar aquí y ver cómo se ve todo esto sobre el papel.

Abro el viejo libro de contabilidad.

No porque necesite papel, sino porque siempre registramos lo que requiere los viejos métodos.

Las traiciones tienen peso.

Les dedicas una página.

Escribo su nombre.

Anoto las partidas.

Sociedad instrumental.

Pagos duplicados.

Quejas de VOIP.

Recompensas en la red.

La IP de Bensonhurst. Kingsley.

Trazo una línea fina debajo.

Abro el cajón y saco el teléfono prepago.

Es pequeño, agrietado, terco.

Me enlaza con los únicos hombres a los que llamamos cuando la ley es un rumor y nuestras reglas son más antiguas que las secciones de los clubes.

Ellos no llevan parches.

Ellos no piden explicaciones.

Toman nota de los nombres y devuelven silencio.

Escribo tres palabras.

Tenemos un nombre.

Pulso enviar.

El teléfono suena una vez, un chirrido suave y definitivo.

La pantalla mantiene el mensaje.

No hay respuesta.

Está bien.

Nunca la hay en noches como esta.

Cierro el libro.

El sonido es más fuerte de lo que debería.

La bombilla parpadea una vez y luego se mantiene fija.

Me quedo sentado un largo rato, respirando.

Miro la bandera en la pared, el chacal negro bordado en arpillera.

Guardamos el estandarte cuando elegimos la independencia sobre la obediencia.

El animal no duerme; espera. Dejo que me devuelva la mirada hasta que el silencio parece ganado.

Hemos terminado de reaccionar.

Ahora nos movemos nosotros.

Protegemos su dinero.

Marcamos sus rutas.

Cauterizamos los lugares que él cree blandos. Lo hacemos sin ruido.

Lo hacemos sin pedirle a ella que reviva lo que él hizo.

Arriba, un pequeño sonido surge y se apacigua.

Uno de los niños, luego el silencio.

Cara sabe cómo cogerlos y calmarlos sin despertar a media casa.

Cruz tararea a veces cuando duerme.

Deacon sueña con listas que nunca pronuncia en voz alta.

Marisa guardará el lazo en un cajón y apretará la palma de la mano sobre él como si fuera una promesa.

Empujo la silla hacia atrás y me levanto.

Mis rodillas se quejan, viejas lesiones ensayando viejas frases.

Las ignoro.

Cojo el teléfono y lo deslizo de nuevo en el cajón.

Apilo las carpetas y apago dos monitores.

Dejo uno funcionando, la línea sur, el lugar donde al viento le gusta mentir.

Es hora de acabar con esto de una vez por todas.

24

DEACON

El refugio se asienta de la forma en que lo hacen las casas viejas cuando saben quién duerme en su interior.

Cara tararea una vez y los gemelos pasan de la queja suave a una respiración más suave aún.

Isla se ríe en sueños, un estallido brillante, y luego silencio.

Cruz coloca un tronco nuevo, comprueba el regulador y deja que el hogar respire.

Roman sube las escaleras hacia el sótano sin decir palabra.

Hago una ronda por las puertas como siempre, con la mano en el picaporte y la vista en la bisagra, y la puerta sur se lleva una segunda comprobación porque el hábito es un tipo de oración.

Debería dormir.

No lo hago.

Me sirvo café solo, sin azúcar, y lo bebo como una penitencia mientras la nieve golpea ligeramente los cristales.

Luego llevo mi taza al almacén trasero y abro el panel falso que hay detrás del arcón de equipo.

El pequeño escritorio está ordenado, del mismo modo que lo está un confesionario.

El portátil de usar y tirar se despierta con un parpadeo silencioso.

Lo conecto al repetidor que atornillamos al entresuelo durante un invierno del que a nadie aquí le gusta hablar.

Algo no va bien desde hace semanas.

No solo son notas escondidas donde debería estar el azúcar o huellas que coquetean con nuestro vallado.

Dinero moviéndose como se mueve el agua cuando un hombre afloja la válvula un cuarto de vuelta.

Entregas que son casi correctas.

Nombres que pasan la inspección visual pero fallan en el libro de contabilidad.

Odio los «casi».

Rompen las estructuras.

Le he dado la carpeta WINTER a Rowan, pero la reviso de nuevo de todos modos, con la esperanza de encontrar un ápice más de información.

La sangre me hierve porque Marisa fuera un objetivo en la competición; nuestra venganza será rápida una vez que encajemos todas las piezas.

Gran parte de las pruebas apuntan a Nico: maltratando a nuestra chica a la cara y luego robándole el dinero en secreto.

Pero tenemos que volver a verificarlo y asegurarnos de que no existan cabos sueltos antes de ocuparnos del bastardo.

No para de sortear su guardia.

No es inteligente, pero está cerca de ella.

Conoce la forma de sus días.

Sabe qué pasará ella por alto para poder seguir adelante.

Sabe qué palabras la vuelven paciente y cuáles la cansan.

El último acertijo sin resolver es el que tengo atragantado desde hace un mes.

No dejamos de pensar que es uno de los nuestros.

Puede que Nico saliera en esa foto de hace dos años que le envié a Rowan, pero él no es de los nuestros.

Tiene que haber alguien más.

Nuestras cámaras fallan durante tres minutos exactos.

Nuestra bisagra sur canta en el mismo registro que las botas que nosotros entrenamos.

Encontramos un botón plateado en la junta del pasillo, con la espiga grabada en cruz, de fundición personalizada.

Ese patrón de costura no es común.

Pertenece a una pequeña tirada que encargamos hace siete años para los hermanos con parche que se ganaron la insignia de invierno.

Tras la ruptura, retiramos el diseño.

Saco la bolsa de pruebas físicas del cajón.

El botón brilla mate. Le hago una macrofotografía y la subo a un foro de la internet profunda donde hombres viejos que se niegan a aprender nuevos pecados todavía comercian con los antiguos.

No publico la foto general.

Publico la parte de atrás, la parte que los hombres olvidan falsificar.

La etiqueto con una frase interna que dice que los Chacales recuerdan.

El foro responde más rápido de lo que me gustaría.

Un usuario llamado Crow me da una cadena de números que coinciden con nuestra tirada, y luego añade una frase que cualquier hombre que viviera nuestra escisión puede oír con la voz original: —Dile a Saint que su fantasma vende botones—

Hay más.

Crow comparte un enlace de usar y tirar con una sola imagen.

Muestra a un hombre con una chaqueta de cuero que no es de nuestro corte, sentado en una cafetería que sirve el café caliente y los hábitos más calientes aún.

El hombre lleva una insignia de invierno en la solapa como si fuera una broma, no un recuerdo.

El rostro es más viejo, más rudo, pero la boca sigue haciendo una mueca de desprecio a la derecha.

Jonah Pike.

Nuestro antiguo capitán de ruta.

Se marchó durante la guerra de sedes e intentó llevarse hombres con él.

Fracasó.

No volvió a casa.

Siempre estuvo orgulloso de la forma en que podía burlar una cámara sur sin tocar un cable.

Enseñó ese truco a cualquiera que pagara en efectivo y le diera a alguien más a quien culpar.

Ahora toma café con Nico.

Crow hizo la foto porque odia el trabajo chapucero.

Me la ha enviado porque sabe que valoro la estructura.

Consulto la matrícula del coche aparcado fuera de la cafetería.

Corresponde a una empresa de alquiler y a una cuenta financiada por la misma empresa fantasma vinculada a todo este lío.

Nico paga almuerzos que no puede permitirse con dinero que no es suyo y contrata a ex-Chacales para que le enseñen a asustar a mujeres en casas que merecen algo mejor que el miedo. Todo encaja.

La ira que llega es silenciosa. No tiro la taza. No maldigo. Hago una lista de lo que hay que cerrar y luego lo cierro.

Primero, el dinero.

Llamo al amigo que me envió las exportaciones de los pagos.

Me debe un segundo favor porque le arreglé el poste de la valla el verano pasado y nunca dejé que me pagara el cedro.

Le doy una lista de números de cuenta y le pido que congele cualquier pago duplicado en espera.

Me dice que necesita un pretexto legal.

Le digo que se sospecha de robo de identidad, documentación pendiente.

Me da un enlace seguro para las subidas y un plazo de tiempo.

Hago la subida.

No fallo.

Segundo, la identidad.

Redacto declaraciones juradas que dicen lo que tienen que decir sin reabrir la herida.

Consultas fraudulentas, cuentas no autorizadas, chanchullos de telefonía por internet.

Incluyo los datos de encabezado y el bloque de IP.

Envío el paquete a un contacto en la ciudad que gestiona desastres de identidad y que no pierde el sueño cuando llega un formulario con aristas afiladas.

Ella me responde con un número de caso en seis minutos y me dice que exhale.

Tercero, el ruido.

Las quejas al Departamento de Salud no pueden dañarla ahora, pero pueden retrasarla.

Llamo a la inspectora del condado, una mujer que ha comido en nuestra mesa y entiende qué aspecto tiene la limpieza incluso cuando el fregadero está lleno.

Le explico la cronología.

Dice que hará una anotación en el expediente y que requerirá fotos si llegan más quejas.

También me dice que le diga a Marisa que la cocina huele a gloria y que puede añadir una clase de seguridad alimentaria a su horario de primavera para guardar las apariencias.

Lo anoto.

Cuarto, los hombres. Jonah Pike.

Nico Conte.

Imprimo la foto y la clavo en el tablón de corcho con una chincheta que chirría.

Escribo sus nombres debajo.

Rodeo el lugar donde brilla el botón plateado.

Añado las respuestas del foro de Crow y las publicaciones en caché de Kingsley.

Dibujo una línea corta de Jonah a Nico, y una larga de ambos a nuestra bisagra sur y nuestra cámara saltada.

Roman sube del sótano mientras estoy etiquetando el último cordel.

Ve el tablón.

Ya conoce la forma porque se sienta en esa habitación fría y mira los mismos ángulos hasta que dejan de ser preguntas.

Toca una vez con el dedo la foto del botón plateado y no dice nada.

Esa es la confirmación que necesitaba y que no quería.

Cruz llega con sueño y olor a café en la piel.

No pregunta por la teoría.

Pregunta por las piezas, luego hace lo que mejor sabe hacer, que es traducir el coste de todo esto a la moneda con la que vivimos realmente.

—¿Cómo afecta esto a los niños? —dice, señalando hacia el techo—. ¿Cómo le afecta a ella?

—Corta el dinero —digo—. Corta el ruido. No corta el hábito de Jonah de enseñar a hombres sin agallas a caminar cerca de casas que no son suyas.

La mandíbula de Roman se tensa.

La cicatriz de su pulgar palidece.

Abre el cajón y saca el teléfono viejo. —He enviado una señal de alerta —dice, y me mira como un hombre que se prepara para el

juicio—. No es una luz verde. Solo un nombre.

Asiento con la cabeza. Una alerta no es una llamada.

Los hombres que leen esa red entienden para qué sirven las alertas.

Mantienen la posición hasta que nosotros decidamos cuánto cuesta la justicia.

—Entonces se lo decimos a ella —dice Cruz—. Y dejamos que elija lo que necesita ahora mismo.

Lo hacemos en la mesa de la cocina porque no hay mentiras en una mesa que huele a café y canela.

Marisa se sienta con su cinta doblada al lado de la mano.

Los gemelos duermen la siesta en su cuna, en el rincón; un labio tiembla en un sueño y un puño descansa sobre su propia oreja, como un pequeño boxeador ebrio.

Isla construye un muñeco de nieve de azúcar con dos nubes y el tipo de confianza que hace que los ingenieros queden obsoletos.

Se lo expongo todo claramente.

Sin jerga. Sin miedo.

Capturas de pantalla, registros, una sola foto impresa de un hombre en una cafetería llevando una insignia de broma.

Le cuento lo que Kingsley pagó a unos críos por hacer.

Le cuento cómo los pagos duplicados se deslizaban en una empresa fantasma con su nombre en la cabecera y la mano de él en el cajón.

Le cuento sobre las denuncias telefónicas presentadas a la 1:13 de la madrugada y las comprobaciones de crédito a su nombre.

Le digo que la empresa fantasma está congelada, que las denuncias han sido anotadas y que la ciudad tiene un número de caso como si fuera un faro.

Ella no llora.

Parece más pequeña por un instante porque toda verdad le hace eso a una persona que prefiere construir antes que romper.

Luego cuadra los hombros e inspira, lento y profundo.

Toca la cinta con la punta de un dedo como para recordarse a sí misma que algunas victorias no se borran.

—Gracias —dice—. Por arreglar lo que él intentó desbaratar. —Mira a Rome, luego a Cruz, luego a mí—. Voy a dejarlo pasar. Él quiere mis horas. Quiere mis pensamientos. Quiere que me despierte cada día y alimente esa máquina suya con mi miedo. No voy a hacer eso. Tengo niños a los que alimentar y pan que hornear y una vida que por fin sabe a lo que siempre he deseado.

Roman asiente como un juez que sabe que la misericordia no es debilidad. —Nos retiramos —dice con voz baja, indescifrable para cualquiera que no haya dormido bajo este techo—. Te mantendremos a salvo. Mantendremos tu dinero limpio. No pondremos esto sobre tus hombros.

Cruz le toca el hombro, con suavidad. —No necesitamos sangre para construir un hogar.

Ella sonríe ante eso, una sonrisa pequeña y brillante. —Por favor, mantened las puertas cerradas —dice, medio en broma, medio en súplica—. Y decidle a Isla que puede usar los fideos de colores buenos.

Comemos.

Mantenemos la conversación sobre casas de jengibre y sobre si las gallinas deberían tener nombres navideños.

Los niños se despiertan y los llevo a ambos con su madre, uno en cada brazo, y la veo iluminarse ante el peso de ellos.

Si un hombre no puede elegir el lado correcto del libro de contabilidad aquí, se merece vivir para siempre en números rojos.

Más tarde, la casa cambia de ritmo.

Cara se lleva a los gemelos arriba para la siesta.

Isla y Marisa discuten sobre si los bastones de caramelo deben ir en la masa.

Se ríen como personas que se lo han ganado.

Roman sale al pasillo.

Yo le sigo.

Cruz se une sin preguntar porque siempre es el primero en poner las manos donde corresponde.

—Honramos su elección —dice Roman—. No le traeremos violencia. No traeremos esto a su cocina. Pero no dejaremos que él vuelva a escribir el nombre de ella en ningún formulario más.

—Jonah seguirá vendiendo trucos a cobardes —digo—. Nico seguirá comprándolos. Ambos creen que están a salvo mientras ella sea educada.

Cruz se muerde el labio, un mal hábito que solo se permite cuando el amor es lo que está en juego. —Podemos dejar esto en paz —dice —, y volverán. O podemos asegurarnos de que la carretera que usan ya no exista.

Abro el armario con el antiguo libro de contabilidad.

La alerta de Roman ya está en marcha, un nombre silencioso en una red silenciosa.

Las señales pueden desvanecerse.

O pueden desplegarse. —No necesitamos decírselo —digo—. Solo necesitamos asegurar que ella nunca tenga que enterarse de lo

cerca que él estuvo de esta casa.

Roman asiente una vez. —Nos movemos —dice—. Sin ruido. Sin teatro. Cortamos los hilos de los que tira y le rompemos la mano que usa para tirarlos. Lo haremos lejos de sus ventanas. Lo haremos rápido. De forma limpia.

Pienso en el botón plateado y en la cámara sur y en cómo la marca de tiempo se saltó tres minutos sin pedir permiso.

Pienso en Jonah Pike llevando una insignia de invierno como si fuera una broma.

Pienso en una empresa fantasma que nunca volverá a pagar otra factura y en un bloqueo de telefonía que se apagará cuando un hombre se dé cuenta de que no es lo bastante listo para vivir donde vivimos nosotros.

—Crow ya ha confirmado la insignia —digo—. Ha enviado una foto. Es suficiente para los hombres que cuadran las cuentas sin dar discursos.

Cruz mira de nuevo hacia la cocina, donde las risas todavía se elevan como el vapor. —Mantendremos su paz —dice, en voz baja—. Nosotros iremos a por lo nuestro.

25

CRUZ

UNAS HORAS DESPUÉS

Cara pone dos biberones en el calentador y me dice que nos aseguremos de preparar el tipo de desayuno que hace que una casa huela a perdón.

Isla duerme bajo una colcha que todavía conserva un rastro de canela.

Marisa está por fin profundamente dormida, con una mano sobre el vigilabebés como si su palma pudiera mantener el mundo estable.

Me beso los dedos y los presiono sobre la cabeza de cada niño, luego sobre la de ella; después me pongo la chaqueta y sigo a los otros dos hacia el frío.

Cabalgamos en silencio.

Roman va a la cabeza porque le gusta la noche.

Deacon cierra la marcha porque nunca se le escapa nada.

Yo mantengo mi centro, firme y cálido, como haría si tuviera a un bebé dormido sujeto al pecho.

La carretera hacia el distrito ferroviario de Ravenwell es una cinta de hielo negro con algunos tramos honestos donde las quitanieves se molestaron en rezar.

La fábrica se asienta donde siempre estuvo: huesos de ladrillo y ventanas rotas, un lugar donde los hombres ficharon durante treinta años y luego olvidaron a propósito.

El aire aquí abajo huele a grasa vieja de ejes y a cartón mojado.

Un vagón suspira en la vía muerta.

En algún lugar un perro ladra una vez y decide que tiene cosas mejores que hacer.

Rodamos detrás de la fábrica, con las luces apagadas, y cortamos los motores.

Dos siluetas esperan junto a un SUV oscuro, con las manos en los bolsillos, los cuerpos relajados, los rostros inexpresivos.

Motoristas neutrales.

No son de los nuestros.

No llevan chalecos del club y no parecen curiosos.

Hombres así llegan, cobran y se marchan.

Esa es toda su religión.

Roman asiente una vez.

Uno de ellos señala con la barbilla hacia una media puerta que solía dar a la oficina de un capataz.

Deacon prueba el pestillo.

Está abierta, y entramos.

La fábrica tiene su propio clima.

Hace más frío dentro que fuera.

Hormigón bajo los pies, escaleras de hierro que no llevan a ninguna parte, carteles viejos que antaño pedían a los hombres que informaran de sus lesiones, ahora pelándose como si alguien se hubiera rendido a mitad de frase.

La oficina está en la esquina más alejada.

La puerta está fuera de sus goznes, apoyada contra la jamba como un borracho. Cruzamos el umbral.

Nico está justo donde decía el mensaje que estaría.

Una silla de oficina rota, las manos con bridas por delante porque ya lo intentó por detrás y descubrió que no le gusta la sensación de estar completamente indefenso.

La mandíbula amoratada a la derecha.

El labio partido.

Forcejea un poco con las ataduras, luego se rinde porque el orgullo duele más que el plástico.

Se yergue en la silla, que es un truco que los hombres pequeños aprenden en las cocinas y nunca olvidan.

—Llegáis tarde, chicos —dice con una sonrisa que parece prestada —. Estaba a punto de irme. Tengo cosas que hacer. Inversiones que comprobar.

Roman no se acerca.

Se detiene a una distancia prudencial, como si el aire entre ellos fuera una línea en un plano. —Te sentarás —dice con voz serena—. Escucharás. Responderás. Luego te irás como se van los hombres como tú cuando los hombres mejores están hartos de tu ruido.

Nico pone los ojos en blanco como un adolescente que soporta un sermón sobre el valor de los tapones para los oídos. —No os tengo miedo —dice—. Jugáis a las casitas con una chica que cree que el

azúcar es una personalidad. Lleváis cuero como los matones del instituto. Sois viejos.

Deacon camina a su alrededor y comprueba la ventana. Ni siquiera mira a Nico. La falta de respeto es tan absoluta que hace que Nico se mueva inquieto.

—¿Por qué? —pregunta Roman, y esa palabra pesa más que cualquier amenaza que yo pudiera proferir—. Nada de poesía. Nada de mitología familiar. ¿Por qué las notas? ¿Por qué las recompensas? ¿Por qué los pagos duplicados? ¿Por qué las llamadas a la ciudad a la una de la mañana? ¿Por qué convertir la vida de ella en un grifo que crees que puedes abrir y cerrar?

Nico se ríe demasiado rápido. El sonido rebota en el hormigón y cae en saco roto. —Porque se marchó. Porque se cree mejor que todos nosotros. Porque las mujeres que huyen no merecen ganar. —Se inclina hacia delante y escupe sangre al suelo a modo de puntuación —. Porque de donde venimos, no avergüenzas a tu familia para luego publicar fotos tuyas siendo... compartida.

Siento el calor subirme por el cuello.

Dejo que pase a través de mí y salga por la coronilla.

La rabia es una mala narradora.

Mantengo la voz suave. —Ha hecho pan para un pueblo lleno de extraños —digo—. Les canta a bebés que ni siquiera saben enfocar la vista todavía. Llama a sus hijos pequeños profiteroles. Envía galletas navideñas a vecinos que nunca le devuelven nada. A eso es a lo que tú llamas vergonzoso.

Nico suelta un bufido. —Tú eres el blando. Todo el mundo lo sabe. Crees que puedes construir un hogar en un establo y finges que es una catedral. Le haces un hijo y crees que eso la absuelve de lo que es.

Roman ni siquiera parpadea. —Vuelve a decir algo sobre esos niños —dice, con el tono inalterado— y saldrás de esta habitación sin la mitad delantera de tu valor.

Nico abre la boca para tantear el perímetro de esa frase, pero decide no hacerlo.

En algún lugar de su interior tiene un animal pequeño que sabe cuándo hay que guardar silencio.

Deacon coloca un altavoz pequeño en el escritorio y un teléfono prepago al lado.

Toca un botón, luego otro.

El audio sale metálico. Las palabras no lo son.

La voz de Nico llena la habitación, grabada horas antes de que la última nota apareciera en nuestra lata de canela.

La llama raíz podrida.

Dice que hombres como nosotros nunca la reclamarán una vez que esté manchada.

Se ríe de su propia poesía, lo cual es siempre una advertencia de que un hombre cree tener más poder del que realmente tiene.

Deacon detiene la reproducción.

Inicia un segundo archivo.

No es una voz.

Es un montaje comprimido.

Capturas de pantalla de un foro de mensajería con las recompensas de Kingsley, cada una más mezquina que la anterior.

Una imagen recortada de un rostro desenfocado fuera de la ventana de una panadería con una marca de tiempo y un montón de nieve sucia.

Registros de pagos que muestran desembolsos duplicados deslizándose en una LLC pantalla con C. Conte en la primera línea.

Tres informes de crédito a nombre de Marisa con números de recuperación que coinciden con su vanidad.

Quejas al Departamento de Salud registradas después de medianoche, cortesía del mismo bloque de VOIP que intentó desviar un cajón a un vestíbulo la semana pasada.

Un diagrama simple que muestra el dinero y la malicia moviéndose juntos a través de tuberías pequeñas.

Observo los ojos de Nico mientras Deacon hace clic.

No se inmuta ante su propia voz.

Se aburre con las recompensas e intenta parecer valiente ante el dinero.

Entonces Deacon suelta la última diapositiva y el animal pequeño dentro de Nico recuerda cómo correr.

Una foto granulada, sacada de un tablero oscuro donde los viejos pecados van a intercambiar recetas.

La esquina de una cafetería.

Un hombre con chaqueta de cuero, sin nuestro parche, llevando una insignia de invierno en la solapa a modo de broma.

Jonah Pike.

Nuestro antiguo capitán de ruta.

El que se marchó durante la fractura y nunca volvió a casa.

Está sentado ante un trozo de tarta de limón que nunca llega a tocar.

Frente a él está Nico, riendo, con la mano sobre el café como si él hubiera inventado el calor.

El coche de alquiler en la nieve del exterior pertenece a la misma sociedad pantalla.

El botón de plata en la solapa de Jonah es nuestra ruta retirada.

La marca de tiempo coincide con la semana anterior a la primera nota.

—Tu fantasma vende trucos viejos —dice Deacon en voz baja—. Y tú los compras con el dinero de ella.

Nico se remueve en la silla.

Intenta poner cara de póquer. Solo consigue un tic que cruza su boca como una mala idea.

Roman da un paso al frente. No lo suficiente para acorralar. Solo lo suficiente para imponer.

—Quieres ser un hombre —dice—. Mantienes un trabajo hasta que te duelen los nudillos y tu espalda se queja y tu orgullo aprende a sentarse. No le robas a la mujer que te alimentó. No contratas a cobardes para que pasen notas por las rendijas y luego finges que fue el viento.

Nico bufa. —Me he ganado mi derecho. Ella es mi familia. Es propiedad mía.

Tengo que cerrar los ojos un segundo. Si no lo hago, mis manos hablarán en un lenguaje que le prometí a mi hija que dejaría de usar.

Cuando los vuelvo a abrir, estoy tranquilo.

—La familia no es un cajón de posesiones —digo—. No puedes conservar lo que no construiste.

Durante un momento ninguno de nosotros habla.

El goteo de una tubería rota en algún lugar en la oscuridad marca el tiempo.

La bocina de un tren se filtra por la zona de carga.

La habitación vuelve a saber qué se supone que es.

Un final.

Roman saca un cuchillo.

No es una hoja de exhibición.

Es una hoja de trabajo, afilada, desgastada por el uso, limpia.

La clava en el suelo junto a la bota de Nico y la deja ahí, de pie.

Nico mira el cuchillo como si este pudiera explicarse por sí mismo. —No tenéis nada —dice demasiado rápido—. Ella no presentará cargos. Querrá mantener la fiesta en paz. Se cree por encima de la venganza.

—Correcto —dice Roman—. Ella eligió la paz. Por eso estás respirando y hablándome de ello.

Deacon se guarda el teléfono y el altavoz.

Coge un pequeño montón de papeles y los desliza sobre el escritorio.

Declaraciones juradas selladas con números de caso.

Una orden de embargo sobre una cuenta de una LLC pantalla.

Una nota anotada sobre las quejas al Departamento de Salud.

La firma de la buena inspectora que dice que tiene ojos y memoria.

—No vuelves a tocar su nombre —digo—. No tocas su dinero. No te acercas a menos de ochenta kilómetros de ese albergue a menos que traigas una tarta de disculpas y una carta notarial que diga que renuncias a ser un cobarde.

Nico se ríe a pesar de que su boca es lo bastante inteligente como para sentir la herida partida. —No podéis alejarme de mi hermana —

dice—. Vosotros no sois la ley.

Roman mira por encima del hombro hacia la puerta donde esperan los motoristas neutrales, pacientes como cuervos en un cable de alta tensión. —Nunca pretendimos serlo —dice—. Y tú ya no eres nuestro problema.

La fanfarronería de Nico se quiebra por los bordes.

Mira hacia la puerta, luego vuelve a mirarnos a nosotros, luego a los papeles, luego al cuchillo, luego a sus propias manos.

Se da cuenta de cómo será la próxima hora y de repente es un hombre flotando en una piscina que recuerda que nunca aprendió a nadar.

—Esto es un secuestro —dice, desesperado por encontrar una palabra que le haga sentir importante de nuevo.

—No —dice Deacon, y su voz es tan suave que debería contar como misericordia—. Esto es un ajuste de cuentas.

Nos apartamos.

Los dos hombres silenciosos con chaquetas oscuras cruzan la habitación sin prisa.

Levantan a Nico de la silla con manos que no tiemblan.

Ellos no nos miran y nosotros no los miramos a ellos.

Esa es la regla.

Lo llevan junto a nosotros, bajan las escaleras y salen al frío.

Da tres pasos por su cuenta y luego empieza a hablar, deshaciéndose en súplicas y promesas y el tipo de excusas que los hombres inventan cuando descubren que las consecuencias llegan según lo previsto.

Fuera, la puerta del SUV se cierra una vez.

La otra puerta se cierra medio segundo después.

Un motor arranca, se mantiene al ralentí y luego mete la marcha.

El vehículo se aleja sin un chirrido. Hasta sus neumáticos son discretos.

Nos quedamos hasta que el sonido se desvanece entre los trenes y el viento.

Roman arranca el cuchillo del suelo y lo limpia en su manga.

Deacon recoge la silla rota y la pone derecha sin motivo aparente, salvo que el orden importa incluso en las habitaciones feas.

—Pike —dice Roman. No es una pregunta.

—Lo tenemos localizado en una cafetería y tres pensiones de mala muerte —responde Deacon—. Crow dice que pasará el aviso. Podemos retirarnos o podemos intervenir.

Miro hacia el umbral de la fábrica, con su puerta ausente y la boca negra del amanecer afuera, e imagino la cama de mi hija, la forma en que se acurruca contra una llama de peluche que fue a la guerra y ganó.

Imagino a dos niños a los que les gusta que los cojan en brazos de dos en dos.

Imagino a una mujer que pela naranjas con los pulgares y cierra los ojos cuando saborea el clavo.

—Mantenemos la promesa que le hicimos —digo—. Sin ruido. Sin numeritos. Sin sangre en la cocina. Encargaos de Pike lejos de casa.

Roman asiente. Ya ha enviado un nombre. El resto se moverá como el clima.

Salimos al aire que duele en el buen sentido.

Los motoristas neutrales se han ido, como si el camión se hubiera disuelto de nuevo en la oscuridad de la que surgió.

Los raíles brillan débilmente.

En algún lugar un semáforo pasa de rojo a verde y luego a nada.

Montamos en las motos y nos quedamos sentados un segundo sin arrancar.

—Café en el albergue —digo, porque alguien tiene que decir algo normal.

—Mole para el almuerzo —dice Deacon, porque sabe cómo dirigir mi mente hacia lo que la mantiene tierna.

Roman se ajusta el guante. —Ella no necesita saber el ritmo de esta parte —dice, que es su manera de decirme que él cargará con el peso y luego quemará el registro.

Arrancamos los motores.

El sonido retumba contra el ladrillo y bajo los puentes y hacia el frío que se queda con su parte y deja pasar el resto.

Tomamos el camino largo a casa porque el corto se siente como un mal sueño.

Cuando llegamos a la línea de la cresta, el cielo a nuestra izquierda es un moratón que se aclara hacia el lavanda.

La sensación en mi pecho se afloja de la forma en que se afloja un nudo apretado bajo el agua caliente.

Le escribo a Cara con una mano en un semáforo en rojo que no es para nosotros, pero obedezco de todos modos porque me gusta ser un buen ejemplo. —Yendo a casa —escribo—. Pon la tetera. Dile a la casa que respire.

Ella responde con un emoji de té, dos caritas de bebé y un cuchillo.

Suelto un bufido y me guardo el teléfono.

Para cuando el albergue aparece a la vista, el farol del porche sigue encendido, testarudo como un santo.

La ventana de la cocina brilla un poco.

No con fuerza.

Solo viva.

Subimos despacio por el camino de entrada.

Veo los rastros tenues del viento de anoche y el nuevo patrón cuidadoso de alguien que sacó la basura sin que se lo pidieran. Orden. Amor vestido de tareas domésticas.

Aparcamos donde los neumáticos no dejen surcos.

Cortamos los motores y escuchamos.

Sin alarmas.

Sin prisas.

Mis manos recuerdan el peso de los niños dormidos y dan un golpecito al depósito de mi moto una vez, como para darle las gracias por traerme a casa.

—Larga noche —dice Deacon, estirando la espalda.

—Más corta de lo que podría haber sido —responde Roman.

Subimos al porche y me detengo ante la puerta, con la mano en el pestillo, el tipo de pausa que hace un hombre cuando quiere sacudirse lo último del exterior antes de meter el interior en sus pulmones. Miro atrás una vez.

El este está pensando en el color melocotón.

El patio ferroviario está masticando su chicle.

La fábrica está a diez minutos de distancia y bien podría estar en otra vida.

Dentro, la casa huele a cedro y leche y al fin del miedo.

Oigo a Cara en la cocina diciéndole a la tetera que no tiene que gritar para que la escuchen.

Oigo a un bebé suspirar y luego calmarse.

Oigo pasar una página porque Isla es una pequeña y honesta ladrona de libros.

No oigo nada de Marisa y ese es el sonido que más deseaba.

Roman cierra la puerta tras nosotros y el pestillo encuentra su lugar.

Nos lanza una mirada interrogante a mí y a Deacon.

Asentimos que sí.

No porque hayamos disfrutado nada de esto.

Sino porque lo necesario no es lo mismo que lo cruel.

—Desayuno —digo—. Trenzaremos azúcar con las chicas y cambiaremos pañales como hombres que se ganan el derecho a una siesta.

A Roman le tiembla la boca, el fantasma de una sonrisa que solo deja salir cuando se olvida de ser precavido.

Deacon va a lavarse las manos.

Me detengo en el pasillo y saco mi teléfono.

Espera un mensaje sin leer.

No es una amenaza.

No es un alarde.

Una sola línea de la misma red silenciosa que usó Roman, la puntuación que nos prometieron y que no pedimos ver.

Recogida completada. Se aplica el silencio.

Guardo el teléfono y respiro el tipo de aliento que un hombre solo puede tomar después de elegir el tipo correcto de violencia.

Camino hacia la cocina y hacia la cálida luz azul, y dejo que la noche se cierre tras de mí como una puerta que sabe cómo guardar secretos.

No la despertamos.

Simplemente preparamos café, cascamos huevos, cortamos naranjas y ponemos cubiertos donde antes no los había.

Cuando ella entre arrastrando los pies una hora después, con el pelo alborotado y los ojos brillantes, nos encontrará a mitad de las tortitas, con polvo de azúcar en el aire, los gemelos hipando entre sonrisas e Isla preguntando si un croquembouche puede montar en moto.

No preguntará a qué hora llegamos a casa.

Mirará nuestras caras y decidirá que es seguro bajar la guardia emocional por un minuto.

Se lo permitiremos.

Y si el teléfono vuelve a vibrar esta noche con una ubicación que pertenece a un hombre que vendió trucos viejos a cobardes, saldremos discretamente y haremos lo que hacen los hombres que aman cuando el amor merece paredes limpias y aire puro.

Por ahora, bajo la llama de la tetera porque los gritos son para el mal té y la gente peor.

Saco las tazas buenas.

Cojo la miel.

Oigo pasos en las escaleras, ligeros y familiares, y sonrío ante el sonido que ya ha echado raíces tras mis costillas.

26

CRUZ

PRINCIPIOS DE PRIMAVERA

Sweet Claim huele a ralladura de naranja y a leña, y a promesas que pienso cumplir.

Las ventanas se empañan y se aclaran, se empañan y se aclaran; cada aliento del horno dibuja un corazón perezoso en el cristal antes de que el aire de la montaña lo borre.

El azúcar se enfría formando espirales sobre el mármol.

La masa sube como si hubiera aprendido lo que es la paciencia en la iglesia.

El letrero sobre la puerta, con la caligrafía de Roman tallada en roble, todavía hace que se me relaje el pecho cuando suena la campana y entra otro vecino como si estuviera entrando en un recuerdo cálido.

Los niños son los dueños de las tierras bajas bajo el mostrador.

Luca da vueltas de barriga ancha, golpeando las tablas con las palmas de las manos en un sonido que parece un aplauso para sí mismo.

Gabe explora cada rincón como si sospechara que trama algo, deteniéndose a mirar con los ojos entrecerrados el depósito de harina, la escoba, mis botas; el pequeño mundo que le pertenece porque su madre decidió que así fuera.

De vez en cuando levanta la cara y me dirige esa mirada seria que dice: *I am cataloging you, Papa, and you remain acceptable.*

Isla dobla servilletas con una precisión marcial que dejaría sin trabajo a un sargento de instrucción.

Las convierte en rosas, luego en cisnes y después en motitos que se parecen mucho a patos, y yo le digo que están perfectas todas las veces porque la perfección es un objetivo móvil y quiero que crea que puede alcanzar cualquier cosa a la que apunte.

Marisa se mueve por la sala como una música que reconoces al primer compás.

Gracia y descaro, ambos afilados por la larga práctica y el buen descanso.

Sirve café a las dos hermanas ancianas de Hollow Glen que se sientan en la ventana de la esquina todos los miércoles y discuten con ternura sobre a quién le toca pagar.

—Invita la casa si dejáis de coquetear conmigo —les dice, y ambas se pavonean, mientras yo intento con todas mis fuerzas que no parezca que mis huesos suspiran de alegría.

Deacon arregló la campana la semana pasada para que suene un trino en lugar de un estruendo; dijo que el estruendo era una agresión y el trino una invitación.

Ahora está en la parte de atrás, engrasando la bisagra del armario de fermentación como si fuera un mecanismo diseñado para mantener unido el mundo.

Roman está junto a la pequeña máquina de latón que sacamos de contrabando de una cafetería de la ciudad con un guiño y un fajo de

billetes; prepara cafés expresos como quien imparte la absolución, se niega a hacer nada que termine en -cchiato a menos que esté de humor y los entrega con esa mirada que significa que luchará por tu alma si intentas beber café frío en su presencia.

—Tu crema es una engreída —le digo, apoyando un codo en la barra.

—Tu mole es pecaminoso —dice sin levantar la vista—, y no me confieso de ninguna de las dos cosas.

—Niños bajo el mostrador —llama Deacon con calma desde atrás—. Pequeños exploradores acercándose al flanco de la vitrina de pastelería.

—Recibido —digo, sacando un pie para bloquear la trayectoria exploratoria de Luca hacia el cristal.

Él se desvía, suelta una risita y balbucea una serie de sílabas que terminan en un triunfal «¡ba!». Gabe da un toque al cristal, evalúa la estructura de la miga de los bollitos de la mañana con la gravedad de un hombre que le triplicara el tamaño, y se aleja gateando.

Cara entra a las diez con una cesta de ropa limpia y una historia sobre un zorro que la observaba mientras la tendía.

Huele a lavanda, a humo de leña y a buenas decisiones. —Mis bebés —dice, besando la coronilla de ambos niños, luego mi mejilla, y después la sien de Roman porque le gusta ver cómo finge que no tiene un corazón tierno—. Necesitamos dos tronas que se enganchen al mostrador —declara, midiendo ya con la mirada—. Deacon, tu lista crece.

—Mi lista es un jardín —responde Deacon, apareciendo con un destornillador guardado tras la oreja—. Agradece el agua y la moderación.

—La moderación no es mi especialidad —dice ella—. El café sí. —Roman le entrega una taza antes de que lo pida.

Fuera, la cordillera luce la primavera como una segunda piel.

Las gallinas se pavonean por el borde de la grava; Cleopatra y Biscotti siguen siendo enemigas declaradas y se comunican exclusivamente mediante insultos.

Isla diseñó el logotipo de la pastelería y convenció a Deacon para que lo convirtiera en una vidriera para la puerta: una magdalena montada en una moto, con una lanza de bastón de caramelo en ristre, ribeteada en oro.

Brilla cada vez que el sol incide en el ángulo justo y, cada vez que sucede, los ancianos con gorra se quedan callados como si la alegría les hubiera quitado el aliento.

Ahora funcionamos mediante rituales.

Abrimos lo suficientemente temprano como para que las cuadrillas de mantenimiento de carreteras nos saluden al pasar.

Sacamos la primera bandeja de scones de naranja y almendra a las siete y media.

Se nos agotan las quiches con masa de cruasán antes de las once porque la noticia ha corrido más rápido que los cotilleos, y eso ya es decir.

A mediodía, meto una bandeja de empanadillas saladas en el horno porque no sé cómo no alimentar a la gente con carne.

Roman finge sentirse molesto por el olor y luego se come dos de espaldas a la máquina de café como un adolescente escondiendo contrabando.

Deacon hace anotaciones en el calendario de pared con lápiz y letra de ingeniero, y suspira con satisfacción cuando aparece un recuadro pulcro alrededor de una tarea pendiente.

Cara le tararea nanas al pan.

El día fluye como la miel.

Mujeres que han visto demasiados inviernos se sientan en los asientos más cálidos y dejan que el calor se les cuele en los huesos.

Un hombre que nunca sonríe compra un rollo de canela para su mujer y luego se come la mitad en el umbral de la puerta porque ella le dijo que no lo hiciera.

Una niña con las rodillas peladas pega la nariz al cristal y lo empaña mientras debate qué galleta la haría recordar este día cuando tenga cincuenta años.

Marisa le da dos y un guiño.

La niña le susurra algo a su madre al salir y la madre se limpia un ojo.

No oigo las palabras.

Las sé de todos modos.

Hacia el mediodía, a los niños les entra un sueño sincronizado.

Los cojo a ambos, uno en cada hombro, y deambulo tras el mostrador mientras Marisa sirve una porción de stollen a la señora Picarelli, que por fin ha dejado de decirnos cómo solía hacerlo ella y ha empezado a decirle a todos los demás cómo lo hacemos nosotros.

Luca me babea el cuello de la camisa y no pide perdón.

Gabe se aferra a mi camisa como si el corte se hubiera hecho a su medida.

Mi espalda se queja un poco y luego recuerda que se siente orgullosa.

—Caballeros —dice Roman mientras llena dos tazas diminutas—, a vuestra madre le gusta la mesa de la ventana a la una. Planificad en consecuencia.

—¿Un expreso para mí? —pregunta Marisa, sabiendo ya la respuesta.

—Siempre —dice él, con un tono más suave que el silbido de la máquina.

Llevo a los niños a la habitación de atrás y los acuesto en el parque de juegos que Deacon armó como si fuera el camarote de un barco.

En el estante de arriba hay una fila de frascos de vidrio etiquetados con su letra precisa: Mordedores. Bloques blandos. Sonajeros dudosos.

Hay un frasco más pequeño, lleno de gomas para el pelo brillantes que Isla afirma que ya no pierde. Es una mentira dicha con cariño.

Cuando vuelvo al frente, la campanita trilla y entra el pastor de la iglesia de la colina, aquel que tiene manos que huelen a cedro y ojos que han visto más mal tiempo del que yo espero ver jamás.

Es cuidadoso con nosotros; nosotros somos cuidadosos con él.

Pide pan de maíz y café, y deja un billete de veinte doblado con una nota bajo el platillo que dice: *Thank you for feeding my people*.

No hacemos un espectáculo de ello.

Nunca se hace con los regalos que importan.

Marisa me mira a los ojos mientras le lleva el plato.

Ahora tenemos conversaciones enteras a esa distancia, novelas enteras.

La que me dedica dice: —Esto es bueno. Esto es lo que queríamos. —La que yo le devuelvo dice: —Sí. Siempre.

Entonces ella sonríe y la sala se ilumina de la forma en que lo hace cuando el sol encuentra una ventana sin lavar y la perdona.

—¿Biscotti de arándanos y pistachos listos? —llama Deacon, abriendo el horno con la reverencia de un hombre que desvela una vidriera. El olor sale como una ola.

—Esos son de Isla —dice Marisa—. Ella inventó la proporción. No la cambiarás.

—Yo no cambio proporciones que funcionan —dice él, ofendido—. Las anoto.

Isla levanta la barbilla. —Acepto notas al pie.

Roman desliza una tacita hacia un veterano con una chaqueta Carhartt que lleva cuatro semanas intentando parecer indiferente al café expreso.

—Café pequeñito —le dice—. Beba con dignidad.

El veterano da un sorbo, parpadea, traga. —Caliente —dice.

—Correcto —responde Roman.

Cambiamos de registro todo el día.

Locales que recuerdan nuestros años más rudos entran, observan, aprenden nuestro nuevo ritmo y dejan que se les cuele en los huesos como hace el pan cuando se come caliente.

Moteros de clubes aliados se detienen de paso, dejando sus chalecos en los ganchos junto a la puerta porque aquí dentro eres una persona primero.

Un policía estatal vino una vez por rollos de canela y se llevó tres extra para «los chicos del puente». No nos importó. Nos gusta que los puentes aguanten.

Una mujer entra, escanea la pastelería y asiente con aprobación experta.

En el mostrador, Marisa suelta un grito de «¡Lidia!» y se abrazan.

Lidia le dice lo orgullosa que está, y no podemos evitar estar de acuerdo con la antigua jefa de Marisa.

A Marisa se le empañan los ojos de lágrimas cuando la mujer se marcha, y yo aprovecho un momento para quitarle las lágrimas a besos.

A las dos, el ajetreo se suaviza.

Cara sale a revisar las gallinas y regresa con un huevo en cada palma como una maga. —Los manzanos silvestres están brotando —dice, y Deacon se convierte en un plan de paisajismo sin moverse del sitio. Roman limpia el mostrador con una saña innecesaria porque alguien mencionó el café frío en un tono que no le gustó.

Me lavo las manos, pongo una olla al fuego lento y empiezo una tanda de chocolate caliente porque las nubes están pensando en una lluvia suave que hará que la carretera humee.

Un hombre mayor con una gorra verde da un toque a la vitrina y señala los cuadraditos de limón. —Quiero el de la esquina —dice—, el que tiene personalidad.

—Personalidad —repite Marisa—. Me gusta eso. Luca tiene personalidad. Gabe tiene planes.

—¿Cuál muerde? —pregunta él, sonriendo.

—Ambos —digo—. Solo uno pide perdón.

Paga con cinco billetes de uno y una historia sobre trenes perdidos que me hace echar tanto de menos a mi madre que me desploma por un segundo.

Marisa desliza un nudillo por mi muñeca, un pequeño saludo al dolor, y el pesar deja su equipaje y acepta venir a sentarse con nosotros en lugar de salir corriendo bajo la lluvia.

Más tarde, cuando los niños se despiertan, hacemos un teatro de la cata de migas.

Luca golpea las manos en la bandeja y le grita a un muffin de arándanos como si le debiera dinero.

Gabe pellizca una mota entre el índice y el pulgar, la prueba, reflexiona y asiente una vez.

—Este señor será peligroso —dice Roman, que en el idioma de Roman significa «orgulloso».

Una mujer con un abrigo del color del ala de una gaviota se queda justo dentro de la puerta y mira la sala como si esta pudiera decidir si ella le cae bien.

Marisa va hacia ella primero.

—Bienvenida —dice, vertiendo calidez en el espacio que las separa —. Parece que necesita algo dulce y el tipo de asiento que no juzgue sus botas.

La mujer ríe contra su bufanda y relaja los hombros. —Sí —dice—. Exactamente eso.

Se marcha con una bolsa de papel que huele a azúcar y a finales, y una tarjeta que dice: *We bake on the bones of old kitchens. We serve second chances warm.*

Isla eligió la fuente.

Deacon fingió odiarla durante una tarde y luego admitió que era perfecta.

Hacia las cuatro, los hombres que construyen el condado aparecen en tropel, con las palmas empolvadas de yeso y serrín, y rostros con sonrisas que se ven bajo las barbas.

Hacen fila ante el mostrador como niños esperando la comunión.

Reparto empanadillas y café, y uno de ellos me dice que puede arreglar la gotera del canalón del porche por una docena de lazos de canela y seis dólares exactos.

Le estrecho la mano porque ese es el tipo de matemáticas que crea pueblos.

—Cerramos en una hora —anuncia Marisa a la sala, lo que hace que tres personas den un salto y pidan una última cosa. Se la damos, porque podemos.

En el silencio que sigue, limpio pequeñas huellas de manos de la vitrina, cuento la caja, guardo un dibujo gracioso de una magdalena en una moto en la esquina del tablero del menú porque Isla se dará cuenta y fingirá que ella no lo puso ahí.

Roman cierra la puerta principal y gira el cartel a DEJANDO DESCANSAR EL HORNO.

Deacon saca las bandejas y las apila como pensamientos limpios.

Cara empieza una olla de caldo porque presiente que todos querremos sopa antes de que acabe la noche.

Marisa apoya la cadera contra la mía en el fregadero y me quita un grano de azúcar de la mandíbula.

—¿Sin arrepentimientos? —pregunta, lo suficientemente bajo como para hablarle a la parte de mí que a veces todavía oye viejos fantasmas.

—¿Hm? —Le quito el grano de la punta del dedo con un beso—. ¿Por haberte elegido a ti? ¿Por nada de esto? —Miro a mi alrededor, al vapor en la ventana y a los gemelos en sus tronas discutiendo educadamente en vocales, a Isla colocando con cuidado dos servilletas perfectas para una reina imaginaria, a mis hermanos moviéndose por un espacio que construyeron con sus manos—. Ni uno solo.

Ella apoya su frente contra la mía y ríe un poco como si estuviera llamando suavemente a mi cráneo para ver si hay alguien más en casa. —Bien —dice—. Porque esto no ha hecho más que empezar.

—Santo —llamo, sin dejar de mirarla—, dile que el horno ya está demasiado caliente.

Roman resuella. —El horno hace lo que ella quiere.

Deacon levanta una ceja. —Anoto esa afirmación.

Cerramos.

Limpiamos.

Llevamos una hogaza al pastor de la colina porque escribió otra nota y estamos intentando ser el tipo de hombres que responden a la amabilidad con pan.

En el camino de vuelta a la cabaña, con los niños sujetos con calidez contra nuestros pechos y la carretera húmeda y respirando, Isla salta siguiendo un patrón que ella llama «pasos de empresaria», lo que significa que cada tres pasos uno es dramático.

En el porche, el farol brilla.

Las gallinas farfullan.

El cielo empieza a teñirse de un rosa en el que solo he confiado aquí.

Abro la puerta y la casa huele a estofado, a limón y al número exacto de personas que necesitamos para que esté llena.

Cruzo la mirada con Roman por encima del hombro de Marisa mientras ella besa la coronilla de Gabe.

Él asiente una vez, ese pequeño saludo privado que nos dedicamos cuando el día no ha requerido el uso de nuestros cuchillos.

Deacon pone un tarro de miel sobre la mesa y escribe una pequeña etiqueta: Para el té.

Cara le da un manotazo cuando él intenta coger una cuchara antes de cenar y él finge sentirse escarmentado, muy mal por cierto.

Comemos. Pasamos el pan. Le contamos a Isla el tipo de historia en la que el dragón decide abrir una pastelería y todo el mundo lo quiere porque mantiene los hornos perfectamente calientes.

Luca golpea una cuchara como si siguiera un ritmo que solo él puede oír.

Gabe me roba una zanahoria del cuenco, la prueba y me concede un solemne asentimiento de aprobación.

Marisa se ríe hasta que relaja los hombros y las comisuras de su boca se suavizan. El sonido se entrelaza entre las vigas como una cinta.

La cabaña no es una iglesia.

La pastelería no es una catedral.

Pero el hogar es un altar cuando hay niños durmiendo en el piso de arriba y la mesa está llena y la puerta echada y los lobos están ocupados en otra parte pasando hambre sin nosotros.

El desayuno es un sacramento que volvemos a oficiar cada mañana.

El amor es un ritual escrito en chupitos de expreso y scones calientes y en la forma discreta en que un hombre comprueba la puerta trasera una vez más sin más motivo que el de que una vez le prometió a alguien que lo haría.

Más tarde, cuando los niños finalmente se rinden y los acostamos en su cama-camarote, cuando Isla deja su nueva rosa de servilleta sobre la mesilla de noche junto a su libro y le susurra buenas noches a la llama, cuando el horno se enfría y las ventanas se aclaran y la cordillera se inclina para escuchar, me quedo en el umbral y dejo que el día se asiente sobre mis hombros como una manta. —¿Mañana? —dice Marisa detrás de mí, con voz somnolienta y radiante.

—Mañana —digo, y lo digo de todo corazón.

27

EPÍLOGO: LUCA

UNOS AÑOS DESPUÉS

Gabe se despierta primero porque dice que su cerebro es más rápido.

Yo digo que es porque es un monstruo de la avena gruñón que oye la cuchara mientras duerme.

—No soy un monstruo de la avena gruñón —dice Gabe desde la litera de arriba con su voz seria—. Soy un científico de las mañanas.

—A los científicos les encanta la avena —respondo yo desde la litera de abajo—. Y discutir.

Discutimos durante cinco minutos enteros sobre si la avena necesita pasas para ser legalmente avena.

Luego nos detenemos al mismo tiempo porque recordamos qué día es.

—Día de Panadería —susurramos juntos, y se siente como encender una vela.

Saltamos.

El suelo retumba.

El perro, que se llama Churro aunque casi lo llaman Motocicleta, levanta la cabeza y nos lanza esa clase de mirada que significa «no corráis por el pasillo a menos que me traigáis una tostada».

No le traemos tostada.

Le traemos caricias, que acepta como si fueran tostadas.

Nuestros delantales a juego cuelgan del gancho, pequeños y perfectos, con diminutas motocicletas en los bolsillos y una mancha de glaseado viejo que nunca quiso irse.

Atamos los cordones por delante porque mamá nos enseñó el nudo doble que solo se desata si le cuentas un secreto.

Susurramos nuestro secreto a los lazos: «Por favor, que haya glaseado antes del desayuno».

Mamá ya está abajo cantando en italiano.

Canta con las manos porque incluso cuando remueve, cuenta historias.

La canción huele a cielo y naranjas.

El aire de la cocina es azúcar y mantequilla caliente y el sonido de la cuchara de madera golpeando el bol como un latido que se puede comer.

Papá Cruz nos levanta de uno en uno hasta el gran bol de mezcla. —Probad —dice, y esa es la mejor palabra de todas.

Nos da a cada uno un dedo para que lo limpiemos como si fuera una cuchara pequeña. El glaseado es suave como una nube y dulce, y se nos pega a los labios. —¿Bueno? —pregunta.

—Bueno no es suficiente —digo yo—. Es riquísimo.

—Científico —dice Gabe, aprobando, y lame el batidor con tanto cuidado que probablemente algunos ángeles aplauden.

Papá Deacon nos enseña a apilar magdalenas de forma que parezcan un castillo con un foso hecho de servilletas y un puente levadizo que es un cuchillo de mantequilla que no tenemos permiso para tocar.

—Las estructuras tienen sentimientos —nos dice—. Sed amables con las esquinas. —Lo somos.

Arropamos a las magdalenas como si fueran bebés. Gabe levanta un muro contra los dragones.

Yo pongo un arándano encima para decorar y también porque puede ser una luna.

Papá Roman finge no sonreír cuando espolvoreamos canela sobre el perro por accidente. —Churro no es un pastel —dice, pero Churro estornuda y parece orgulloso.

Papá Roman limpia al perro con una toalla y le dice a mamá, con su voz de casi-no-sonrisa, que estábamos ayudando con los aromáticos.

Prepara café diminuto que huele a valentía y dice que el café frío es para hombres que han perdido la esperanza.

Papá Deacon bebe café frío más tarde, con mucha calma, mientras lee un libro sobre puentes, y no mira a Roman en absoluto.

A esto se le llama una broma recurrente. Puede correr alrededor de la mesa durante el desayuno y nadie la atrapará.

Isla entra con su pelo como una nube y sus calcetines en plena pelea con la gravedad.

Le hace una trenza en el pelo a Gabe de un estilo que llama «wizard-core» y le dice que los magos deben comer arándanos para la salud de sus hechizos.

A mí también me hace dos trenzas porque se lo pido muy amablemente y me ofrezco a darle todas las cerezas que tengo permitidas, que son cero.

Me como una cereza de la tarta de todos modos y me escondo debajo de la mesa.

La mesa no se sorprende; me escondo allí a menudo.

Cara se ata su delantal viejo que tiene una mancha con forma de oso si entrecierras los ojos.

Nos besa la cabeza y dice: —Mis amores, ya tenemos cola.

Dice que hay un zorro abajo, junto al huerto, que escucha a mamá cantar, lo que me da ganas de cantar canciones de zorros.

Gabe dice que no hablamos zorro, pero que podemos intentarlo.

Ayudamos a llevar las cestas a la parte delantera.

La campana de la puerta de la panadería trina en lugar de sonar fuerte porque Deacon dice que los trinos son más amigables.

El cristal de la ventana se empaña y se limpia porque el horno está respirando.

Nuestro logotipo de vidriera cabalga sobre la luz: una magdalena en una motocicleta con una lanza de bastón de caramelo, el dibujo de Isla convertido en algo sagrado.

La magdalena parece valiente.

Nosotros también somos valientes porque nos dejan entregar servilletas a la gente.

A la gente le gustan las servilletas que vienen de manos pequeñas.

Les hace recordar cosas.

Las hermanas ancianas de Hollow Glen se sientan en el rincón de la ventana como si estuvieran en un marco de fotos.

Dicen: —Buenos días, querubines —y nosotros decimos: —Buenos días, ángeles —porque recordamos que sus nombres no son Ángeles, pero es divertido de todas formas.

Siempre discuten sobre a quién le toca pagar.

Mamá dice que el café invita la casa si dejan de flirtear con ella.

No paran; solo añaden cumplidos sobre sus pendientes.

Un hombre con una gorra verde quiere la barrita de limón de la esquina porque tiene personalidad.

Nosotros sabemos de personalidades.

Gabe dice que él es el cerebro; yo soy la alegría.

Cambiamos cuando hace falta.

Hoy ambos somos algo más.

Hoy somos catadores oficiales.

Recibimos media caracola cada uno como salario. Salario es una palabra que significa que trabajamos aquí.

—Repartos a las once —dice Deacon, haciendo una lista para cajas con letras minúsculas y pulcras. Escribe: Párroco. Biblioteca. Parque de bomberos.

Nos da un trabajo que nadie más recibe: poner la pegatina más dulce en la esquina de la caja para que las esquinas tengan compañía.

Lo hacemos exactamente bien. Él asiente como si hubiéramos construido un puente.

Durante la primera racha aparece todo el pueblo.

El equipo de mantenimiento de carreteras huele a frío y a metal, y compran empanadillas porque

Cruz las hizo y eso significa que saben a consuelo que te puedes llevar contigo.

La profesora con el jersey de gato compra dos trenzas de canela y finge que las compartirá; no lo hará.

El hombre que siempre parece sorprendido ante la amabilidad, parece sorprendido ante la amabilidad y deja un trébol de cuatro hojas en el plato de las propinas, que Roman finge que es moneda de curso legal y dice: —Esto compra una sonrisa —y el hombre la recupera y sonríe como si se disculpara por todas las veces que el mundo no lo hizo.

Nos subimos a taburetes que dicen *PEQUEÑO AYUDANTE* y entregamos servilletas cuando mamá dice «servilleta».

No tocamos la pala de tarta.

No tocamos la máquina de café expreso.

Ponemos cuatro pepitas de chocolate en exactamente cuatro galletas porque el chico del mostrador no contó bien y las dejó desnudas.

Somos caballeros rescatando galletas de la desnudez.

Entra una señora con gafas de sol grandes, mira alrededor como si la habitación pudiera morderla y luego suelta el aire cuando huele el stollen. —No olía eso desde mi abuela —dice.

—La mía también —dice mamá, y sus ojos hacen eso que es tan tierno. Mamá le da una rodaja que invita la casa porque las casas hacen eso.

La señora se la come despacio y cierra los ojos. Se va con una bolsa y esa clase de sonrisa que hace que un día dure más tiempo.

Hay un casi-problema.

Un niño que es más grande que nosotros pero todavía no es grande nos dice que las motocicletas son para gente mala y que las

panaderías son para gente buena y que no podemos tener ambas cosas.

Nosotros parpadeamos al mirarlo.

—Podemos —digo yo.

—Lo hacemos. Somos múltiples. —Gabe dice, muy serio—. Nuestros papás ponen reglas que dicen sé amable o vete. Y también nada de café frío en la casa, excepto en secreto.

El niño reflexiona sobre eso y luego toma una muestra gratuita y se va sin decidirse.

Cara dice que a veces la gente necesita reflexionar sobre la dulzura.

Después de la racha, entregamos cajas.

El párroco de la colina nos da las gracias por alimentar a su gente.

Nos da una bendición que se siente como el sol.

En la biblioteca, susurramos como ciudadanos ejemplares y le damos a la Srta. Lane un rollo de canela.

Ella nos susurra que los libros huelen a todo y que ahora su escritorio huele a canela, y no está enfadada.

Llevamos empanadillas al parque de bomberos y los bomberos nos levantan como si fuéramos pesas rusas, lo que hace que Roman levante una ceja, que mamá diga «Cuidado» y que nosotros de todos modos soltemos risitas.

Cuando volvemos, las gallinas están teniendo una reunión junto a los escalones. Cleopatra y Biscotti discuten a cacareos sobre los límites de sus territorios.

Les lanzamos diplomacia de pan viejo.

Churro se sienta con cuidado de espaldas a ellas, como un hombre que finge que no le importan las gallinas.

Le importan muchísimo.

Dentro, Roman está sirviendo cafés diminutos y no juzga a nadie, excepto a un hombre que dice: —¿Tienen café frío? —y Roman dice: —Tenemos esperanza —y le entrega un expreso en su lugar.

Deacon toma un tarro y lo etiqueta como *Para los Sueños* y pone los deseos de todos dentro en papelitos.

Yo escribo «*Un dragón*», Gabe escribe «*Un telescopio*» e Isla escribe «*Un imperio de lanzallamas*», porque el equilibrio es importante.

A las doce y media tomamos glaseado antes del almuerzo porque la casa está de un humor generoso.

Lamemos las cucharas como músicos y nos miramos con las lenguas azules.

Mamá nos limpia la cara con el dorso de la mano y luego besa el glaseado de todos modos.

No teme la transferencia de azúcar.

Dice: —Mi zucchero —y brillamos tanto que casi iluminamos la habitación.

La siesta ocurre y luego no.

Fingimos dormir la siesta y, en cambio, planeamos la defensa del castillo de la panadería.

Deacon trae bloques y nos enseña los contrafuertes.

—Estos mantienen las cosas en pie cuando el viento cree que es gracioso —nos dice.

—El viento no es gracioso —le dice Gabe, muy serio—. Empujó a mamá una vez. No somos amigos.

Deacon le toca el hombro. —Entonces construiremos mejor.

La tarde se vuelve suave.

La lluvia piensa en visitarnos y luego no lo hace.

El logotipo de la magdalena en la motocicleta atrapa un trozo de sol y lo lanza al suelo para que lo persigamos.

Lo perseguimos.

No nos resbalamos porque Roman dice «andar con pasos normales», y cuando Roman dice algo, lo que dice es tan sólido como una silla.

Esta vez Cara me hace las trenzas a mí.

Nos cuenta una historia sobre una mujer que solía cantarles a las abejas para que no se sintieran solas durante las tormentas.

—¿Las abejas se sienten solas? —pregunto.

—Todas las criaturas ocupadas se sienten así si nadie les recuerda que descansen —dice ella, mirando directamente a mamá. Mamá le saca la lengua a Cara como una niña y se sienta un minuto entero.

Isla nos enseña a decorar con manga pastelera rosas de glaseado en tablas de práctica.

Hacemos una que parece una rosa y cinco que parecen sombreros de pulpos.

Ella dice que todas son arte.

Dice que nuestra panadería debería tener una galería para formas valientes.

Decimos que sí y le enseñamos el sombrero de pulpo que también es una rosa si entrecierras los ojos, y ella dice: —Vanguardismo —y creo que eso significa muy bueno.

Un hombre con un chaleco de cuero de un club aliado pasa por allí y lo cuelga en el perchero porque la regla dice que la gente es lo primero.

Le dice a Roman: —Un sitio precioso.

Roman dice: —Pórtate bien —y el hombre se ríe como si entendiera cada regla sin oír ninguna palabra.

Cerramos cuando la luz se vuelve dorada. *DANDO UN DESCANSO AL HORNO*.

La gente siempre viene justo en ese momento y les damos una cosa más porque somos generosos y porque las sobras merecen un hogar.

Mamá guarda dos barritas de limón para mañana y Deacon escribe *LIMÓN, IMPORTANTE* en una nota adhesiva y la coloca como si fuera un hechizo.

La cena huele a estofado y a pan que canta cuando lo rompes.

Nos sentamos en la mesa larga y nos pasamos platos, sal e historias.

Yo cuento la historia del zorro.

Gabe cuenta la historia del pelo de mago.

Isla cuenta una historia sobre un caballero magdalena.

Papá Cruz canta mientras limpia la mesa y la canción se mete en las grietas y las vuelve educadas.

Después, todos salimos fuera cinco minutos al frío para ver qué estrellas han aparecido.

Roman señala la primera como si fuera su amiga.

Deacon dice las constelaciones con una voz como si estuviera leyendo los planos del cielo.

Cara nos envuelve en bufandas y dice: —Hacia dentro ya, mis luceros —y no discutimos porque el fuego nos llama.

El fuego hace que las piedras parezcan leones somnolientos.

Churro suspira tan fuerte junto al hogar que suena como si alguien dejara salir el aire de un globo.

Mamá se sienta con los pies debajo de ella y los niños, que somos nosotros, plegados sobre ella como pequeñas comas.

Papá Roman lee un párrafo de un libro grande con un tono agradable e importante que me recuerda al expreso.

Papá Deacon arregla la bisagra del baúl de los juguetes sin que parezca que arreglar sea un trabajo.

Papá Cruz me frota la espalda formando círculos que lo dicen todo sin hablar.

A veces pienso en la gente que pregunta dónde está nuestro padre real.

La respuesta es que tenemos tres.

Lo tenemos todo.

Tenemos una casa donde los hombres cambian pañales, etiquetan tarros, cocinan a medianoche y revisan los pestillos de las puertas como si rezaran.

Tenemos una panadería donde los adultos lloran de alegría y fingen no hacerlo.

Tenemos una logia donde las reglas están talladas en madera y también en el reverso de nuestros corazones.

No necesitamos una línea de sangre para que nos diga nada que no sepamos.

La hora de dormir llega como llega siempre: primero despacio, luego todo a la vez.

El fuego se asienta como si estuviera cansado de ser emocionante.

Los platos están hechos porque Roman no duerme si un plato se siente solo.

Cara tararea en la cocina, limpiando el día sin lavarlo por completo.

Isla nos besa las mejillas y dice que mañana nos enseñará cómo hacer vidrieras con azúcar derretida.

Mamá nos levanta al mismo tiempo y fingimos pesar más de lo que permite la ciencia.

Ella dice: —Mis pequeños profiteroles —y el nombre sigue encajando aunque seamos grandes.

Arriba, el pasillo está cálido y la noche se presiona contra las ventanas como un gigante amigable.

Nuestras literas huelen a jabón, a colada y a una historia que ya conocemos pero que queremos oír de nuevo.

Roman nos pone la manta con cuidado.

Deacon revisa la luz de noche y luego finge que no lo hizo.

Cruz nos alisa el pelo y nosotros ronroneamos como un gato por accidente.

—Buenas noches —dice mamá en italiano y también en el lenguaje secreto de las manos. Nosotros se lo decimos en todos nuestros idiomas: inglés, español y Galleta.

La puerta se queda casi cerrada.

No hace clic porque aquí ninguna puerta se cierra del todo a propósito.

Nos tumbamos boca arriba y miramos las pequeñas estrellas de plástico que Isla pegó en el techo.

Las verdes brillan.

Las azules fingen.

Las amarillas no hacen nada, pero creemos en ellas de todas formas.

—Oye —susurra Gabe desde la litera de arriba—. Teníamos razón.

—¿Sobre qué? —susurro yo hacia la parte inferior y suave de su colchón, donde la gente escribe sus nombres con lápiz.

Mi nombre está ahí.

El suyo también.

El de mamá también.

Pusimos un corazón al lado de todos ellos por si olvidamos para qué sirven.

—Sobre ser amado —dice él—. Es como el azúcar. Se pega en todas partes.

Me giro de costado y miro el rayo de oscuridad dorada bajo la puerta, donde el fuego de abajo todavía cree que podríamos necesitarlo.

Asiento aunque él no pueda verme, aunque él lo sepa, aunque yo esté ya medio dormido y lleno de toda nuestra vida.

—Y nunca se nos va a acabar —digo yo.

Él se ríe, con una risa pequeña y segura, esa clase de risa que puedes guardarte en el bolsillo y llevar al colegio cuando el colegio ocurra más tarde, mucho más tarde, no ahora.

Respiramos juntos.

La casa respira con nosotros.

El horno descansa.

Las estrellas hacen su trabajo sin decirle a nadie lo difícil que es.

Churro ronca.

En algún lugar afuera, en la oscuridad, el zorro escucha una canción, y si el viento quiere gastar alguna broma no se atreve, porque las ventanas de aquí recuerdan cada tormenta que lo intentó y perdió.

Mañana es Día de Panadería otra vez.

Ya podemos saborearlo.

¿Tienes ganas de más romances de harén inverso navideños? Consigue la serie completa aquí.
